







Calandra, Benedetta

La guerra fría cultural en América Latina / Benedetta Calandra y Marina Franco. - 1a. ed. - Buenos Aires: Biblos, 2012.  
222 pp.; 16 x 23 cm.

ISBN 978-987-691-045-3

1. Relaciones Internacionales. I. Franco, Marina. II. Título CDD 327.1

Edición financiada por el Departamento de Lenguas, Comunicación y Estudios Culturales de la Universidad de Bérgamo, Italia y el Proyecto PICT-Bicentenario 2010-1538, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, Argentina.

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*  
Ilustración de tapa: *María Cristina Costa*  
Armado: *Hernán Díaz*

© Los autores, 2012  
© Editorial Biblos, 2012  
Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires  
*info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com*  
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723  
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta edición se terminó de imprimir en Imprenta Dorrego, avenida Dorrego 1102, Buenos Aires, República Argentina, en octubre de 2012.

## Índice

Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas  
*Benedetta Calandra y Marina Franco* ..... 9

### PRIMERA PARTE: UNA PERSPECTIVA GENERAL

La Guerra Fría en América Latina:  
reflexiones acerca de la dimensión político-institucional  
*Raffaele Nocera* ..... 35

Estados Unidos y América Latina durante  
la Guerra Fría: la dimensión cultural  
*Eduardo Rey Tristán* ..... 51

Los orígenes de la presencia cultural de Estados Unidos  
en Centroamérica: fundamentos ideológicos y usos políticos  
del debate sobre los trópicos (1900-1940)  
*Ixel Quesada Vargas* ..... 67

No existe pecado al sur del Ecuador  
La diplomacia cultural norteamericana y la invención  
de una Latinoamérica edénica  
*Sol Glik* ..... 79

“Maquinaria imperfecta”  
La United States Information Agency y el Departamento  
de Estado en los inicios de la Guerra Fría  
*Francisco J. Rodríguez Jiménez* ..... 97

## SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS DE CASO

El imperialismo de la libertad: el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina (1953-1971) <i>Patrick Iber</i> .....	117
Del “terremoto” cubano al golpe chileno: políticas culturales de la Fundación Ford en América Latina (1959-1973) <i>Benedetta Calandra</i> .....	133
Puerto Rico y la guerra fría cultural: de la Alianza para el Progreso a la criptozoología y la exo-invasión extraterrestre <i>Carlos Hernández</i> .....	151
El Cuerpo de Paz y la guerra fría global en Chile (1961-1970) <i>Fernando Purcell</i> .....	167
Imaginaciones hemisféricas La misión presidencial a América Latina de Nelson Rockefeller en 1969 <i>Ernesto Capello</i> .....	181
Anticomunismo, subversión y patria Construcciones culturales e ideológicas en la Argentina de los 70 <i>Marina Franco</i> .....	195
Índice de nombres .....	211
Los autores .....	219

## Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas\*

*Benedetta Calandra y Marina Franco*

Este libro propone algunas reflexiones sobre un campo de estudios que, en la actualidad, más que un tejido compacto y homogéneo de resultados científicos, presenta múltiples desafíos. En efecto, muchas son las posibles incógnitas de intentar aplicar al contexto latinoamericano la categoría de “guerra fría cultural”. Noción de amplia circulación a partir del trabajo de Stonor Saunders (1999, 2001), quien, refiriéndose al rol jugado por Estados Unidos durante el conflicto entre las dos superpotencias, señalaba:

Durante los momentos culminantes de la Guerra Fría, el Gobierno de Estados Unidos invirtió enormes recursos en un programa secreto de propaganda cultural en Europa occidental. Un rasgo fundamental de este programa era que no se supiese de su existencia. Fue llevado a cabo con gran secreto por la organización de espionaje de Estados Unidos, la Agencia Central de Inteligencia. [...]

A la vez que definía la Guerra Fría como “batalla por la conquista de las mentes humanas”, fue acumulando un inmenso arsenal de armas culturales: periódicos, libros, conferencias, seminarios, exposiciones, conciertos, premios. [...] De los individuos e instituciones subvencionados por la CIA se esperaba que actuaran como parte de una amplia campaña de persuasión, de una guerra de propaganda, en la que de “propaganda” se definía como “todo esfuerzo o movimiento organizado para distribuir información o una doctrina particular, mediante noticias, opiniones o llamamientos, pensados para influir en el pensamiento y en las acciones de determinado grupo”. (Saunders, 2001: 13, 14, 17)

\* Traducción del italiano: Antonella Sara. Revisión: Benedetta Calandra y Marina Franco.

La colosal batalla para adjudicarse “corazones y mentes” (Osgood, 2002) en el bloque occidental después del segundo conflicto mundial, sobre todo desde el punto de vista estadounidense, ya ha sido ampliamente tratada desde perspectivas que exceden el plano estrictamente militar o político-diplomático, o mejor dicho que representan un aspecto inescindible y complementario. “Guerra no convencional”, “retórica de la Guerra Fría”, “propaganda”, “cultura de la Guerra Fría” (Medhurst, Ivie y Wander, 1990; Whitfield, 1991; Hixson, 1997; Cartosio, 2000; Hirshberg, 1993), o incluso “guerra psicológica”, representan solo algunas de las posibles categorías surgidas del debate acerca de las varias formas con las que el gigante norteamericano afrontó lo que consideraba “un enemigo absoluto y demoníaco como el comunismo” (Del Pero, 1998: 954) en su potencial área de influencia.

¿Cómo se inserta América Latina en este recorrido? ¿Qué se entiende por guerra fría cultural en esta área? ¿Cuándo empieza este proceso? ¿Cuáles son las posibles interacciones entre el análisis de casos nacionales y una mirada más amplia que intente, al contrario, abarcar una perspectiva regional? ¿La temática de la guerra fría cultural en América Latina podría facilitar, en términos más globales, nuevas herramientas útiles para la comprensión de los procesos de producción, circulación y reapropiación de productos culturales? ¿El análisis de este tema nos ayudaría a confirmar, o más bien a poner en tela de juicio claves de lectura elaboradas, por ejemplo, en relación al caso europeo?

Estas preguntas constituyen las claves de los textos que se reúnen en este volumen, integrado por investigadores de Estados Unidos, Europa y América Latina.<sup>1</sup> Los intereses de estos investigadores provienen de las sugerencias teóricas y metodológicas procedentes del campo de la crítica literaria (Franco, 2003; Mudrovic, 1997) y de la perspectiva de los estudios culturales aplicada a las relaciones interamericanas en el arco del siglo XX, tanto en lo que se refiere a la fase de “imperialismo clásico” (Joseph, Le-Grand y Salvatore, 1998; Salvatore, 2005 y 2006), como a la etapa sucesiva marcada propiamente por la Guerra Fría (Spenser, 2004; Joseph y Spenser, 2008; Grandin y Joseph, 2010). Se trata de una nueva escuela que, según su más destacado exponente, Gilbert Joseph, de la Universidad de Yale, busca especialmente analizar esta segunda fase “desde otro punto de vista, «más

1. En su origen, la mayoría de estos textos fueron presentados y discutidos en el Seminario internacional *La guerra fredda culturale in America Latina. Attori, contesti, prospettive di ricerca*, Universidad de Bergamo, 21 de mayo de 2010. Para una reseña sintética del encuentro, cfr. Calandra (2010). El libro *La guerra fredda culturale. Esportazione e ricezione dell'American Way of Life in America Latina*, editado por Benedetta Calandra (2011), recoge la mayoría de los trabajos del evento y constituye una primera versión de este libro, para el cual se incorporan nuevos autores y temas.

panorámico»” (Joseph, 2004: 67), contemplando el papel de otros actores con respecto a los tradicionalmente incluidos en la investigación histórica. Ya no se trata más, ni solamente, de *marines*, generales corruptos, agentes secretos, financistas y directores de empresas multinacionales, sino también de una miríada de originales mensajeros del imperio norteamericano como pintores, guionistas, directores de periódicos y revistas literarias o culturales en sentido lato; y también jefes de expediciones naturalísticas y arqueológicas, académicos e incluso creadores de dibujos animados.<sup>2</sup>

La reflexión común de estos textos se mueve, en efecto, alrededor de un conjunto bastante heterogéneo de actores y estrategias comunicativas, en las palabras de Ricardo Salvatore (2006: 13) “ni epifenólicas, ni superestructurales”, que han brindado “sustancias y justificación racional” al llamado “imperio informal estadounidense” (De Grazia, 2005), vinculándose a formas de penetración física y simbólica del subcontinente.

Con la evidente premisa de haber optado deliberadamente por un solo protagonista del enfrentamiento de civilizaciones de la segunda posguerra, dejando de lado la Unión Soviética,<sup>3</sup> dos cuestiones merecen prioridad: esbozar nuestro objeto de estudio y colocarlo en un ámbito temporal específico.

¿Qué fue la guerra fría cultural en América Latina? Por facilidad analítica –y de manera absolutamente provisional– con esta expresión se podría aludir a una densa red de actores, prácticas y estrategias comunicativas que en la esfera de la diplomacia cultural (Berghahn, 2001; Arndt, 2005; Arno, 1982; Cull, 2008; Appy, 2000; Montero Jiménez, 2009) y en el marco cronológico de la Guerra Fría contribuyeron de manera esencial a la exportación del *American Way of Life* en el subcontinente, incluyendo las múltiples formas de su recepción y reelaboración a nivel local. Sobre este último aspecto, es importante recordar que las llamadas “zonas de contacto” transnacionales (Pratt, 1997), donde “el poder del Estado se ejerce mediante una serie de representaciones, sistemas simbólicos y nuevas tecnologías, a través de las redes de negocios y comunicaciones de las industrias culturales” (Joseph, 2004: 80), no son solo lugares de recepción pasiva de determinadas políticas hegemónicas. Más bien, como subraya Mary Louise Pratt (cit. por Joseph, 2005: 94), estas zonas representan al mismo tiempo “ámbitos de una multiplicidad de voces, de negociación, préstamo e intercambio”, tal como se verá en algunas contribuciones de este volumen.

2. Walt Disney representa un ejemplo paradigmático. Dos textos clásicos de deconstrucción crítica del mensaje contenido en sus dibujos animados, que seguramente reflejan en buena parte las tensiones ideológico-políticas de los años de edición y de la procedencia de los autores, chilenos, continúan siendo Dorfman y Mattelart (1993) [1972] y Dorfman (2002) [1985].

3. Referencia esencial en este sentido es Blasier (1988).

En este campo de estudios en construcción, los límites no son menores a los retos. El aspecto más débil, con toda probabilidad, radica en un escaso “sustrato bibliográfico”, una producción historiográfica aún fragmentada y lagunosa, que no puede hacer alarde de un recorrido ni siquiera lejanamente parecido al producido hasta ahora sobre otros aspectos de la presencia estadounidense en su “patio trasero”. Nada comparable, por ejemplo, a las investigaciones relativas a las intervenciones militares,<sup>4</sup> las operaciones de los servicios secretos,<sup>5</sup> los procesos de asistencia financiera o la actuación de afamadas empresas multinacionales como la United Fruit Company.<sup>6</sup>

Hipotecas ideológicas antiguas y duraderas pesan en estas lagunas, producidas, en una primera fase, en el marco de la teoría de la modernización, desde su formulación originaria (Rostow, 1960) hasta su aplicación al contexto latinoamericano. Pero para explicar estos vacíos y silencios en el estudio de la dimensión cultural de las relaciones interamericanas, tampoco es menos relevante, en una segunda fase, la herencia de los teóricos de la dependencia, que también han marginalizado este aspecto al hacer hincapié solo en las asimetrías económicas, financieras y militares entre las dos áreas.<sup>7</sup> También en lo tocante al caso europeo contamos de hecho con una producción aún limitada a cuestiones muy específicas, como las políticas de las grandes fundaciones culturales, en particular la Fundación Ford en Italia (Gemelli, 1994, 1997 y 1998) o en España (Santisteban Fernández, 2009).<sup>8</sup> En sentido inverso, hay que señalar que el desarrollo de los estudios culturales aplicados a las relaciones interamericanas y, de manera más general, la nueva atención sobre las dimensiones culturales de la vida social y

4. Klare y Arnson (1979); Child (1980). Para referencias bibliográficas decididamente más completas y actualizadas sobre el tema véase el texto de Nocera en el presente volumen.

5. Cullather (1999); Armony (1997); Kornbluh (2004). También en este caso referencias más exhaustivas pueden encontrarse en la contribución de Nocera.

6. Una producción historiográfica que puede preciarse de un largo recorrido dentro de la historia de empresas, con antecedentes significativos en relación con la época de la Guerra Fría. Cfr. por ejemplo Upham Adams (1914); Kepner (1935), o investigaciones más recientes como Bucheli (2003 y 2005) y Striffler (2002).

7. “Así, la narrativa maestra de la «dependencia», como la del «imperialismo», presupuso una relación bipolar que subsumía la diferencia (regional, de clase, racial/étnica, de género, generacional) al servicio de una maquinaria más grande que fijaba límites, extraía plusvalías, establecía jerarquías y modelaba identidades. En su descripción, ambas narrativas pusieron a Estados Unidos (o a las naciones «centrales» del sistema mundial) al control de una gran empresa «neocolonial», que manejaba una corriente de flujos unificados por la lógica de la ganancia, el poder, y una única cultura hegemónica” (cfr. Joseph, 2005: 103).

8. En el caso de la península ibérica, vale mencionar otra significativa novedad historiográfica: el estudio de Rodríguez Jiménez (2010), centrado en el nacimiento de los *American Studies* durante el franquismo.

política –resultado de los nuevos paradigmas historiográficos surgidos en los años 60 en adelante– han permitido colocar la atención en nuevos objetos, nuevos sujetos y plantearse preguntas nuevas. De todo ello se ha nutrido este campo de estudios sobre la guerra fría cultural en América Latina.

Otro orden de problemas está relacionado además con la delimitación de un arco cronológico que abarque enteramente el fenómeno de la guerra fría cultural en América Latina. Esta operación no está del todo asentada porque –como se destacará especialmente en la contribución de Eduardo Rey– consideramos que los acontecimientos realmente periodizantes no siempre coinciden con los de la Guerra Fría política e ideológica. Al contrario, en una óptica de larga continuidad con respecto a la diplomacia cultural adscrita a las políticas del Buen Vecino, tendríamos la tentación de afirmar, un poco provocativamente y forzando en parte la definición provisional recién propuesta, que en América Latina la guerra fría cultural precede decididamente al conflicto bipolar.

En este sentido pues, 1940, año de creación de la OCIAA –Office of the Coordinator of the Inter-American Affairs, organismo encargado de gestionar una renovada “ofensiva cultural norteamericana” (Niño, 2009) en el subcontinente– es de crucial importancia. También es relevante el hecho de que, a su vez, las estrategias de las cuales la OCIAA representa su quintaesencia retoman el hilo rojo, largo e ininterrumpido, de las políticas culturales de los años 20 y 30; un hilo rojo encarnado, también materialmente, por el presidente de esta institución: Nelson Rockefeller, indiscutible y longevo protagonista de políticas culturales con vocación panamericana. En efecto, hace falta asociar a América Latina a la imagen del ilustrado magnate por lo menos a partir de la era Roosevelt –considerada apogeo y no momento de ruptura de políticas imperiales según la lectura de historiadores del calibre de Peter Smith (2000: 66-87)–. Basta con pensar en la acogida organizada por el potentado a celebres muralistas mexicanos como Diego Rivera, culminada en 1937 con un resultado aún más tangible y refinado en términos de diplomacia cultural: la organización de una colección de arte permanente (Giunta, 2005). Rockefeller fue una presencia estratégica que alcanzó su auge gracias a la colaboración con la industria de Hollywood, y en particular con el genio de Walt Disney, regalándonos productos memorables como los dibujos animados *Saludos, amigos* (1942) o *Los tres caballeros* (1944): una real materialización de la retórica de “buena vecindad interhemisférica” que, en palabras de Jean Franco (2003: 41), supo eficazmente utilizar el cine para “sacar ventaja de las diferencias entre el fogoso latino y el norteamericano”.<sup>9</sup>

9. A pesar de no estar estrictamente relacionadas con el caso Disney, sino más en general con la industria cultural de Hollywood en su globalidad, igualmente útiles para nuestro caso son las reflexiones de De Grazia (2005: 284-336).

## Preguntas conceptuales y empíricas

Este volumen está dividido en dos partes distintas y complementarias. La primera, “Una perspectiva general”, presenta reflexiones vinculadas a los dos órdenes de problemas que se acaban de exponer, es decir, cómo afrontar el tema de la guerra fría cultural en América Latina y cómo periodizarlo. En la hipótesis de una larga continuidad –aunque variable según los momentos y los contextos– de determinadas políticas culturales estadounidenses durante las primeras décadas del siglo XX, se han incluido contribuciones que abarcan desde comienzos de siglo (Quesada) hasta los inicios del periodo de los regímenes militares autoritarios en la década del 70 (Franco).

En esta primera parte, el ensayo de Raffaele Nocera, “La Guerra Fría en América Latina, reflexiones acerca de la dimensión político-institucional”, abre el volumen esbozando una periodización global de las relaciones político-diplomáticas interamericanas a partir de la segunda posguerra y facilitando de esta manera elementos de contexto general para comprender mejor los eventos específicos a los cuales hacen referencia los otros ensayos.

Como muestra Nocera, la amenaza del “peligro rojo”, utilizada por el Departamento de Estado estadounidense como justificación permanente de la intervención armada, ha experimentado momentos de intensidad variable que dependían de la coyuntura regional a la cual reaccionaban. Las contramedidas adoptadas variaban de las campañas de información o contrainformación a los programas de instrucción militar antisubversiva, del embargo económico y comercial a un verdadero estado de “guerra subliminal”. Otras estrategias posibles eran, como es sabido, las ayudas militares dirigidas a los regímenes “fieles”, algunas veces alternadas con expediciones navales intimidatorias o, como *ultima ratio*, por intervenciones militares directas.

De esta manera, el trabajo plantea cuatro momentos esenciales: 1) desde 1947-1948 hasta el golpe guatemalteco de 1954, caracterizado por el evento primordial de la creación de la Organización de los Estados Americanos durante la Conferencia Panamericana de Bogotá; 2) desde 1959 hasta 1962, marcado por la Revolución Cubana y las dos crisis posteriores; 3) desde 1964, año del golpe brasileño, hasta la década de los ochenta, la época de los gobiernos militares autoritarios; 4) la administración Reagan y el recrudecimiento de rigurosas políticas volcadas a la contención de la “amenaza comunista”.

El texto de Eduardo Rey, “Estados Unidos y América Latina durante la Guerra Fría: la dimensión cultural”, crea, desde el campo de las hipótesis, un preciso contrapunto con el de Nocera y formula cuestiones teóricas absolutamente centrales para nuestro ámbito específico de investigación. La finalidad de esta contribución no es tanto describir un panorama exhaustivo de la dimensión cultural de la Guerra Fría en América Latina, operación de por sí compleja dados los límites historiográficos que se han mencionado, sino

más bien facilitar un parcial “estado del arte” de lo producido hasta ahora y proponer algunas claves para comprender y profundizar el tema. En este trabajo es relevante su exigencia de reivindicar autonomía y estatus científico a una perspectiva que hasta fecha muy reciente solo era considerada como “un elemento más”, complementario, cuando no auxiliar, en el análisis de dinámicas políticas, ideológicas, económicas, militares o financieras de la Guerra Fría, y raramente objeto de atención en sí mismo.

En su texto, Rey puntualiza cuestiones esenciales. En primer lugar, la necesidad de imaginar una periodización original y a largo plazo, que de hecho no siempre coincide con acontecimientos indudablemente periodizadores según la perspectiva de la historia política. En este sentido, 1959, año de la Revolución Cubana, no marcaría el verdadero “comienzo de la Guerra Fría en América Latina”, como han afirmado algunos estudiosos (Carr, 1966; Castañeda, 1993), y en términos de profundidad temporal ni siquiera sería suficiente el antecedente del golpe guatemalteco de 1954, como sugiere Jean Franco (2003: 36-37). Esta afirmación radica en la convicción, plenamente compartida por quienes esto escribimos, de que se puede penetrar el sentido más profundo de los primeros años de las relaciones interamericanas durante la Guerra Fría solo en relación con los años anteriores y que no tienen fecha de inicio en eventos políticos precisos, sino que obedecen a procesos culturales y políticos de más largo plazo que hacen a la historia de las relaciones y las representaciones mutuas entre los países del continente. Porque –es la hipótesis de Rey– lo que aconteció en el subcontinente a partir de aquel momento no fue simplemente “el traslado a América Latina de la lógica, esquemas y fórmulas de aquel conflicto”; al contrario, fue “una expresión radical de conflictos o diferencias, potenciadas por la coyuntura internacional, basadas en concepciones que ya estaban latentes o habían sido protagonistas tiempo atrás”. Basta con pensar en el concepto de “panamericanismo / intervencionismo / patio trasero por la parte norteamericana, *versus* nacionalismo y antiimperialismo por la de ciertos sectores políticos latinoamericanos”.

Por lo tanto, señala Rey, la Guerra Fría (y aún más considerada desde un punto de vista cultural, añadiríamos) en cierta medida representó “una excusa para continuar renovadamente una política intervencionista ya vieja”, un enfrentamiento entre facciones tradicionalmente opuestas, “una expresión renovada de un conflicto ya viejo que precede a la Guerra Fría y que de alguna forma ha sobrevivido a ella”. Conforme esta clave de interpretación, estaríamos pues frente a un momento álgido en las relaciones interamericanas, pero no de real discontinuidad respecto a un recorrido históricamente bien definido.

Otra serie de cuestiones hipotetizadas en el ensayo versan alrededor de eventuales semejanzas o diferencias con respecto a la guerra fría cultural en Europa. La presencia de instituciones esenciales como el Congreso por la Libertad de la Cultura, las fundaciones privadas estadounidenses, la



actividad de propaganda de la United States Information Agency y otros ejemplos inclinarían al autor hacia una respuesta globalmente positiva, en términos de afinidad entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Por lo tanto, la indicación metodológica que potencialmente se puede desprender de esta afirmación es una invitación para superar los conocidos compartimentos estancos que a menudo obstaculizan la comparación entre casos europeos y latinoamericanos, y también la incorporación de los respectivos debates dentro de perspectivas teóricas, metodológicas y epistemológicas que, según Rey, pueden ser realidades comunes y compartidas. Además, son importantes las referencias a dos vehículos fundamentales de propaganda de la época vinculados en buena medida al Congreso por la Libertad de la Cultura: las revistas *Cuadernos* y *Mundo Nuevo*, sobre todo si se consideran sus proyectos y la difusión alcanzada. Significativamente, *Cuadernos* fue concebida de forma indiferenciada para todos los países latinoamericanos, precisamente en la óptica en que un Estado-nación específico se dirige a un supuesto bloque homogéneo, sin considerar las peculiaridades intrínsecas de cada contexto nacional.

Autores como Niño (2009: 34) afirman que es posible entender con mayor efectividad la actuación de la diplomacia cultural estadounidense analizándola a partir de los años del primer conflicto mundial. Sin embargo, es necesario señalar que cierta propensión al desarrollo de políticas culturales hacia el subcontinente ya se experimenta en el “patio trasero centroamericano” en los albores del siglo XX. La contribución de Ixel Quesada, “Los orígenes de la presencia cultural de Estados Unidos en Centroamérica”, responde en este sentido a la exigencia ya señalada de una periodización más amplia y menos atada a los eventos políticos, proponiendo una suerte de “arqueología de la presencia cultural” estadounidense en esta específica región para mejor contextualizar lo que, después de la Segunda Guerra Mundial, se va a traducir en un uso sistemático, instrumental y difundido de determinadas prácticas. Por otro lado, no sorprende que el debate en torno a los conceptos de “civilización” y “modernidad” –premisa esencial de un sistema teórico y justificativo en vista de una futura intervención “civilizadora” y “modernizadora” por parte de Estados Unidos– se elabore precisamente a partir del área de Centroamérica y el Caribe, geográficamente cercana y económicamente atractiva, un lugar descrito con lujo de detalles por pintorescos relatos de viaje ya varios años antes de la célebre expedición del “moderno descubridor” de Machu Picchu en Perú, Hiram Bingham (1911).<sup>10</sup>

El ensayo de Quesada pretende ubicar en un contexto histórico la noción de teoría de la modernización a través de la investigación de sus orígenes y

10. Sobre la astuta y fascinante operación de “redescubrimiento amerindiano” del sur de América de Bingham a comienzos del siglo XX, cfr. Salvatore (2006: 9-11) y Poole (1998: 122-130).

las razones por las cuales fue creada. De esta manera, sienta las premisas de una eventual reconstrucción (a ampliar en el futuro) de cómo este sistema justificativo de la intervención se modifica en el lapso de pocas décadas, experimentando momentos distintos: una primera fase, a caballo entre los siglos XIX y XX, en que se articula un “simple” interés comercial con una comprensiva política cultural de carácter *humanista* hacia el área; una segunda fase, en los años 40, que muestra una matriz *tecnocrática*. Quesada se centra en esta primera fase de génesis, primordial para entender toda la futura retórica de la sección “Asuntos culturales” del Departamento de Estado con respecto al papel de Estados Unidos como “fiador” planetario en el camino hacia el progreso económico y científico. La autora parte de la hipótesis de que el espacio centroamericano constituyó una suerte de tablero de ajedrez fundamental en el que Estados Unidos intentó, ya en aquel entonces, recortarse un espacio de influencia en relación con Europa, anticipando pues el extraordinario interés por América Latina que a menudo la historiografía ha analizado –relativamente– para los años 30 y únicamente como respuesta a la amenaza nazi. Así, queda en evidencia cómo en los albores del siglo, el interés del gigante del Norte por extenderse culturalmente hacia Centroamérica se hizo sistemático; una implícita confirmación de este proceso se encuentra por ejemplo en Costa Rica, donde en los liceos las celebraciones del 4 de julio empezaron progresivamente a sustituir las de la toma de la Bastilla.

De esta manera, el trabajo de Quesada contribuye al intento global de hallar los orígenes profundos de la guerra fría cultural en América Latina, tanto en términos espacio-temporales como en cuanto a los actores involucrados. Las “políticas culturales imperiales” por parte de Estados Unidos en América Latina –tendencialmente colocadas a finales de la década de los 30 e identificadas antes en función antinazi, después antisoviética– poseen consistentes antecedentes y vienen elaboradas inicialmente en respuesta a la influencia francesa, alemana y británica en el supuesto “patio trasero”.

En la misma línea, en cuanto a la necesidad de flexibilizar las cronologías determinadas por hitos políticos, el trabajo de Sol Glik se centra en fenómenos culturales ligados a los intereses estratégicos estadounidenses que en algunos casos anteceden el estallido del conflicto bipolar. Con este propósito, en “No existe pecado al sur del Ecuador. La diplomacia cultural norteamericana y la invención de una Latinoamérica edénica”, la autora muestra que la exportación del *American Way of Life* fue el resultado de una operación articulada de Estados Unidos a partir de la acción de la OCIAA. Esta agencia, creada en 1940, estaba destinada a estimular los vínculos militares, comerciales, políticos y culturales con los países latinoamericanos, a través de emprendimientos culturales, programas de ayuda económica y otras formas de intervencionismo.

El trabajo es, además, indicativo de otra dimensión analítica que complejiza las visiones tradicionales sobre las relaciones verticales entre el

centro de poder y la periferia: la necesidad de una perspectiva bidireccional que atienda tanto a los efectos de la guerra fría cultural en las sociedades latinoamericanas como en los propios ciudadanos norteamericanos sujetos también a acciones específicas vinculadas a las relaciones de su país con el sur del continente. Ello es mostrado a través del análisis de diversas fuentes y en diversos soportes representacionales, algunos de ellos tan significativos como la película *Saludos amigos*, resultado de una gira de Walt Disney por América Latina, bajo encargo de la OCIAA, que dio lugar a personajes tan característicos como el papagayo Zé carioca, amigo del Pato Donald y estereotipo del brasileño simpático, seductor y despreocupado, o Goofy, el gaucho norteamericano en plena pampa argentina. De la misma manera, la exuberancia del personaje de Carmen Miranda se transformó en el estereotipo de la buena vecindad con América Latina para la escena local estadounidense, y su imagen e iconografía fueron usadas nada menos que para sostener el consumo de los nuevos emprendimientos frutícolas norteamericanos provenientes de Centroamérica.

Glik analiza estas fuentes para mostrar cómo la exportación del modelo modernizador estadounidense en América Latina requirió, a su vez, modificar hacia adentro de Estados Unidos la visión existente sobre el sur del continente, desarrollando una visión regional de ribetes edénicos que pudiera conciliarse con la imagen más difundida de una región sujeta a permanentes dictaduras militares. Esta perspectiva vuelve sobre un concepto caro a las nuevas perspectivas de la historia cultural en cuanto supone que en la relación entre dos sociedades, ambas experimentan cambios como consecuencia de sus contactos y no solo aquella que es objeto del dominio de la otra. Se trata, desde la perspectiva de Glik, de una “mutua seducción, una suerte de magnetismo de doble sentido”.

El trabajo de Francisco Rodríguez Jiménez, “«Maquinaria imperfecta»». La United States Information Agency y el Departamento de Estado en los inicios de la Guerra Fría”, vuelve sobre el período central de la Guerra Fría para interrogarse sobre otra dimensión clave del problema: ¿cuándo empezó la implicación gubernamental de Estados Unidos en la guerra fría cultural?, ¿cuáles fueron los organismos destinados a dicha misión? ¿Sirvió la creación de la United States Information Agency (USIA) en 1953 para poner orden y evitar problemas de eficiencia en el aparato diplomático estadounidense? Estas preguntas son esenciales para pensar un problema clave de nuestro campo de estudios: ¿qué grado de autonomía relativa debe adjudicarse a las diversas iniciativas que constituyen la guerra fría cultural? De hecho, en los sucesivos trabajos de este libro veremos cómo ello va complejizándose, por ejemplo, temporalmente, cuando los avances en el campo intelectual o cultural parezcan anteponerse al estallido del conflicto político bipolar, o cuando los intentos de periodizar esta guerra fría cultural dejan en evidencia cronologías distintas para cada país –o subregiones–, cronologías más sujetas a las historias nacionales y las relaciones bilaterales que a

una “única” historia para todo el subcontinente; o cuando el proceso se observa desde distintas escalas y entonces aquello que parece responder a los intereses estratégicos de la macropolítica norteamericana empieza a responder a otras lógicas individuales y subjetivas de los agentes concretos que las llevan adelante.

En cualquier caso, centrado en las lógicas del actor central, el gobierno de Estados Unidos, el trabajo de Jiménez busca devolverle complejidad y tensiones a esas lógicas, mostrando hasta qué punto la acción de ese país tampoco respondió a lineamientos invariables y fue, en cambio, el resultado de disputas entre diversas áreas de gobierno –como la USIA y el Departamento de Estado– que involucraban tensiones logísticas, de recursos, de objetivos y de estrategias.

También este trabajo abona en el sentido de pensar la guerra fría cultural fuera de los marcos temporales que impone la historia política, dado que algunas de las iniciativas gubernamentales de “poder blando” que analiza Jiménez se remontan al menos a fines de los años 30. Algunas de ellas, especialmente destinadas a América Latina, fueron la creación de centros culturales estadounidenses en diversos países de la región y los programas de intercambio educativo que permitieron un flujo de estudiantes latinoamericanos hacia las universidades del país del Norte.

Entre todas ellas, el impulso de los *American Studies* en el exterior, dirigidos a modificar la imagen de Estados Unidos como país poco sofisticado culturalmente, tuvo gran importancia como objeto de la diplomacia pública estadounidense. Esta importancia es además analítica en cuanto permite revisar la imagen de un poder monolítico y unívoco en sus intenciones de propaganda y dominación para revelar, en cambio, la complejidad y las contradicciones entre las instituciones y las estrategias involucradas. Pero, sobre todo, porque permite plantearse una cuestión clave para pensar la guerra fría cultural: ¿la relación entre universidades, multinacionales y fundaciones filantrópicas estadounidenses y el gobierno de aquel país fue una imposición gubernamental o fue una suerte de comunidad de intereses forjada bajo la reacción a la amenaza comunista? Finalmente, ¿los estudios estadounidenses fueron las armas de propaganda cultural que algunos deseaban y otros denunciaban? En ese sentido, Jiménez concluye que esos mismos estudios –y los intelectuales estadounidenses que los promovieron– pudieron llegar a ser mensajeros críticos de su país, estimulando así el antiamericanismo autóctono de muchos lugares donde se implantaron.

### Cuestiones globales, respuestas locales

La segunda parte de la obra (“Estudios de caso”) se basa en las repercusiones que el clima global de la guerra fría cultural experimentó en determinados contextos nacionales latinoamericanos. Los ensayos de Patrick Iber,

Benedetta Calandra, Carlos Hernández, Fernando Purcell, Ernesto Capello y Marina Franco abarcan desde el área caribeña hasta el Cono Sur, entre las décadas del 50 y 70, y cada uno responde desde enfoques y problemas diferentes a esta misma cuestión, a la vez que ilustran claramente el postulado sobre la dificultad de pensar en un único proceso con una cronología unificada y definida para toda la región.

La primera contribución, “El imperialismo de la libertad: el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina (1953-1971)”, de Patrick Iber, describe la historia del Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) en América Latina, uno de los emprendimientos característicos de la acción anticomunista alentada por el gobierno de Estados Unidos en la región. En ese sentido, podría verse como de una de las manifestaciones más emblemáticas de la guerra fría cultural, en el sentido clásico de la acción cultural, y en su carácter vertical y oficial surgido de la iniciativa de la propia Central Intelligence Agency (CIA). Más allá de las controversias suscitadas por sus actividades, y tomando distancia de la “leyenda blanca” y la “leyenda negra” sobre el CLC, Iber inscribe esta institución como parte de la Guerra Fría, como parte de la historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina y como parte de la historia de la izquierda global y su debate sobre las responsabilidades del intelectual. De una manera u otra, señala Iber, las controversias alrededor del CLC contribuyeron a “justificar la violencia, tanto revolucionaria como contrarrevolucionaria, en nombre de la defensa de la cultura”.

Para acercarse a esta historia compleja, el autor analiza con detalle las etapas del Congreso. Su origen se remonta a comienzos de los años 50, cuando fue pensado para sostener actividades anticomunistas en Europa. Por entonces, América Latina no presentaba un peligro en ese sentido ni era un foco particular de atención. Pero bajo la iniciativa de Julián Gorkin y con motivo de denunciar el uso político de la cultura que hacían intelectuales como Pablo Neruda, el congreso expandió sus actividades en América Latina creando comités locales y la publicación en español de su revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*.<sup>11</sup> Para entonces, el CLC era presentado como una institución financiada por sindicatos “libres” y fundaciones privadas, omitiendo no solo el respaldo original de la CIA, sino además la naturaleza de esas fundaciones y su vínculo con el gobierno estadounidense –elemento esencial para entender los alcances de la guerra fría cultural.

El anticomunismo latinoamericano, sin embargo, no era igual que el europeo, y si bien los intelectuales podían coincidir en el pensamiento antitotalitario, el acercamiento a la izquierda democrática de la región debía

11. Sobre *Cuadernos*, véase también Glondys (2010).

superar la barrera que imponía la percepción del imperialismo estadounidense en esos sectores. Así, por ejemplo, el apoyo de Gorkin a la caída de Jacobo Arbenz en Guatemala no hizo más que confirmar la tesis del “imperialismo de la libertad” para muchos de sus críticos.

El foco cambió a partir de 1959 con la Revolución Cubana, cuando muchos de los intelectuales miembros del CLC cercanos a una izquierda no comunista se involucraron en acciones contra la dictadura de Fulgencio Batista y en apoyo del movimiento castrista. Pero la posterior radicalización de la revolución y su inscripción socialista alejó a muchos del proyecto cubano y a partir de entonces el Congreso entró en una fase abiertamente conservadora o reaccionaria en cuanto a sus actividades e integrantes, a la vez que quedaba en evidencia que el foco de la Guerra Fría se había desplazado de Europa hacia América Latina. El CLC entró en su etapa final cuando en 1967 se hicieron públicas las fuentes de su financiamiento vinculadas a la CIA, alimentando así la paranoia antiestadounidense propia de muchos sectores latinoamericanos y de la cultura de izquierda de la región. De esta manera, paradójicamente, su legado más importante, señala Iber, fue hacer creíble un cierto discurso antiimperialista, abriendo la brecha entre intelectuales revolucionarios y de izquierda “burguesa” y haciendo posible que los primeros vieran la oposición a la cultura dirigida como una manifestación complaciente con el imperialismo.

A través de esta historia institucional que muestra las estrategias de Estados Unidos para Europa y para América Latina simultáneamente, el trabajo de Iber permite no perder de vista la dimensión global de la guerra fría cultural por la que ya se preguntaba Eduardo Rey y la posibilidad de pensar en términos analíticos comparativos. Ello es fundamental en cuanto la comparación puede aportar claves de análisis de desnaturalicen las formas en las que han sido analizadas las relaciones de dominación de Estados Unidos para con su “patio trasero”.

En la misma línea en cuanto a “construir análisis crítico esencialmente a partir de los centros de poder”, como señalaba Rey, el trabajo de Benedetta Calandra se aboca al análisis de otra institución. Así, en su texto “Del «terremoto» cubano al golpe chileno: políticas culturales de la Fundación Ford en América Latina”, Calandra toma la actuación norteamericana como eje focal de análisis y lo hace esencialmente a partir de fuentes estadounidenses. El ensayo representa, en efecto, el fruto de una investigación de archivo llevada a cabo en el archivo central en Nueva York de este gigante de la filantropía contemporánea, con el objetivo de mostrar fragmentos de lógicas, estrategias, universos de valores y modalidades de acción en el ámbito latinoamericano y en el macromarco de la Guerra Fría.

Si las posibles formas adoptadas por la presencia cultural estadounidense vienen reconstruidas por Quesada a partir del área centroamericana y en el momento crucial de su génesis en los albores del siglo XX, en este caso se privilegian como países de intervención Chile y Argentina, y el

lapso temporal elegido (1959-1973) es encuadrado por dos fechas de gran importancia simbólica en términos de repercusiones del conflicto bipolar en América Latina.

Así, se parte del triunfo castrista, momento crucial en el crecimiento de la fobia al espectro comunista, para mostrar cómo en concomitancia con la inquietud del Departamento de Estado, la Fundación Ford, uno de los rostros *soft* de la exportación del *American Way of Life* hacia el exterior, se activa con una serie de misiones exploratorias con la finalidad de establecer las primeras sedes operativas en el subcontinente. Paralelamente, y sin duda no por casualidad, durante estos mismos años el mundo académico estadounidense gozó de una inédita financiación –proveniente del sector tanto privado como gubernamental– dirigida a un ámbito antes marginal: los *Latin American Studies* (Berger, 1995); se asiste por lo tanto al afianzamiento y definitiva profesionalización de un sector hasta aquel entonces minoritario, claro síntoma de una difundida necesidad de conocer a fondo un área del mundo políticamente candente y, sobre todo, potencialmente contagiosa.

Como muestra Calandra, acercándose el final de los 60 y la época de los gobiernos militares autoritarios, asesores de la Ford sintieron cada vez más las tensiones implícitas en la misma naturaleza de la Fundación: una institución puramente cultural, pero también política, en sentido lato. Surgen por lo tanto problemas de carácter científico y ético. En efecto, por un lado, se asiste a polémicas en relación con las posibles complicidades entre los proyectos de investigación de las ciencias sociales –área de intervención privilegiada– y los objetivos de “contención” de organismos como el Departamento de Defensa, como demostrará el escándalo relacionado con el Proyecto Camelot (Marchesi, 2006: 13-14). Por otro, frente a gobiernos orientados hacia una política de Seguridad Nacional en el Cono Sur, que adoptan medidas cada vez más restrictivas y que progresivamente van a enfrentarse con la esfera de la libertad intelectual, la Fundación empieza a poner en tela de juicio sus propias certezas sobre el sentido de su actuar político global. Surge entonces, muy concretamente, el problema de que la defensa de estudiosos e intelectuales libres –perseguidos por esos gobiernos autoritarios– puede crear tensiones con las autoridades locales. Una cuestión que, en efecto, se vuelve a plantear en términos especialmente dramáticos en ocasión del golpe chileno de 1973, elegido por su resonancia internacional como evento conclusivo del lapso temporal analizado, y que llevará aparejado un cambio radical en las modalidades de presencia y de acción global de la Fundación hacia América Latina.

En la misma línea, el caso de Puerto Rico, enmarcado en un espacio temporal casi análogo, y también muy relacionado con el miedo a la expansión del ejemplo cubano, se propone desde una óptica esencialmente centrada en la acción estadounidense. Tal vez, precisamente porque Puerto Rico –isla que a partir de 1952 adquiere el ambiguo perfil de “Estado libre asociado”

a Estados Unidos– se amolda a prácticas políticas continuadas, incisivas y duraderas por parte de la potencia norteamericana y refleja consecuentemente su papel protagónico. Es bien sabido que la zona insular caribeña experimenta precozmente, junto con la centroamericana, la presencia del gran vecino del Norte, como demuestra Quesada, pero también es la zona que a lo largo de la Guerra Fría –de la *larga* Guerra Fría en América Latina (Grandin y Joseph, 2010)– se convierte en “el principal teatro de la preocupación geopolítica y económica norteamericana” (Joseph, 2005: 99).

Hace falta destacar que, a diferencia del ensayo precedente, el texto de Hernández, “Puerto Rico y la guerra fría cultural”, utiliza también fuentes locales, en particular prensa de la época, comenzando en parte a reflejar no solo lógicas y modalidades de acción del “imperio cultural” estadounidense, sino también eventuales reacciones y percepciones desde el ámbito latinoamericano.

El autor hace hincapié en cómo, en concomitancia con las políticas económico-sociales de la Alianza para el Progreso de Kennedy y frente a las simpatías de la izquierda del país hacia la revolución castrista, mientras el FBI avanza con intervenciones violentas contra los sectores politizados de la isla, aparece en la prensa local –dirigida por exiliados cubanos anticastro– una serie de noticias basadas en una política de sensacionalismo cultural. Así, relatos de avistamiento de objetos voladores no identificados y animales exóticos no clasificados por la ciencia irrumpen en el terreno de la cultura de masas valiéndose de un imaginario sobrecogedor y distractivo de una eventual movilización política.

El tema de los ovnis, sobre todo en los primeros años 70, adquiere gradualmente resonancia en el imaginario nacional. La producción de mitos e imágenes como marcianos o vampiros –otra variante difundida– estimula constantemente la superposición entre realidad y ficción: la hipótesis de un ataque de carácter extraordinario, manipulada por la prensa, crea en el imaginario popular una mezcla de histerismo y miedo generalizados, que Hernández muestra como evidencia de la fuerte inquietud estadounidense –en relación con los exiliados anticastro– en aras de contener la amenaza de la expansión comunista en el área. El autor muestra cómo la circunstancia que él define como “la obsesión paranoica de los actores entre los bastidores de la Guerra Fría” recurre al discurso científico –el mismo ofrecido por la retórica de la modernidad analizada por Quesada.

Siguiendo el hilo de la diversidad de formas de intervención de Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría y de la Alianza para el Progreso, el trabajo de Fernando Purcell, “El Cuerpo de Paz y la Guerra Fría global en Chile, 1961-1970”, analiza la acción de esos Cuerpos integrados por voluntarios que actuaron en numerosos países de América Latina apoyando iniciativas locales y comunitarias de salud, educación o vivienda, desde los primeros años 60. La iniciativa era tributaria del proyecto de Kennedy para América Latina, en la medida en que se planteaba el desarrollo y el

intercambio locales como formas distintas pero complementarias de la acción diplomática dirigida a crear alternativas al posible avance del comunismo en la región, pero tenía la ventaja de aparecer como una acción gubernamental distanciada de las intervenciones directas y altamente conflictivas, como las llevadas adelante por Estados Unidos en Asia o el Caribe.

Los grandes lineamientos del proceso histórico global son aquí vistos desde la acción de voluntarios estadounidenses involucrados en acciones en pequeñas comunidades rurales y urbanas de Chile. Ello revela que los Cuerpos de Paz fue una iniciativa peculiar, con altos niveles de autonomía, en la medida en que sus integrantes, aun siendo parte de una misión estratégica de Estados Unidos, eran voluntarios veinteañeros con sus propias motivaciones que no encajaban tan fácilmente en las distinciones ideológicas dicotómicas de la época. Así, al observar el tema desde la óptica de los actores, queda en evidencia que no todos ellos estaban tan preocupados por la contención ideológica directa ni funcionaron como simples agentes de la ideología “yanqui”, sino que sus preocupaciones podían ser de índole más social, ligada al desarrollo local de las comunidades donde se desempeñaron, o movidas por el simple espíritu de aventura. De hecho, como señala Purcell, muchos de ellos ni siquiera tenían clara su misión y podrían ser vistos más bien como jóvenes idealistas.

De esta manera, el autor apuesta por un tipo de análisis “microscópico” que al cambiar la escala permita acceder a la “intimidad del conflicto mundial” a través de la observación de espacios locales y cotidianos y de la lógica y experiencia de los actores sociales. Como afirma Purcell, esta aproximación no subestima la importancia de la acción estratégica estadounidense detrás de los voluntarios de los Cuerpos de Paz, ni desatiende el carácter global del conflicto, sino que busca observar su globalidad a nivel local (Ritzer, 2003: 193-194) y en zonas de contacto alejadas de los centros de poder que muestran hasta qué punto el enfrentamiento bipolar puede abordarse de manera descentralizada. En otros términos, no se trata de pensar en una pluralidad de guerras frías, sino de proponer un análisis que pueda complementar e integrar la mirada a “escala humana” y la gran historia de las relaciones internacionales para el explicar el conflicto bipolar.

Un punto importante es el hecho de que si bien la acción de los Cuerpos de Paz fue motivo de denuncias y reacciones latinoamericanas, también fue bienvenida por diversos sectores de la región, ya que estaban en sintonía con otras iniciativas de algunos gobiernos de la época. De hecho, el impacto de los voluntarios en cada país fue resultado también del nivel de articulación y apoyo que recibieron en las instituciones de cada país, oficiales o privadas. Este punto nos conduce a un aspecto central que recorre buena parte de los trabajos de la última parte de este volumen: la apropiación y circulación de los sentidos ideológicos y culturales de la Guerra Fría por parte de diversos sectores de las sociedades latinoamericanas. Creemos que sin contemplar esta dimensión del problema, sería imposible entender el

real impacto y los alcances del conflicto global en América Latina, además de que se correría el riesgo de recaer sobre visiones simplificadoras del rol de Estados Unidos en la región.

Así, la contribución de Ernesto Capello, “Imaginaciones hemisféricas. La Misión Presidencial a América Latina de Nelson Rockefeller en 1969”, vuelve sobre las acciones directas de Estados Unidos pero para mirar el problema desde la óptica de actores estadounidenses y latinoamericanos en su interacción. En su trabajo encontramos nuevamente al indiscutido protagonista de las relaciones culturales interamericanas, ahora gobernador de Nueva York y portavoz de la administración Nixon con la finalidad de crear una nueva política exterior capaz de reemplazar la Alianza para el Progreso. Desde el punto de vista rigurosamente diplomático, el viaje fue considerado un fracaso. Demasiado numerosas fueron las protestas callejeras contra “los yanquis”, la hostilidad manifestada hacia Rockefeller y lo que su apellido representaba, todo ello sometido al consecuente y violento control policial: de hecho, algunos de los choques que se produjeron pueden leerse como una oscura anticipación del terror que se afirmaría sobre el área sudamericana en los años siguientes.

Sin embargo, el sentido de lo que en la sarcástica comparación efectuada por Colby y Dennet (1995) fue definido como el “*Rocky Horror Road Show*”, no se agota con la conclusión de la misión. El viaje genera, en efecto, una intensa correspondencia epistolar enviada al magnate de las finanzas por representantes de las diversas clases medias del subcontinente. Basada en la documentación hallada en los archivos de la fundación Rockefeller, la contribución de Capello propone una reflexión acerca de esta “respuesta latinoamericana” a la misión, de manera de mostrar no tanto la acción estadounidense, sino las formas complejas y variables de la apropiación de los sentidos culturales de la Guerra Fría por parte de sujetos en variados países de la región. Así, del énfasis en la macropolítica se pasa a la preocupación por los actores y de los grandes actores políticos estadounidenses se pasa a pensar la agencia de “sujetos comunes” latinoamericanos.

La lectura propuesta por el autor se enmarca de hecho en una tentativa global de replantear la consolidada categoría de “imperialismo cultural” (Ortiz, 2005; Ortega Suárez y Peñate López, 2006; Austin, 2006), como nos recuerda Rey, más orientada a construir el estudio de las relaciones interamericanas a partir de los centros de poder que desde áreas consideradas “receptores pasivos” de estas políticas. En las últimas décadas han aparecido nuevas tendencias historiográficas que articulan estos paradigmas. De un lado, se producen nuevas y originales lecturas de las “culturas del imperialismo estadounidense” (Pease, 1993; Knight, 2008) y, del otro, surge la intención, que aún se tiene que afianzar, de valorar toda una serie de modalidades con las que los países latinoamericanos reciben y reelaboran determinadas políticas culturales, acogiéndolas en un terreno más o menos fértil según las peculiares características e historias nacionales.

En la actualidad, algunas investigaciones recientes también buscan superar la otra lectura, igualmente monolítica y poco articulada, que se contrapone al modelo del imperialismo cultural, la que afirma desde la óptica latinoamericana la “única opción del rechazo” (Joseph, 2005: 104) de las prácticas hegemónicas. En esta óptica de superación de ambos tipos de interpretaciones lineales, se pretende valorizar una rica gama de matices intermedios, que no representan ni aceptación pasiva ni rebelión incondicional por parte de determinados sujetos sociales. Se trata de préstamos, intercambios, “intersticios”; formas de apropiación de lenguajes, categorías y prácticas, que se colocan en posición, algunas veces hasta ambigua, respecto al poderoso vecino del Norte. Ni sometidas, ni antagónicas, se trata de formas seguramente originales y fuertemente determinadas por los individuos.

En estas áreas grises entre admiración y rechazo, interiorización y reacción respecto a un clima de paranoia global, se coloca el análisis de las cartas del archivo Rockefeller. En relación a los ensayos precedentes, cambia una vez más la modalidad de lectura de las fuentes, ya que a pesar de tratarse del otro coloso de la filantropía norteamericana se abordan documentos escritos de puño y letra por actores latinoamericanos y, por lo tanto, reflejan sus universos de valores.

Se trata de una correspondencia conspicua, cuya matriz puede leerse dentro de un recorrido de larga duración, porque reutiliza los rasgos específicos de un esquema clientelar del que encontramos múltiples ejemplos ya en la época colonial y que se reactualiza con características inéditas en el siglo XX, durante las experiencias populistas de Brasil y Argentina. Las cartas –y también en esto encontramos una similitud con lo analizado por Franco para el caso argentino– apuntan, entre otros aspectos, a formas de contención cotidiana de la amenaza comunista en el subcontinente, constituyendo un eficaz ejemplo de cómo la retórica de la Guerra Fría en muchos casos estuvo profundamente arraigada en los sentidos comunes locales. Representan entonces una expresión de la virtual “cristalización de conciencia hemisférica” difundida en la cultura popular a través de maniqueísmos típicos de la época.

En la misma línea para pensar el problema desde la agencia de los actores latinoamericanos, el ensayo de Marina Franco, “Anticomunismo, subversión y patria”, se acerca aún más a la indicación metodológica propuesta por Rey de construir un análisis crítico sobre la guerra fría cultural “no solo desde una perspectiva centrípeta, sino también desde la «periferia»” y observando una dinámica histórica en apariencia estrictamente nacional. No por casualidad, las fuentes utilizadas proceden de archivos argentinos y son producidas por actores sociales locales.

En el texto interactúan dos niveles argumentativos. El primero es el de una lógica internacional que entra en las dinámicas nacionales, llegando a justificarlas plenamente. La violencia terminológica dirigida hacia el “enemigo interno marxista”, explicitada en las declaraciones de los gobier-

nos peronistas, entre 1973 y 1976, dirigidas, primero, contra los sectores radicalizados del propio movimiento y luego contra las guerrillas peronistas y marxistas, parecería en efecto brindar una implícita confirmación a las afirmaciones de Joseph (2008: 5): “con frecuencia, los Estados Unidos en América Latina utilizaron la lógica de la Guerra Fría, generada fuera de su territorio, para declararse en guerra contra sus propios ciudadanos, para adquirir o mantener el poder, para crear o justificar la existencia de regímenes autoritarios”. El análisis de fuentes hemerográficas y de un fondo de archivo de la época contribuye pues a explicar cómo dinámicas locales funcionaron en plena sinergia con lógicas y tensiones de carácter internacional y bipolar. Según la hipótesis de Franco, las fuerzas políticas argentinas –en este caso el peronismo, pero no exclusivamente– utilizaron los tópicos del conflicto bipolar para sus necesidades internas, mostrando así una apropiación fuertemente instrumental del enfrentamiento global.

Entra por lo tanto en juego un segundo nivel de análisis, entrelazado y complementario del primero y completamente interno al contexto argentino: el grado de *arraigo* de determinados discursos, tanto en términos de profundidad temporal como de difusión social. La autora pretende en efecto demostrar la activa presencia de una serie de construcciones ideológicas específicas de la Guerra Fría como partes sustantivas del lenguaje y de las prácticas de diversos sectores de la sociedad, especialmente en actores políticos no militares y en “ciudadanos comunes” no ligados a las esferas del poder. Así, según el enfoque de este trabajo, “una noción de cultura no limitada a su sentido tradicional permite ver cómo las ideologías de la Guerra Fría permearon las prácticas cotidianas de los sujetos dotando de significado acciones complejas que responden a diversos registros de la vida social”.

Como es sabido, en la aplicación latinoamericana de la Doctrina de la Seguridad Nacional las dictaduras militares de la década de los 70 reprimieron todo movimiento contestatario, y sobre todo a las guerrillas, en nombre de la teoría de la contrainsurgencia, tomada, en buena medida, del Ejército estadounidense y dirigida contra la “subversión marxista”. No obstante, la historiografía tal vez no ha dedicado suficiente atención al análisis de cuántos de estos dispositivos teóricos y estratégicos habían sido aceptados y apropiados por amplios sectores de las sociedades latinoamericanas. En esa tónica, el texto busca demostrar cómo, en el específico contexto argentino, muchas construcciones recurrentes de la ideología militar estaban presentes en los discursos y prácticas de diferentes actores políticos y sujetos “comunes”, antes de la dictadura de 1976. Así el tema del anticomunismo, el temor a la expansión del enemigo marxista, la subversión y la hipótesis de guerra contra un enemigo interno fueron resignificados, por ejemplo, para resolver la conflictividad interna del peronismo en los años 1973-1975. Poco después, esas representaciones ideológicas gozaron de una amplia circulación en el contexto nacional y justificaron plenamente las prácticas represivas del terrorismo de Estado.

De manera parecida a lo demostrado por Capello a través de las cartas examinadas en el archivo Rockefeller, el estudio de Franco brinda una parcial confirmación de cómo esquemas típicamente maniqueístas del contexto bipolar pudieron reflejarse en el lenguaje común. Así, la potencia de la Guerra Fría pudo materializarse a través de las formas en las que el sentido común y la cultura política ordinaria aparecían permeados por cierta paranoia contra el enemigo comunista. Sin duda, uno de los desafíos para el futuro es disponer de una “masa crítica” de contribuciones que muestre cómo, en los términos adoptados por Joseph y Spenser (2008), la Guerra Fría latinoamericana no fue solamente un asunto de políticas e intervenciones gubernamentales y de los actores de las elites, sino también el resultado del “entrelazamiento, a través del lenguaje y de los sistemas simbólicos, con las prácticas sociales cotidianas”.

Para concluir, este libro fue posible por el excelente trabajo de Antonella Sara, que tradujo del italiano al español varios de los textos, y por el financiamiento aportado por el Departamento de Lenguas, Comunicación y Estudios Culturales de la Universidad de Bergamo, Italia, y el Proyecto PIP-Bicentenario 2010-1538, dirigido por Emilio Crenzel y otorgado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.

## Bibliografía

- APPY, C. G. (ed.) (2000), *Cold War Constructions. The Political Culture of United States Imperialism, 1945-1966*, Amherst, The University of Massachusetts Press.
- ARMONY, A. C. (1997), *Argentina, the United States, and the Anti-Communist Crusade in Central America 1977-1984*, Atenas, Ohio University Center for International Studies.
- ARNDT, R. T. (2005), *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington DC, Potomac Books.
- ARNOVE, R. F. (1982), *Philanthropy and Cultural Imperialism. The Foundations at Home and Abroad*, Boston, G. K. Hall & Co.
- AUSTIN, R. (2006), “El buen vecino global: intervención estadounidense en culturas nacionales, 1945-2000”, en R. Austin (ed.), *Imperialismo cultural en América Latina: historiografía y praxis*, Santiago de Chile, CECATP, pp. 65-103.
- BERGER, M. T. (1995), *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press.
- BERGHAIN, V. R. (2001), *America and the Intellectual Cold Wars in Europe. Shepard Stone Between Philanthropy, Academy, and Diplomacy*, Princeton, Princeton University Press.
- BLANEY, H. R. (1900), *The Golden Caribbean: a Winter Visit to the Republics of Colombia, Costa Rica, Spanish Honduras, Belize and the Spanish Main via Boston and New Orleans*, Boston, Lee and Shepard.

- BLASIER, C. (1988), *The Giant's Rival: The URSS and Latin America*, Pittsburgh (PA), University of Pittsburgh Press.
- BUCHELI, M. (2003), “United Fruit Company in Latin America”, en M. Moberg y S. Striffler (eds.), *Banana Wars: Power, Production, and History in the Americas*, Durham (NC), University Press.
- (2005), *Bananas and Business: The United Fruit Company in Colombia: 1899-2000*, Nueva York, New York University Press.
- CALANDRA, B. (2006), *L'America della solidarietà. L'accoglienza dei rifugiati cileni e argentini negli Stati Uniti (1973-1983)*, Roma, Nuova Cultura.
- (2010), “La guerra fría cultural en América Latina. Actores, contextos históricos, perspectivas de investigación. Reseña del seminario internacional”, *Contemporánea: Historia y problemas del Siglo Veinte. Enfoques transnacionales de la Guerra Fría en América Latina*, Montevideo, 1, pp. 231-239.
- (2011), *La guerra fredda culturale. Esportazione e ricezione dell' American Way of Life in America Latina*, Verona, Ombre Corte.
- CARR, R. (1966), *La Guerra Fría*, Buenos Aires, Troquel.
- CARTOSIO, B. (2000), “Politica e cultura della guerra fredda: Mc Carthy, Murrow e la televisione”, *Acoma. Rivista Internazionale di Studi Nordamericani*, 20, pp. 79-96.
- CASTAÑEDA, J. (1993), “Latin America and the End of the Cold War: An Essay in Frustration”, en G. Lundestad y O. A. Westad (eds.), *Beyond the Cold War: New Dimensions in International Relations*, Oslo, Scandinavian University Press, pp. 195-218.
- CHILD, J. (1980), *Unequal Alliance: The Inter-American Military System, 1938-1978*, Boulder (CO), Westview Press.
- COLBY, G. y C. DENNETT (1995), *Thy Will be Done, the Conquest of the Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of Oil*, Nueva York, Harper Collins Publishers.
- CULL, N. J. (2008), *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Cultural Diplomacy, 1945-1989*, Nueva York, Cambridge University Press.
- CULLATHER, N. (1999), *Secret History: The CIA's Classified Account of Its Operations in Guatemala, 1952-1954*, Stanford, Stanford University Press.
- DE GRAZIA, V. (2005), *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe*, Cambridge (MA), Belknap Press of Harvard University Press. [Traducción al español: *El Imperio irresistible*, Barcelona, Belacqua, 2006.]
- DEL PERO, M. (1998), “Gli Stati Uniti e la «guerra psicologica» in Italia (1948-56)”, *Studi storici*, xxxix, octubre-diciembre, pp. 953-988.
- DORFMAN, A. (2002), *Patos, Elefantes y Héroes. La infancia como subdesarrollo (1985)*, Madrid, Siglo XXI.
- DORFMAN, A. y A. MATTELART (1993), *Para leer al pato Donald. Comunicación de masa y colonialismo (1972)*, México, Siglo XXI.
- ELENA, E. (2001), “What the People Want: State Planning and Political Participation in Peronist Argentina, 1946-1955”, *Journal of Latin American Studies*, 37, pp. 81-108.
- FRANCO, J. (2003), *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, Barcelona, Debate.

- GEMELLI, G. (1994), *Big Culture. Intellectual Cooperation in Large-Scale Cultural and Technical Systems. An Historical Approach*, Proceedings of the International Meeting held in Bellagio "Villa Serbelloni", 7-11 septiembre 1992, Bologna, CLUEB.
- (1997), *From imitation to competitive-cooperation: Ford Foundation and management education in Western Europe (1950s-1970s)*, Firenze, European University Institute.
- (1998), *The Ford Foundation and Europe, 1950s-1970s: cross-fertilization of learning in social science and management*, Bruselas, European Interuniversity Press.
- GIUNTA, A. (2005), "Misión imposible. Nelson Rockefeller y la cruzada del internacionalismo artístico", en R. Salvatore (ed.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 185-212.
- GLONDYS, O. (2010), *Guerra fría cultural y exilio republicano español: el caso de Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*. Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Barcelona.
- GRANDIN, G. y G. M. JOSEPH (2010), *A Century of Revolution. Insurgent and Counterinsurgent Violence During Latin America's Long Cold War*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- HIRSHBERG, M. S. (1993), *Perpetuating Patriotic Perceptions: The Cognitive Function of the Cold War*, Westport (CT), Praeger.
- HIXSON, W. L. (1997), *Parting the Curtain: Propaganda, Culture, and the Cold War, 1945-1961*, Nueva York, St. Martin's Griffin.
- JOSEPH, G. M. (2004), "Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: la nueva relevancia de América Latina en los estudios sobre la Guerra Fría", en D. Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS-Porrúa, pp. 67-92.
- (2005), "Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina", en R. Salvatore (ed.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 89-120.
- JOSEPH, G. M., C. LEGRAND, y R. SALVATORE (eds.) (1993), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- JOSEPH, G. M. y D. SPENSER (eds.) (2008), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- KEPNER, C. D. (1935), *The Banana Empire: A Case Study of Economic Imperialism*, Nueva York, Vanguard Press.
- KLARE, M. T. y C. ARNOLD (1979), "Exporting Repression: U.S. Support for Authoritarianism in Latin America", en R. Fagen (ed.), *Capitalism and the State in U.S.-Latin American Relations*, Stanford, Stanford University Press, pp. 138-168.
- KNIGHT, A. (2008), "US Imperialism/Hegemony and Latin American Resistance", en F. Rosen (ed.), *Empire and Dissent. The United States and Latin America*, Durham-Londres, Duke University Press, pp. 23-52.
- KORNBLUH, P. (2004), *The Pinochet File. A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, National Security Archive- New Press.
- MARCHESI, A. (2006), "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a finales de los sesenta", *EIAL, Estudios Interdisciplina-*

- rios América Latina y Caribe. Cultura y política en América Latina en los años sesenta*, XVII, 1, enero-junio, disponible online en: <www1.tau.ac.il>.
- MEDHURST, M. J., R. L. IVIE y P. WANDER (1990), *Cold War Rhetoric: Strategy, Metaphor and Ideology*, Nueva York, Greenwood Press.
- MONTERO JIMÉNEZ, J. A. (2009), "Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)", *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 63-95.
- MUDROVICIC, M. E. (1997), *Mundo nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- NIÑO, A. (2009), "Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional", *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 25-61.
- ORTEGA SUÁREZ, J. y O. PEÑATE LÓPEZ (2006), "El Imperialismo en lo Cultural y Los Pueblos de América Latina", en R. Austin (ed.), *Imperialismo Cultural en América Latina: historiografía y Praxis*, Santiago de Chile, CECATP, pp. 1-23.
- ORTIZ, R. (2005), "Revisitando la noción de imperialismo cultural", en R. Salvatore (ed.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 37-54.
- OSGOOD, K. A. (2002), "Hearts and Minds: The Unconventional Cold War", *Journal of Cold War Studies*, 2, pp. 85-107.
- PEASE, D. E. (1993), "New Perspectives on U.S. Culture and Imperialism", en A. Kaplan y D. E. Pease (eds.), *Cultures of United States Imperialism*. Durham (NC)-Londres, Duke University Press, pp. 22-37.
- POOLE, D. (1998), "Landscape and the Imperial Subject. U.S. Images of the Andes, 1859-1930", en G. M. Joseph, C. LeGrand y R. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press, pp. 107-138.
- PRATT, M. L. (1997), *Ojos imperiales. Literatura de viaje y transculturación*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- RITZER, G. (2003), "Rethinking Globalization: Glocalization/Globalization and Something/Nothing", *Sociological Theory*, vol. 21, N°3, pp. 193-209.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, F. J. (2010), *¿"Antídoto" contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-69*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.
- ROSTOW, W. W. (1960), *The Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto*, Cambridge (MA), Cambridge University Press.
- SALVATORE, R. (ed.) (2005), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- (2006), *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SANTISTEBAN FERNÁNDEZ, F. de (2009), "El desembarco de la Fundación Ford en España", *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 159-191.
- SANTORO DOMINGO, P. (2004), "La deriva de la sospecha: conspiraciones, ovnis y riesgos", *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 9, disponible online en: <www.ucm.es>.
- SMITH, P. (2000), *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations*, Nueva York, Oxford University Press.
- SPENSER, D. (ed.) (2004), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS-Porrúa.



- STONOR SAUNDERS, F. (1999), *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*. Nueva York, The New Press. [Traducción al español: *La CIA y la guerra fría cultural*, Barcelona, Debate, 2001.]
- STRIFFLER, S. (2002), *In the Shadows of State and Capital: The United Fruit Company, Popular Struggle, and Agrarian Restructuring in Ecuador, 1900-1995*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- UPHAM ADAMS, F. (1914), *Conquest of the Tropics: The Story of the Creative Enterprises Conducted by the United Fruit Company*, Nueva York, Doubleday.
- WALKER, J. W. G. (1902), *Ocean to Ocean: An Account Personal and Historical of Nicaragua and its People*, Chicago, McClurg.
- WHITFIELD, S. J. (1991), *The Culture of the Cold War*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

PRIMERA PARTE

UNA PERSPECTIVA GENERAL

## **La Guerra Fría en América Latina: reflexiones acerca de la dimensión político-institucional\***

*Raffaele Nocera*

En el presente ensayo intentaré describir, en grandes líneas, la dimensión político-institucional de la Guerra Fría en las Américas. Por razones de espacio, focalizaré la atención solo en algunas fases o eventos comprendidos entre el final de la Segunda Guerra Mundial y mediados de la década de los 60, suficientes, a mi parecer, para comprender la evolución de las relaciones interamericanas durante la segunda mitad del siglo XX y, sobre todo, la conducta de Estados Unidos en el subcontinente.

Adelantando aquí las conclusiones, voy a señalar dos aspectos: en primer lugar, que en el contexto del mundo bipolar, la Casa Blanca se consagró a hacer el continente “seguro” frente a la amenaza del comunismo internacional; en segundo lugar, que, en una óptica de largo plazo, el imparable ascenso de Estados Unidos en el ámbito continental no encontró grandes obstáculos desde 1898 hasta la primera mitad del siglo XX, mientras que después tuvo que ajustar cuentas con fuertes contrastes con los vecinos del Sur, a pesar de los condicionamientos planteados precisamente por la Guerra Fría y una sustancial subalternidad política, militar, económica y cultural del área latinoamericana.

Quiero destacar también que la política del “buen vecino” –que orientó la conducta de Estados Unidos en el área latinoamericana desde los años 30 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial– fue sustancialmente arrinconada y sacrificada en aras de la Guerra Fría, que por cuarenta años condicionó las opciones no solo de Washington, sino también de los Estados latinoamericanos y de los actores políticos nacionales.<sup>1</sup> En estos años, la

\* Traducción del italiano: Antonella Sara. Revisión: Benedetta Calandra y Marina Franco.

1. Exceptuando los estudios sobre casos nacionales, eventos particulares (sobre todos la Revo-

Revolución Cubana representó un momento de ruptura, mientras el auge de la fuerte polarización política, continental e interna de cada país se registró en la época de las dictaduras militares.

### Las repercusiones de la guerra en el continente americano

Para Estados Unidos, la Segunda Guerra Mundial se acabó con un balance más que alentador también en América Latina.<sup>2</sup> Si se exceptúan las contrariedades debidas a la conducta de la Argentina, y en menor medida de Chile, que fueron los últimos países en interrumpir las relaciones diplomáticas con los países del Eje y en adherir a la causa aliada, ya a partir de 1942, es decir después del ataque de Pearl Harbor, la Casa Blanca había ampliado su control sobre todo el continente americano. Al lado de las naciones centroamericanas y caribeñas, bajo la hegemonía norteamericana ya a partir del comienzo del siglo XX, entraron en la órbita estadounidense también todos los otros países, incluidos los mayores y más importantes.

Un primer esbozo del nuevo orden americano fue oficializado en la Conferencia Interamericana de Chapultepec sobre los problemas de la guerra y la paz, que se celebró entre el 15 de febrero y el 8 de marzo de 1945. Los documentos más importantes fueron el Acta de Chapultepec, que sentaba el principio de que una agresión contra un Estado americano tenía que considerarse como un ataque a todos los países miembros, requiriendo a este fin una respuesta colectiva; y la Declaración de México, que enunciaba que la paz y la democracia tenían que conformar las relaciones entre las naciones de la comunidad americana definiendo además los principios esenciales de la no intervención.

En resumidas cuentas, a pesar que los Estados latinoamericanos se comprometieron en San Francisco a garantizar su respaldo (una de las

lución Cubana) o sobre administraciones estadounidenses específicas (o, también, los trabajos sobre las relaciones interamericanas en el largo plazo), no existe una amplia producción historiográfica sobre la Guerra Fría en América Latina, sobre todo no hay trabajos que ofrezcan una visión global. El único estudio con estas características fue por mucho tiempo el de Parkinson (1974), que resulta demasiado amoldado a las posiciones norteamericanas. Recientemente, han contribuido a llenar esta laguna fundamental el detallado libro de Brands (2010) y el otro, más conciso pero igualmente completo, de Rabe (2011). Un reexamen de los principales nudos de la Guerra Fría, a la luz de las últimas tendencias historiográficas, lo encontramos, en cambio, en la colección de ensayos dirigida por Joseph y Spenser (2007). Es preciso, en fin, remitir a los trabajos dedicados a América Latina presentes en los tres volúmenes bajo la dirección de Leffler y Westad (2010) de *The Cambridge History of the Cold War*, y siempre al trabajo de Westad (2005).

2. Sobre los años de la Segunda Guerra Mundial, se pueden consultar Humphreys (1981-82), y la más reciente colección de ensayos dirigida por Leonard y Bratzel (2007). En italiano permitanme remitir a Nocera (2004).

prioridades de Washington), Chapultepec puso de manifiesto las profundas divisiones existentes entre la Casa Blanca y sus aliados meridionales con respecto a la redefinición del sistema internacional (e interamericano). Se enfrentaban intereses estratégicos diferentes y dos visiones opuestas: una que podríamos definir como universal, por parte de Estados Unidos, y otra de tipo regional propia de las naciones del Sur, sintetizable en la prioridad de los asuntos continentales respecto de los mundiales. El acuerdo decretado en la conferencia de las Naciones Unidas celebrada en San Francisco –y que todos los países periféricos consideraban muy importante– fue recogido en los artículos 51 y 52 de la Carta de las Naciones Unidas, que reconocían la formación de organizaciones regionales. Esto representó el único resultado digno de mención alcanzado por las repúblicas del subcontinente. Hace falta decir, además, que éstas no consiguieron proponerse como un bloque continental compacto, aunque representaban casi la mitad de los miembros fundadores.

El cuadro esbozado hasta el momento no pone en tela de juicio el hecho de que América Latina era aún considerada de gran importancia estratégica y económica por Estados Unidos, que continuaba trabajando para la defensa y el fortalecimiento de la solidaridad hemisférica. Y no podía ser de otra manera, visto que la región estaba dentro de su esfera de influencia: constituía el principal mercado de exportación e importación y representaba, después de Canadá, la zona más importante para las inversiones de capitales estadounidenses, y también era numéricamente relevante dentro de la ONU.

Sin embargo, a esta importancia correspondió una escasa atención en términos militares y económicos,<sup>3</sup> atribuible al hecho de que, por un lado, el subcontinente todavía no entraba en las miras expansionistas de Moscú y, por el otro, la Casa Blanca había decidido apuntar estratégicamente sobre Europa y Extremo Oriente.

Aún más importante fue que, al final de la guerra, Estados Unidos se había convertido en una potencia mundial con intereses y preocupaciones globales.<sup>4</sup> La nueva orientación se reflejó en la Unión Panamericana, dado que las soluciones concertadas del pasado fueron abandonadas y ésta se estructuró como instrumento estadounidense en el enfrentamiento con el bloque socialista. Ya la Conferencia de Río de Janeiro, celebrada del 15 de agosto al 2 de septiembre de 1947, sirvió para orientar al organismo en el

3. Sobre la asistencia económica y militar de los primeros años de la segunda posguerra, cfr. respectivamente Rabe (1978) y Pach (1982). Por una relación más detallada de los vínculos de naturaleza militar, cfr. Child (1980).

4. Sobre los años a caballo entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría, véanse las misceláneas bajo la dirección de Bethell y Roxborough (1992) y Rock (1994). Respecto a las repercusiones de la Guerra Fría en América Latina, cfr. Trask (1987).

contexto de la Guerra Fría, en cuanto Washington consiguió que los Estados miembros aceptaran la Inter-American Treaty of Reciprocal Assistance (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, TIAR), un pacto militar regional con rasgos defensivos que preveía la actuación de medidas coercitivas conjuntas contra cualquier agresión. Se incorporaba el principio ya expresado en Chapultepec según el cual un ataque contra un Estado americano sería considerado como un ataque contra todos los países miembros.

El tratado preveía, además, un sistema de defensa colectivo también contra una agresión que no se caracterizara como un “ataque armado”. En caso de agresión, se convocaría un órgano de consulta delegado para decidir, con mayoría de dos terceras partes, qué tipo de asistencia colectiva brindar. Las respuestas posibles contempladas eran la retirada de los jefes de misión, la ruptura de las relaciones económicas y diplomáticas y el uso de la fuerza militar. Todos los Estados tenían la obligación de cooperar, pero nadie sería obligado a usar la fuerza. El tratado incluía cláusulas de coordinación con Naciones Unidas, haciendo, de todas formas, hincapié en el derecho de auto-defensa colectiva e individual. Sin embargo, aunque el acuerdo facilitaba un marco político, no preveía el militar, porque no se creaba un mando integrado u otros órganos de coordinación.

En la IX Conferencia Panamericana, celebrada en Bogotá, del 30 de marzo al 2 de mayo de 1948, el tema más importante en la agenda fue la redacción de la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA). Sin embargo, la cuestión del comunismo internacional jugó un papel mucho más relevante. En efecto, la delegación estadounidense presentó una moción contra el comunismo, que se transformó en la resolución N° 32 del Acta Final de Bogotá, bajo el lema “Preservación y defensa de la democracia en América”.

Otro resultado relevante de la conferencia fue la firma de la Carta de la Organización de los Estados Americanos. Esta última confería, por primera vez en la historia continental, un carácter institucional al sistema panamericano (Sheinin, 2000). No obstante, el nacimiento de la OEA no acabó con las incompreensiones acumuladas en los primeros años de la posguerra entre Estados Unidos y naciones latinoamericanas, ni favoreció una mayor convergencia de puntos de vista en relación al futuro del sistema regional. Los países del subcontinente auspiciaban que la nueva realidad favoreciera una mayor igualdad entre las naciones americanas, proponiéndose como un nuevo instrumento para su desarrollo económico. Pero esta aspiración chocaba con el significado que, al contrario, la Casa Blanca asignaba al naciente organismo, considerado esencialmente una agencia de defensa colectiva.

## La lucha contra el comunismo

Ya desde principio de los años 50, en los círculos políticos estadounidenses implicados en la gestión de los asuntos en el hemisferio estaba muy difundida la opinión de que si la amenaza del comunismo en América Latina aumentaba, la Casa Blanca no debería vacilar en abandonar el principio de la no intervención con la finalidad de derrocar gobiernos democráticamente elegidos, culpables de ser “débiles” con los “rojos”. Sería suficiente la “penetración” de los comunistas o un programa de reformas sociales, o también la tolerancia hacia los sindicatos o los movimientos políticos de izquierda para amenazar los intereses estratégicos y económicos del poderoso vecino del Norte.

Es notorio que durante la Guerra Fría la política exterior estadounidense subordinó toda cuestión al enfrentamiento con la Unión Soviética. En el subcontinente, cada vez que un gobierno o un movimiento de liberación nacional trabajó para atenuar las evidentes injusticias sociales mediante la promulgación de programas “progresistas”, en Washington se alarmaron ante lo que consideraban el “peligro rojo”. Etiquetando todo cambio social como “inspirado por los comunistas”, Estados Unidos buscaba una justificación para sus consiguientes acciones. Dependiendo de la situación y de la importancia relativa de cada país, estas contramedidas incluían: campañas de información o contrainformación; programas de contrainsurgencia; chantajes económicos; “estado de guerra subliminal”; ayudas militares de todo tipo a los regímenes fieles; maniobras navales intimidantes; y, como *ultima ratio*, apoyo a levantamientos armados o intervención militar directa. La administración Truman (1945-1953) y después la de Eisenhower (1953-1961) intentaron, por lo tanto, bloquear en sus comienzos o intervenir duramente en todo tipo de cambio político-social indeseado.<sup>5</sup> Frente al peligro, Washington actuó sistemáticamente para volver al anterior statu quo económico y social. No se contemplaron otras opciones.

Dwight D. Eisenhower pareció tener intenciones inmediatas de imponer un vuelco en las relaciones con las naciones del subcontinente, sobre todo en lo que se refería a la lucha contra el comunismo. En marzo de 1953, su administración anunció los lineamientos de su política regional a través de un documento preliminar (NSC 144/1) casi exclusivamente enfocado en las repercusiones que la Guerra Fría, el supuesto expansionismo internacional de la Unión Soviética y la subversión dentro de cada país producían en el hemisferio occidental.

El primer documento político sobre América Latina del nuevo gobierno

5. Sobre los años de Eisenhower, véase Rabe (1988); por lo que se refiere a Truman, en cambio, Schwartzberg (2003).

definía la solidaridad como objetivo clave de las relaciones interamericanas. Estados Unidos intentaría alinear a los vecinos meridionales en la lucha contra la Unión Soviética a nivel mundial y la subversión del comunismo internacional a nivel continental. Con vistas a fortalecer la cooperación, la administración Eisenhower ofrecería, en el bienio 1953-1954, financiación y asistencia militar a los regímenes latinoamericanos anticomunistas, incluidos los dictatoriales. La Casa Blanca también se dedicaría a derribar el gobierno democráticamente elegido en Guatemala.

Washington esperaba que los países latinoamericanos respaldaran su posición en las Naciones Unidas, eliminaran la amenaza interna comunista u “otras formas de subversión antiestadounidense” y continuaran produciendo materiales estratégicos y cooperaran activamente en la defensa del hemisferio. Finalmente, el informe reflejaba también la frustración de los dirigentes de la administración estadounidense ante la supuesta debilidad e irresponsabilidad de los gobernantes latinoamericanos en la lucha contra el comunismo internacional. Por este motivo, la administración tenía que evaluar nuevamente su compromiso de no intervención y las obligaciones contraídas suscribiendo la Carta de la OEA. Basándose en los supremos intereses de la seguridad nacional, Estados Unidos tendría, en efecto, que volver al pasado, contemplando nuevamente la posibilidad de actuar unilateralmente, a pesar de que esa conducta podía representar una violación de los compromisos asumidos hasta aquel momento.

Sentadas estas premisas, la Casa Blanca se lanzó al el reto de “erradicar” el comunismo de las Américas. Un papel clave, en este sentido, fue desempeñado por la tristemente célebre Escuela de las Américas (Gill, 2004), la academia militar creada en 1949, ubicada antes en Panamá y después en Fort Benning, y trágicamente conocida como la fábrica de los dictadores latinoamericanos. De ahí, en efecto, salieron muchos de los generales golpistas que ensangrentarían el continente en las décadas siguientes. Rápidamente, los militares locales se convirtieron en los más fieles aliados y amigos de Estados Unidos. Como los militares gobernaban o “gestionaban” por interpósita persona muchas naciones latinoamericanas, esta amistad era fundamental para Washington.

Colocado en el contexto de la Guerra Fría, el funcionamiento del sistema americano era bastante simple para Estados Unidos. Se trataba de mantener el continente seguro de la amenaza del comunismo internacional y transformar el panamericanismo en una alianza anticomunista. Eisenhower y sus consejeros estaban convencidos de que los comunistas podían fácilmente penetrar en las instituciones políticas y sociales de cada nación latinoamericana. En el bienio 1953-1954 estimaron que esta situación había llegado a su límite en Guatemala, con un presidente convertido en instrumento de los comunistas. Según los analistas norteamericanos, agentes liderados por la URSS iban organizándose para subvertir el país y convertirlo en una cabeza de puente del imperialismo soviético en América Latina. Dos fueron

las etapas para desestabilizar y derrocar al coronel Jacobo Arbenz Guzmán, en el poder desde 1951: la décima Conferencia Interamericana celebrada en Caracas, en marzo de 1954, y la invasión de un cuerpo de contrarrevolucionarios entrenado por la CIA.

Respecto a la primera, la conferencia tenía que ocuparse principalmente de los asuntos económicos, pero Estados Unidos los colocó en segundo plano, sacrificándolos en aras de la decididamente más importante irrupción de la Guerra Fría en el hemisferio occidental. Presionada por la Casa Blanca, la conferencia puso al orden del día la discusión de una resolución que preveía una acción continental contra el comunismo internacional. Washington consideraba su aprobación extremadamente importante porque, sin decirlo abiertamente, legitimaría una futura intervención en Guatemala. Después de dos semanas de debate, el documento –conocido como Declaración de Caracas– fue aprobado por diecisiete votos a favor, uno en contra (Guatemala) y dos abstenciones (Argentina y México).

Pero en Caracas no todas las cosas se habían desarrollado bien para la delegación estadounidense. Los gobiernos latinoamericanos no boicotearían tan fácilmente a Guatemala y, visto que ese compromiso no estaba incluido en la resolución, no participarían en un plan de invasión. Además, el documento no contemplaba la intervención inmediata: en lugar de prever un mecanismo de acción rápida, la resolución se limitaba, en efecto, a recomendar la convocatoria a una reunión consultiva. Resumiendo, los Estados del subcontinente rechazaban la visión de la administración Eisenhower según la cual el comunismo en América Latina constituía una agresión externa. La hostilidad de los latinoamericanos a la línea estadounidense procedía también de la firme voluntad de defender el principio de la no intervención, principio para nada mellado por la sucesiva intensificación de las presiones de Estados Unidos contra Guatemala. Desde el punto de vista de Washington, por lo tanto, no quedaba otra opción que intervenir, pero tenía que hacerlo sin menoscabar la susceptibilidad de los miembros meridionales, sin violar el principio de la no intervención y sin perjudicar la Carta de la OEA. La solución adoptada fue una operación encubierta.<sup>6</sup>

La invasión tuvo lugar el 18 de junio de 1954, cuando cerca de doscientos exiliados, liderados por el teniente coronel Carlos Castillo Armas y entrenados por la CIA en Honduras y Nicaragua, atravesaron la frontera entre Guatemala y Honduras. Los contrarrevolucionarios aprovecharon sobre todo el impacto psicológico de la operación. La inteligencia estadounidense consideraba que en el caso de haber una reacción por parte del Ejército guatemalteco, este no tendría muchas chances de victoria. Para suplir su

6. Sobre el golpe de 1954 en Guatemala, se remite a Immerman (1982); Gleijeses (1991); Cullather (1999); Schlesinger y Kinzer (1999); Streeter (2000).

debilidad, la CIA desarrolló una intensa campaña de propaganda, de modo que la población guatemalteca creyera que la lucha iba a ser cruenta y extensa; recurrió al bombardeo de la capital (realizado por aviones estadounidenses que partían desde la cercana Nicaragua) y finalmente controló el espacio aéreo nacional. Sin embargo, fue determinante la decisión del Ejército de no intervenir en defensa del gobierno Arbenz. Al contrario, los militares obligaron al presidente a dimitir. Sustancialmente aislado frente a un plan interno e interamericano, al presidente no le quedó otra opción que dejar el cargo pasando el poder, el 27 de junio de 1954, a una junta militar. El hombre de la CIA, el coronel Castillo Armas, se convirtió en el presidente. En menos de nueve días, el gobierno de Arbenz, democráticamente elegido, fue derrocado: siguió una dura represión interna de los comunistas guatemaltecos y de todos los “subversivos” presentes en el país, la supresión de la mayoría de los sindicatos y la abolición de casi todas las medidas promulgadas durante la época reformista.

Clausurado el capítulo Guatemala, las relaciones interamericanas testimoniaron una nueva ofensiva de la parte latinoamericana respecto de la cooperación económica continental. Pero debido a las resistencias de Washington, no se pudo ir más allá de un genérico compromiso para la mejora de las relaciones económicas interamericanas. Frente a esta indiferencia estadounidense, el descontento cundió en la región. Al mismo tiempo, se acentuaba también el sentimiento antinorteamericano como lo verificaría, al final de los años 50, el vicepresidente Richard M. Nixon (1969-1974). En ocasión de su visita a Buenos Aires para participar en los actos de investidura del nuevo presidente argentino, Arturo Frondizi, Nixon decidió llevar a cabo un viaje de “buena voluntad” a otros siete países latinoamericanos. Pero en todos lados fue acogido de manera fuertemente hostil y la visita fue marcada por repetidas y violentas manifestaciones callejeras de protesta (McPherson, 2003).

## La Revolución Cubana

Examinando nuevamente a posteriori los acontecimientos que siguieron a la caída de Arbenz en Guatemala hasta la afirmación de la Revolución Cubana, se puede concluir que la intervención de la CIA tuvo efectos contradictorios para la Casa Blanca. A corto plazo, conllevó la remoción de un gobierno considerado hostil y puso en guardia a todas las capitales latinoamericanas sobre el grado de determinación de Washington en la lucha contra el comunismo en el continente americano. A mediano y largo plazo, al contrario, produjo consecuencias indeseadas e inesperadas: creó un exceso de confianza con respecto a las operaciones encubiertas (que se reveló desastroso en ocasión de la invasión de Cuba en 1961) y fomentó la radicalización de varios grupos y personalidades latinoamericanas unidos

por un fuerte sentimiento nacionalista y antiimperialista (es decir, antiestadounidense). De nada valió la advertencia del viaje de Nixon de 1958, porque aunque el resultado del evento aconsejara a la Casa Blanca mantener una actitud de tímido apoyo a las reformas políticas y sobre todo económicas, no la indujo ciertamente a aceptar el nacionalismo y el no-alineamiento. Estados Unidos se dejó así sorprender por los eventos cubanos que, más allá de las repercusiones político-económicas para la isla y del cambio de las históricas relaciones cubano-estadounidenses, introdujeron un elemento de novedad: las reales ambiciones de la Unión Soviética en América Latina –aspecto que hasta entonces estaba confinado al campo de la retórica y de la propaganda de las administraciones Truman y Eisenhower.

En efecto, la revolución castrista hizo disparar rápidamente las miras de Moscú en vistas de poder finalmente entrar en el hemisferio occidental,<sup>7</sup> para después gradualmente liderar la corriente latinoamericana de aquel movimiento de liberación nacional que, en Asia, África y Oriente Medio, ya había puesto sobre alarma a los gobiernos occidentales. Antes de 1960, el Kremlin consideraba esta perspectiva muy remota en América Latina. Aquí Washington ejercía un dominio incontrastable bajo todos los puntos de vista y esta situación era aceptada y considerada inmutable por la URSS. En cierto sentido, los dirigentes soviéticos consideraban el subcontinente con una suerte de “fatalismo geográfico” que lo entregaba a la influencia de su antagonista. No es casualidad que al comienzo de los años 60 Moscú tuviera relaciones diplomáticas solo con la Argentina, México y Uruguay. La revolución castrista modificó drásticamente la situación.<sup>8</sup>

Desde el punto de vista estadounidense, la administración Eisenhower no tenía ninguna intención de secundar a Castro y su reformismo, al contrario de lo que hizo en otros lugares (por ejemplo, en Egipto con Nasser). El objetivo era orientar las opciones del líder cubano, pero subestimaron su habilidad, temperamento y firmeza tanto como el evidente consenso popular del que gozaba la Revolución y el fuerte sentimiento antiestadounidense acumulado durante la dictadura corrupta y filo-norteamericana de Fulgencio Batista.

La actuación llevada a cabo por Estados Unidos fue influenciada por muchos factores y entre estos un papel importante seguramente lo desempeñó la geografía, es decir la extrema cercanía de Cuba a las costas norteamericanas de Florida. No era tolerable una Revolución a tan solo noventa millas

7. Sobre la penetración de la Unión Soviética en el hemisferio occidental, el trabajo de Blasier (1988) todavía no ha sido superado.

8. Sobre la Revolución Cubana y el subsiguiente deterioro de las relaciones con Estados Unidos solo hay la dificultad para elegir entre la bibliografía existente. No siendo posible explayarse al respecto, se remite a Paterson (1994).

del territorio nacional, y por si fuera poco en medio del Golfo de México, zona históricamente hipersensible en términos estratégicos y de seguridad nacional. Pero había razones más tangibles, es decir los cuantiosos intereses económicos: hasta 1959 Cuba era de hecho una prolongación caribeña de Estados Unidos, donde los capitales norteamericanos se llevaban la parte del león, desde las refinerías de azúcar hasta los servicios públicos, desde los bancos hasta el sector turístico. El propósito del líder cubano era nacionalizar gran parte de estas propiedades, mientras que la Casa Blanca no tenía ninguna intención de quedarse sin hacer nada.

Castro no era comunista cuando entró triunfante en La Habana en enero de 1959. Al contrario, las relaciones con el partido comunista local, durante la fase de guerrilla, se habían caracterizado por un recelo recíproco. La Revolución Cubana nació con una inspiración fuertemente nacionalista y antiimperialista, no marxista. Fidel abrazó el marxismo, llevando al país a la órbita soviética, solo a partir de 1961, cuando las relaciones cubano-estadounidenses se deterioraron irreparablemente a causa de una escalada de eventos. Por un lado, a causa de la decisión de La Habana de llevar a cabo el programa revolucionario sin vacilaciones (en particular la reforma agraria y las nacionalizaciones); por otro, por la firme voluntad de Washington de no reconocer cambio alguno y contrarrestar con todos los medios a su disposición el radicalismo castrista, en un principio mediante el estrangulamiento de la economía cubana (que culminó con el embargo comercial contra la isla a partir de octubre de 1961), el respaldo a las facciones de los contrarrevolucionarios y el aislamiento diplomático, y después con un plan de invasión, varios intentos de asesinar a Castro y planes de intervención armada que nunca se concretaron.

En marzo de 1960, Eisenhower dio su autorización a la CIA para estudiar un plan con el fin de derrocar a Castro. Pero la responsabilidad de la invasión de Cuba (que tuvo lugar en Bahía de Cochinos en abril de 1961) recayó en el nuevo presidente, John F. Kennedy (Kornbluh, 1998). Éste aceptó el plan considerándolo como un remedio inmediato para deshacerse del líder cubano. Como es ampliamente conocido, fue un fracaso total, un desastre para Estados Unidos.

No consiguiendo remover el régimen revolucionario por la fuerza, Washington recurrió al aislamiento diplomático. Las fuertes presiones sobre los miembros meridionales llevaron, en enero de 1962, durante la Conferencia Interamericana de Punta del Este (Uruguay), a la expulsión de la isla caribeña de la OEA (a pesar de la abstención de los países más importantes). En 1964, en cambio, todas las repúblicas latinoamericanas –a excepción de México– rompieron relaciones diplomáticas con Cuba (Estados Unidos ya lo había hecho en 1961) y cesaron sus relaciones comerciales con La Habana (excluyendo los intercambios por razones humanitarias).

El punto más crítico en las relaciones cubano-estadounidenses se alcanzó, como es notorio, en octubre de 1962, en ocasión del acontecimiento

que pasó a la historia como la crisis de los misiles<sup>9</sup> y que tuvo origen en el pedido de ayuda militar presentado por La Habana a Moscú. Los soviéticos ofrecieron hombres, equipamientos militares y, sobre todo, la instalación de misiles balísticos de mediano alcance (con cabezas nucleares) en el territorio cubano. Después del descubrimiento de los misiles por parte de aviones espía norteamericanos el 22 de octubre, la administración Kennedy reaccionó decretando el bloqueo naval contra Cuba e impidiendo que los barcos soviéticos llegaran a la isla. Luego exigió al Kremlin la remoción de los misiles ya instalados. Tras intensas y frenéticas tratativas diplomáticas, las dos superpotencias decidieron dar un paso atrás. Moscú aceptó retirar los misiles y Washington se comprometió a no agredir a Cuba en el futuro (en fin de cuentas, el único logro de los soviéticos) y desmantelar, en base a un acuerdo secreto cumplido solo en parte, sus misiles de Turquía.

### La intervención estadounidense en República Dominicana

En la República Dominicana, el final de la despiadada dictadura de Rafael Leónidas Trujillo (1930-1961) no coincidió con la afirmación de un gobierno democrático ni significó el definitivo cierre de la larga época de atrocidades y violencias que había caracterizado al régimen precedente. Menos aún se tradujo en una relajación de la situación de histórica dependencia de Estados Unidos. La huella dejada por aquella triste página de la historia nacional estaba todavía demasiado viva y fuerte como para no influir sobre amplios sectores de la clase dirigente y militar nacional. Así, el país continuó profundamente desgarrado en el plano político y fue poco útil para Estados Unidos deshacerse de Trujillo (su asesinato en 1961 había tenido el beneplácito de Washington). Al contrario, después del final de la sanguinaria dictadura, la Casa Blanca se planteó el problema de dar un semblante democrático a la vida política dominicana para demostrar –en función anticubana– que estaba en contra de los regímenes autoritarios. Existía, además, el riesgo de que el periodo posterior a Trujillo pudiera llevar a la formación de un gobierno demasiado reformista, no en línea con la política de firmeza y contención del comunismo perseguida en aquel entonces por la Casa Blanca que, en América Latina, se tradujo en el objetivo de evitar una “segunda Cuba”. Resumiendo, Estados Unidos no podía permitirse que el sistema político dominicano reprodujera al sucesor del tirano. Hacía falta orientar la evolución política interna. Inicialmente, las riendas del país fueron tomadas por un Consejo de Estado con la tarea de garantizar la

9. Sobre la crisis de los misiles, cfr. Garthoff (1989); Brugioni (1991); Chang y Kornbluh (1992); Nathan (1992); Blight, Allyn y Welch (1993); y May y Zelikow (1997).

pacífica transición hacia la constitución de un nuevo gobierno. Después de algunos motines callejeros, que obligaron a la Casa Blanca a enviar fuerzas navales a largo de las costas de la isla, la administración Kennedy promovió la convocatoria a las elecciones presidenciales que se celebraron en diciembre de 1962 decretando la victoria del escritor Juan Bosch. El nuevo presidente presentó al país un programa de gobierno progresista, centrado en la reforma agraria, algunas nacionalizaciones y una más decidida acción de política social, manteniendo, al mismo tiempo, la puerta abierta a las inversiones extranjeras e incentivando la empresa privada. En fin, el gobierno declaró que no quería continuar con el ostracismo y la represión de los comunistas. En Washington, estas propuestas fueron juzgadas demasiado radicales y Bosch fue en seguida etiquetado como comunista y cercano a Castro. La pronta respuesta de la administración Kennedy fue el recorte de las ayudas económicas a la República Dominicana.<sup>10</sup> La hostilidad de la Casa Blanca fue suficiente para alimentar la insatisfacción de la corriente de derecha de los militares que, a tan solo siete meses de la ascensión a la presidencia de Bosch, efectuó un golpe de Estado. Sin embargo, tampoco el nuevo gobierno provisorio liderado por civiles, pero bajo la tutela de los altos mandos, duró mucho. En abril de 1965, el país fue nuevamente teatro de violentas protestas populares que rápidamente desembocaron en una revolución llevada a cabo por fuerzas militares (cuadros subalternos y progresistas del Ejército) y partidarios del partido del presidente destituido (Partido Revolucionario Dominicano) con el apoyo de estudiantes, trabajadores urbanos y sectores de la clase media. Los insurgentes, que pretendían devolver el poder a Bosch, consiguieron provocar la caída del gobierno fantoche liderado por Donald Reid Cabral. A estas alturas, Estados Unidos despejó toda hesitación al respecto e intervinieron militarmente para resolver la guerra civil y restablecer el orden.<sup>11</sup> La Casa Blanca desplegó todos los medios a su disposición: después de alentar (y asistir con la asignación de nuevos equipamientos) a los militares trujillistas para que reaccionaran para derrotar a los insurrectos, envió a quinientos *marines* (en total hubo veintitrés mil soldados de la Marina y del Ejército estadounidenses en territorio dominicano durante aquellos días) oficialmente para garantizar la seguridad de los ciudadanos estadounidenses, mientras el personal de la CIA presente en la isla asumió la tarea de llevar a cabo secretamente el “trabajo sucio” (despistar, desinformar, preparar planes para asesinar a líderes progresistas). Ésta se valió, en fin, de una propaganda sin antecedentes en América Latina, con el objetivo de hacer creer a la opinión pública norteamericana y mundial que la rebelión había sido llevada a cabo por los comunistas dominicanos. Publicó también

10. Sobre los años de Kennedy, cfr. Rabe (1999) y Scheman (1988).

11. Sobre la intervención estadounidense en República Dominicana, véase Gleijeses (1978).

una lista de marxistas y “castristas” presentes en las filas de los rebeldes, a pesar del hecho de que muchos estuvieran detenidos o en el exilio y, en todo caso, el partido comunista local hubiera sido diezmado y reducido al anonimato por la larga dictadura trujillista.

Con esta acción, Estados Unidos decidía intervenir nuevamente en los asuntos internos de un país americano (y, más grave aún, desarrollaba la primera intervención militar directa de la segunda posguerra), en clara violación a los tratados interamericanos existentes, en primer lugar la Carta de la OEA. Sin embargo, la actuación de la administración de Lyndon Johnson tenía el propósito de hacer creer al mundo entero que el uso unilateral de la fuerza simplemente se había limitado a obtener un alto el fuego y la posterior convocatoria de las elecciones (Tulchin, 1994). Para acabar con las protestas de los países miembros latinoamericanos, Washington promovió la creación de la Fuerza Interamericana de Paz (FIP). Con el auspicio de la OEA, y ejerciendo fuertes presiones, el gobierno estadounidense convenció a algunos países de la región (es decir a las dictaduras de Brasil, Nicaragua, Honduras y Paraguay) de incorporarse –con contingentes propios– a la FIP, que fue enviada como fuerza de interposición y paz a República Dominicana. En realidad, la FIP actuó como fuerza encubierta de los militares estadounidenses.

Después de algunos meses de combates y mucho derramamiento de sangre, en que se enfrentaron la facción “lealista” del Ejército dominicano (que se valió del apoyo determinante de las fuerzas de ocupación norteamericanas) y el heterogéneo grupo de los insurgentes, fue decretada una tregua. En junio de 1966 (tres meses antes de la retirada definitiva de las tropas estadounidenses), se celebraron las elecciones (en las cuales participó Bosch también), ganadas fácilmente por el hombre de confianza de Washington, Joaquín Balaguer. Éste gobernó el país durante los doce años siguientes, restableciendo formalmente la democracia, garantizando estabilidad y orden para los inversores extranjeros (en su mayoría norteamericanos) y asegurando la fidelidad a Estados Unidos en la lucha contra el comunismo.

La intervención de Estados Unidos en República Dominicana tuvo lugar un año después del golpe de Estado militar en Brasil (1964) que dio comienzo a una larga época autoritaria en América Latina.<sup>12</sup> El ejemplo de los militares brasileños fue seguido prácticamente en todos lugares y, sobre todo, en los países vecinos (Argentina en 1966 y 1976, Chile y Uruguay en 1973). Washington no expresó ninguna reserva política o moral sobre la cooperación con los gobiernos militares. Al contrario, como estos ponían en

12. Sobre los años de las dictaduras militares, cfr. Loveman (1999) y Menjívar y Rodríguez (2005).



el centro de su agenda política la lucha contra el comunismo, la Casa Blanca no disimuló su preferencia por ellos antes que por los regímenes democráticos. Esta página triste de la historia continental se clausuraría solo en los años ochenta, con Ronald Reagan (1981-1989) en el poder en Estados Unidos y promotor de una nueva cruzada anticomunista, especialmente en América central.<sup>13</sup> Corresponderá a su sucesor, George H. W. Bush (1989-1993) gestionar la superación de la Guerra Fría.<sup>14</sup>

## Bibliografía

- BETHELL, L. y I. ROXBOROUGH (eds.) (1992), *Latin America during the Second World War and the Cold War, 1944-1948*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BLASIER, C. (1988), *The Giant's Rival: The URSS and Latin America*, Pittsburgh (PA), University of Pittsburgh Press.
- BRANDS, H. (2010), *Latin America's Cold War*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- BLIGHT, G. J., B. J. ALLYN y D. A. WELCH (1993), *Cuba on the Brink: Castro, the Missile Crisis, and the Soviet Collapse*, Nueva York, Pantheon.
- BRUGIONI, A. D. (1991), *Eyeball to Eyeball: The Inside Story of the Cuban Missile Crisis*, Nueva York, Random House.
- BUSBY, R. (1999), *Reagan and the Iran-Contra Affair: The Politics of Presidential Recovery*, Nueva York, St. Martin's Press.
- CAROTHERS, T. (1991), *In the Name of Democracy: U.S. Policy toward Latin America in the Reagan Years*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.
- CHANG, L. y P. KORNBLUH (eds.) (1992), *The Cuban Missile Crisis, 1962: A National Security Archive Documents Reader*, Nueva York, New Press.
- CHILD, J. (1980), *Unequal Alliance: The Inter-American Military System, 1938-1978*, Boulder (CO), Westview Press.
- CULLATHER, N. (1999), *Secret History: The CIA's Classified Account of Its Operations in Guatemala, 1952-1954*, Stanford (CA), Stanford University Press.
- GAMBONE, D. M. (2001), *Capturing the Revolution: The United States, Central America, and Nicaragua, 1961-1972*, Westport (CT), Praeger.
- GARTHOFF, L. R. (1989), *Reflections on the Cuban Missile Crisis*, Washington, Brookings Institution.
- GILL, L. (2004), *The School of the Americas: Military Training and Political Violence in the Americas*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- GLEIJESES, P. (1978), *The Dominican Crisis: The 1965 Constitutionalist Revolt and American Intervention*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press.

13. Sobre los años de la presidencia Reagan, cfr. Carothers (1991) y, más específicamente sobre la política estadounidense en América Central, Leonard (1991); Lafeber (1993); Busby (1999) y Gambone (2001).

14. Sobre esta larga fase de la historia de las relaciones interamericanas, permítanme remitir a Nocera (2009: 157-194).

- (1991), *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton (NJ), Princeton University Press.
- HUMPHREYS, R. A. (1981-82), *Latin America and the Second World War*, 2 vol. Londres, Athlone.
- IMMERMAN, H. R. (1982), *The CIA in Guatemala: The Foreign Policy of Intervention*, Austin, University of Texas Press.
- JOSEPH, G. M. y D. SPENSER (2007), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham (NC), Duke University Press.
- KORNBLUH, P. (ed.) (1998), *Bay of Pigs Declassified: The Secret CIA Report on the Invasion of Cuba*, Nueva York, The New Press.
- LAFEBER, W. (1993), *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*, Nueva York, Norton.
- LEFFLER, P. M. y O. A. WESTAD (dirs.) (2010), *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- LEONARD, M. T. (1991), *Central America and United States: The Search for Stability*, Atenas, University of Georgia Press.
- LEONARD, M. T. y J. F. BRATZEL (2007), *Latin America during World War II*, Nueva York, Rowman & Littlefield.
- LOVEMAN, B. (1999), *For la Patria: Politics and the Armed Forces in Latin America*, Wilmington (DE), Scholarly Resources.
- MAY, R. E. y P. D. ZELIKOW (eds.) (1997), *The Kennedy Tapes: Inside the White House during the Cuban Missile Crisis*, Cambridge (MA), The Becknap Press of University of Harvard Press.
- MCPHERSON, A. L. (2003), *Yankee no!: Anti-Americanism in U.S.-Latin American Relations*, Cambridge, Harvard University Press.
- MENJÍVAR, C. y N. RODRÍGUEZ (eds.) (2005), *When States Kill: Latin America, the U.S., and Technologies of Terror*, Austin, University of Texas Press.
- NATHAN, A. J. (ed.) (1992), *The Cuban Missile Crisis Revisited*, Nueva York, St. Martin's Press.
- NOCERA, R. (2004), “L'allineamento dell'America Latina agli Stati Uniti in tempo di guerra”, *Contemporanea*, N°2, abril, pp. 223-246.
- (2009), *Stati Uniti e America Latina dal 1823 a oggi*, Roma, Carocci.
- PACH, J. C., Jr. (1982), “The Containment of U.S. Military Aid to Latin America, 1944-49”, *Diplomatic History*, 6/3, pp. 225-243.
- PARKINSON, F. (1974), *Latin America, the Cold War and the World Powers, 1945-1973*, Beverly Hills (CA), Sage.
- PATERSON, G. T. (1994), *Contesting Castro: The United States and the Triumph of the Cuban Revolution*, Nueva York, Oxford University Press.
- RABE, G. S. (1978), “The Elusive Conference: United States Economic Relations with Latin America, 1945-1952”, *Diplomatic History*, 2/3, pp. 279-294.
- (1988), *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- (1999), *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- (2011), *The Killing Zone: The United States Wages Cold War in Latin America*, Nueva York, Oxford University Press.

- ROCK, D. (ed.) (1994), *Latin America in the 1940s. War and Postwar Transitions*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press.
- SCHEMAN, R. (ed.) (1988), *The Alliance for Progress: A Retrospective*, Nueva York, Praeger.
- SCHLESINGER, S. y S. KINZER (1999), *Bitter Fruit: The Story of an American Coup in Guatemala*, Cambridge (MA), Harvard University Press.
- SCHWARTZBERG, S. (2003), *Democracy and U.S. Policy in Latin America during the Truman Years*, Tampa, University Press of Florida.
- SHEININ, D. (2000), *Beyond the Ideal. Pan Americanism in Inter-American Affairs*, Westport (CT), Greenwood Press.
- STREETER, M. S. (2000), *Managing the Counterrevolution: The United States and Guatemala, 1954-1961*, Athens, Ohio University Center for International Studies.
- TRASK, R. R. (1987), "The Impact of the Cold War on United States-Latin American Relations, 1945-1949", *Diplomatic History*, 1/3, pp. 271-285.
- TULCHIN, J. S. (1994), "The Promise of Progress: U.S. Relations with Latin America during the Administration of Lyndon B. Johnson", en W. I. Cohen (ed.), *Lyndon Johnson Confronts the World: American Foreign Policy, 1963-1968*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 211-243.
- WESTAD, A. O. (2005), *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of our Times*, Cambridge, Cambridge University Press.

## Estados Unidos y América Latina durante la Guerra Fría: la dimensión cultural\*

*Eduardo Rey Tristán*

El análisis de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina durante la Guerra Fría se ha centrado, en términos generales y hasta fechas muy recientes, en su dimensión política. La cultural recibió atención en la medida en que era un elemento más a considerar para explicar o acercarse a aquella, pero sin llegar a ser, en general, objetivo de atención en sí misma. Se da un cierto paralelismo con lo ocurrido en los estudios sobre el tema en Europa, centrados principalmente en la narración, análisis y/o interpretación de los momentos principales del conflicto desde la perspectiva de la historia política y las relaciones internacionales, si bien en este caso el avance en la dimensión cultural ha sido notorio en las últimas décadas.<sup>1</sup>

El estudio de la dimensión cultural de la Guerra Fría en América Latina es relativamente reciente, e incluso podríamos decir que en la mayor parte de los países del continente es un aspecto cuasi desconocido. Como ha señalado Joseph (2005: 89-120), la primacía de los paradigmas del imperialismo y del dependentismo centraron la producción relativa a las relaciones Estados Unidos-América Latina en torno a la política y la economía, olvidándose de la dimensión cultural y produciendo interpretaciones dicotómicas en donde ésta no ocupaba más que un lugar subsidiario. La obra coordinada por Joseph, Le Grand y Salvatore (1993) fue un primer intento de cubrir ese vacío e incorporar nuevas dimensiones, posibilidades y perspectivas a

\* Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación INCITE09-210-098PR (DXII, Xunta de Galicia).

1. Una síntesis documentada sobre la guerra fría cultural en Europa puede encontrarse en Stonor Saunders (2001). Montero (2009) analiza con detalle la producción bibliográfica existente, especialmente desde Estados Unidos, haciendo hincapié en los distintos enfoques y perspectivas que fueron adoptando en las últimas décadas, así como sus logros y principales aportes.

la historia de esa relación, cuestiones a las que nos referiremos más adelante.<sup>2</sup> La propuesta fue recogida por Spenser (2004) y otros autores, y a ello hay que sumar los aportes llegados en las últimas décadas desde la crítica literaria (Franco, 2003; Mudrovic, 1997; Gilman, 2003).

Estos trabajos, así como algunas otras contribuciones parciales que irán citándose a lo largo de estas páginas, constituyen el cuerpo fundamental de nuestro conocimiento sobre la guerra fría cultural en América Latina. Se trata, en líneas generales, de un campo con escasa trayectoria historiográfica, a lo que debemos sumar, quizá, la insuficiente divulgación que puedan tener otros posibles estudios que puedan estar apareciendo a escala nacional. Por todo ello, no es fácil actualmente trazar un panorama certero y mínimamente completo –no digamos ya exhaustivo– del tema.

No va a ser tampoco ese nuestro objetivo ahora. Nos parece más pertinente, en primer lugar, reflexionar sobre nuestro objeto de estudio, aportando al debate una serie de ideas que tienen más que ver con la forma de comprender y profundizar en la cuestión que con un balance preciso de lo ya avanzado. Esto lo abordaremos en la segunda parte, no con ánimo de realizar una detallada revisión historiográfica, sino de trazar un panorama general de los principales avances, reflexionar sobre posibles caminos a transitar y relacionarlos con la producción existente para otros ámbitos geográficos y que, entendemos, puede ser de interés para avanzar en el caso latinoamericano.

### Reflexiones en torno a la guerra fría cultural en América Latina

A cualquier lector, especializado o no, la primera imagen que le viene a la cabeza al hablar de Guerra Fría y América Latina suele estar vinculada con la Revolución Cubana y la crisis de los misiles. Esto es, hechos de naturaleza política. Si bien como muestra Katz (2004) hay una fase inicial de la Guerra Fría en el continente a partir de 1946, desde hace décadas la historiografía ha fomentado aquella idea, considerando en el mejor de los casos lo sucedido en Guatemala en 1954 como un precedente menor.<sup>3</sup>

Dos reflexiones nos sugieren la necesidad de matizar esta idea, o al menos nos obligan a tener en cuenta los precedentes de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina tanto en los primeros años de la Guerra Fría como antes de su nacimiento. La primera por cuanto nos pregunta-

2. Además, y sobre el papel que ocupa América Latina en la historiografía de la Guerra Fría y el privilegio de esa dimensión geopolítica, véase Joseph (2004).

3. Véase, por ejemplo, Carr (1966) para los años 60 o el trabajo de Castañeda (1993) en un análisis posterior al fin del conflicto de bloques.

mos hasta qué punto América Latina fue campo del conflicto de bloques tras 1959. No cabe duda de que la crisis de los misiles de 1962 fue el gran momento protagonista de un país del área, Cuba, en la Guerra Fría. Pero más allá de eso, la reflexión que proponemos se refiere a si lo que se dio en el continente a partir de entonces fue simplemente el traslado a América Latina de la lógica, esquemas y fórmulas de aquel conflicto; o si, por el contrario, a lo que asistimos es, sobre todo, a una expresión radical de conflictos o diferencias, potenciadas por la coyuntura internacional, basadas en concepciones que ya estaban latentes o habían sido protagonistas tiempo atrás: panamericanismo / intervencionismo / patio trasero por la parte norteamericana versus nacionalismo y antiimperialismo de parte de ciertos sectores políticos latinoamericanos (nacionalistas y/o de izquierdas, renovados tras el éxito castrista).

Para Estados Unidos y en su relación con América Latina, la Guerra Fría pudo ser en cierta medida una excusa para reformular una política intervencionista ya vieja. Para los sectores del nacionalismo revolucionario latinoamericano, fue un contexto propicio para intentar alcanzar sus aspiraciones políticas y sociales. Y en todo este panorama, la Unión Soviética a duras penas estuvo presente. Fue más un argumento propagandístico que permitió ciertas políticas y la justificación de acciones concretas a Estados Unidos que una realidad. Lo que se dio fue la expresión renovada de un conflicto ya viejo, que precede a la Guerra Fría y que de alguna forma ha sobrevivido a ella; que adoptó diferentes formas y/o expresiones según el período que analicemos, y que por tanto es parte consustancial de las relaciones con Estados Unidos, si bien en esos años se imbricó en el conflicto internacional y la política de bloques por cuanto las interpretaciones de la realidad y los programas de acción de los distintos contendientes operaron o se adecuaron, en cierto modo, a aquellos esquemas.

La segunda reflexión tiene que ver con lo cultural. Planteada la cuestión de la Guerra Fría para América Latina en los términos señalados, ¿qué espacio ocupaba la cultura?, ¿hasta qué punto fue parte del conflicto internacional?, ¿hubo una guerra fría cultural en América Latina similar a la que se describe para Europa occidental? En primera instancia, nuestra respuesta es positiva. Si bien el desarrollo de la investigación histórica sobre este particular es aún limitado, como hemos señalado, sabemos de la presencia en América Latina de ciertas prácticas propias de la guerra fría cultural europea: el Congreso por la Libertad de la Cultura y sus publicaciones, el trabajo de propaganda realizado por la USIA, la existencia de políticas enmarcadas en el concepto de diplomacia pública (en relación con la intelectualidad o la educación), o la presencia de fundaciones privadas norteamericanas.<sup>4</sup>

4. El concepto “diplomacia pública”, así como los de “proyección cultural” y “política cultural”

Pero a pesar de todo, podemos encontrar otros elementos que nos llevan a matizar el carácter de la guerra fría cultural en América Latina. Las relaciones culturales y las formas que estas adoptaron a partir de 1949 tuvieron claros precedentes –si es que no fueron directamente continuadoras de otras previas, antes de la existencia misma de la Guerra Fría– desde la Primera Guerra Mundial y muy especialmente desde la década de 1930 con el uso de la propaganda en la diplomacia pública o la presencia de fundaciones privadas que intervenían en el ámbito cultural con una clara e intencionada estrategia política.<sup>5</sup>

Este y otros aspectos que iremos desarrollando a lo largo del texto nos llevan a reflexionar en torno a la definición del mismo objeto de estudio, repitiendo la pregunta que planteábamos anteriormente: ¿hubo una guerra fría cultural en América Latina similar a la que se describe para Europa occidental, en el sentido de un período especial, claramente delimitado y caracterizable, en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina? A falta de resolver plenamente la cuestión con el avance de estos estudios y la reflexión compartida, de momento nos inclinamos a plantear estas páginas, a priori y como hipótesis, en otros términos: las relaciones culturales –como parte de las relaciones internacionales– entre América Latina y Estados Unidos durante la Guerra Fría fueron un momento con características particulares en la historia de sus relaciones dado el contexto mundial en el que se desarrollaron (conflicto de bloques). Pero tienen claros precedentes y dan continuidad, en muchos aspectos, a políticas previas. Es por ello que entendemos nuestro objeto de estudio en un marco más amplio, con singularidades, pero que no se puede descontextualizar ni abordar fuera de ese marco, pues ello nos llevaría a perder no solo perspectiva de análisis, sino también elementos clave sin los cuales las interpretaciones que se hagan o las conclusiones que se extraigan tendrían serias limitaciones.

Estos dilemas en torno al carácter de la guerra fría cultural en América Latina nos sugieren una cuestión fundamental: ¿cómo abordarla? El estudio de las relaciones culturales entre Estados, o entre distintas sociedades, puede ser enfocado desde diferentes perspectivas según sea el acento o interés a destacar. Niño (2009: 25-29) ha reflexionado sobre el tema y plantea la

que se manejan en este capítulo son tomados de Niño (2009: 42-48), trabajo de especial interés a la hora de fijar ciertos conceptos propios de esta temática, o de comprender sus orígenes y la adaptación que la historiografía ha hecho de ellos (teniendo en cuenta que no le son propios, sino que fueron inventados en muchos casos por y para la acción gubernamental).

5. Niño (2009: 34) sitúa el nacimiento del uso de la cultura en la política exterior en los años de la Primera Guerra Mundial. Fue entonces cuando el gobierno norteamericano creó la primera oficina (Committee of Public Information, o Propaganda Ministry), destinada a la difusión de propaganda para contrarrestar la realizada por los alemanes, especialmente en México (Espínosa, 1976: 17).

cuestión a caballo entre dos esferas de conocimiento relacionadas pero con posibilidades de enfoque diferenciadas: la historia de las relaciones interculturales, por una parte, y la historia de las relaciones internacionales, por otra. Los vínculos o la combinación entre estos dos ámbitos disciplinares permiten tres grandes alternativas que determinan no solo diversos espacios de estudio, sino sobre todo distintas posibilidades de análisis, según sean los intereses y objetivos buscados.

Aquí nos inclinamos por el más clásico de los tres, aunque renovado claramente en las últimas dos décadas por el desarrollo de los estudios culturales, entre otros: el abordaje de las relaciones interculturales como una parte del estudio de las relaciones internacionales, en donde el factor o la dimensión cultural sería una variable más para comprender la conducta internacional de los Estados, al igual que los factores estratégicos, políticos o económicos. Con todo, mantenemos ciertas reservas. Visto desde los centros políticos del conflicto de bloques (Estados Unidos, en este caso), lo que analizaríamos es la acción cultural de un Estado en el exterior (su diplomacia pública, en los términos definidos por Niño) como una faceta más de su política internacional; y en menor medida, la utilización de afinidades culturales para reforzar las estrategias internacionales propias o la influencia de variables culturales a nivel micro en los mecanismos de decisión en la política exterior.<sup>6</sup>

Pero debemos tener en cuenta que al adoptar esta perspectiva de análisis (relaciones Estados Unidos-América Latina), el actor principal o central es un Estado-nación, y en ese caso lo que nos interesaría (el centro habitual de muchas investigaciones) son sus políticas hacia otros países. En cambio, su contraparte no es un Estado-nación individual, sino muchos, comprendidos como un todo y para los cuales –a la expectativa de lo que nos digan investigaciones específicas– no siempre hubo estrategias o políticas individuales definidas desde el centro. Quizá, como mucho, adaptaciones locales. Pensemos, por ejemplo, esta cuestión para el caso europeo, que tomado como bloque nos podría valer como elemento comparativo: ¿hubo una propuesta u objetivos básicos comunes y una estrategia global, con esas adaptaciones?, ¿o se trató más bien de proyectos diversos para cada país según sus particularidades, aunque se compartiesen objetivos finales? (distintos caminos para llegar al mismo sitio). La pregunta es qué diferencias había entre los proyectos que se ejecutaron para cada país en Europa y cuán diferentes pudieron ser en América Latina, lo que en el futuro demandará la comparación tanto de las distintas políticas nacionales en cada área como de la una con la otra.<sup>7</sup>

6. Se trata de las tres líneas de investigación posibles que Niño (2009: 28-29) identifica al abordar las relaciones interculturales como parte del estudio de las relaciones internacionales.

7. Pensemos, por ejemplo, que en el caso europeo las revistas culturales se editan por país, lo

Esto nos lleva a defender la necesidad de que el estudio de las relaciones culturales entre América Latina como conjunto y otros países (Estados Unidos, en este caso) debe intentar perder la tradicional perspectiva asumida desde los centros de poder y dar voz a quienes generalmente se presentan como receptores, como meros protagonistas secundarios. Es decir, construirse desde la periferia. La historia de las relaciones culturales entre Estados Unidos y América Latina no debe ser solamente la de las ideas, actores y vehículos de influencia del primero en los países de la segunda, entendidos estos además como un todo indiferenciado, y por tanto sin la diversidad y riqueza intrínseca que poseen. Y eso implica una revisión de las categorías y perspectivas de partida en línea con lo que ha defendido Joseph (2005). Es el caso de la noción de imperialismo cultural, propia de las lecturas realizadas en las décadas pasadas, pero que cada vez se revela más limitada para descubrir la complejidad de las relaciones culturales para este período, como ya han constatado diversos estudios (Ortiz, 2005; Montero, 2009).

De esta forma, enriqueceremos notoriamente tanto análisis como discurso y no nos limitaremos al estudio de ciertas prácticas de diplomacia pública o propaganda, sino que lograremos comprender mucho mejor tanto su impacto en las sociedades a las que estaban destinadas, como la forma en que esa relación modulaba al mismo tiempo al centro emisor. Se trata, por tanto, de ir más allá del mero estudio de las políticas que Estados Unidos puso en práctica para influir en la cultura, intelectualidad y sociedad latinoamericana; es también abordar cómo eso influyó, qué logros tuvo en el sentido de atraer a parte de esas sociedades (de cambiar sus tradicionales esquemas antiamericanos, en caso de existir), qué resistencias generó y qué grado de éxito tuvieron (entendido como lo que esas resistencias aportaron a sus sociedades para resistir o limitar la influencia externa). Y al tiempo, por supuesto, cómo afectó a Estados Unidos.<sup>8</sup>

---

que responde a un lógica de reconocimiento de las particularidades nacionales que no se da en América Latina, donde el proyecto es el mismo para todos, lo que implica una concepción o visión del subcontinente como unidad monolítica o cuando menos de más caracteres comunes que de diferencias nacionales. Como señala Montero (2009: 85), algunos autores han apuntado, para el caso europeo, a la variación de los mensajes emitidos por la propaganda norteamericana según fuese el receptor, algo que todavía debemos constatar para el caso latinoamericano.

8. Muchos estudios ya han trabajado sobre estas ideas para el caso de la guerra fría cultural europea, fijándose en las posibilidades y alcances de la “americanización” en algunos países de Europa occidental, en las resistencias que en ellos se dieron a la influencia cultural estadounidense, e incluso los procesos de uniformización cultural que se dieron entre Europa y Estados Unidos a lo largo del siglo XX y en donde también el emisor se vio afectado por su relación con el receptor. Para mayor detalle sobre la bibliografía y tesis fundamentales relativas a estos temas, véase Montero (2009: 78-88).

## Estado de la cuestión y perspectivas

En 1938, el crecimiento de la influencia nazi en América Latina llevó al Departamento de Estado norteamericano a crear la Division of Cultural Relations y el Interdepartmental Committee for Scientific and Cultural Cooperation, que tenían como objetivo el estrechamiento de lazos con el continente a través del intercambio de estudiantes, profesores y personalidades prominentes (Espinosa, 1976: 89-107). Eran los primeros pasos de una nueva comprensión de las relaciones con América Latina, en donde adquirirían relevancia elementos intangibles que hasta ahora no habían sido preocupación específica de esas relaciones, por ejemplo, la imagen pública o la creación de opinión.

Iniciada la Segunda Guerra Mundial, en 1940, se creó la Office of the Coordinator of Inter-American Affairs (OCIAA), puesta bajo la dirección de Nelson Rockefeller (Espinosa, 1976: 59). Como relata Franco (2003: 39-45), el magnate petrolero había descubierto desde los años 30 el potencial persuasivo de la cultura de masas norteamericana, especialmente a través del cine de Hollywood y, sobre todo, de la animación de Disney.<sup>9</sup> Había iniciado, sin saberlo, y desde luego antes de que se declarase, su particular guerra fría cultural en América Latina, si bien no en el sentido que tendría posteriormente en el marco del conflicto de bloques, sino de la utilización de la proyección cultural exterior en apoyo de la diplomacia pública de su país.

El brillante trabajo de Jean Franco nos abre la puerta a este breve balance, que pretende por una parte destacar la importancia de ciertos temas para el conocimiento futuro de la guerra fría cultural en América Latina, y por otra, hacer referencia a bibliografía que consideramos de interés para el caso. El punto de partida son los años 30 –en línea con los argumentos expuestos anteriormente– y el papel de la familia Rockefeller, con su fundación a la cabeza. Como acabamos de señalar, su elección para la dirección de la OCIAA no era casual: Nelson Rockefeller era conocedor de América Latina desde 1937, partidario del internacionalismo y la buena vecindad, presidente del MoMA desde 1939,<sup>10</sup> defensor de ideas que luego inspirarían la Alianza para el Progreso pero que en los 30 eran bastante avanzadas en el marco de las relaciones interamericanas, y que además comprendía perfectamente la importancia de los vínculos de cultura y la política, como ya había demostrado la relación familiar con los muralistas mexicanos a comienzos de los 30

9. El papel de Disney en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina ha sido analizado en el trabajo clásico de Dorfman y Mattelart (1993 [1972]).

10. El Museum of Modern Art, con sede en Nueva York, había sido fundado por su familia en 1929. Desde fines de los 30 y sobre todo desde los 40, representaba el centro del modelo de exportación de la expresión artística norteamericana a Europa.

(Giunta, 2005: 192-193). Pero además, y como señala esta autora, muchas de las políticas de proyección cultural exterior que se desarrollaron en la guerra fría cultural europea desde fines de los 40 habían sido ya ensayadas en los años previos en América Latina, con un protagonismo destacado de Rockefeller. Esto trae de nuevo a colación el interés señalado en la sección anterior respecto a las relaciones culturales entre Estados Unidos y América Latina desde los 30 y la comprensión global de estas para un correcto análisis de las décadas de Guerra Fría, más allá de los rígidos esquemas temáticos y cronológicos que se establecen en ocasiones.

Si bien sobre muchas de las cuestiones citadas, contamos con una idea general, las posibilidades de investigación son aún considerables. La historia de la OCIAA y del papel que jugó en América Latina aún no ha sido reconstruida en su totalidad, o al menos que sepamos fuera del oficialismo<sup>11</sup> y de las referencias puntuales que puedan ofrecer obras más amplias sobre los servicios de información norteamericanos para el período (centrados habitualmente en Europa y el conflicto bélico). Además, y como han señalado Joseph y otros autores (2005), es fundamental analizar estos temas desde otras perspectivas y con otras fuentes que no sean las norteamericanas. Cabría indagar su impacto en América Latina a partir de fuentes propias y ampliar las informaciones que ofrece Franco (2003: 37-39) en cuanto a las tareas de propaganda y proyección cultural desarrolladas.

Trabajos relevantes para completar este panorama son aquellos que nos pueden ayudar a reconstruir tanto el contexto general como los detalles que afectan a América Latina. Sobre Nelson Rockefeller ya contamos con la biografía de Reich (1996); además, los *Annual Report* de la Fundación están accesibles en línea, lo que facilita conocer las generalidades acerca de su proyección latinoamericana. El trabajo de la Fundación en ciertos ámbitos ya ha sido recogido en estudios particulares, caso del realizado por Colby y Dennett, que muestra la combinación en Rockefeller de línea política, interés empresarial, apoyo a actividades misioneras y utilización de la cultura como propaganda (cit. por Franco, 2003: 362); o el referido a la difusión del internacionalismo artístico que aborda Giunta (2005), entre otros.<sup>12</sup>

El conocimiento de la proyección y desempeño de la Fundación Ford en América Latina debemos comprenderlo en el escenario más amplio de la acción de las fundaciones filantrópicas norteamericanas. La actividad de estas se enmarca en el concepto de proyección cultural que recogíamos de Niño (2009: 42-48), y nos muestra la actividad de actores no gubernamentales

11. En este sentido, contamos con el informe realizado por los propios funcionarios y publicado en 1947 como *History of the Office of the Coordinator of Inter-American Affairs* (Washington DC, Government of Printing Office).

12. Véase también, en este volumen, el trabajo de Ernesto Capello.

mentales que en muchos casos participan de la labor de difusión de una imagen de país en el exterior, y en ocasiones, pueden trabajar a la par de sus gobiernos para alcanzar objetivos compartidos o a cambio de apoyo y/o financiación específica. Esto no significa que estos actores sean siempre instrumentalizados por la política, pues como ya han mostrado algunos trabajos, comparten una concepción básica tanto de su actividad como del rol internacional que su país y cultura deben jugar en el mundo, lo que los convierte en dos caras de una misma moneda. El papel de las fundaciones filantrópicas norteamericanas en el exterior ha sido ya abordado por diversos autores (Arnove, 1982; Berman, 1983; Arndt, 2005). Un estudio específico que resulta de interés tanto en el ámbito metodológico como comparativo es el que ha realizado Santisteban (2009) para el caso de la Fundación Ford en España, mostrando el papel que desempeñaba en la estrategia norteamericana para este país en los años 50, 60 y 70 —esa estrecha y compleja relación a la que acabamos de referirnos—, además de la forma en que fue llevada a la práctica en un contexto tan particular como el español dentro del ámbito europeo.

El tema que probablemente más interés ha despertado entre los investigadores hasta la actualidad es el relativo al Congreso por la Libertad de la Cultura. Los principales trabajos con los que contamos provienen de la crítica literaria, de ahí que su foco de atención hayan sido las publicaciones del Congreso para América Latina. El trabajo pionero fue el de Mudrovic (1997), que se ocupó de *Mundo Nuevo*, ubicándola en la gran familia liberal y en relación con la cultura e intelectualidad continental de la década, notoriamente contraria a lo que representaba este proyecto. En un trabajo más reciente, Ruiz (2006) analizó la publicación precedente, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, expresión de la primera fase de la guerra fría cultural hasta comienzos de los 60, incorporando importantes fuentes de archivo que nos permiten, además de conocer la publicación y su línea editorial, comenzar a reconstruir el trabajo del Congreso en América Latina, campo en el que queda todavía mucho por hacer.<sup>13</sup> Los archivos del Congreso o de muchas de las personalidades vinculadas a él son citados por Saunders (2001), que los consultó casi con exclusividad para el caso europeo. Probablemente, y aunque América Latina fue un actor secundario en la actividad de la institución, aún podrían arrojar más información sobre su implantación allí, como se atisba en el trabajo de Ruiz, quien consultó

13. Acerca del Congreso, la obra de referencia es la de Coleman (1989), antiguo trabajador de la institución, cuyo estudio refleja el punto de vista oficial y acrítico en la medida en que presenta la política del Congreso como algo necesario, positivo por lo que aportó en cuanto a defensa de principios y libertades occidentales frente al totalitarismo soviético, y por supuesto cargado de buenas intenciones, no pudiendo ser de otro modo según él cuando lo que defendía eran valores que se consideran universales.

parte de los archivos personales de Julián Gorkin (principal director de *Cuadernos*).<sup>14</sup>

*Cuadernos*, primero y en menor medida, y *Mundo Nuevo* después, nos llevan de nuevo al centro de uno de los debates citados anteriormente: si comprender nuestro objeto de estudio únicamente como una cuestión de Guerra Fría, en unos marcos cronológicos y a partir de unas conceptualizaciones elaboradas para otros espacios y procesos históricos diferentes y con singularidad propia por los sucesos internacionales; o bien, como defendemos, estudiarlo como parte de las complejas relaciones entre Estados Unidos y América Latina, con sus precedentes y continuidades, más allá de las particularidades que implicaron los años de conflicto de bloques. Las dificultades de inserción de ambas publicaciones en el continente tuvieron mucho que ver con la imagen creada de ellas, especialmente en el caso de *Mundo Nuevo*. El de *Cuadernos* fue diferente. Nuestra hipótesis, a diferencia de lo que argumenta Ruiz, es que su limitada inserción no se debió, al menos en sus inicios, a su relación con el Congreso, pues ni los vínculos con éste ni el papel que podía jugar en la estrategia exterior norteamericana eran evidentes a mediados de los 50. La razón principal, creemos, debemos buscarla en el proyecto intelectual que representaba y su asociación con cierto sector de la intelectualidad latinoamericana, que si bien había sido central en las décadas anteriores, a esas alturas ya había perdido influencia ante el empuje de una nueva generación que sería la gran protagonista en las décadas siguientes.

Este planteo implica abordar el análisis de estas publicaciones desde una perspectiva que no parte de la política exterior norteamericana o de las lógicas de la Guerra Fría como centro, sino de la propia cultura latinoamericana. Son los factores internos los que figuran como relevantes para comprender el impacto o no de aquellas revistas, y no la voluntad de influencia de sus editores. La idea nos sirve igualmente para comprender la limitada influencia de *Mundo Nuevo*. Su nacimiento vino marcado por la polémica entre su director, Rodríguez Monegal, y el de Casa de las Américas, Fernández Retamar, como relata Mudrovic (1997), y que se puede seguir, por ejemplo, a través de las siempre interesantes páginas literarias del semanario uruguayo *Marcha*. Si analizamos las cartas que se intercambiaron Monegal y Retamar, además de los artículos críticos aparecidos en

14. Posteriormente a la redacción de este trabajo, fue presentada la tesis de Patrick Iber sobre el tema, en la cual se hace uso extenso de los archivos del Congreso y de varios de sus miembros. (Patrick Iber, *The Imperialism of Liberty: Intellectuals and the Politics of Culture in Cold War Latin America*, tesis doctoral, University of Chicago, Departamento de Historia, 2011.) [N. de E.]

*Marcha*,<sup>15</sup> vemos claramente que el centro del cuestionamiento que se le hacía al director de *Mundo Nuevo* no se insertaba en la polémica este-oeste, sino en aquello que era en esos momentos una de las cuestiones centrales del debate político e ideológico en América Latina: el imperialismo, en línea con el pensamiento de un importante sector de la izquierda latinoamericana de la época, influenciada por la Revolución Cubana, el tercermundismo y el antiimperialismo.

La relevancia de esta polémica, o el papel que jugó en ciertos sectores de la cultura latinoamericana del momento, nos hablan además de un cambio sustancial en esa cultura, en su dimensión pública y, sobre todo, en su trascendencia política. Y es que, si por una parte los años 60 y la primera mitad de los 70 fueron los centrales en cuanto a la guerra fría cultural en América Latina, por otra, no cabe duda de que la Revolución Cubana y el nacionalismo revolucionario asociado a ella, y a buena parte de la política latinoamericana desde 1960, tuvieron también su reflejo en los más diversos aspectos de la cultura del momento. Fruto de este contexto fue esta polémica, así como el papel que desde la segunda mitad de los 60 pasan a tener los escritores en el ámbito público en sus países y en general en el continente: se trata, como ha analizado brillantemente Gilman (2003), de la transformación del escritor en intelectual, con todo lo que ello implica, algo que solo podía darse en este período y en sus especiales coyunturas en el continente.

El conocimiento de la inserción del Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina, su influencia, la relación con autores y académicos, o las trastiendas que probablemente nos quedan por conocer en el proceso y para las que los archivos del Congreso o sus personajes más relevantes pueden ser importantes, son temas a los que cabe dar continuidad a partir de las bases ya establecidas por Mudrovic, Franco o Ruiz. Igualmente en lo que respecta al papel del escritor, así como al de los artistas, cineastas, músicos o cantantes, etc., pues no olvidemos que el marco en el que Gilman nos habla de la transformación del escritor en intelectual es el mismo en el que despegan múltiples expresiones culturales a lo largo y ancho del continente, las cuales son reflejo de la influencia que tuvieron en todos los niveles las nuevas propuestas políticas revolucionarias surgidas tras el éxito cubano. Si bien por el momento puede parecer algo vago, se podría pensar en indagar acerca de la existencia y las expresiones de “lo revolucionario” en la cultura latinoamericana en estos años, que por sus tintes nacionalistas y

15. *Marcha* publicó toda la información existente acerca del caso, además de numerosos artículos de opinión tanto de sus periodistas como de otros autores no uruguayos, caso de Mario Vargas Llosa. Para una visión completa de todos esos artículos, véase *Marcha* entre marzo y julio de 1967.

antiimperialistas jugó un papel clave en esta guerra fría cultural de la que ahora nos ocupamos, y por tanto en las relaciones con Estados Unidos o en la recepción o rechazo de los intercambios propuestos desde allí.

Por último, cabe hacer mención de otras vías tanto de proyección como de política cultural que aún son bastante desconocidas para el caso latinoamericano. Por una parte, cabría indagar en la política informativa y de propaganda puesta en práctica en América Latina desde fines de los 30 y sobre todo desde 1940 por la OCIAA bajo la dirección de Rockefeller. Franco (2003: 39-45) ya ha hecho referencia a ello, y contamos con cierta información sobre sus publicaciones, difusión en medios de comunicación y otras actividades. Desde 1953, este papel lo desempeñó, entre otros actores, la USIA, sobre la que contamos con una serie de trabajos, si bien ninguno dedicado específicamente a América Latina.<sup>16</sup>

Por otra parte, es necesario profundizar más en la utilización de la política educativa dentro de la estrategia de la política cultural exterior. La ya citada obra de Espinosa (1976) nos hablaba del despegue del intercambio académico de Estados Unidos con América Latina desde fines de los años 30 en el marco del panamericanismo, así como de la limitación de la influencia nazi en América Latina desde entonces. La educación o el intercambio de estudiantes y profesores fueron y son, todavía, un elemento importante en la estrategia internacional de los principales países occidentales. Para el período que nos ocupa, y en este campo, la estrella fundamental en la política exterior norteamericana fue el Programa Fullbright, resultado de los debates que se dieron en Estados Unidos entre 1945 y 1948 en torno a la reorientación de la diplomacia pública y la necesidad o no de tareas de propaganda exterior, incluida la educación (Montero, 2009). El programa se creó en 1946 con el doble objetivo de abrir la sociedad estadounidense al mundo para comprenderlo mejor, y para que estudiantes y profesores de otros países realizaran una inmersión en la vida norteamericana, de modo que sus experiencias sirvieran para modificar las visiones que los promotores del programa consideraban “equivocadas” y que circulaban sobre el país en el extranjero.<sup>17</sup>

16. Véase Montero (2009: 63-95) para conocer la bibliografía acerca de la agencia, tanto desde los 60 por parte de los propios trabajadores como las obras aparecidas tras su cierre en 1999. León (2009: 135-168) analiza la política de propaganda llevada a cabo en España entre 1945 y 1960, mostrando el uso de diferentes estrategias y medios en función de los objetivos marcados. Sin olvidar las razonables diferencias que se pueden dar con los distintos casos latinoamericanos, nos parece una referencia de interés de la que partir en otros estudios nacionales por su planteamiento y por el análisis de las fórmulas propagandísticas empleadas: medios escritos (propios o no), el sector audiovisual, o las instituciones propias o casas de América.

17. Como mostró Delgado (2009: 100) para el caso español, y que citamos de nuevo como posible ejemplo y referencia para el tema.

Esta misma idea es la que encontramos tras ciertas prácticas desarrolladas por la política exterior norteamericana en España respecto a sectores específicos de la sociedad y el Estado, caso de las Fuerzas Armadas, la Iglesia u otros sectores de las elites políticas, administrativas e intelectuales (Fernández, 2009: 193-221). Su objetivo, al igual que el de otras fórmulas de proyección o política cultural, era cambiar el enraizado antiamericanismo de la sociedad española, y especialmente de algunos sectores tradicionales y conservadores, ante la nueva coyuntura que establecieron los Pactos de Madrid entre ambos países en 1953. ¿Hubo paralelismos en el caso latinoamericano? Siendo los objetivos de atracción de las elites, erosión del antiamericanismo y cambio de la imagen estadounidense posiblemente comunes a ambos espacios, más allá de ciertos matices, ¿cuáles fueron las fórmulas utilizadas para lograrlo?, ¿a través de qué actores y estrategias?, ¿variaban estas en función del país, el momento o el contexto? En lo que toca a lo político, sabemos de la presencia y formación de las fuerzas de seguridad latinoamericanas en las academias de Estados Unidos y las trágicas consecuencias que ello tuvo en muchos países del continente. Pero aparte de esas políticas, ¿se establecían otras que tenían que ver con otros aspectos?, ¿hubo relaciones que fuesen más allá de la colaboración represiva o el apoyo a la involución política en los 70 y 80, bien conocidas por sus repercusiones en la historia política y social latinoamericana?

Todo ello y muchas otras cuestiones que en este trabajo general no se abordan, son objeto de interés a la hora de conocer la dimensión cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina durante los años de la Guerra Fría. La mayor parte de ellas no han sido trabajadas o lo han sido solo parcialmente. El campo de estudio, por tanto, es amplio. Queda fijar perspectivas y enfoques, y ha sido en ese sentido en el que quisimos exponer nuestras reflexiones e ideas, probablemente en un estado aún muy embrionario y no completamente formuladas, pero que apuntan básicamente a la comprensión de estas cuestiones en un marco más amplio que el establecido y definido para otras latitudes y realidades. El centro de nuestra atención no debe dejar de ser América Latina. No se trata simplemente de ver las políticas de Estados Unidos orientadas hacia ella en el período. La riqueza de las conclusiones provendrá de ser capaces de comprender su influencia real, los condicionantes internos de aquellas sociedades a las que son dirigidos ciertos mensajes, cómo esa relación influye al tiempo en el emisor, y cuánto nos cuenta todo ello de la propia historia cultural de América Latina, y no solo de las políticas culturales norteamericanas o de las relaciones en este ámbito entre ambas zonas del continente.



## Bibliografía

- ARNDT, R. T. (2005), *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington DC, Potomac Books.
- ARNOVE, R. F. (1982), *Philanthropy and Cultural Imperialism. The Foundations at Home and Abroad*, Boston, G. K. Hall & Co.
- BERMAN, E. (1983), *The Ideology of Philanthropy. The Influence of the Carnegie, Ford and Rockefeller Foundations on American Foreign Policy*, Albany, State University of New York Press.
- CARR, R. (1966), "América Latina", en Max Beloff *et al.*, *La Guerra Fría*, Buenos Aires, Troquel, pp. 195-215.
- CASTAÑEDA, J. (1993), "Latin America and the End of the Cold War: An Essay in Frustration", en G. Lundestad y O. A. Westad (eds.), *Beyond the Cold War: New Dimensions in International Relations*, Oslo, Scandinavian University Press, pp. 195-218.
- COLEMAN, P. (1989), *The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, Nueva York, Free Press.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L. (2009), "La maquinaria de persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos hacia España", *Ayer*, 75 (3), pp. 97-132.
- DORFMAN, A. y A. MATTELART (1993), *Para leer al pato Donald. Comunicación de masa y colonialismo* (1972), México, Siglo XXI.
- ESPINOSA, J. M. (1976), *Inter-American Beginnings of U.S. Cultural Diplomacy, 1936-1948*, Washington, Department of State Publications.
- FERNÁNDEZ DE MIGUEL, D. (2009), "La erosión del antiamericanismo conservador durante el franquismo", *Ayer*, 75 (3), pp. 193-221.
- FRANCO, J. (2003), *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, Barcelona, Debate.
- GILMAN, C. (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- GIUNTA, A. (2005), "Misión imposible. Nelson Rockefeller y la cruzada del internacionalismo artístico", en R. Salvatore (ed.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 185-212.
- JOSEPH, G. M. (2004), "Lo que sabemos y lo que deberíamos saber: la nueva relevancia de América Latina en los estudios sobre la Guerra Fría", en D. Spenser (ed.), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS - Porrúa, pp. 67-92.
- (2005), "Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina", en R. Salvatore (ed.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 89-120.
- JOSEPH, G. M., C. LEGRAND, y R. SALVATORE (eds.) (1993), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- KATZ, F. (2004), "La Guerra Fría en América Latina", en D. Spenser (coord.), *Espejos de la Guerra Fría*, México, CIESAS-Porrúa, pp. 11-28.

- LEÓN AGUINAGA, P. (2009), "Los canales de la propaganda norteamericana en España, 1945-1960", *Ayer*, 75 (3), pp. 133-158.
- MONTERO JIMÉNEZ, J. A. (2009), "Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)", *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 63-95.
- MUDROVICIC, M. E. (1997), *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- NIÑO, A. (2009), "Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional", *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 25-61.
- ORTIZ, R. (2005), "Revisitando la noción de imperialismo cultural", en R. Salvatore (ed.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 37-54.
- REICH, C. (1996), *The Life of Nelson Rockefeller*, Nueva York, Doubleday.
- RUIZ GALVETE, M. (2006), "Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y Guerra Fría en América Latina", *El Argonauta Español*, marzo.
- SANTISTEBAN FERNÁNDEZ, F. de (2009), "El desembarco de la Fundación Ford en España", *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 159-191.
- STONOR SAUNDERS, F. (2001), *La CIA y la guerra fría cultural*, Barcelona, Debate.
- SPENSER, D. (ed.) (2004), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*. México, CIESAS - Porrúa.

## **Los orígenes de la presencia cultural de Estados Unidos en Centroamérica: fundamentos ideológicos y usos políticos del debate sobre los trópicos (1900-1940)\***

*Ixel Quesada Vargas*

*Humanity, not commercialism, is the next phase of the world's progress.*

*Reginald Enock, *The Republics of Central and South America**

### **Introducción**

La Guerra Fría fue sobre todo una guerra después de la guerra, un espacio de vigilancia constante del otro y de sí mismo por desconfianza del otro. No se trataba ya de mantener una campaña durante una guerra, sino de moldear en el largo plazo los comportamientos políticos, económicos, sociales y culturales de los otros, para evitar que se convirtieran en el otro no deseado.

Por su duración, por la manera en que activa o pasivamente el mundo vivió sus efectos, o tal vez porque aún no ha pasado el tiempo necesario para verla con la suficiente distancia, la Guerra Fría se presenta, junto con las dos guerras mundiales, como la gran protagonista del siglo XX. Aun en la actualidad, veinte años después de haberse decretado oficialmente

\* Este artículo forma parte de una investigación doctoral en historia y civilizaciones de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, financiada por el programa de becas ALBan (Programa de la Unión Europea de Becas de Alto Nivel para América Latina, beca N° E05D055464CR) y el programa de becas de la Universidad de Costa Rica.

su fin, la argumentación basada en el miedo y la vigilancia del otro sigue impregnando discursos diplomáticos, económicos y religiosos.

Este trabajo propone trazar la construcción de una percepción de Estados Unidos sobre Centroamérica –con énfasis en Costa Rica– en el periodo previo al estallido de la Segunda Guerra Mundial. A través de un recorrido por los inicios del siglo XX, fuera del marco estricto de la confrontación de la Guerra Fría, pretendo comprender de qué manera el discurso del progreso propio de finales del siglo XIX e inicios del XX –y la imagen que, en consecuencia, se construyó desde Estados Unidos acerca de los trópicos– sentó las bases ideológicas de la intervención cultural.

Este periodo desde los inicios de siglo hasta el estallido de la lucha antinazi es especialmente importante porque es el momento en el cual Estados Unidos se consolidó en el plano cultural centroamericano, dominado hasta entonces, como en el resto de Latinoamérica, por las corrientes intelectuales y pedagógicas europeas. Parto de la hipótesis de que el espacio centroamericano constituía una especie de tablero de ajedrez fundamental en el que Estados Unidos procuraba abrirse un lugar como respuesta a la competencia con Europa en la región antes que motivado por un interés por Centroamérica. Este espacio de disputa cultural tuvo sus orígenes en el proceso de expansión económica estadounidense y en su necesidad de concurrencia con los mercados consolidados europeos. Este proceso se justificó ideológicamente enfatizando en el potencial de los trópicos centroamericanos como región de riqueza natural y como espacio en los que se podía establecer un dominio económico debido a la proximidad geográfica con Estados Unidos. Para ello, sin embargo, resultaba necesario primero disputar el predominio comercial de la región con Europa y hacer frente a una colonia de inmigrantes del Viejo Mundo con un alto grado de integración política, social y cultural en las tierras que los habían acogido desde mediados del siglo XIX.

Me interesa particularmente comprender en qué momento la presencia cultural norteamericana en la región se tornó consciente; es decir, a partir de cuándo empezó a existir un interés manifiesto y explícito de Estados Unidos por expandirse culturalmente hacia Centroamérica. En términos más precisos, pretendo establecer cuándo en Estados Unidos comenzó a elaborarse una valoración moral (ya no política ni exclusivamente económica) sobre la necesidad y el deber norteamericano de incidir en los comportamientos y costumbres de los habitantes de Centroamérica, y la utilidad que ello podía tener –dentro del discurso justificativo norteamericano– tanto para el progreso de Estados Unidos como para el mejoramiento de estos países.

El objetivo último de estas páginas es elaborar una suerte de arqueología de la presencia cultural norteamericana en Costa Rica, con el afán de contextualizar la importancia que posteriormente adquirió el discurso cultural norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial. A su vez, este ensayo pretende desmitificar la idea de que la presencia cultural norteamericana se originó exclusivamente como una estrategia de respuesta a la amenaza nazi

de fines de la década de 1930, o cuando menos procura atemperar el lugar predominante que ha ocupado el discurso sobre la presencia norteamericana durante la Guerra Fría. Finalmente, este trabajo explora las miradas de Estados Unidos desde Centroamérica hacia Europa, para comprender qué lugar tenían los diferentes países en ese concurso, imaginario y real, de las naciones por consolidar su presencia cultural.

### **Los trópicos: metáfora geográfica del futuro, metáfora humana del pasado**

A mediados del siglo XIX, los trópicos empezaron a cobrar importancia en el discurso internacional de las naciones. Los territorios por conquistar prácticamente se habían acabado, y las fronteras agrícolas de grandes países como Estados Unidos llegaban a su límite. El mundo consolidaba un sistema capitalista planetario impulsado por los países colonizadores y en el que las economías nacionales centroamericanas procuraban insertarse mediante la exportación de productos esencialmente agrícolas. La entrada en el sistema económico mundial fue también la marca distintiva del inicio de la vida republicana de los países latinoamericanos y, consecuentemente, las identidades nacionales se construyeron sobre filosofías liberales de “orden y progreso”, donde el orden era impuesto por las recientes legislaciones nacionales y la búsqueda de un fortalecimiento del aparato gubernativo –por la vía autoritaria o consensual–, mientras que el progreso invocaba la capacidad de generación de riqueza, para lo cual era necesario desarrollar la infraestructura y la inversión con miras a una agilización del comercio.

El origen de las relaciones culturales de Estados Unidos con Centroamérica no se puede trazar si no se tiene en cuenta el interés económico que, en un principio, cautivó a comerciantes y empresarios que veían en estas tierras un portento para el desarrollo, bendecidas por unas condiciones geográficas incomparables, pero castigadas por una población que no estaba a la altura de la calidad de su geografía. El leitmotiv de los debates acerca de los trópicos era esa imagen en la que sus gobernantes y pobladores eran representados como personas con poca capacidad para gestionar los innumerables recursos con que la naturaleza los había bendecido, que desperdiciaban un potencial de generar riqueza y que, por lo tanto, requerían de una intervención económica acompañada de un tutelaje moral por parte de las naciones que sí habían conseguido, según esta lógica, mayores logros en condiciones más adversas.

En 1898, el sociólogo británico Benjamin Kidd publicó *The Control of the Tropics*. El inicio del libro dejaba en claro la preocupación norteamericana respecto del futuro de esta región del planeta: “Actualmente, el asunto principal que ocupa la atención del pueblo estadounidense es aquel que involucra la cuestión del gobierno futuro de dos de las porciones más ricas de

las regiones tropicales de la tierra” (Kidd, 1898: 1).<sup>1</sup> El autor justificaba esta inquietud por una motivación estrictamente económica: hacia fines del siglo XIX, el mundo anglófono (el Reino Unido y Estados Unidos) había visto cómo la proporción de su comercio total aumentaba en los trópicos respecto de la totalidad de sus vínculos con el exterior.<sup>2</sup> Los trópicos se presentaban como la región de mayor crecimiento en términos de intercambio comercial:

...los dos hechos principales, que hasta ahora se ha esforzado en presentar claramente, son por tanto: primero, la vida compleja del mundo moderno recae en la producción de los trópicos a un punto tal que una mente promedio puede apenas comprender; y segundo, que el comercio del Reino Unido y de los Estados Unidos con los trópicos ya constituye una gran proporción del comercio total de ambos países. (Kidd, 1898: 17-18)

Kidd fue uno de los principales ideólogos de la doctrina de la evolución social. Basado en los planteamientos de Darwin, Kidd pregonaba la inminencia de sociedades más “evolucionadas”, es decir, que habían conseguido adaptarse mejor a las condiciones de su entorno y que habían dado un salto cualitativo que las distanciaba de otras que aún no habían alcanzado tal grado de progreso. Sus ideas cruzaron el Atlántico e influyeron el mundo anglófono de ultramar. Su libro *Social Evolution* había vendido 250.000 ejemplares en Inglaterra y en Estados Unidos a inicios del siglo XX, según Frans de Hovre (1910). Benjamin Kidd estaba convencido de que “el hombre de la civilización Occidental se ha convertido, por fuerza de circunstancias, en el supremo animal luchador de la creación” (Kidd, 1918: 7).

Pero, ¿qué significaba el triunfo de la “civilización occidental”, esa encarnación del animal luchador por excelencia? Los argumentos reflejaban el pensamiento eurocéntrico de la época, según el cual la noción de civilización se planteaba como el eje central del progreso de la humanidad. La esencia del argumento moralizador del siglo XIX discurría sobre el principio de la civilización como la dirección inevitable de la humanidad, pero especialmente sobre el grado de avance ético que habían alcanzado ciertas poblaciones. Kidd seguía los planteamientos darwinianos según los cuales la selección natural había servido para la supremacía de ciertas especies, de las cuales

1. De aquí en adelante, todas las traducciones del inglés son de Ixel Quesada.

2. El auge del café, principal producto de exportación centroamericano de inicios del siglo XX, representa un ejemplo paradigmático de la importancia que adquirió la región como zona privilegiada de intercambio comercial con Estados Unidos. La ciudad de San Francisco, principal puerto de entrada a Estados Unidos de los productos comercializados por la ruta del océano Pacífico, conoció un aumento exponencial de las importaciones de café en los años de 1900, de 175.293 bolsas de café en 1900 a un millón en 1918 (Ukers, 1922: 487-489).

la más evolucionada era el ser humano, quien se hallaba “ubicado en incontestada supremacía a la cabeza de la creación, y manteniendo su alta posición en virtud del excepcional desarrollo intelectual que ha alcanzado” (Kidd, 1894: 249).

Pero se planteaba una contradicción: ¿si el ser humano era el ejemplo paradigmático del grado máximo de la selección natural,<sup>3</sup> cómo podía explicarse que hubiese, dentro de esta misma especie, grupos más “evolucionados” que otros?<sup>4</sup>

Kidd planteó entonces la hipótesis que sustentó su teoría de la evolución social. Según sus argumentos, la diferencia entre los humanos superiores y los inferiores se centraba en que unas sociedades habían perfeccionado más que otras su desarrollo ético y moral, llevándolas a complejizar sus formas de interacción, tanto de la cultura como del conocimiento y la ciencia. Así, Darwin se había quedado corto en explicar la evolución humana, pues si bien su teoría había sido certera al describir el desarrollo del intelecto como el factor determinante de la superioridad humana en el reino animal, había obviado la importancia del factor religioso. “Al parecer, la conclusión que la ciencia darwiniana deberá eventualmente establecer es que la evolución que está aconteciendo lentamente en la sociedad humana no es primordialmente intelectual sino de carácter religioso” (Kidd, 1918: 245).

Kidd argumentaba que era la religión la que había permitido pasar de la lucha del más fuerte en términos individuales (donde cada persona procuraría su beneficio y estaría en continua competencia con los demás) a la lucha del más fuerte en términos colectivos (donde la sociedad buscaba regular las luchas individuales en busca de un progreso del conjunto). Sin un sistema ético y de sustento espiritual, las sociedades estaban condenadas a permanecer en estados de barbarie y de luchas internas, como sucedía en los trópicos de su época.

Así, los trópicos representaban una paradoja particular: en un mundo que se dirigía inequívocamente hacia un futuro prometedor, en el que la ciencia, la tecnología, el comercio mundial y la libertad individual auguraban una época de riquezas y certezas para todos, ¿cómo lidiar con los pueblos “no civilizados”, aquellos que constituían un obstáculo en esa ruta directa

3. Grado que había alcanzado básicamente gracias al desarrollo de su inteligencia (Kidd, 1894: 249).

4. Kidd (1894: 250) lo planteó en estos términos: “por un lado, presenciamos las más altas razas con sus civilizaciones complejas, elevado nivel de cultura y conocimiento avanzado de las artes y las ciencias, y todo lo que ello implica; y por el otro lado, notamos a las razas inferiores que existen en un estado de casi naturaleza, poseyendo y deseando solo las necesidades mínimas de la existencia animal, sin conocimiento de las artes y las ciencias, a menudo sin conocimiento de los metales o la agricultura, y no sin frecuencia sin palabras en su lenguaje para expresar números en una escala mayor a cinco”.

al futuro? ¿Cómo explicar la contradicción entre un espacio geográfico como metáfora del futuro habitado por una población que era metáfora del pasado? Refiriéndose específicamente a los trópicos centroamericanos, Benjamin Kidd afirmaba así la contradicción de una geografía próspera encadenada por una población que no sabía sacar provecho de las ventajas que le habían sido dadas:

Fuera de las costas, donde hay fiebre, Centroamérica es un hermoso país, rico y bello, y cargado en abundancia, pero su gente lo convierte en una molestia y una afrenta para otras naciones... Los centroamericanos son como semi-bárbaros en una casa hermosamente amueblada, de la cual no pueden comprender ni sus posibilidades de confort ni su uso [...]. La naturaleza le ha dado a su país grandes potrerros, maravillosos bosques de maderas y frutas exóticas, tesoros de plata y oro, y hierro, y un suelo lo suficientemente rico para proveer de café al mundo, y solo requiere de un esfuerzo honesto para convertirlo en la autopista natural del tráfico de cada porción del globo... La naturaleza ha hecho tanto que queda poco por hacer para el hombre, pero tendrá que ser otro hombre que el nacido en Centroamérica quien lo haga. (Kidd, 1898: 44)

La paradoja entre la geografía y la población vincula un interés económico con una urgencia moral. Para que esa población lograra ponerse al nivel del prometedor siglo XX, era necesario que saliera de su condición precaria –política, económica y cultural–; es decir, que adoptara el modo de vida de la civilización occidental, obviando las particularidades del desarrollo histórico del istmo.

Los argumentos anglosajones se centraban en los intereses primordiales ligados con la exportación y el comercio con esa región, pero también con una visión del mundo regida, entre otras, por las discusiones filosóficas del darwinismo social. Así, el fundamento ético de la aproximación hacia Centroamérica estaba subordinado a la necesidad de desarrollo del potencial económico de la zona.

### Los trópicos: un lugar de disputa

La búsqueda de Estados Unidos por hacerse un lugar en Centroamérica no obedecía, en primera instancia, a un interés filantrópico por la región misma, sino a la búsqueda de una supremacía sobre Europa, primero en el ámbito económico y, posteriormente, desde la esfera cultural. Ya desde fines del siglo XIX, viajeros, estudiosos, economistas y políticos norteamericanos observaban de cerca la presencia europea en Centroamérica y manifestaban sus deseos de hacerse un lugar en estas tierras tropicales donde hasta entonces la presencia de Estados Unidos era escasa.

William Ukers, al esbozar el crecimiento del comercio de la ciudad de San Francisco con Centroamérica, explica cómo se originó en una necesidad norteamericana de controlar las rutas comerciales que hasta entonces eran dominio exclusivo de Europa.

La experiencia ha enseñado a los estadounidenses que sus intereses pueden sobrevivir en cualquier territorio solo si en todo momento son capaces de proveer su propia mercancía para sus botes [...] Durante el tiempo que estuvo en Guatemala, el Sr. Rosseter [director de operaciones de la Compañía Marítima Estadounidense durante la Primera guerra mundial] delineó una política futura relativa al café centroamericano cuya base era su firme determinación de que los cafés cultivados en Centroamérica, y lógica y geográficamente tributarios de la distribución en San Francisco (California), debían ser enviados a San Francisco en cantidades siempre crecientes.

Hasta ese momento, San Francisco había recibido anualmente, en promedio, solo 200.000 sacos anuales de café centroamericano durante los diez años precedentes; mientras Europa había recibido aproximadamente 1.500.000 sacos por año. La cantidad necesaria para hacer de San Francisco un factor [de comercio] requería de una importación promedio de 750.000 sacos –una cantidad casi cuatro veces mayor a la entonces establecida.

Esta era una empresa extremadamente ambiciosa, considerando las condiciones entonces prevalecientes en Centroamérica. Los países europeos se encontraban firmemente afianzados en el negocio del café en Centroamérica, con Alemania liderando en Guatemala, Francia en El Salvador y Nicaragua, Inglaterra y Francia compitiendo por el liderazgo en Costa Rica, y Estados Unidos obteniendo solo las sobras. (Ukers, 1922: 490)

Desde la mirada estadounidense, la visibilidad social y cultural que tenían los europeos en Centroamérica, y en Latinoamérica en general, se hallaba vinculada tanto con su presencia como inmigrantes como con su poder económico. En sus discursos sobre el lugar cultural que ocupaban en Centroamérica, los estadounidenses sistemáticamente se comparaban con Europa.

Dana Gardner Munro, cuya tesis de doctorado en Economía de la Universidad de Pensilvania se publicó en 1918 bajo el título de *The Five Republics of Central America: Their Political and Economic Development and Their Relation with the United States* [*Las cinco repúblicas de Centroamérica: su desarrollo político y económico y su relación con Estados Unidos*], fue uno de los primeros estudiantes en viajar a Centroamérica con propósitos puramente académicos. Posteriormente, desarrolló una carrera universitaria en Princeton y también tuvo un papel preponderante en la política exterior norteamericana, al ocupar durante catorce años (entre 1919 y 1933) la jefatura de la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de

Estado Norteamericano (Lehoucq, 2003: 4-5). Refiriéndose a la influencia moral de Estados Unidos, decía:

Si bien los intereses políticos y económicos se han hecho muy interdependientes, los lazos culturales entre Estados Unidos y Centroamérica también se han fortalecido durante el último cuarto de siglo, gracias a la creciente prosperidad experimentada por los países cafetaleros y a mejores medios de comunicación. Las familias más adineradas del istmo viajan cada vez más a Estados Unidos y gran parte de ellas envían a sus hijos para que sean educados en nuestras escuelas y universidades. El inglés ocupa ahora el lugar que antes tenía el francés como la lengua extranjera que más se habla; y las agencias de noticias y las publicaciones estadounidenses constituyen las principales fuentes de información sobre lo que ocurre en el mundo exterior. (Gardner, 2003 [1918]: 345-346)

Lo que Gardner notó como un cambio en cuanto al lugar cada vez mayor que ocupaba el inglés respecto del francés, no era anodino. El papel de Francia en la educación era un tema de interés para los norteamericanos, quienes visibilizaban los avances que iban haciendo en el terreno educativo respecto de Francia. Por ejemplo, en 1935, Gerald A. Drew, el *Chargé d’Affaires* de la embajada norteamericana en San José, Costa Rica, hacía referencia a la invitación que había recibido por parte del director del principal liceo público costarricense (Liceo de Costa Rica), para que ofreciera un discurso el 4 de julio. La importancia de esta celebración se evaluaba en comparación con la presencia francesa, pues “ninguna conmemoración del 4 de Julio se ha realizado jamás en escuela alguna de Costa Rica, si bien ceremonias de celebración del aniversario de la toma de la Bastilla el 14 de julio se organizaban habitualmente”.<sup>5</sup>

En el aspecto cultural, el referente era Francia; sin embargo, de todos los países europeos, era Alemania el que Estados Unidos miraba con mayor recelo. En términos de educación, Estados Unidos buscaba ganar terreno frente a la influencia francesa, pero Alemania era vista con mayor desconfianza porque se trataba del país europeo con la colonia inmigrante más arraigada y con mayor poder local en Centroamérica.

En 1913, el inglés Reginald Enock mencionaba, en su estudio de síntesis sobre las repúblicas de Centro y Sudamérica, que “las dos naciones asociadas generalmente con ideas de agresión o adquisición territorial en Latinoamérica, son los Estados Unidos y Alemania” (Enock, 1913: 481). Al referirse a Alemania, el autor continuaba sus afirmaciones:

5. Carta de Gerald A. Drew, *Chargé d’Affaires*, al Secretario de Estado, 6 de julio, 1935. National Archives and Records Administration (NARA), Record Group 59, Central Decimal File 1930-1939, Costa Rica, Box 5581.

...existen pocas dudas de que la partición de varios territorios de Latinoamérica por ciertos poderes europeos podría haber ocurrido de no haber sido por la influencia restrictiva de los Estados Unidos; de su opinión pública y armamentos navales [...]. De no haber sido por estos elementos, la bandera alemana probablemente ondearía sobre amplias porciones de Sudamérica. Que tal cosa pueda suceder, además, no ha de considerarse imposible, y cualquier cambio repentino en la política mundial podría brindarle a Alemania la oportunidad de ejercer tal política. (Enock, 1913: 484)

Este comentario, hecho antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, deja en evidencia que en la geopolítica de Estados Unidos hacia Centroamérica, Alemania fue percibida como una amenaza mucho antes de las guerras mundiales y de la Guerra Fría. Las palabras de Enock anticiparon ese cambio repentino en la política mundial más de veinte años antes del inicio del conflicto y muestran que el temor norteamericano respecto de Alemania no tuvo sus orígenes en el conflicto nazi, sino que se había gestado y explicitado en el creciente poder que este país había previamente adquirido en Latinoamérica, gracias a la consolidación del intercambio comercial y a la presencia de una colonia de inmigrantes con afianzada influencia económica y social.

## Conclusión

En el contexto de la Guerra Fría, el interés de Estados Unidos por la creación y puesta en marcha de políticas culturales alrededor del mundo —empezando desde Latinoamérica— se justificó desde el propio discurso de la amenaza nazi y de los dispositivos culturales que habían lanzado el Tercer Reich y el régimen fascista italiano, particularmente en lo que se refiere a la formación de juventudes. Sin embargo, el telón de fondo de estos discursos —y de las acciones tomadas por Estados Unidos en el campo cultural— se encontraba marcado por el fundamento ideológico esbozado desde el siglo XIX, según el cual América Latina —y los trópicos en particular— se hallaban en una situación de atraso cultural que los hacía vulnerables a las influencias extranjeras y limitaban sus potencialidades de desarrollo.<sup>6</sup>

La presencia cultural de Estados Unidos en Centroamérica durante la Guerra Fría se basó en dos argumentos: aquel de la amenaza externa y

6. En su libro acerca de la campaña antialemana que lanzó el gobierno estadounidense en Latinoamérica durante la Segunda Guerra Mundial, Max Paul Friedman enfatiza dos de los argumentos aquí esbozados: primero, que la comunidad alemana contaba con poder económico e influencia en la elite social y política de América Latina desde fines del siglo XIX; y segundo,

el de la vulnerabilidad interna. Como hemos desarrollado en las páginas anteriores, ambos eran herencia de decenios previos, en los que Centroamérica había sido vista como un terreno de disputa por las potencias internacionales, y en los que sus inicios de vida republicana estuvieron marcados por los fuertes conflictos internos de Estados nacionales que no se consolidaron fácilmente.

Posteriormente, en las décadas de la Guerra Fría, Estados Unidos delineó desde el Departamento de Estado y con ayuda de académicos de elite de prestigiosas universidades y de miembros del cuerpo militar, su teoría de la modernización, según la cual, el mundo de la posguerra se proyectaba como esencialmente tecnocrático (es decir, liderado por los avances científico-tecnológicos) y en el cual, el conocimiento—como herramienta para acceder a este progreso técnico— era considerado un aspecto fundamental en el porvenir del siglo XX. A Estados Unidos le correspondía liderar este cambio mundial, no solo como una forma de enfrentarse a la amenaza del bloque soviético, sino también porque los países europeos eran incapaces de hacerlo, concentrados como estaban en su propia reconstrucción de posguerra (Gilman, 2003).

En esa nueva coyuntura, la idea del atraso cultural de ciertas porciones del planeta (llamadas en la teoría de la modernización “países no occidentales”) se mantuvo como continuidad respecto de los decenios anteriores. Las repercusiones del pensamiento imperialista esbozado en el siglo XIX quedaron plasmadas en la política cultural de la segunda mitad del siglo XX, especialmente en lo que concierne a la imagen de los trópicos —y posteriormente los países no occidentales— como terrenos de disputa para las potencias internacionales (y durante la Guerra Fría entre Estados Unidos y el bloque soviético), y a la necesidad de un tutelaje moral (debido a la incapacidad de los líderes de encauzar a sus pueblos en la ruta hacia el progreso). No obstante, durante la posguerra se consolidó la transformación de

---

que el gobierno estadounidense temía en particular por el efecto desestabilizador que los alemanes podían tener en la región, básicamente por su desconfianza en la capacidad de los gobernantes latinoamericanos de limitar o detener cualquier intento de vulnerar la soberanía de sus países. “¿Por qué se internó [en los campos de detención de alemanes en Estados Unidos] a menos del uno por ciento de los ciudadanos alemanes de Estados Unidos, mientras que el programa de deportación orquestado por Estados Unidos condujo a la expulsión de quizás treinta por ciento de los alemanes en Guatemala, veinticinco por ciento en Costa Rica, veinte por ciento en Colombia y más de la mitad en Honduras? [...] La evidencia no indica que los alemanes en Latinoamérica superasen a sus pares en los Estados Unidos en su apoyo a Hitler. La diferencia radica en otro lugar. El gobierno de los Estados Unidos impulsó dos políticas distintas hacia los enemigos extranjeros alemanes según donde viviesen debido a su imagen sobre Latinoamérica como una región vulnerable y dependiente en la cual los latinos no tenían peso y los extranjeros eran los verdaderos actores [...] y porque los alemanes viviendo en América Latina presentaban otro desafío: estaban logrando importantes avances en los mercados latinoamericanos” (Friedman, 2003: 4).

la visión humanista del rol cultural de los Estados —herencia de la Europa ilustrada y aplicada por los gobiernos latinoamericanos de inicios del siglo XX— y su reemplazo por una visión tecnocrática de la cultura, que constituyó el bastión ideológico de la política cultural de Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX y de la cual aún somos tributarios en la actualidad.

## Fuentes

*National Archives and Records Administration* (Washington DC y College Park, Maryland)  
Record Group 59, Central Decimal File 1930-1939, Costa Rica, Box 5581.

## Bibliografía

- DE HOVRE, F. (1910), “La philosophie sociale de Benjamin Kidd”, *Revue néo-scholastique de philosophie*, vol. 17, N° 67, pp. 376-394.
- ENOCK, C. R. (1913), *The Republics of Central and South America. Their Resources, Industries, Sociology and Future*, Londres, J.M. Dent; Nueva York, Charles Scribener’s Sons.
- FRIEDMAN, M. P. (2003), *Nazis and Good Neighbors. The United States Campaign against the Germans of Latin America in World War II*, Nueva York, Cambridge University Press.
- GILMAN, N. (2003), *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore-Londres, The Johns Hopkins University Press.
- KIDD, B. (1894), *Social Evolution*. Londres-Nueva York, Macmillan.
- (1898), *The Control of the Tropics*, Londres-Nueva York, Macmillan.
- (1918), *The Science of Power*, Londres, Methuen.
- LEHOUCQ, F. (2003), “La economía política de la inestabilidad política: Dana G. Munro y su estudio sobre Centroamérica”, prefacio a la edición en español, en D. G. Munro, *Las cinco repúblicas de Centroamérica. Desarrollo político y económico y relaciones con Estados Unidos*, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- MUNRO, D. G. (2003), *Las cinco repúblicas de Centroamérica. Desarrollo político y económico y relaciones con Estados Unidos* (1918), Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- UKERS, W. H. (1922), *All About Coffee*, Nueva York, The Tea and Coffee Trade Journal Company.

**No existe pecado al sur del Ecuador**  
**La diplomacia cultural norteamericana**  
**y la invención de una Latinoamérica edénica**

*Sol Glik*

*¿Has danzado alguna vez en los trópicos en el  
vago, loco y perezoso South American Way?<sup>1</sup>*

Carmen Miranda

En los últimos años, una variada producción historiográfica<sup>2</sup> se ha distanciado del enfoque tradicional de las relaciones internacionales, para investigar los aspectos culturales de la ofensiva exterior norteamericana, especialmente durante la Guerra Fría. Sin embargo, el gobierno norteamericano venía instrumentalizando el uso de dispositivos culturales hacia América Latina ya desde los meses previos a su entrada en la Segunda Guerra Mundial, a través de la Oficina de Asuntos Interamericanos (OCIAA, Office of Coordinator of Inter American Affairs), establecida por el Consejo Nacional de Defensa de Estados Unidos en agosto de 1940.

Las acciones de la OCIAA constituían una operación de doble mano. Por un lado, era necesario conquistar al público latinoamericano mediante valores novedosos que resultasen más atractivos que el modelo ofrecido por el nazifascismo europeo. Por el otro, había que convencer a los propios ciudadanos estadounidenses sobre las conveniencias de aliarse a las vecinas repúblicas, ricas en materias primas escasas durante la guerra pero gobernadas en su

1. *Have you ever danced in the Tropics/ with the hazy, lazy, kind of crazy South American Way? / Have you ever kissed in the moonlight/ In the grand and glorious South American Way?* Carmen Miranda en *Down Argentina Way*. Estados Unidos, 20th Century Fox, 1940.

2. En la senda abierta por la contribución de Francis Stonor Saunders (2001), se realizaron brillantes trabajos en España, entre una variada y rica producción: Delgado (2009); León Aguinaga (2010); Montero Jiménez (2011); Niño (2009).



mayoría por dictaduras aparentemente inconciliables con la democracia estadounidense. Fueron justamente esas contradicciones las que propiciaron la invención de una Latinoamérica de ensueños, edénica, sensual, voluptuosa y abundante, que alimentaría el imaginario norteamericano sobre el sur del continente. Un contagio que alcanzó a muchos funcionarios estadounidenses, como se desprende del documento enviado por un importante directivo de la OCIAA a la División de Finanzas, solicitando “que en los memorandos se separe el trigo de la paja”, en vista de “la cantidad de las declaraciones extravagantes y románticas que se vienen realizando sobre los países latinoamericanos”.<sup>3</sup>

Las representaciones edénicas sobre América Latina ya estaban presentes en ciertos relatos de navegantes norteamericanos del siglo XIX, como lo ejemplifica la descripción de una Haití “presentada románticamente como un lugar exótico y sensual” (Junquiera, 2008: 140), pero también —en el caso de Río de Janeiro— como un “puerto seguro” (Junquiera, 2008: 145). La naturaleza —hábitat de los personajes latinoamericanos— podría ser vista como el lugar de redención que los románticos valorizaron como remedio a los males ocasionados por la civilización (Pike, 1992).

Este ensayo retoma esta perspectiva para abordar el aspecto menos estudiado de la ofensiva cultural norteamericana en la década de 1940: el impacto causado en el imaginario estadounidense —y más tarde europeo— por la circulación de las imágenes edénicas de América Latina. Como alternativa a la idea de *penetración cultural*, sostenida por los investigadores entre las décadas de 1970 y 1980 (Moura, 1980, 1984; Acosta *et al.*, 1973; Del Toro, 1986), se propone la idea de una mutua seducción, una suerte de magnetismo de doble sentido. Bajo cierta perspectiva de la historia cultural, cuando entran en contacto dos sociedades, ambas experimentan cambios, no solo la “emisora” (Ortiz, 2004; Burke, 2000: 203).

Las imágenes, como las palabras, tienen historia. Su capacidad metafórica es cambiante. Pero arrancadas del contexto de su producción, son solo imágenes. Examinar los procesos políticos y económicos que las propician, así como las transformaciones de sentido que experimentan, ayuda a desmontar su aparente estabilidad.

Por eso, este trabajo pretende dotar de historicidad a un conjunto de figuras entendidas como representaciones de “lo” latinoamericano, destejando el complejo enmarañado de intereses políticos, comerciales y económicos que favorecieron su producción durante la Segunda Guerra Mundial y su continuidad durante la Guerra Fría, a través de múltiples reinvenções

3. Carta de C. C. Martin a Joseph C. Rovensky, Director de la Division of Finance and Industry. RJ, 31/031941 National Archives and Records Administration (NARA), RG 229/350, Box 135: Carnival/Tourist Travel.

de sentidos y utilidades discursivas, donde las cuestiones del género y de etnicidad tienen un importante papel.

El cruce de fuentes en diferentes soportes (cine, radio, publicidad, prensa y documentos diplomáticos) ayuda a comprender el rol desempeñado entre 1940 y 1945 por agentes transnacionales externos al ámbito político, una vez que la misión de la OCIAA se concebía como la conquista de “los corazones y las mentes”. Antes, será necesario presentar el contexto de producción de esas imágenes.

### La cruzada panamericanista

En febrero de 1941, llegaba a la OCIAA un informe de cincuenta páginas sobre el carnaval de Río de Janeiro —“el mayor espectáculo de este tipo en el mundo”—. El volumen, “completamente ilustrado con fotos de hermosas cariocas y *señoritas* panamericanas”,<sup>4</sup> aportaba datos sobre la infraestructura turística de la ciudad carioca, además de una entusiasta descripción de las mismas conmemoraciones en Buenos Aires, Chile, Cuba y Puerto Rico. En su prefacio, el embajador de Estados Unidos en Río de Janeiro, Hugh Gibson, aseguraba que nadie había conseguido hasta entonces describir el Carnaval de Río “aunque centenas lo han intentado en diversas lenguas”. Ninguno de estos escritores había percibido, decía, que “el Carnaval es un sentimiento que permite a dos millones de personas perderse en las calles por cuatro días y noches con poca o ninguna moderación”.<sup>5</sup> Una carta posterior del director de la OCIAA, Nelson Rockefeller, explicaba que varios agentes habían sido contratados por este órgano del gobierno para visitar los carnavales entre América Central y Cuba. Entre ellos, Robert M. Morris, editor del *Esquire* magazine, que había elaborado artículos con fotos en colores para su divulgación en Estados Unidos. El tránsito turístico entre Estados Unidos y las repúblicas latinoamericanas, añadía Rockefeller, redundaría en importantes beneficios culturales y comerciales para el país.<sup>6</sup>

El aspecto más curioso de esta misión aparentemente comercial reside en su conexión con el Consejo de Defensa de Estados Unidos. En el marco de la política de “buena vecindad” del presidente Franklin D. Roosevelt hacia los gobiernos latinoamericanos, la OCIAA llevaba a cabo diversas

4. Carta de Julian Street Jr., coordinador del Commercial and Cultural Relations Between the American Republics, para Nelson Rockefeller, director de la OCIAA. Nueva York, 07/02/1941. NARA, RG 229/350, Box 135: Carnival/Tourist Travel.

5. Julian Street Jr., *Report on Carnivals in American Republics as a Stimulus to Tourist Travel*, enero de 1941. Parte I: “Purpose of Reports and actual Analysis”. NARA, RD 329, Box 135.

6. Carta de Nelson Rockefeller a Harlles Branch, presidente de la Junta Aeronáutica Civil. Washington DC, 18/02/1941. NARA, RD 329, Box 135.

acciones culturales, así como programas de ayuda económica y otras variantes intervencionistas.<sup>7</sup> El gobierno norteamericano había firmado un contrato con la compañía comercial Panam en noviembre de 1940 para el transporte de diversos agentes desde y hacia Estados Unidos, dos años antes de la instalación de la base aérea norteamericana en la ciudad brasileña de Natal. Soldados, enfermeras e ingenieros civiles y militares estadounidenses habitaron esta región del norte de Brasil entre las décadas del 40 y 50 del siglo XX como parte de un proyecto de *intercambio* que llevó al país sudamericano centenas de periodistas, editores, profesores, científicos, artistas, intelectuales, diplomáticos, empresarios, técnicos, estudiantes e investigadores norteamericanos. El ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, Oswaldo Aranha, habría comentado en tono humorístico: “uno más de esos programas de ‘buena voluntad’ y le declaramos la guerra a los Estados Unidos” (Moura, 1984: 49).

Invitados por la OCIAA, visitaron Río de Janeiro Tyrone Power, Bing Crosby, John Ford y Orson Welles, entre otros notables embajadores de la “buena vecindad”. Los dos últimos fueron encargados de filmar documentales sobre Brasil, bajo contrato de la productora cinematográfica RKO. Welles viajó a Río de Janeiro en febrero de 1942 con la misión de mostrar playas maravillosas y turistas extasiados por el carnaval de Río. Pero el director fue un poco más lejos. Buscando en las precarias *favelas* el origen de la *samba*, dedicó muchos metros de filme a escenas de pobreza que escandalizaron al gobierno brasileño, que había recibido a Welles como “embajador de buena vecindad”.<sup>8</sup> Según el agente Richard Wilson, “solo tenían que hacer un documental turístico para quedar bien. Pero se les ocurrió enviar a Orson”.<sup>9</sup>

La OCIAA se asociaba a la iniciativa privada para la producción de películas, programas de radio y revistas, entre las más variadas formas de divulgación del *American Way of Life*, constituyendo así un *front* de guerra, comercial, político y psicológico. Su objetivo era la cristalización de dos imágenes centrales: por un lado, la superioridad norteamericana frente al Eje; por otro, el modelo civilizador de Estados Unidos para América Latina (Moura, 1984: 23). Tales acciones no podían desarrollarse, sin embargo, sin el aval de los estadounidenses. Extensos informes dan cuenta de una intensa actividad destinada a mejorar la imagen de los vecinos continentales dentro de Estados Unidos, para “informar mejor a nuestros ciudadanos sobre los temas interamericanos y estimular su interés en las otras repúblicas

7. Sobre la diplomacia cultural norteamericana en América Latina, ver: Arndt (2005: 75-98) y Moura (1980, 1984 y 1990), entre una extensa bibliografía.

8. NARA, RG 229/ 350, Box 255.

9. Revista electrónica *Sight and Sound* (Londres, 1970). Disponible online en: <www.bfi.org.uk>, acceso: 14/11/2007.

americanas”.<sup>10</sup> Entre éstas, Brasil ganaba un lugar destacado debido a las alianzas establecidas con el gobierno de Getúlio Vargas a partir de 1941.

Aunque el *American Way of Life* estaba ya entre los latinoamericanos desde las primeras décadas del siglo XX gracias a las imágenes vehiculadas por el cine (Purcell, 2009), esta era la primera vez que el gobierno estadounidense lo utilizaba como instrumento de propaganda política de una forma organizada y sistematizada. Así, tomaba forma una ofensiva de persuasión ideológica que llevaría al cine, a la prensa, a la radio y a las páginas de las revistas imágenes relativas no solo a la superioridad militar de Estados Unidos, sino también –y muy insistentemente– el atractivo estándar de vida alcanzado por su afortunada clase media, representado como un modelo de modernidad susceptible de ser imitado por las clases medias urbanas en ascenso en los países latinoamericanos. Además de los valores relativos al modo de vida americano, la retórica sobre la libertad y la dialéctica amigo-enemigo configuraban una plataforma discursiva que veremos emerger con fuerza durante la Guerra Fría, no solo en América Latina, sino en toda la Europa Aliada.

Los intereses políticos no eran, sin embargo, exclusivos. No se debe perder de vista que Nelson Rockefeller era un empresario con importantes negocios en América Latina. Su posición como director de la OCIAA aseguraba la convergencia de intereses también económicos, que correspondían igualmente a un doble objetivo. Por un lado, las empresas estadounidenses eran estimuladas a colaborar con la salud financiera de revistas y periódicos latinoamericanos simpáticos a la causa aliada, pagando anuncios publicitarios institucionales que además resaltaban los enormes avances tecnológicos de la gran potencia americana.<sup>11</sup> Por otro lado, los publicitarios desarrollaban para los medios norteamericanos diversos eslóganes que enfatizaban “la importancia *patriótica* de los viajes por Sudamérica”,<sup>12</sup> ya que era igualmente importante concientizar a los ciudadanos estadounidenses sobre la necesidad del intercambio con los vecinos del sur para neutralizar la influencia nazi en la región.

Este cruce de intereses comerciales y políticos alcanzó a los artistas e intelectuales en su vertiente más ideológica. En 1941 se realizó en Río de Janeiro la Tercera Convención Sudamericana de Ventas, patrocinada por la productora cinematográfica RKO, en la que participó Walt Disney. Por encargo de la OCIAA, Disney realizó ese mismo año una gira por Latinoamérica, buscando ideas para la creación de personajes portadores de los ideales

10. “Desde el inicio, la promoción de la amistad internacional y el entendimiento ha sido considerado un trabajo de doble mano.” Memorandum de A.C.Peters a Don Francisco, director de la Radio Division. Washington, 01/07/1942. NARA, RG 229/350, Box 293.

11. *Brazil Advertising*. NARA, RG 229/ 350, Box 170.

panamericanistas.<sup>13</sup> En Río de Janeiro se lo vio fotografiado en medio de ruedas de samba. Poco después, surgiría el famoso papagayo Zé Carioca, que fue presentado al mundo como amigo del Pato Donald en la película *Saludos, amigos*, ayudando así a construir el perfil del brasileño simpático y cordial. *Saludos...* fue estrenada en Brasil y Argentina en agosto de 1942, pero los estadounidenses solo la verían en febrero de 1943.

El popular Zé Carioca reunía las características del *malandro* que el público aprendería a distinguir como propias del brasileño cordial, pacífico, irresponsable e indolente, y que corresponden a una imagen cristalizada por insistentes representaciones. Cuando el papagayo se presenta al Pato Donald –de paseo por Río de Janeiro– le obsequia su tarjeta de visita. Elegante y conversador, elocuente y desembarazado, desborda picardía y desenfado.<sup>14</sup> Parece no tener otra ocupación que pasear por Copacabana, flirteando con lindas mujeres.

En contraste, Donald –que no es sino un *marine* norteamericano– ofrece una imagen torpe e inocente. No sabe cómo moverse en el bello e inhóspito paisaje sin la ayuda de su nuevo amigo carioca. Hedonismo y lujuria se combinan en un tiempo elástico, sin prisas. Los personajes locales parecen no tener obligaciones, se deslizan por paisajes paradisíacos con una naturalidad que escapa a la lógica capitalista en la cual, sin embargo, habitan. Donald, desubicado, se deja conducir por un desconocido que controla toda la acción. El deslumbrado marinerío norteamericano enloquece con las mujeres locales –exageradamente exuberantes– integradas al paisaje. En una escena de otra película, cuya acción transcurre en Salvador de Bahía, Donald persigue al personaje de Aurora Miranda, vestida como su famosa hermana Carmen. La actriz representa a una vendedora de dulces que anuncia sus productos por las calles cantando y balanceando constantemente las caderas. Al ritmo de la música, los edificios de la ciudad también se balancean, completando el ambiente sensual.<sup>15</sup>

Aun preservando y realimentando estereotipos raciales y culturales, el mundo de Disney no es hermético; está poblado por imágenes contradictorias. En estas películas producidas por encargo de la OCIAA, Disney deja de lado su habitual puritanismo para abrir paso a un inusitado erotismo, donde están presentes las mujeres de carne y hueso.

Como asegura Tota (2000: 137), el Carnaval no deja a Disney disimular los

12. *Report on Carnivals in American Republics as a Stimulus to Tourist Travel*, por Julian Street Jr, 1941, Parte I: "Purpose of Reports and a Factual Analysis". NARA, RD 329/ 350, Box 135.

13. Los contratos con Walt Disney están depositados en los NARA, RG 229/ 350, Box 216.

14. Este trecho, disponible online en: <<http://youtu.be/9JBq4VEBFq4>>. Acceso: 10/12/2011.

15. *Los tres caballeros*. Estados Unidos, Walt Disney Production, 1944.

sexos, la sensualidad es permitida en nombre de una causa mayor: la lucha contra el fascismo. Esta afirmación, originada en el campo de la historia de la diplomacia cultural, abre camino, sin embargo, para una observación más amplia, que se conecta con las más recientes teorías feministas sobre los estudios de género: es necesario abandonar el enfoque rígido y polarizado de los papeles sexuales, para analizar la red de elementos vinculados a las condiciones de clase, poder y etnicidad que estructuran las relaciones sociales (Cecchetto, 2004).

Argentina fue contemplada de una manera diferente por esta cruzada panamericanista del *cartoon* estadounidense. Disney no creó un dibujo específicamente argentino, pero sí caracterizó al personaje Goofy como un *cow-boy* americano que se transforma en gaucho argentino al trasladarse a la llanura pampeana, donde se divertiría bailando con su caballo antes de retornar a su país. Como afirma Jean Franco (2003: 41), América Latina se ofrece, así, como una cultura fronteriza y una tierra de fantasía, a la que podemos conocer y luego abandonar. Llama particularmente la atención que en esta escena del baile –contrariando el reiterado estereotipo masculino “de los Pampas”– se produzca un apasionado beso entre el Goofy transformado en gaucho argentino y su corcel. Lo curioso es que esta escena aparece también entre personajes de carne y hueso –caballo incluido– en una película anterior producida por la 20th Century Fox, *Down Argentina Way* (1940).

Las representaciones de la masculinidad también experimentan cambios según mudan de contexto. En la película *Los tres caballeros* (1944), un nuevo personaje aparece para borrar la tradicional imagen del feroz bandido mexicano –el *greaser*– que poblaba los primeros westerns mudos.<sup>16</sup> Pancho Pistolas es un gallo de riñas que calza revólver y sombrero, pero es más bien torpe y bastante infantil. Hacia finales del siglo XIX, y durante la guerra con España, las características de ferocidad, infantilidad e indolencia estaban presentes en las representaciones sobre hispanoamericanos en periódicos como el *New York Journal* o el *New York World* (Mendonça, 1999: 60-61). Pero este perfil fue retirado de la producción cinematográfica norteamericana por orientación de la OCIAA durante el gobierno de Franklin D. Roosevelt, ya que la idea del panamericanismo era, ante todo, “integradora” de las diferencias entre “panamericanos” (Moura, 1984: 36). Desde entonces, tendremos la visión del mexicano indolente, durmiendo interminables siestas bajo su sombrero (el cual parecerá haber sido inventado para eso y no para trabajar al sol). Es que, como afirma Roger Chartier (1999), es necesario

16. Por ejemplo, *Tony the Greaser* (1911) o *The Greaser's Revenge* (1914). Los límites de este ensayo no permiten detenerse en las representaciones sobre mexicanos, tratadas en profundidad por Fregoso (1993) y Noriega (1994).

comprender las luchas sociales no solo como enfrentamientos económicos o políticos, sino también como luchas de representación y de clasificación.

Contradictorias y muchas veces enfrentadas, las representaciones realizadas por Hollywood en la década del 40 resultaron en imágenes híbridas, equívocas, que proyectaron hacia los años de la Guerra Fría un confuso puzle *tropical* en el que se unificaban elementos diversos y de orígenes diferentes.

### Ensalada de frutas

Me cabe la gran oportunidad y el gran honor de ser la intérprete de las cosas brasileñas [...] en mis números no ha de faltar nada: canela, pimienta, dende, comino, vatapá, carurú, munguzá, balangandás, acarajé<sup>17</sup> [...] Quiero que el americano conozca el samba, comprenda que no es rumba. No voy a olvidar mi tierra. Ni americanizarme, voy a llevar un poco de Brasil.

Carmen Miranda<sup>18</sup>

Un episodio de 1951 de la exitosa serie de televisión norteamericana *Yo quiero a Lucy* comienza con una curiosa escena doméstica. En la sala hay gallinas, un burrito amarrado, hojas de palmera y de banano por todas partes, cacharros de barro y paja; y frutas, muchas frutas. Durmiendo bajo un enorme sombrero, se encuentra un personaje que se nos antoja –¿por qué?– mexicano. Por la puerta entra la exitosa comedianta norteamericana Lucille Ball, vistiendo una indumentaria similar a la que solía usar la brasileña Carmen Miranda en sus presentaciones. Comienza la música y Lucy baila el exitoso suceso de los años 40, *Mamãe eu quero*. Unos niños entran corriendo para comer guacamole, tacos, enchiladas y antojitos. Cuando acaba la música, Lucy explica al sorprendido marido que había ideado la performance para que él no echase de menos “todo lo que dejó” en su Cuba natal.<sup>19</sup> La escena prácticamente se repite, con pocas diferencias, en una película de 1953. Centrada en México, muestra un escenario donde

17. Platos tradicionales de la cocina de Salvador de Bahía, al nordeste de Brasil, en los que se puede apreciar la influencia de la cultura africana.

18. Entrevista colectiva, pocos minutos antes de embarcar hacia Estados Unidos, en 1939 (Mendonça, 1999). Salvo indicación contraria, todas las traducciones son propias.

19.<sup>22</sup> *I love Lucy*, Estados Unidos, episodio del 22/10/1951. Disponible online en: <<http://youtu.be/vlndNoogYnI>>. Acceso: 21/06/2010.

varios personajes duermen bajo sus enormes sombreros. Nuevamente hay frutas, hojas de palmera y de banano en el decorado. De repente, irrumpe el comedianta Jerry Lewis, bailando la misma música y vistiendo también la indumentaria de la famosa artista brasileña.<sup>20</sup>

Estas escenas mezclan elementos mexicanos, brasileños y cubanos como si se tratasen de lo mismo. ¿De dónde surge este confuso sincretismo? Será necesario contextualizar la producción de estas imágenes, a fin de conferirles algún sentido. Las escenas anteriores dialogan con significados consolidados durante la década del 40 en el imaginario del público estadounidense. Este mix “tropical” recrea, en forma de homenaje, la exitosa fórmula testada por el cine de Hollywood desde los tiempos de la política de “buena vecindad”, cuando la cantora y bailarina Carmen Miranda llegó a Estados Unidos como representante de la cultura brasileña, invitada por el gobierno de Franklin D. Roosevelt.

Conocida como *la reina blanca del samba*, Carmen Miranda fabricó un modelo que habría de imponerse como la identificación de la “mujer brasileña” y, por extensión, latinoamericana. Según Ana Mendonça (1999: 49), Carmen se presentaba como la síntesis de un primoroso equilibrio que pretendía borrar la herencia negra, invariablemente vista como negativa, para decretar una supuesta armonía en la que blanco, negro e indio realizan “la síntesis racial”. Entre 1940 y 1953, Carmen Miranda filmó catorce películas y vendió más de diez millones de discos en todo el mundo, siendo así la artista mejor pagada durante los años 40, y en 1945, la mujer mejor pagada de Estados Unidos.<sup>21</sup> Su estilo era condimentado y destilaba una picardía que apenas rozaba el erotismo. Aunque aparecía completamente vestida –en pocas ocasiones dejaba ver algo más que su cintura– sus gestos sugerían cierta sensualidad implícita. Como afirma Pedro Tota (2000: 117), la permisividad podía aceptarse dentro de la política de “buena vecindad”, en especial partiendo de una mujer venida de los trópicos.

A pesar de sus esfuerzos por definirse como brasileña –tanto en las entrevistas a la prensa como en las letras de sus canciones–, su estilo musical era “una mezcla de habanera, rumba, samba, tango y otros géneros, más adecuado en realidad al gusto poco refinado del público americano medio” (Tota, 2000: 118). Para Tânia García (2002), Carmen no era propiamente brasileña, argentina, cubana o mexicana, sino un símbolo de toda América Latina, representada a través de una imagen caricatural e indivisible.

Esa imagen unificada molestaba, sin embargo, a muchos latinoamericanos. Así lo interpretaba un informe enviado a Nelson Rockefeller por el director de la OCIAA en Buenos Aires:

20. *Scared Stiff*, de George Marshall. Estados Unidos, Paramount Pictures, 1953.

21. Datos del Internal Revenue Service (IRS), aportados por Mendonça (1999: 61).

Las películas americanas transmiten una idea errónea sobre los sudamericanos, debido a la ignorancia o desinterés de los productores de Hollywood, mezclando mantillas y guitarristas pastores, gauchos argentinos vestidos como charros mexicanos. Más aún, cuando personajes latinoamericanos aparecen en películas norteamericanas, invariablemente son villanos, libertinos o dandis. En el estreno de *Down Argentine Way*, la mayor parte de la audiencia se retiró en señal de desagrado o desencadenaron ruidosas protestas.<sup>22</sup>

La película referida fue estrenada en América Latina como *Serenata Argentina*, una verdadera miscelánea en la que Carmen Miranda baila al son de *mariachis* mientras un grupo de *gauchos* ensaya un *malambo*.<sup>23</sup>

Carmen ha sido reinventada, entre otros, por Bugs Bunny, Tom y Jerry y Madonna. Poco importa que las escenas sean personificadas por humanos de carne y hueso o conejos y ratones animados por el arte de algún dibujante; todos sitúan al personaje en un terreno de irrealidad, exageración e hibridismo que pretende ser el lugar “latinoamericano”. No se debe perder de vista, sin embargo, que estas representaciones son al mismo tiempo un homenaje a la artista brasileña y el reconocimiento a una época marcada entre el público estadounidense por la expansión de la radio. Así se puede apreciar en *Días de Radio*, film en que Woody Allen dedicó a Carmen Miranda uno de los momentos más memorables. Para recrear el ambiente de los 40, la madre del personaje –protagonizada por Julie Kavner– aparece con un turbante en la cabeza, danzando frente al espejo en la intimidad de su habitación, en una *performance* que recuerda a Carmen Miranda al son de *South American Way*.<sup>24</sup> En nuestros días, las caracterizaciones de travestis y *drags queens* son frecuentemente inspiradas en la figura de la actriz brasileña. Contratada por el Consejo de Defensa estadounidense como parte de una estrategia político-defensiva, la figura de Carmen Miranda atravesó la Segunda Guerra Mundial como el símbolo de la “buena vecindad” y entró en la Guerra Fría portando imágenes de una supuesta inmanencia sensual, que muchas veces sería atribuida a la *laxitud* de los trópicos.

Carmen se presentaba casi siempre con altos *tamancos* y enormes plumas, pero era conocida por sus espectaculares turbantes cargados de frutas. Muchas frutas. En una de sus películas más famosas, aparece un organillero que lleva un chimpancé al hombro, sucedido por la coreografía de una gran

22. *Memorandum Summary on Opinion in Latinoamerica*. NARA, RG 229/350, Box 135, Folder Opinion Surveys.

23. Dirigida por Irving Cummings, Estados Unidos, 20th Century Fox, 1940.

24. *Radio Days*, de Woody Allen, Estados Unidos, MGM, 1987. Disponible online en: <[http://youtu.be/-j-7FdYG\\_KE](http://youtu.be/-j-7FdYG_KE)>. Acceso: 20/12/2012.

cantidad de bailarinas disfrazadas de bananos. A continuación, Carmen irrumpe en la escena, bajando de un barco cargado de frutas.<sup>25</sup> ¿Por qué tantas frutas? Nuevamente será necesario contextualizar el problema.

En tiempos de guerra, la riqueza de alimentos que se encontraba al sur del continente constituía un interesante atractivo. Sin embargo, los estadounidenses dudaban de la capacidad administrativa de los latinoamericanos (Mendonça, 1999: 60-61). Pero esto tiene sus antecedentes.

### ¡Yes, tenemos bananas!

En la primera feria internacional realizada en Estados Unidos, en 1876, la banana ganó protagonismo como uno de los símbolos de la estrategia global norteamericana. Grandes compañías fruterías estadounidenses estaban ya instaladas en países centroamericanos, donde habían construido grandes infraestructuras de vías de transporte y comunicación alrededor de sus plantaciones.

Ya hacia la década de 1940, estas compañías bananeras enfrentaron en Centroamérica una plaga denominada “mal del Panamá”, que invadía sus plantaciones. Se vieron entonces obligadas a desarrollar poderosos pesticidas para combatirla. El resultado fue la creación de un fruto híbrido denominado “Mezcla Burdeos”.<sup>26</sup> Las compañías debieron entonces implantar estrategias para incrementar el consumo de la fruta entre los norteamericanos. Así surgió el personaje Chiquita Banana, creado por el dibujante Dik Browne, conocido como uno de los más exitosos proyectos comerciales en la historia de la publicidad de Estados Unidos. Se trataba de un dibujo animado, protagonizado por una banana cuyo baile e indumentaria se inspiraban nada menos que en la caracterización de Carmen Miranda. Un cambio en la letra de la melodía de *The Lady in the Tutti Frutti Hat* sirvió para enseñar a los norteamericanos cómo consumir las bananas.<sup>27</sup> El corto tenía objetivos pedagógicos: la letra hablaba de las propiedades de la fruta, de sus posibi-

25. “The Lady In The Tutti Frutti Hat”, en *The Gang’s All Here*. Estados Unidos, 20th Century Fox, 1943. Trecho disponible online en: <<http://www.youtube.coEn/watch?v=ffb4PGBHhE>>. Acceso: 21/06/2011.

26. En el ámbito de la Historia Ambiental, ver Soluri (2003).

27. *I’m Chiquita banana and I’ve come to say - Bananas have to ripen in a certain way - When they are fleck’d with brown and have a golden hue - Bananas taste the best and are best for you - You can put them in a salad - You can put them in a pie-aye - Any way you want to eat them - It’s impossible to beat them - But, bananas like the climate of the very, very tropical equator - So you should never put bananas in the refrigerator*. Disponible online en: <[http://youtu.be/hhif\\_hPP56A](http://youtu.be/hhif_hPP56A)> Acceso: 06/12/2011.

lidades culinarias y de su riqueza nutritiva. Pero también explicaba que se trataba de una fruta tropical, que, por lo tanto, detestaba el frío y no podía ser guardada en el refrigerador. Esta parte de la letra era acompañada por un diseño animado que mostraba a las bananas tomando sol en una playa, bajo un cartel luminoso intermitente que decía “Equator”. Chiquita, la banana, cantaba y danzaba durante toda la explicación.

De esta manera, el personaje en movimiento se revestía de la autoridad conferida por la *herencia* de la artista brasileña, reconocida por el público norteamericano como símbolo máximo del *tropicalismo*. Como afirma Michel de Certeau (1990: 272), el poder de los medios se extiende sobre el imaginario cristalizado entre los espectadores, aun reconociendo su autonomía. Cada banana producida por la compañía llevaba una etiqueta adhesiva de color azul con la silueta de Carmen Miranda, como sello de garantía de calidad.

El jingle era tocado 376 veces al día en las emisoras de radio de todo el país (Murray, 2008: 83), y se transformó en un gran éxito discográfico que atravesó toda la Guerra Fría, con múltiples reinversiones. Además de conocidos intérpretes, numerosos videos de producción doméstica ensayaron una y otra vez la danza popularizada por Carmen Miranda, pero esta vez al son del jingle de Chiquita Banana. Las dimensiones del éxito propiciaron también la invención de una serie de dibujos animados, en las que la banana Chiquita protagonizaría a una heroína de aventuras ambientadas en selvas tropicales.

A pesar de la simpática imagen plasmada entre el público estadounidense por el personaje frutal, la compañía bananera responsable por el jingle ha sido objeto de fuertes críticas entre los latinoamericanos a lo largo de todo el siglo XX. No es mi intención detenerme aquí en los numerosos conflictos que marcaron la historia de las compañías bananeras, conocidas por las violaciones a los derechos de los trabajadores y el uso de pesticidas prohibidos (Bucheli, 2005; Soluri, 2003). Es igualmente conocida la participación de la United Fruit Company<sup>28</sup> en la persecución al comunismo en América Central, mediante el patrocinio a fuerzas paramilitares en Costa Rica, Guatemala, Honduras y Colombia, además del apoyo a dictaduras aliadas con Washington. Para los críticos latinoamericanos, la United Fruit es un verdadero símbolo del intervencionismo y la violencia estadounidense en Latinoamérica. Así ha quedado plasmado en la literatura latinoamericana del siglo XX, por ejemplo, en la obra de Gabriel García Márquez y Pablo Neruda.<sup>29</sup> La colaboración de la compañía con la CIA (Central Intelligence

28. La sucesora de la *United Fruit Company* opera actualmente bajo el nombre *Chiquita Brand*, en Cincinnati, Ohio.

29. Ver, por ejemplo, el poema de Pablo Neruda “La United Fruit Co”, en *Canto General* (1950)

Agency) durante los gobiernos de los presidentes norteamericanos Harry Truman (1945-1953) y Dwight Eisenhower (1953-1961) fueron fundamentales para la deposición del presidente electo de Guatemala, Jacobo Arbenz Guzmán en 1954, cuya política de expropiación de parte de las tierras de la United Fruit lo había transformado en sospechoso de conexiones con la URSS. Lo que interesa para este ensayo es la utilidad simbólica de la figura de Carmen Miranda –entendida como ícono de la *latinidad*– para alcanzar objetivos comerciales en los que convergen también estrategias militares y fines políticos. Una nueva transformación de sentido propiciaría la identificación de la banana con el “atraso” y le conferiría nuevos significados a lo largo de la Guerra Fría. Así lo denota, por ejemplo, la recuperación del término peyorativo “República bananera”, con el que se definía a las inestables democracias latinoamericanas, productoras de materias primas y gobernadas por dictaduras corruptas, frecuentemente aliadas a poderosas oligarquías locales.<sup>30</sup>

### Consideraciones finales

El naturalista y explorador prusiano Alexander Von Humboldt dudaba que existiese en el planeta alguna especie que demandase tan poco terreno y esfuerzo, y que fuese tan pródiga, como la banana. En Estados Unidos, esta afirmación se ha asociado en las primeras décadas del siglo XX con la idea de que los latinoamericanos vivían una dependencia supuestamente fácil hacia la naturaleza. Se alimentaba así el argumento de que los trabajadores perezosos solo saldrían de la pobreza gracias a las inversiones estadounidenses (Soluri, 2005) y ganaba espacio la imagen de América Latina como lugar de un atraso supuestamente inmanente e incorregible, y por tanto presa fácil de la amenaza comunista. Durante la Guerra Fría, estas potentes imágenes acompañaron la idea de la inevitabilidad de la tutela norteamericana, a través de numerosas representaciones en el cine y la televisión norteamericanas.

Tales imágenes provenían, sin embargo, de una idea muy diferente. Numerosos documentos, datados en el período inmediatamente anterior al conflicto bipolar, denotan un ambiente cargado de subjetividades, en el que sobresale la fascinación con que importantes funcionarios y políticos de Washington se acercaron a América Latina. Y no solo políticos. Actrices,

y las novelas de Gabriel García Márquez *Cien años de Soledad* (1967) y *El coronel no tiene quien le escriba* (1961).

30. El término aparece por primera vez en la obra del escritor O. Henry (William Sydney Porter), *Cabbages and Kings* (1904).

cineastas, dibujantes, músicos y poetas se transformaron durante la década del 40 en agentes transnacionales de la acción política, contribuyendo a diseñar una Latinoamérica gentil y seductora, que a su vez alimentaba el imaginario erótico sobre el sur del continente. En el marco de la política de “buena vecindad”, la convergencia de intereses de signos diversos (políticos, ideológicos, bélicos, comerciales y económicos) propició la invención de figuras femeninas revestidas de una sensualidad aparentemente inmanente, mientras que las masculinas pasaron –sucesiva y hasta simultáneamente– de la ferocidad a la indolencia. Esta afirmación refuerza la idea de que el género se cruza con la compleja red de elementos de clase, poder y etnicidad que estructuran las relaciones sociales.

De la misma forma, reducir el análisis al ámbito diplomático podría ocultar un complejo entramado en el que convergen política, publicidad, propaganda, economía, cultura, diversión, género y etnia, entre muchos y variados intereses. Y es que, como ha dicho Joan Scott (1986: 1067), “es necesario analizar los procesos sociales de tal manera amalgamados, como si no fuese posible separarlos”.

Parece necesario aclarar, sin embargo, que la idea que aquí definiendo sobre la circulación y reelaboración de los dispositivos culturales no implica desestimar las condiciones desiguales en las que operan tales procesos, lo que gana relevancia cuando se analizan las relaciones entre Estados Unidos y sus “socios” latinoamericanos. Como afirma Edward Said, sería políticamente irresponsable subestimar sus profundos efectos, ya que “nunca ha existido un consenso al que fuera tan difícil oponerse, ni ante el que fuera tan fácil y lógico capitular, inconscientemente” (cit. por Giroux, 1996: 52).

## Fuentes

### Cine

- Días de Radio (Radio Days)*, dirigida por Woody Allen, con Mia Farrow, Dianne Wiest y Mike Starr. Estados Unidos, MGM, 1987. Trecho disponible online en: <[http://youtu.be/-j-7FdyG\\_KE](http://youtu.be/-j-7FdyG_KE)>. Acceso: 20/12/2011.
- El Castillo Maldito (Scared Stiff)*, dirigida por George Marshall, con Jerry Lewis, Dean Martin y Elizabeth Scott. Estados Unidos, Paramount Pictures, 1953.
- Los tres caballeros (The Three Caballeros)*, dirigida por Norman Ferguson y Walt Disney. Estados Unidos, Walt Disney Production, 1944.
- Toda la banda está aquí (The Gang's All Here)*, dirigida por Busby Berkeley, con Carmen Miranda, Alice Faye, y Phil Baker. Estados Unidos, 20th Century Fox, 1943. Trecho disponible online en: <[www.youtube.com/watch?v=ffB4PGBHhE](http://www.youtube.com/watch?v=ffB4PGBHhE)>. Acceso: 21/06/2011.
- Saludos, Amigos*. Walt Disney y RKO Pictures, 1943. Trecho disponible online en: <<http://youtu.be/9JBq4VEBFq4>>. Acceso: 10/12/2011.

- Serenata Argentina (Down Argentina Way)*, dirigida por Irving Cummings, con Don Ameche, Betty Grable y Carmen Miranda. Estados Unidos, 20th Century Fox, 1940.
- The Greaser's Revenge*, dirigida por Rollin S. Sturgeon, con George Cooper, Myrtle Gonzalez y Charles Bennett. Estados Unidos, Frontier Motion Picture, 1914.
- Tony the Greaser*. Dirigida por William F. Haddock, con William Clifford, Edith Storey y Henry Stanley. Estados Unidos, Georges Méliès, 1911.

### Televisión

- I love Lucy*, Estados Unidos, episodio del 22/10/1951. Disponible online en: <<http://youtu.be/vlndNoogYnI>>. Acceso: 21/06/2010.
- Chiquita Banana, jingle. Disponible online en: <[http://youtu.be/hhif\\_hPP56A](http://youtu.be/hhif_hPP56A)>. Acceso: 06/12/2011.

### Literatura

- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1961), *El coronel no tiene quien le escriba*, Bogotá, Aguirre editor.
- (1967), *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Sudamericana.
- HENRY, O. (William Sydney Porter) (1904), *Cabbages and Kings*, Nueva York, A. L. Burt.
- NERUDA, Pablo (1950), “La United Fruit Co.”, en *Canto General*, Buenos Aires, Losada.

### Archivos diplomáticos

- National Archives and Records Administration* (College Park, Maryland):
- RG 229/350, Box 135: Carnival/Tourist Travel.
  - RD 329, Box 135.
  - RG 229/350, Box 293.
  - RG 229/ 350, Box 170.
  - RG 229/ 350, Box 216.
  - RG 229/350, Box 135, Folder Opinion Surveys.

## Bibliografía

- ACOSTA, L.; V. ERHART; P. VEGA (1973), *Penetración cultural imperialista en América Latina; comics y revistas femeninas*, Medellín, Los Comunerios.
- ARNDT, R. T. (2005), *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington DC, Potomac Books.
- BUCHELI, M. (2005), *Bananas and Business: The United Fruit Company in Colombia: 1899-2000*, Nueva York, New York University Press.
- (2008), “Multinational Corporations, Totalitarian Regimes, and Economic Na-

- tionalism: United Fruit Company in Central America, 1899-1975”, *Business History*, 50, pp. 433-454.
- BURKE, P. (2000), *Formas de Historia Cultural*, Madrid, Alianza.
- CECCHETTO, F. R. (2004), *Violencia e estilos de masculinidade*, Río de Janeiro, FGV.
- CERTEAU, M. de (1999), *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana.
- CHARTIER, R. (1999), “Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación”, *Cuadernos de Trabajo*, 2, Valencia, Fundación Cañada Blanch.
- DEL TORO, W. (1986), “Cultural Penetration in Latin America through Multinational Advertising Agencies”, *International Communication Association Meeting*, Chicago.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L. (2009), “La maquinaria de persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos hacia España”, *Ayer*, 75 (3), pp. 97-132.
- FRANCO, J. (2003), “Matándolos dulcemente: la Guerra Fría y la cultura”, en J. Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, Barcelona, Debate.
- FREGOSO, R. L. (1993), *Bronze Screen: Chicana and Chicano Film Culture*, Minnesota, University of Minnesota Press.
- GARCÍA, T. (2002), “Carmen Miranda: Imagem e símbolo da América Latina construído por Hollywood”, *Idéias, representações e mitos norte-americanos. Anais do V Congresso da Associação Nacional dos Professores e Historiadores de América Latina y El Caribe*, Belo Horizonte, ANPLHAC.
- GIRAUX, H. (1996), *Placeres inquietantes. Aprendiendo la cultura popular*, Barcelona, Paidós.
- JUNQUEIRA, M. A. (2008), “Charles Wilkes, a U.S Exploring Expedition e a busca dos Estados Unidos de América por um lugar no mundo (1838-1842)”, *Tempo*, 13-25, Río de Janeiro, UFF, pp.131-149.
- LEÓN AGUINAGA, P. (2010), *Sospechosos habituales: el cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC.
- LVOVICH, D. (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor.
- MENDONÇA, A. R. (1999), *Carmen Miranda foi a Washington*, Río de Janeiro-San Pablo, Record.
- MONTERO JIMÉNEZ, J. (2011), “Lazos culturales en clave política. Lengua y cultura estadounidense en el tardofranquismo”, *Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, PubliCan.
- MOURA, G. (1980), *Autonomia na dependência: a política externa brasileira de 1935 a 1942*, Río de Janeiro, Nova Fronteira.
- (1984), *Tio Sam chega ao Brasil. A penetração cultural americana*, San Pablo, Brasiliense.
- (1990), *Estados Unidos e América Latina. As relações políticas no século XX: xerifes e cowboys, um povo eleito e o continente selvagem*, San Pablo, Contexto.
- MURRAY, K. P. (2008), “El poder del branding sonoro: el caso de los chocolates El Gallito”, *Reflexiones*, 87 (2), pp. 81-89.

- NIÑO, A. (2009), “Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional”, *Ayer*, 75 (3), pp. 25-61.
- NORIEGA, C. (1994), “U.S. Latinos and the Media”, *Jump Cut*, 39, pp. 57-58.
- PIKE, F. B. (1992), *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of civilization and Nature*, Austin, University of Texas Press.
- PURCELL, F. (2009), “Una mercancía irresistible. El cine norteamericano y su impacto en Chile (1910-1950)”, *Historia Crítica* 38, Bogotá, mayo-agosto, pp.46-69.
- ORTIZ, R. (2004), *Mundialización y cultura*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- SCOTT, J. W. (1986), “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, *The American Historical Review*, 91-5, pp. 1053-1075.
- SOLURI, J. (2003), “Consumo de masas, biodiversidad y fitomejoramiento del banana de exportación, 1920 a 1980”, *Simposio de Historia Ambiental Americana*, Santiago de Chile.
- (2005), *Banana Cultures. Agriculture, Consumption and Environmental Change in Honduras and the United States*, Austin, University of Texas Press.
- STONOR SAUNDERS, F. (2001), *La CIA y la guerra fría cultural*, Barcelona, Debate.
- TATO, M. I. (2007), “El ejemplo alemán: la prensa nacionalista y el Tercer Reich”, *Revista Escuela de Historia*, 6, diciembre, pp. 33-57.
- TOTA, A. (2000), *O Imperialismo Seductor. A americanização do Brasil na época da Segunda Guerra*, San Pablo, Companhia das Letras.



**“Maquinaria imperfecta”**  
**La United States Information Agency y**  
**el Departamento de Estado en los inicios de la Guerra Fría\***

*Francisco J. Rodríguez Jiménez*

**Introducción**

A finales de la década del 60 del siglo pasado –coincidiendo con la participación americana en la Guerra de Vietnam y el antiamericanismo que este conflicto generó–,<sup>1</sup> fueron apareciendo más y más voces de protesta contra la política exterior de Estados Unidos.<sup>2</sup> Probablemente es en Latinoamérica, más que en ninguna otra zona del mundo, donde la sombra militar del *coloso del norte* ha sido efectivamente alargada. El apoyo del gobierno de Estados Unidos a dictadores latinoamericanos o la implicación de sus servicios secretos en manejos electorales es bien conocida.<sup>3</sup>

Ahora bien, de lo antedicho no se puede inferir sin más que Washington ha estado detrás de cada uno de los golpes de Estado ocurridos en esa re-

\* Este texto se ha elaborado gracias a una beca postdoctoral Fulbright del Ministerio de Educación de España. Y en el marco de los proyectos de investigación “Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política” (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y “Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975” (Universidad de Alcalá).

1. Sin ánimo de exhaustividad y por citar solo algunos ejemplos Markovits, Ross y Ross (2004). Para el caso español, Fernández (2009 y 2010); algunos ejemplos de Latinoamérica en McPherson (2003).

2. Curiosamente, y pese a lo que pudiera pensarse, algunas de las primeras y más notables denuncias contra la política exterior de Washington no vinieron de paladines “antiimperialistas”, tipo Noam Chomsky, sino de algunos miembros del *establishment* (Johnson y Gwertzman, 1968).

3. De la extensa bibliografía existente, podrían citarse Joseph y Spenser (2008); Livingstone (2009); Grandin y Joseph (2010).

gión, o que Hollywood,<sup>4</sup> Walt Disney, Coca-Cola y demás multinacionales han actuado siempre en consonancia y bajo la supervisión del Pentágono o la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para la alienación de los ciudadanos latinoamericanos. Entre otros argumentos, porque ese planteamiento “subestima el poder de las fuerzas conservadoras en las sociedades de Latinoamérica” (Skidmore, 1998: 113). Asimismo, porque también se pierde de vista que la recepción del *American Way of Life* no fue una “recepción [totalmente] pasiva” (Calandra, 2011: 9), sino que concurrieron en ella “multiplicidad de voces” y hubo margen “de negociación, préstamo e intercambio” (Joseph, 2005: 94).

Hoy en día, algunas de las afirmaciones de los años 70, tales como: “mientras los marines [Washington] pasan a los revolucionarios por las armas, Disney los pasa por sus revistas. Son dos formas del asesinato: por la sangre y por la inocencia” (Dorfman y Mattelart, 1973: 58), resultan poco matizadas. Otro tanto podría decirse cuando se argumentaba entonces que los programas televisivos americanos estaban produciendo una completa “americanización de temas históricos”, de tal modo que, por ejemplo, María Estuardo era “María Estuardo la de Hollywood, no la de Escocia” (Vázquez, 1973: 385)

Poco tiempo después, comenzaron a publicarse otras obras que presentaban una visión más equilibrada sobre las transferencias culturales entre Estados Unidos y el resto del mundo. Desde entonces, la bibliografía al respecto ha aumentado de manera considerable, sobre todo en lo relativo a la presencia americana en Europa; la literatura especializada para los distintos casos latinoamericanos es todavía más fragmentaria (Calandra, 2011: 10). Más que una imposición total por parte americana sobre sumisos consumidores extranjeros, se comenzó hablar por el contrario de que el consumo era selectivo –dependiente de varios factores domésticos–, de que los intercambios se habían producido en ambas direcciones, de la hibridación cultural o de la resistencia ante el *made in USA* (Pells, 1997; Tota, 2000; Ramet y Crnkovic, 2003; Mc Kevitt, 2010; Kuisel, 2011).

Siguiendo esa línea de análisis, es conveniente recordar las diferencias entre las tres dimensiones en las que se divide la diplomacia pública:

- 1) comunicación diaria;
- 2) comunicación estratégica –diseñadas para un plazo corto de tiempo–, y

4. Como ha documentado Pablo León para el caso español, Hollywood y el Departamento de Estado no siempre fueron de la mano –más bien al contrario– en esa supuesta alianza para ganar las *mentes y corazones* de los españoles de la que ha hablado cierta historiografía (León, 2010).

- 3) establecimiento de relaciones culturales de larga duración (Nye, 2004: 107-109).

Asumiendo tal esquema, Nicholas Cull ha señalado que tres de los cinco componentes de la diplomacia pública, 1) escuchar/entender las opiniones públicas, 2) apoyo de una determinada política y 3) radiodifusión internacional, entrarían dentro de la categoría del corto plazo; mientras que la diplomacia cultural (4) y los intercambios de personas (5) lo harían en períodos de larga duración (Cull, 2008b: 31) En otras palabras: no es lo mismo intentar utilizar la prensa, la radio o el cine para transmitir un determinado mensaje propagandístico en un momento puntual, que establecer un programa de intercambio de estudiantes, destinado a consolidarse y durar décadas. Pese a que ambas estrategias formaban parte del denominado *poder blando* (*soft power*) (Nye, 2004), las audiencias a las que se pretendía llegar o los resultados esperados no siempre coincidieron. De hecho, a veces se produjo un efecto búmeran, al no separarse una esfera de la otra. La politización y el clima de *guerra total* entre soviéticos y estadounidenses hizo muy complicado distinguir un plano del otro. Pero es tarea del historiador acometer esa labor.

Antes de la renovación historiográfica de las últimas décadas, no era extraño encontrar textos que hablaban de la diplomacia pública estadounidense como una pieza más de una maquinaria diplomática bien engrasada, sin fisuras, ni falta de consenso para la perpetuación del “imperio estadounidense”. Recientemente, autores como Jessica Gienow-Hecht, (1999: 5) y Nicholas Cull (2008) han señalado, por el contrario, que los estadounidenses encargados de estos asuntos fueron más bien “propagandistas reticentes”. Es decir, Washington sí intentó utilizar la difusión cultural en el exterior en beneficio propio –en juego estaba ganar adeptos en torno al modelo propio y criticar el del adversario–, pero lo hizo con una especie de “mala conciencia” de estar haciéndolo (Ninkovich, 1996: 5-7), porque temía que se le acusase de actuar “igual de sucio” que Moscú.

En este ensayo prestaremos especial atención a unos de los frentes de la guerra fría cultural: la difusión y promoción de las Humanidades y las Ciencias Sociales estadounidenses en el exterior, los *American Studies*. Unas disciplinas que fueron potenciadas por el gobierno norteamericano en la esperanza de que su difusión en los ámbitos universitarios de otros países ayudase a disminuir o erradicar los prejuicios que hablaban de un pueblo americano rico, poderoso militarmente, pero sin cultura. Dichas iniciativas de *poder blando* estuvieron “destinadas a presentar una visión «sofisticada» de la cultura estadounidense”. Se pretendía de ese modo demostrar a la opinión pública internacional que los gustos y el refinamiento cultural estadounidense “iban más allá de lo que Hollywood y Elvis Presley pudieran dar a entender” (Osgood, 2006: 225).

A continuación, trataremos de resolver los siguientes interrogantes:

¿cuándo empezó la implicación gubernamental de Estados Unidos en la guerra fría cultural?, ¿sirvió la creación de la United States Information Agency (USIA) en 1953 para poner orden y evitar problemas de eficiencia en el aparato diplomático estadounidense? Asimismo, es conveniente preguntarse si la relación entre universidades, multinacionales y fundaciones filantrópicas estadounidenses y la Casa Blanca en la tarea de fomentar una imagen positiva de Estados Unidos en el mundo fue impuesta por parte gubernamental, o bien se trató más bien de una suerte de “simbiosis” (Berghahn, 1999: 394) forjada al socaire del temor común a la *amenaza comunista*.

### Primeros pasos de la diplomacia pública estadounidense en el *patio trasero*

En el primer tercio del siglo XX, el gobierno estadounidense no prestó demasiada atención al *factor cultural* en el desarrollo de su política exterior. En su ámbito latinoamericano de influencia, la mayor parte de los intercambios culturales, educativos y científicos fueron liderados por instituciones privadas, como por ejemplo la Asociación de Bibliotecas Estadounidenses, el Consejo Estadounidense para la Educación o el Instituto para la Educación Internacional. En cuanto a las campañas de información –existía una especie de tabú en torno al uso del término “propaganda”–, a través de radio, cine y prensa, también prevalecieron las iniciativas privadas,<sup>5</sup> salvo en la breve coyuntura de la Primera Guerra Mundial, cuando el presidente Woodrow Wilson aprobó la creación del Comité en Información Pública.

La efímera duración de dicho Comité –abril de 1917 hasta su derogación por Wilson en agosto de 1919– es buena prueba de que el gobierno americano no se sentía especialmente cómodo en ese terreno. En palabras de su director, George Creel “no lo llamábamos «propaganda» porque esa palabra, en manos alemanas, había quedado asociada a engaño y corrupción” (Creel, 1920: 4).<sup>6</sup> Era necesario pues marcar distancias con una actuación tan poco loable, y casi antitética con los principios democráticos que Estados Unidos quería simbolizar. “Nuestro esfuerzo fue completamente [quiere dar a entender que únicamente] educativo e informativo puesto que teníamos tal confianza en nuestra causa que no necesitamos más argumentación que la presentación honrada de los hechos” (Creel, 1920: 4-5). En suma, el

5. En algún caso incluso algunas compañías estadounidenses hicieron lobby contra la Casa Blanca. No estaban dispuestas a ceder al gobierno ni un ápice de su dominio del mercado (Fox, 2011: 152-153).

6. Todas las traducciones de los textos o documentos en inglés son del autor.

que fuera máximo responsable de dicho Comité quería dar a entender que tan solo los regímenes totalitarios echaron mano de la propaganda, pura y dura. Washington, supuestamente, no entró directamente en aquel “juego sucio”. Más allá del evidente propósito de autojustificación de Creel, sí es cierto que, en el período de entreguerras posterior, el gobierno americano mantuvo un cierto distanciamiento en cuanto a su implicación en asuntos culturales e informativos.

Pero este escenario duró poco. En 1936, dentro de la esfera de su política de “buena vecindad”, Franklin Delano Roosevelt impulsó la celebración de la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz en la ciudad de Buenos Aires, celebrada en el mes de diciembre. Era la primera vez –sin contar el intervalo de la Primera Guerra Mundial– que el gobierno estadounidense apostaba de manera decidida por la inclusión de “asuntos culturales” en el diseño de su política exterior (Espinosa, 1976: 80). El estallido de la Guerra civil española también tuvo su importancia al respecto. Desde Washington se temía que la Alemania nazi utilizase a España como “cabeza de puente” para la difusión de su modelo político entre los ciudadanos latinoamericanos (Delgado, 1992; Pardo, 1995).

Por lo tanto, se consideró necesario dejar a un lado el “*laissez-faire* o desentendimiento” gubernamental anterior (Bu, 2003: 145). Nació así, en 1938, la División de Relaciones Culturales dentro del Departamento de Estado (Ninkovich, 1981: 28-34). Según un informe gubernamental de 1942, su objetivo era “convertirse en factor determinante para la reconstrucción de la moral democrática en el hemisferio”.<sup>7</sup> Una nueva rama de la administración, cuya misión “se concentraría fundamentalmente en [potenciar] las relaciones culturales con las Repúblicas Americanas” (Espinosa, 1976: 90). Ya desde el comienzo, Stephen Duggan, fundador en 1919 del Instituto para la Educación Internacional y reclutado por Roosevelt para el frente cultural de su estrategia de “buen vecino”, advertía que era importantísimo que los objetivos de tal oficina no fuesen percibidos desde el exterior como meras maniobras propagandísticas (Espinosa, 1976: 90-91). Preocupación que se enmarcaba dentro de “una tradición liberal que excluía cualquier intervención del gobierno en materia de control de la opinión pública” (Montero, 2012), y en el intento de que no se asociase a Estados Unidos con el “juego sucio de la propaganda” que practicaban otros.<sup>8</sup>

7. “The Program of the Department of State in Cultural Relations, 1941-42”, Columbia University Archives. Carlton Hayes Papers, box 1A.

8. Si durante la Primera Guerra Mundial eran los alemanes quienes solo decían medias verdades o mentiras, durante la Guerra Fría se repitieron esas acusaciones, de manera casi idéntica, pero contra los soviéticos. “The problem of American Culture”, 16 de enero de 1952. National Archives and Record Administration (NARA) RG 59, BFS- Plans & Development, 1955-60, box 43.

Sin embargo, la escalada de la tensión bélica mundial, con el punto de inflexión para los americanos de Pearl Harbour (7 de diciembre de 1941), dificultaría sobremanera que no se produjese la asociación temida por Duggan. Las actividades de interacción cultural –en teoría basadas en el entendimiento recíproco y por tanto necesitadas de un tiempo largo para dar sus frutos– difícilmente iban a escapar a la “contaminación propagandística” de los planes informativos, marcados por la necesidad de obtener resultados a corto plazo (Hixson, 1997: 1-27; Cull, 2008: 22-80; Montero, 2009; Niño, 2009).

Pese a estar alejada de los frentes de batalla, América Latina se convirtió en una pieza más del tablero geopolítico internacional en la lógica del enfrentamiento entre los Aliados y el Eje. De hecho, los intercambios culturales y las iniciativas informativas desplegadas por Estados Unidos en su *patio trasero* se convirtieron en preludio de las que más tarde, durante la Guerra Fría, se pondrían en funcionamiento en otras latitudes (Bu, 2003: 146-149). No es de extrañar, por tanto, que se prestase gran atención por parte de la diplomacia pública americana a la creación de una red de Institutos Culturales en las distintas repúblicas latinoamericanas. Instituciones consideradas como “cabezas de puente culturales”.

Pero más que crear sedes nuevas, se intentó canalizar y potenciar iniciativas locales para así evitar las suspicacias de imperialismo cultural. Su valor se explicaba argumentando que “constituyen una primera línea de defensa para mantener la buena voluntad (sic) de aliados y naciones amigas”. En sus instalaciones se realizaban “programas de radio, conciertos, exhibiciones de cultura estadounidense, enseñanza de inglés”, etc. Según fuentes oficiales, a finales de 1942 se contaba con un total de 12 “Centros culturales pro-Estados Unidos”.<sup>9</sup> En dicho memorándum no se explicita cuántas instituciones estaban, en realidad, más orientadas hacia los posicionamientos del Eje.

Prueba asimismo del creciente interés de Washington por estrechar lazos con sus vecinos del sur, es el flujo de intercambios educativos. Como se aprecia claramente en las tablas siguientes, el número de latinoamericanos que

9. Instituto Cultural Argentino-Norteamericano, en Buenos Aires; Instituto Cultural Argentino-Norteamericano, en Córdoba; Instituto Brasil-Estados Unidos, Río de Janeiro; União Cultural Brasil-Estados Unidos, San Pablo; Instituto Cultural Brasileiro-Norteamericano, Porto Alegre; Instituto Brasil-Estados Unidos, Florianópolis; Instituto Cultural Chileno-Norteamericano, Santiago; Asociación Cultural Colombo-Norteamericana, Bogotá; Instituto Hondureño de Cultura Interamericana, Tegucigalpa; Instituto Cultural Peruano-Norteamericano, Lima; Alianza Cultural Uruguay-Estados Unidos, Montevideo; Venezuelan-American Center of Cultural Information, Caracas. Antes de esas fechas, ya venían recibiendo soporte logístico y financiero a través de la OCIAA dirigida por Nelson Rockefeller. “The Program of the Department of State in Cultural Relations, 1941-42”, Columbia University Archives. Carlton Hayes Papers, box 1A y Berger (1995: 50-51).

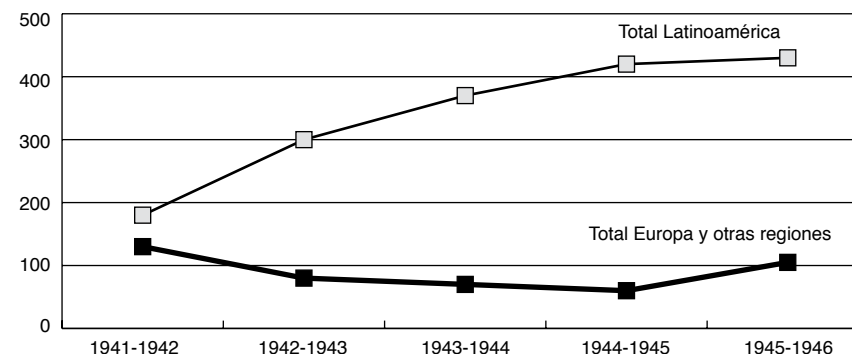
realizaron períodos de formación en universidades americanas bajo auspicio gubernamental durante la Segunda Guerra Mundial aumentó de manera considerable. El fenómeno no se limitó a los países tomados como referencia aquí, sino que fue generalizado en todo el continente americano. Situación bien distinta a la experimentada en Europa y otras áreas geográficas.

**Cuadro 1**  
**Estudiantes latinoamericanos en campus estadounidenses**

	1941-42	1942-43	1943-44	1944-45	1945-46
Argentina	13	20	21	24	41
Brasil	41	53	41	58	87
Chile	36	38	30	34	38
México	10	31	28	23	21
Perú	17	24	48	43	37

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Bu (2003) y Cultural & Education (1960).<sup>10</sup>

**Cuadro 2**  
**Evolución estudiantes extranjeros en campus estadounidenses**



Fuente: elaboración propia a partir de datos de Bu (2003) y Cultural & Education (1960).

Al margen de los impedimentos logísticos propios del conflicto mundial –era obviamente más complicado viajar para los europeos afectados directamente por la guerra–, también tuvo su peso la decisión de la administración

10. Educational & Cultural Diplomacy, Washington, D.C., BECA, 1960.

estadounidense de proteger su *patio trasero* de la propaganda enemiga. Poco después, las circunstancias cambiaron. Con el inicio de la Guerra Fría, las prioridades de Washington se centraron en impedir el avance del comunismo en el bloque europeo occidental (Gaddis, 2005: 27-47). En el período 1949-1960, un total de 42.458 estudiantes extranjeros visitaron Estados Unidos, 25.522 procedentes de Europa y 4.885 de Latinoamérica. Por otro lado, 17.056 estadounidenses viajaron al exterior, 12.943 a países europeos, por tan solo 961 eligieron algún país latinoamericano como destino (Bu, 2003; Cultural & Education, 1960). A mediados de la década de los 70, se produjo un nuevo cambio de tendencia. En términos generales, las sociedades europeas se consideraban a “salvo de la amenaza comunista”, y en consecuencia la diplomacia pública americana y fundaciones como la Ford comenzaron a destinar más fondos a otras áreas geográficas, entre ellas Latinoamérica.<sup>11</sup>

#### Frontera imprecisa: Departamento de Estado, *American Studies* y USIA

En los primeros años 50, los programas de intercambio educativo y cultural estadounidenses crecieron a buen ritmo y parecían gozar de buena salud. De entre todos, pronto destacó el programa de becas Fulbright. Sin embargo, la atracción que los *American Studies* generaban en el exterior seguía sin ser la esperada. En unos países la evolución había sido más notable que en otros, pero América Latina, en su conjunto, no era una excepción a la afirmación anterior. Los Estudios Norteamericanos no acababan de contar con el aprecio y la valoración del público exterior (Rodríguez Jiménez, 2010: 29-76).

Hasta entonces, los intercambios educativos con el exterior habían sido gestionados por el Departamento de Estado.<sup>12</sup> Con la llegada de Eisenhower al poder en 1953, ciertas cosas cambiaron. Entre ellas, la organización de la diplomacia norteamericana. La batalla por las *mentes y los corazones de los hombres* exigía nuevos mecanismos de interacción cultural y de difusión del mensaje estadounidense en el exterior, o en su defecto una reestructuración de los existentes. A tal efecto, se creó la United States Information Agency en 1953. En principio, como organismo autónomo y separado del resto del

11. “The Ford Foundation’s Activities in Europe, March, 1968”, FFA, R.001986/-DF. “The Ford Foundation Strategy Toward Western Europe, March 1972”, FFA, R.009033, y Gemelli y Mac Leod (2003).

12. El Departamento de Estado contó con varios comités y delegaciones sobre distintos aspectos relativos al intercambio educativo con el exterior, tales como el Advisory Committee on Exchange of Students, Commission on Occupied Areas, Committee on Financial Aid of the Inter-American School Service, Advisory Committee on Emergency, Aid to Chinese Students, etc.

organigrama de la diplomacia exterior estadounidense. Su misión era contar la historia y evolución de la nación americana al resto del mundo. En el cumplimiento de ese objetivo, la United States Information Agency entró pronto en conflicto con el Departamento de Estado.

Los dos organismos aludidos, Agencia y Departamento, compartían el interés por la consolidación de los *American Studies* más allá de sus fronteras nacionales, en los sistemas universitarios del mayor número posible de países.<sup>13</sup> Era un campo que cuadraba perfectamente con algunas de sus estrategias. En parte, estaba en juego que los receptores de este conjunto de asignaturas tuviesen una imagen positiva de los aspectos culturales de la gran potencia. El desarrollo económico, militar y científico alcanzado ya se vendía por sí solo. Donde la diplomacia pública estadounidense tenía que colaborar era en la difusión de las humanidades, las ciencias sociales y las creaciones artísticas con sello *made in USA*. Pero sin olvidar, en especial en los países latinoamericanos, que había que evitar que se asociase tal proselitismo con tentaciones de *imperialismo cultural* del poderoso vecino del norte.

Aparte de lo que pudieron ser disputas por el poder –más o menos habituales en cualquier administración–, las desavenencias habían surgido porque la legislación encargada de delimitar las áreas de actuación de uno y otro organismo en relación con la promoción de los Estudios Norteamericanos era un tanto ambigua. En realidad, resultaba complicado que no lo fuera. En teoría, las actividades de la USIA eran de información y no de propaganda. A la hora de actuar, lo que sucedía era que los cabos legales que habían sido dejados sueltos generaban confusiones, actividades que se solapaban innecesariamente y conflictos internos entre la Agencia y el Departamento.<sup>14</sup>

En febrero de 1955, se creó una especie de comité conjunto o comisión *ad hoc*, la Comisión Conjunta del Departamento de Estado y la USIA, con el objetivo de limar tales diferencias.<sup>15</sup> Su labor como organismo de control no

13. Por ejemplo, en febrero de 1955 se lanzó un plan intergubernamental para la irradiación del modelo estadounidense en el exterior, en el cual tuvo un lugar destacado “un mayor fomento de los *American Studies* en las universidades”. La responsabilidad de tal labor proselitista quedó en manos del Departamento de Estado, pero la USIA colaboró estrechamente a través de la edición y presentación de libros y la organización de conferencias y de exhibiciones de arte y pintura en *American Studies*. Destaca la aparición en aquellas fechas de las publicaciones financiadas por la Agencia: *What is Democracy?* y *What is Communism?*, dos obras de “encargo” que fueron ampliamente distribuidos por el mundo a través de las diferentes Delegaciones de Información de Estados Unidos (Cull, 2008: 127).

14. “Organization Relationship-U.S. Information Agency”, 17 de enero de 1955. NARA RG 306, Master Budget Files, 1953-64, box 56.

15. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 4 de febrero de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

iba a resultar sencilla (Arndt, 2005: 280). La situación se complicaba por la propia estructura de los servicios que se ocupaban de la diplomacia pública estadounidense en el exterior. Habitualmente, los agentes de la USIA cooperaban en la gestión de las cuestiones culturales en el extranjero, aunque solo algunos de ellos tenían la designación oficial de Agregados Culturales. A veces, trabajaban en dependencias propias y otras tantas lo hacían en centros adscritos directamente al Departamento de Estado. Oficialmente estaban fuera del organigrama con estructura piramidal que presidía el embajador. En la práctica, solían estar bajo sus órdenes. El público en general e incluso observadores más especializados solían confundir las áreas de responsabilidad y actuación del Departamento y de la USIA.<sup>16</sup>

Otra cuestión que generaba una cierta confusión era la relativa a la financiación y los recursos logísticos disponibles. Ambos organismos podían, en determinadas situaciones, utilizar los medios que, en principio, habían sido destinados para uso exclusivo del otro; a veces también tenía lugar una utilización conjunta de los mismos. Por ejemplo, para el desarrollo de sus programas de intercambio educativo, el Departamento de Estado se servía de las instalaciones de los Centros de Información y los Centros Binacionales bajo jurisdicción de la USIA; mientras que esta por su parte utilizaba información y contactos del primero en la puesta en práctica de sus objetivos informativos-propagandísticos.

En adelante, la Comisión Conjunta trató de acabar con este tipo de malentendidos actuando como una especie de árbitro entre las partes. Era preciso proceder con diligencia. En juego estaba la partida cultural con los soviéticos. Uno de los caballos de batalla que más energías consumió fue precisamente la coordinación y potenciación de los programas de *American Studies* en universidades extranjeras. La fricción se produjo porque era un campo de interés para ambos. Sin embargo, el *modus operandi* de uno y otra respecto de aquel conjunto de estudios debía ser diferente, al menos de cara al público. La implicación del Departamento de Estado en materia cultural requería “un enfoque no-propagandístico [...] preocupa mantener ese enfoque porque son relaciones basadas en la reciprocidad y el acuerdo binacional” entre las autoridades de Estados Unidos y el resto de países. Así pues, la tarea específica de la Comisión Conjunta era la de delimitar de manera clara las responsabilidades del Departamento y la USIA, de tal modo que “no existan dudas sobre quién está detrás de cada actuación”.<sup>17</sup>

Como resultado de la declaración de principios antedicha y para lo su-

16. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 4 de marzo de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

17. Ambas citas corresponden a “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 4 de marzo de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

cesivo, se intentó delimitar con precisión los ámbitos de actuación de cada cual:

Aquellas actividades culturales que sean informativas en su naturaleza y dependan de recursos informativos serán asignadas a la Agencia, y aquellas otras que tengan un carácter eminentemente académico y dependan de recursos educativos serán asignadas al Departamento.<sup>18</sup>

El Departamento se ocuparía pues de las negociaciones con carácter gubernamental y en las que entrasen en juego organismos públicos de otros países o de organizaciones internacionales encargadas de cuestiones culturales, por ejemplo, la Unesco. La USIA, por su parte, tenía cierta libertad de actuación, pero siempre desde una posición de cierta subordinación con respecto al primero, aunque en teoría fuese independiente. Además, se pretendía que el funcionamiento de la Agencia, sus movimientos, quedasen en un segundo plano, puesto que no contaban con la reputación de imparcialidad que sí tenía, por ejemplo, el Programa Fulbright gestionado por el Departamento.

Sobre el papel, la distinción era ahora más precisa. Otra cosa es que lo fuera también a la hora de actuar. ¿Cómo definir cuáles actividades eran meramente informativas y cuáles eran educativas? En realidad, esta cuestión quedaba sin resolver porque en la puesta en práctica de unas y otras se solían perder las distinciones teóricas. Mantener la separación no era tarea sencilla. Máxime en un tiempo como aquel de fuerte confrontación con los soviéticos, de *guerra total*. Un periodo en el que tanto Washington como Moscú no dejarían pasar ninguna oportunidad para intentar demostrar la superioridad cultural del modelo propio frente al del enemigo.

Dentro de esa dinámica por deslindar unas esferas de otras se indicaba que las responsabilidades del Departamento de Estado en el ámbito de las actividades culturales corresponderían con “las tradicionales, históricas y estatutarias de ese organismo”. Pero no se aclaraban muy bien cuáles eran esas actividades que tradicionalmente habían estado bajo su jurisdicción; ni cuáles seguirían estándolo, o aquellas otras que por el contrario pasarían a la USIA. Desde su puesta en funcionamiento en febrero de 1955, la Comisión Conjunta había realizado varias reuniones sin que se consiguieran avances significativos. En una posterior, celebrada en abril de ese año, se concluía que las tareas cuya responsabilidad recaerían únicamente en la USIA eran:

La preparación y diseminación de información relativa a Estados

18. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 4 de marzo de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

Unidos, su gente, sus políticas [...] en la prensa, la radio y el cine de otros países, y a través de centros de información [Casas Americanas, Bibliotecas] y ponentes invitados [para hablar sobre la realidad americana] en el extranjero.<sup>19</sup>

A pesar del intento por delimitar las parcelas de actuación de uno y otra, la cosa no quedaba del todo clara, puesto que había determinadas actividades que eran de importancia para la consecución de los planes de ambos: con mayor carga informativa-propagandística los de la USIA, y educativa-de interacción cultural en el caso del Departamento de Estado.

Los agentes de la Agencia reconocían la importancia y el potencial de la promoción de los Estudios Norteamericanos para la consecución de sus objetivos en estos términos:

Dada la predisposición de los estudiantes universitarios a seguir con atención la evolución de los procesos políticos, y porque el idealismo propio de su juventud es fácilmente explotable y de hecho explotado por los comunistas, la USIA los considera como uno de los sectores poblacionales de mayor interés [...] E incluso más importante aún es el poder persuadir a los profesores, teniendo en cuenta el influjo que estos últimos suelen ejercer sobre los primeros a la hora de marcar tendencias política u orientar el voto. Por lo tanto, la USIA considera que el modo más efectivo para alcanzar nuestros objetivos, tanto entre los estudiantes como entre los profesores, es a través del establecimiento de cátedras de *American Studies*.<sup>20</sup>

En la tentativa de cumplir con las recomendaciones de la Comisión Conjunta y pese al valor que la Agencia concedía a los Estudios Norteamericanos, se determinó que “la financiación de cátedras o asignaturas de esa área de estudios sería eliminada de los presupuestos de la USIA”.<sup>21</sup> De este modo quedó vetado, por ejemplo, el pago de sueldos de profesores, como había sucedido con anterioridad. Eso sí, antes se había conseguido el compromiso del Departamento para cubrir ese vacío presupuestario.

Los servicios diplomáticos norteamericanos eran conscientes de que este tipo de precauciones serían infructuosas ante determinadas audiencias, en especial las más cercanas ideológicamente a Moscú. Ante tal posible esce-

19. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 12 de abril de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

20. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 12 de abril de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

21. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 19 de octubre de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

nario, se pensó que los funcionarios de la USIA debían mostrar dos caras: “será necesario que lleven dos sombreros [sic], y que no pierdan de vista las responsabilidades y lo que de ellos se espera dependiendo del sombrero en cuestión”.<sup>22</sup> Dos apariencias por tanto distintas que tendrían que ir alternando dependiendo del tipo de actividad a desempeñar: relaciones culturales o actividades informativas. Se suponía que las primeras tenían un mayor componente de reciprocidad con respecto a las audiencias extranjeras, mayor predisposición a la interacción cultural y a que el contacto cultural fuese en las dos direcciones. Las segundas, por el contrario, tenían mayor carga propagandística y se emitían de forma unidireccional.

Todo dependía, además, del público a que se quisiese llegar. Las elites necesitaban un enfoque diferente, más sutil, había que hilar más fino para poder ganarlas para la causa americana.<sup>23</sup> Pero, ¿eran todas las elites iguales? Según Volker Berghahn (2001 y 2003), la respuesta es negativa. Una de sus conclusiones es que la batalla ideológica contra el comunismo fue ganada, al menos en el bloque europeo, ya a mediados de la década del 60. Después, la diplomacia cultural de Washington se centró en combatir los profundos sentimientos de antiamericanismo cultural que mantenían algunas elites. Aquí, Berghahn distingue entre las elites “político-económicas” y las “socio-culturales”. En términos generales, las primeras aceptaron de mejor grado e incluso, en ocasiones, reclamaron con insistencia una mayor presencia norteamericana (Gouvis y Tiratsoo, 1998; Barjot, 2002). Mientras que entre las del mundo de la cultura, la animadversión contra Estados Unidos fue más fuerte. Los planes para la potenciación y difusión de los *American Studies* en las universidades apuntaron precisamente a aquellos círculos más contrarios a Washington (Berghahn, 2001 y 2003).

Tampoco se podían obviar otras cuestiones. Por ejemplo, la posibilidad de beneficiarse de diversas iniciativas privadas puestas en marcha por fundaciones filantrópicas y universidades estadounidenses que servían como complemento perfecto, a veces como avanzadilla de la acción gubernamental. Incluso en algún momento se señaló que sería más eficiente que fuesen aquellas entidades las encargadas de potenciar y gestionar los contactos entre las elites americanas y la de los respectivos países.<sup>24</sup> De este modo, en determinadas circunstancias Washington no parecería

22. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 19 de octubre de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

23. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 19 de octubre de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67. “A Report on the Strategic Importance of Western Europe”, 24 de septiembre de 1964. NARA, RG 59, General Records of BFS, 1950-70, box 19. 1-19.

24. “Department of State-USIA-Colleague and University participation program”, 4 de marzo de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

implicado de manera directa, quedaría en la sombra. Cuando esa actitud más reservada no fuese posible: “las actividades culturales a cargo del gobierno [de Estados Unidos] cubrirían aquellas esferas que no pudieran ser [...] o que no estuvieran adecuadamente cubiertas por instituciones y organizaciones privadas”.<sup>25</sup>

Trascurrido algún tiempo, los problemas de funcionamiento interno no habían cesado. Así, en noviembre de 1956, la Comisión Conjunta concluía que era recomendable aclarar nuevamente varios aspectos. De un lado, se volvía a precisar que el Departamento de Estado era el organismo con la responsabilidad principal en la coordinación de esfuerzos para la promoción de los *American Studies*. Era más eficiente actuar desde los principios de la reciprocidad, del “interés desinteresado” para conseguir convencer a las autoridades educativas de los respectivos países de la conveniencia de dar cabida a aquel tipo de estudios en los currículos. Además, se volvía a recordar que aquel organismo estaba más capacitado que la Agencia para llevar a cabo este objetivo, su imagen no estaba tan ligada con actividades propagandísticas como lo estaba aquella.

Lo acordado en octubre de 1955, cuando se instaba a que la USIA no se implicase en la financiación de *American Studies*, estuvo poco tiempo en vigor. En un nuevo encuentro, celebrado apenas un año después, en noviembre de 1956, la Comisión Conjunta concluía ahora que la Agencia sí podría “asistir, colaborar o ayudar a potenciar el establecimiento de cátedras de Estudios Norteamericanos en universidades extranjeras”.<sup>26</sup> De este modo, se dejaba la puerta abierta para que este organismo volviese a contribuir económicamente a la difusión de las letras y artes estadounidenses. Este tejer y destejer, estas contradicciones no se limitaron a este periodo inicial de la Guerra Fría que hemos analizado. Por el contrario, los problemas de funcionamiento interno continuaron en las décadas siguientes.<sup>27</sup>

En realidad, estas disputas entre la Agencia y el Departamento no eran sino la escenificación de un dilema que parece ser que continuó durante toda la Guerra fría: ¿cómo definir qué actividades eran meramente informativas y cuáles de intercambio educativo y cultural? El clima de *guerra total* que imponía la confrontación bipolar contra Moscú hizo que fuese complicado, por no decir imposible, resolver esa pregunta. En consecuencia, los planes

25. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 19 de octubre de 1955. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67 y “Department of State-USIA-Colleague and University”, 4 de marzo de 1955.

26. “Report of the State-USIA Joint Task Force”, 1 de noviembre de 1956. NARA RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.

27. “The United States Communicates with the World” 25/08/1975. NARA RG 306, Post Publications, 1953-99, box 65 y (Arndt, 2005: 282)

de promoción de los *American Studies* en las universidades extranjeras, que en principio debían basarse en la interacción cultural y no en la imposición unidireccional, se vieron contaminados por el deseo de algunos agentes de la diplomacia pública de utilizarlos como “antídoto contra el antiamericanismo” (Rodríguez Jiménez, 2010: 248).

Dicho lo cual, conviene matizar, no obstante, que al menos en el caso español, la evidencia documental permite afirmar que no todos los profesores estadounidenses llegados a España como “misioneros de la americanidad” (Rodríguez Jiménez, 2011) fueron disciplinados y sumisos peones de un engranaje de propaganda cultural americana bien engrasado. Algunos fueron, por el contrario, los que primero criticaron la política exterior de su nación, dando así alas al antiamericanismo autóctono. Todo apunta pues a que, en el período analizado, la diplomacia pública estadounidense estuvo lejos de ser la “maquinaria perfecta de propaganda” en el exterior que han querido ver algunos autores.

## Fuentes

*National Archives II* (College Park, Maryland)  
 – RG 59, BFS- Plans & Development, 1955-60, box 43.  
 – RG 306, Master Budget Files, 1953-64, box 56.  
 – RG 59, Bureau of Public Affairs, 1944-62, box 67.  
 – RG 306, Post Publications, 1953-99, box 65

*Columbia University Archives* (Nueva York)  
 – Carlton Hayes Papers, box 1A.

*The Ford Foundation Archives* (Nueva York)  
 – “The Ford Foundation’s Activities in Europe, March, 1968”. FFA, R.001986/-DF.  
 “The Ford Foundation Strategy Toward Western Europe, March 1972” FFA, R.009033

## Bibliografía

- ARNDT, R. T. (2005), *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington DC, Potomac Books.
- BARJOT, D. (dir.) (2002), *Catching Up with America. Productivity Missions and the Diffusion of American Economic and Technological Influence after the World War II*, París, Presses de l’Université de Paris-Sorbonne.
- BERGER, M. T. (1995), *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas, 1898-1990*, Bloomington, Indiana University Press.
- BERGHAHN, V. (1999), “Philanthropy and Diplomacy in the American Century”, *Diplomatic History*, vol. 23, 3, pp. 393-419.



- (2001), *America and the Intellectual Cold Wars in Europe*, Princeton, Princeton University Press.
- (2003), “European Elitism, American money and Popular Culture”, en M. Vaudagna y L. Moore (eds.), *The American Century in Europe*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 125-151.
- BU, L. (2003), *Making the World Like Us: Education, Cultural Expansion, and the American Century*, Nueva York, Praeger.
- CALANDRA, B. (2011), *La guerra fredda culturale. Esportazione e ricezione dell' American Way of Life in America Latina*, Verona, Ombre Corte.
- CREEL, G. (1920), *How We Advertised America: the First Telling of the Amazing Story of the Committee on Public Information That Carried the Gospel of Americanism to Every Corner of the Globe*, Nueva York, Harper & Brothers.
- CULL, N. (2008a), *American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989: The United States Information Agency and the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2008b), “Public Diplomacy: Taxonomies and Histories”, *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 616, pp. 31-54.
- DELGADO, L. (1992), *Imperio de Papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, Biblioteca de Historia-CSIC.
- DORFMAN, A. y A. MATTELART (1973), *Para leer al pato Donald*, Valparaíso, Universidad Católica.
- FERNÁNDEZ, D. (2009), “La erosión del antiamericanismo conservador durante el franquismo”, *Ayer*, 75 (3), pp. 193-221.
- (2010): “El peligro viene del Norte: La larga enemistad de la España conservadora a los Estados Unidos”, en X. Núñez Seixas y F. Sevillano Calero (eds.), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid, CEPC, pp. 207-232.
- ESPINOSA, J.M. (1976), *Inter-American Beginnings of U.S Cultural Diplomacy 1936-48*, Washington D.C., Department of State.
- FOX, E. (2011): “The Longer Term Impact of U.S. Public Diplomacy in the Americas During WW II”, en A. Fisher y S. Lucas (eds.), *Trials of Engament. The Future of US Public*, Leiden-Boston, Martinus, pp. 150-159.
- GADDIS, J.L. (2005), *The Cold War: A New History*, Nueva York, Penguin Press.
- GEMELLI, G. y MACLEOD, R. (eds.) (2003), *America Foundations in Europe. Grant-Giving Policies, Cultural Diplomacy and Trans-Atlantic Relations, 1929-80*, Bruselas, P.I.E-Peter Lang.
- GONZÁLEZ CHIARAMONTE, C. (2010), *Selling Americanism Abroad. U.S. Cultural Diplomacy toward Argentina, 1953-1963*, Lambert AP, Saarbrücken.
- GOUVISTH, T. H. y TIRATSOO, N. (eds.) (1998), *Missionaries and Managers: American Influences on European Management Education, 1945-1960*, Manchester, Manchester University Press.
- GRANDIN, G. y JOSEPH, G. (2010), *A Century of Revolution: Insurgent and Counterinsurgent Violence During Latin America's Long Cold War*, Durham, Duke University Press.
- HIXSON, W. (1997), *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, Nueva York, St. Martin's Press.
- KUISEL, R. (2011), *The French Way: How France Embraced and Rejected American Values and Power*, Princeton, Princeton University Press.

- JOSEPH, G.M. (2005), “Encuentros cercanos” en R. Salvatore (comp.), *Culturas Imperiales: Experiencia y Representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 89-120.
- JOSEPH, G. M. y D. SPENSER (eds.) (2008), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- JOHNSON, H. y B.M. GWERTZMAN (1968), *Fulbright: the Dissenter*, Nueva York, Doubleday.
- LEÓN AGUINAGA, P. (2010), *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC.
- LIVINGSTONE, G. (2009), *America's Backyard: The United States and Latin America from the Monroe Doctrine to the War on Terror*, Nueva York, Zed Books.
- MC KEVITT, A. (2010), “You Are Not Alone!: Anime and the Globalizing of America”, *Diplomatic History*, 34: 5, pp. 893-921.
- MARKOVITS, A. (2007), *Uncouth Nation: Why Europe Dislikes America*, Princeton, Princeton University Press.
- MCPHERSON, A. (2003), *Yankee no! Anti-Americanism in U.S.-Latin American relations*, Cambridge, Harvard University Press.
- MONTERO, J.A. (2009), “Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)”, *Ayer*, 75 (3), pp. 211-234.
- (2012), “El despliegue de la diplomacia pública de los Estados Unidos en México: de la Buena Vecindad a la Campaña de la Verdad”, en A. Niño y J. Montero (eds.), *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 305-333.
- NINKOVICH, F. (1981), *The Diplomacy of Ideas, U.S. Foreign Policy and Cultural Relations, 1938-1950*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1996), *U.S. Information Policy and Cultural Diplomacy*, Nueva York, Foreign Policy Association.
- NIÑO, A. (2009), “Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional”, *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 25-61.
- NYE, J. (2004), *Soft Power*, Nueva York, Public Affairs.
- OSGOOD, K. (2006), *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University Press of Kansas.
- PARDO, R. (1995), *Con Franco hacia el Imperio. La política española en América Latina (1939-1945)*, Madrid, UNED.
- PELLS, R. (1997), *Not Like Us. How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture since World War II*, Nueva York, Basic Books.
- RAMET, S. y G. CRNKOVJÆ (eds.) (2003), *Kazaaam! Splat! Ploof!: The American Impact on European Popular Culture Since 1945*, Lanham, Rowman & Littlefield.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, F.J. (2010), *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-69*, Valencia, PUV.
- (2011), “¿Misioneros de la Americanidad? Promoción y difusión de los American Studies en España, 1969-75”, *Historia del Presente*, 17, pp. 55-69.
- ROSS, A. y K. ROSS (eds.) (2004), *Anti-Americanism*, Nueva York, New York University Press.
- SKIDMORE, T. (1998), “Studying the History of Latin America: A Case of Hemispheric Convergence”, *Latin American Research Review*, 33 (1), pp. 105-127.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. (1973), *La penetración norteamericana en España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

SEGUNDA PARTE  
ESTUDIOS DE CASO

## **El imperialismo de la libertad: el Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina (1953-1971)**

*Patrick Iber*

Durante la primera conferencia que organizó el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC) en Santiago, Chile, en 1954, el poeta uruguayo Roberto Ibáñez ofreció un brindis “por el único imperialismo que yo reconozco: la libertad”.<sup>1</sup> Ibáñez estaba al tanto, sin duda, de la paradójica inversión de supuestos que entrañaba su ingeniosa frase. ¿Acaso no era el imperialismo, en sí mismo, una negación de la libertad? De lo que no estaba tan al tanto era, seguramente, de que el Congreso por la Libertad de la Cultura, la organización internacional de intelectuales contra el totalitarismo más importante de la Guerra Fría, era financiado de forma encubierta por el gobierno estadounidense a través de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Dicho desconocimiento no hacía sino agudizar la contradicción implícita en su frase. “El imperialismo de la libertad”, aunque no fue acuñado con esa intención, resulta un elocuente epítome de la política de la organización por la que brindaba.

El propósito y las consecuencias del CLC son, todavía hasta hoy, controvertidos. En términos generales, existen dos grandes interpretaciones. Sus partidarios ofrecen una leyenda blanca del Congreso: fue un proyecto heroico del pensamiento liberal contra el totalitarismo; su relación con la CIA no pasó de ser una distracción desafortunada (Coleman, 1989). Sus detractores, en cambio, ofrecen una leyenda negra: los intelectuales del Congreso fueron intelectuales orgánicos, en el sentido gramsciano, del capitalismo de posguerra; para ellos, el financiamiento de la CIA fue fundamental, dado que el propósito del Congreso, a fin de cuentas, era “dividir a la izquierda”

1. *Ercilla*, 15 junio de 1954.

conforme a los intereses de la hegemonía estadounidense (Saunders, 1999; Scott-Smith 2002).

Como señala Eduardo Rey en su ensayo en este volumen, la historiografía ha analizado sobre todo la vida del Congreso en el contexto europeo. Pero su departamento latinoamericano pasó a ser el programa regional más importante; fue un actor secundario durante los 50, por cierto, pero de primer rango durante los 60. Y, como también indica Rey, hay que analizar el Congreso en América Latina no solamente dentro del contexto del conflicto este-oeste, sino como parte de la historia de las relaciones entre América Latina y Estados Unidos. Incluso hay que entender la vida del Congreso en América Latina como parte de la historia de la izquierda global, es decir, como una parte del debate dentro de la izquierda misma entre modelos de transformación social y la responsabilidad del intelectual frente al cambio revolucionario. La relevancia de la Guerra fría para ese debate es clara, pero ello abarca, tanto cronológica como intelectualmente, una Guerra Fría que no se conciba solo como choque de imperios. Esta óptica sugiere una visión distinta a las clásicas: es cierto que las leyendas blancas y negras iluminan y oscurecen distintas verdades sobre la historia del Congreso, pero también forman parte de ese mismo debate. Así, por polémico que fue y es el CLC, y las controversias que lo rodearon, contribuyó a justificar la violencia, tanto revolucionaria como contrarrevolucionaria, en nombre de la defensa de la cultura.

### **Cuatro fases del Congreso por la Libertad de la Cultura en América Latina**

Este capítulo revisa la historia del Departamento Latinoamericano del CLC en cuatro fases. El Congreso nació originalmente en Berlín Oriental, en 1950, con una colaboración entre la flamante CIA y activistas anticomunistas organizados para combatir en el flanco cultural de la Guerra Fría en Europa. En un principio, América Latina no fue considerada como una región sobre la que tuviera que extenderse esa batalla, pues durante los primeros años de la década de los 50 el comunismo no se cernía como una amenaza sobre el subcontinente. En esa primera fase, desde su creación formal en 1953 hasta 1958, el Congreso orientó sus esfuerzos hacia la construcción de programas nacionales y la distribución de su revista en castellano, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*. Su política fue fuertemente anticomunista, pero un poco ajena a la actualidad latinoamericana; para su director, el español desterrado en México Julián Gorkin, el núcleo del universo moral de la Guerra Fría seguía siendo Europa. Durante la segunda fase, de 1959 a 1961, los esfuerzos del Congreso viraron hacia Cuba. Sus miembros desempeñaron papeles importantes en la campaña antidictadura y pro-Castro y apoyaron el programa revolucionario en sus primeros me-

ses. Sin embargo, la radicalización de la revolución llevó al Congreso a la oposición y al exilio. En la tercera fase, 1962-1967, el Congreso transformó paulatinamente su operación latinoamericana para enfrentar el desafío planteado por la atracción política y cultural de las izquierdas latinoamericanas hacia la Revolución Cubana. Despidió a su envejecido personal liberal y neoconservador, clausuró programas reaccionarios y favoreció a figuras socialdemócratas y anarquistas. El cierre de *Cuadernos* en 1965 y el lanzamiento de una nueva revista en 1966, *Mundo Nuevo*, marcó el apogeo de su influencia cultural. Pero al siguiente año, 1967, el impacto de la revelación de sus enlaces con la CIA inició su última fase, caracterizada por un franco deterioro programático y financiero, lo cual duró hasta la cesación de actividades significativas en 1972.

Para empezar con la primera fase, es preciso reconocer que el Congreso surgió del entorno de la Guerra Fría en Europa, donde, a finales de los años 40, una confrontación bélica entre Estados Unidos y la Unión Soviética parecía posible. En 1948 y 1949, la Unión Soviética tomó medidas tanto para consolidar el control político sobre sus estados fronterizos como para reactivar a los grupos “fachada” que trataron de generar simpatía por las causas comunistas durante la década de los 30. Hubo reuniones de intelectuales a propósito de la “paz” en Wrocław, Polonia, en 1948, y en París, Nueva York y la ciudad de México en 1949. Aunque el grado de involucramiento soviético varió de una a otra reunión, en todas fueron alienados quienes no igualaran la causa de la paz con la defensa de los intereses de la Unión Soviética. Dichas campañas tuvieron el apoyo de artistas e intelectuales de gran renombre: la pintura de una paloma que hizo Pablo Picasso para la reunión de París en 1949, por ejemplo, convirtió a esa ave en un símbolo de la paz reconocido internacionalmente. La campaña, que terminó institucionalizándose en un Consejo Mundial por la Paz, financiado principalmente con dinero soviético, adoptó el discurso antinuclear justo cuando Estados Unidos gozaba de una amplia ventaja en ese rubro sobre la Unión Soviética, buscando promover la imagen de “Occidente” belicista y una Unión Soviética, en los años finales de Stalin, garante de la paz global, la cultura y la justicia social (Wittner, 1993; Santamaria, 2006; Lieberman, 2000).

Pero, al igual que los grupos “fachadas” de la Unión Soviética de los años 30, los de fines de los 40 encontraron oposición no solo por parte de la derecha anticomunista, sino también desde varias perspectivas de centro y de izquierda, especialmente trotskistas y socialdemócratas. En ese sentido, el fenómeno que conocemos como la “guerra fría cultural” es anterior a la guerra fría diplomática de posguerra, y tiene sus orígenes en la lucha entre comunismo y anticomunismo en la izquierda europea y global de las décadas previas. No es de sorprender, pues, que cada una de las reuniones por la paz mencionadas anteriormente fuera recibida con una movilización anticomunista. Pero lo que sí fue novedoso en los inicios de la guerra fría

diplomática fue que la izquierda anticomunista en particular encontró un nuevo mecenas en el gobierno estadounidense. Así, la CIA canalizó dinero a través de grupos sindicales anticomunistas, y algo de ese dinero se empezó a utilizar para apoyar a intelectuales, por ejemplo, en la reunión inaugural del CLC, convocado en Berlín en 1950. Luego se estableció una sede permanente en París, dotada con personal de la CIA en posiciones clave. “Si tanto el inocente como el culpable necesitan un abogado [...] también ahora la verdad necesita propaganda”, escribió el filósofo Karl Jaspers para la conferencia de 1950, y con esa frase retrató la manera de concebirse a sí mismo que imperó en el Congreso. Sus presidentes de honor mostraron tanto la orientación europea del programa como el intento de delimitar las fronteras de la opinión antitotalitaria aceptable: el alemán Jaspers, el libertario inglés Bertrand Russell, el arquitecto de la democracia cristiana francés Jacques Maritain, el filósofo italiano Benedetto Croce y el pragmático norteamericano John Dewey. (También se agregó el liberal español Salvador de Madariaga en noviembre de 1950.)

De los pocos que pensaron la urgencia de extender la misión del Congreso a América Latina a principios de los 50, el más importante fue Julián Gorkin. Uno de los primeros comunistas españoles, durante la guerra civil, Gorkin había sido un oficial del cuasi-trotskista Partido Obrero de Unificación Marxista, cuyo líder fue asesinado por comunistas ortodoxos. Exiliado en México desde 1940, Gorkin escribía periodismo y redactaba libros para otros como “escritor fantasma”. Junto al jefe de policía mexicano, identificó al agente de Stalin asesino de Trotsky y más tarde, con la ayuda de la CIA, escribió con el general español analfabeto Valentín “El Campesino” González sobre su conversión del comunismo al anticomunismo. La guerra fría de Gorkin fue, parafraseando a von Clausewitz, una continuación de la guerra civil española por otros medios. Pero sus cabildeos con la sede parisina del CLC no rindieron frutos hasta 1953.

Lo que hizo la diferencia en 1953 fue la existencia de una “provocación” concreta por parte de artistas comunistas que, desde el punto de vista del Congreso, requería una respuesta. Varios artistas latinoamericanos prominentes militaban en las campañas pro-soviéticas por la paz. En México, por ejemplo, el muralista Diego Rivera, expulsado del Partido Comunista Mexicano por trotskismo en 1929, intentó reinscribirse en las filas del partido con una especie de himno en pintura dedicado a la diplomacia soviética: *Pesadilla de guerra, sueño de paz* (1952). El chileno Pablo Neruda y el brasileño Jorge Amado se refugiaron en Europa, protegidos por el Consejo Mundial por la Paz de los gobiernos derechistas en sus respectivas tierras natales. En esa época, ambos intentaron adaptar su escritura a las fórmulas del realismo socialista oficial (Neruda, 1954; Amado, 1953, 1964). Al regresar a Chile en 1953, Neruda se esforzó por organizar una gran conferencia al estilo de las campañas por la paz, bajo el nombre de “Congreso Continental de la Cultura”.

En Chile, hubo mucha desconfianza frente a la iniciativa de Neruda. Un grupo de políticos e intelectuales centristas asociados con la corriente social cristiana del partido falangista hizo pública una declaración en la que argumentó que el comunismo elevaba la política sobre todas las otras esferas de la vida, por lo que sería ingenuo participar en un congreso “cultural” patrocinado por comunistas. Los falangistas pidieron un debate más amplio sobre la relación entre cultura y política (Edwards, 1990: 46). Pero, desde el punto de vista del CLC, la oposición al congreso de Neruda necesitaba más organización y participación internacional. Gorkin llegó en avión y, días antes de la conferencia, denunció el patrocinio comunista que el programa de Neruda supuestamente intentaba ocultar.<sup>2</sup> Para amplificar su mensaje, Gorkin se apoyó en su amigo Carlos de Baráibar, un socialista español exiliado que escribía una columna en el diario del *establishment* chileno *El Mercurio*. Meses después, en septiembre, De Baráibar reunió un comité nacional para celebrar la inauguración de una biblioteca y sala de conferencias. El primer comité nacional en América Latina contó con la participación del importante crítico Hernán Díaz Arrieta, el marxista humanista Julio César Jobet, el intelectual demócratacristiano Jaime Castillo Velasco y el futuro presidente Eduardo Frei.

En el segundo número de *Cuadernos*, Jaime Castillo (1953: 84) escribió sobre la conferencia de Neruda, señalando que se había utilizado el tema de “la cultura” para atraer gente a una conferencia que sirvió para fines políticos comunistas. Al escribir algo así en una revista costeada por la CIA, Castillo hacía –sin saberlo– precisamente lo mismo que denunciaba, solo que para fines políticos distintos. Gorkin informó a los nuevos afiliados del Congreso que su dinero venía de sindicatos libres y fundaciones norteamericanas, argumentando que la mera existencia de fundaciones privadas mostraba el abismo que mediaba entre el mundo libre y el totalitario (Castillo, 1954: 18-19). Pero quizás la distinción no era tan firme como la imaginaba: muchas fundaciones privadas, que supuestamente demostraban la diferencia entre el totalitarismo y la libertad, actuaban como instrumentos velados del gobierno estadounidense. Este es el mayor defecto en la “leyenda blanca” del Congreso.

Sin embargo, el Congreso avanzaba. Además de Chile, simpatizantes del Congreso formaron comités nacionales en Uruguay y México en 1954, Argentina y Cuba en 1955, Perú en 1957 y Brasil en 1958. En las artes

2. La mejor información disponible indica que Neruda encontró dificultades en conseguir “el oro de Moscú” para su conferencia y que muchas actividades pro-paz latinoamericanas fueron financiadas por sus participantes y no por el comunismo internacional. En términos generales, sin embargo, es claro que el Consejo Mundial por la Paz era costeado por la Unión Soviética. “Overt Communist Activities: Continental Cultural Congress, Santiago, Chile”, 398.44-SA/5-1153, *National Archives and Record Administration - NARA*; Prince (1992).

visuales y escritas, el Congreso mantuvo su postura anticomunista, pero nunca supo ofrecer una alternativa tan coherente como el realismo socialista oficial soviético. El principal argumento promovido por el Congreso fue que un artista no debería practicar una técnica u otra, sino que debería tener la libertad de crear lo que quisiera: ese era el sentido de la libertad cultural –en contraste con la imposición de un compromiso con la transformación social–. Jean Franco (2002: 35-36) ha descrito la orientación de Gorkin como “universalista,” pues intentaba empujar la cultura latinoamericana a trascender lo nacional y lo regional ofreciéndole espacios en una publicación parisina al lado de escritores europeos de amplio prestigio. Aunque efectivamente fue así, llamarlo “universalista” es arriesgarse a suponer que su proyecto artístico tenía una coherencia que francamente no tenía. Si *Cuadernos* quería promover un proyecto estético para respaldar la democracia antitotalitaria, su regla era una: el valor de los productos culturales era una función de la política de sus autores; el fin, demostrar que los comunistas no tenían el monopolio del talento artístico. El Congreso acogía a artistas que los comunistas rechazaban, pero solamente si esos artistas rechazaban el comunismo.

En sus dimensiones políticas, la “libertad de la cultura” requería democracia y libertad de expresión, así como educación y prosperidad, para que las masas pobres de América Latina pudieran participar en la vida cultural de la región. Dicha plataforma hacía al proyecto un aliado natural de la autodenominada “izquierda democrática”, representada por partidos tan diversos como la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) de Perú, los Auténticos de Cuba, los Falangistas de Chile, Acción Democrática de Venezuela y una o dos facciones del hegemónico Partido Revolucionario Institucional (PRI) en México. Pero cualquier acercamiento con Estados Unidos en nombre de un antiestalinismo compartido tendría que superar las condiciones de imperialismo –o por lo menos la hegemonía– estadounidense en la región, así como la fuerte identificación del anticomunismo con grupos y regímenes conservadores. Gorkin condujo el Congreso hacia un anticomunismo de estilo europeo, en el que el sufrimiento de Europa del Este bajo el yugo soviético dominaba el universo moral de la Guerra Fría, pues nunca supo reconocer que la práctica del antitotalitarismo quizá requería otro estilo de anticomunismo –por ejemplo– en Guatemala que en Polonia. Si en Polonia el anticomunismo era la posición antiimperialista, en Guatemala no era necesariamente así. Gorkin, por ejemplo, defendió, de manera indirecta, el golpe perpetrado con el apoyo de la CIA contra el gobierno elegido de Jacobo Arbenz en 1954, y aunque reconocía que la reforma agraria de Arbenz era un acto “progresista”, estaba convencido de que el guatemalteco había sido un fiel servidor del Kremlin. Vio a un “liberal” en el coronel Carlos Castillo Armas, el golpista, y se preocupó por la posibilidad de que el nacionalismo o el antiimperialismo latinoamericanos pudieran llevar a los intelectuales a posiciones equivocadas con respecto a la Guerra Fría. Así, Gorkin (1954),

en nombre de la libertad de la cultura, terminó argumentando en defensa de la violencia contrarrevolucionaria.

Pero Gorkin no llegó ni a convencer a los otros afiliados del CLC en Latinoamérica. El Congreso convocó una reunión internacional en la ciudad de México en septiembre de 1956 bajo los auspicios de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura. La cumbre reunió, entre otros, a Alfonso Reyes, de México, Luis Alberto Sánchez, de Perú, Jaime Castillo, de Chile, Jaime Benítez, de Puerto Rico, Raúl Roa y Mario Llerena, de Cuba, Érico Veríssimo, de Brasil, José Luis Romero, de Argentina, y una formidable delegación de socialistas y escritores estadounidenses, incluyendo a Norman Thomas, John Dos Passos, Ralph Ellison, Roger Baldwin y Frank Tannenbaum. La mayoría de los discursos de los primeros días expresaron puntos de consenso, como la identificación de la dictadura como uno de los principales impedimentos a la libertad de la cultura en las Américas. El tono cambió, sin embargo, cuando Gorkin leyó un telegrama de adhesión del gobierno guatemalteco del golpista Castillo Armas. Por mucho que compartieran su anticomunismo, los otros conferencistas no podían más que censurar a Gorkin por leer el telegrama de Castillo Armas, como efectivamente hicieron.<sup>3</sup>

El escritor guatemalteco Mario Monteforte Toledo leyó en los periódicos sobre las acciones de Gorkin y se presentó al siguiente día con un discurso preparado. Monteforte, un ex funcionario guatemalteco, había renunciado tras percibir influencias comunistas en el gobierno. Pero no por eso aplaudía el golpe contra Arbenz. En 1954 regresó a Guatemala, donde fundó y editó periódicos críticos al nuevo régimen y a sus vínculos con Estados Unidos. En 1956, soldados guatemaltecos literalmente echaron arena en su prensa, se lo llevaron de su casa y lo dejaron en la frontera. Poco después llegó a México.<sup>4</sup> Su vida fue la prueba de que la libertad de expresión necesitaba más que anticomunismo y, aún más, que su búsqueda exigía crítica hacia Estados Unidos. Fue convincente: otros coincidieron en que la política de Estados Unidos hacia América Latina era una de las amenazas para la cultura en la región. Luis Alberto Monge, el secretario general del cuerpo sindical anticomunista Organización Regional Interamericana de Trabajadores (y futuro presidente de Costa Rica), advirtió que “frecuentemente esa actitud beligerante [de EE.UU.] contra la amenaza del comunismo [...] ha desembocado en un anticomunismo histórico que en vez de constituir una verdadera defensa de la libertad se torna en camisa de fuerza para los intelectuales, y para los dirigentes obreros se convierte en hábitos contra-

3. “Todos los esfuerzos de los pensadores de América y España, pro libertad de prensa”, *Excelsior*, 20 de septiembre de 1956, p. 11.

4. “Intervención del Sr. Mario Monteforte Toledo”. Caja 229, exp. 2, serie II, Archivo de la Asociación Internacional para la Libertad de la Cultura (AILC), Universidad de Chicago.

rios a la misma libertad”.<sup>5</sup> El discurso de Monteforte Toledo injustamente se apodó el “incidente antiamericano” y convenció a los oficiales de la CIA en París de la limitada utilidad del programa latinoamericano.

El apoyo de Gorkin a Castillo Armas coincide con la leyenda negra del Congreso; era la lógica del “imperialismo de la libertad”. Pero la leyenda negra difícilmente explica la impopularidad de las opiniones de Gorkin dentro del Congreso. Tampoco puede explicar lo que pasaría en los años subsiguientes, que llevaron consigo una oportunidad para ayudar en la transformación política de un país según los principios de la izquierda anticomunista. Ese país era Cuba, y la participación en la Revolución Cubana entre 1959 y 1961 marca la segunda fase de la vida del CLC en América Latina. Resultó, al mismo tiempo, el éxito más significativo y el mayor fracaso del Congreso en la región.

Dado que la política del CLC fue, por lo menos en principio, tanto antidictatorial como anticomunista, la intriga se fundamentaba en si Fidel Castro, en su lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, pertenecía a la izquierda comunista o no. Su famosa defensa, *La historia me absolverá*, pronunciada en sala de justicia, lo ubicaba más en el flanco nacionalista que en el marxista. De hecho, uno de los redactores que recibió la versión de contrabando de dicho discurso para distribuirla entre el público fue el ensayista socialdemócrata Jorge Mañach. Él fue una de las figuras más destacadas de la Asociación Cubana por la Libertad de la Cultura, establecida en 1955, el mismo año en que Castro fue liberado por la dictadura de Batista. La mayoría de los miembros del CLC cubano provenían de la elite cultural de La Habana, querían el fin de la dictadura y una revolución democrática y reformista. Algunos pensaban que Castro era un criminal violento, pero la mayoría era neutral y una fracción, dominada por el periodista Mario Llerena, se incorporó en las filas del Movimiento 26 de Julio, el vehículo político de Castro en el exilio. Llerena se reunió con Castro en México durante la conferencia del CLC en 1956 y, en Cuba, a través del Congreso, reclutó a varios jóvenes para su movimiento. Batista comprendió la amenaza; los números de *Cuadernos* que lo criticaban fueron confiscados y Llerena fue forzado a huir del país. Con ayuda de amigos del CLC, escapó a Nueva York, donde como Director de Relaciones Públicas del Movimiento 26 de Julio negó las acusaciones de que se trataba de un movimiento inspirado por el comunismo. También fue responsable de ingresar clandestinamente a Cuba al periodista Herbert Matthews del *New York Times*, cuya labor resultó el golpe propagandístico más devastador contra el régimen de Batista (Llerena, 1978; DePalma, 2006).

Aunque Llerena rompió con Castro antes de la victoria de la Revolución

5. *Excelsior*, 22 septiembre de 1956.

a principios de 1959, otros miembros de la facción liberal y socialdemócrata asociada con el Congreso siguieron apoyando el proceso revolucionario. Durante el primer año de la revolución victoriosa, Castro describió su ideología como “humanista”, una palabra muy usada por la izquierda democrática más amplia. Gorkin aun defendió la violencia anti-Batista de los primeros días de revolución victoriosa, opinando que “no se sale de una situación como la anterior sin romper algunos vidrios”.<sup>6</sup> Aquel abril, Castro renovó el antiguo aparato cultural del Estado cubano creando la Casa de las Américas para proyectar la nueva cultura revolucionaria a América Latina y al mundo. Con el tiempo, esa institución y la revista que llevó su nombre llegaron a ser, como antes había sido el Consejo Mundial por la Paz, el principal rival del CLC en América Latina. Pero eso solo pasó después de la consolidación de la revolución; al principio, Casa de las Américas parecía más un compañero del CLC que un competidor. Jorge Mañach, por ejemplo, miembro por excelencia del CLC, también fue miembro del primer jurado literario de Casa, que otorgó su premio a un cuento sobre la reforma agraria. (Raúl Roa, otro miembro del CLC, fue designado Ministro de Relaciones Exteriores.)

Algunas formas de censura, sutiles y patentes, empezaron a provocar la antipatía de la mayor parte de los miembros del CLC en 1960. Algunos llegaron a comparar Cuba con Europa del Este antes de que fuera diplomáticamente correcto hacerlo. Apenas un año después de su entusiasta resurrección, la Asociación Cubana del CLC era apenas un membrete. Llerena, de acuerdo con Gorkin, insistió en que “Cuba es ya el primer intento totalitario en Latinoamérica”.<sup>7</sup> La mayoría de los miembros, como Mañach, huyeron de nuevo al exilio. En la antesala del ataque a Playa Girón en 1961, se publicaron algunos artículos en *Cuadernos* expresando que Castro había traicionado la revolución democrática y que se había convertido en líder totalitario, lo cual consolidó una brecha que ocultó, de ahí en adelante, las afinidades que anteriormente habían tenido los proyectos de la Revolución y del Congreso. Por una vez, los miembros del Congreso tomaron parte en una campaña antidictatorial y desempeñaron un papel no insignificante en llevar a un nuevo gobierno al poder. Fue una victoria de la cual el Congreso difícilmente se recuperaría.

La radicalización de la Revolución Cubana hizo evidente varias cosas al Congreso. Para empezar, hizo más claro que nunca que Europa ya no era el campo de batalla más importante en el mundo de las ideas. Jean-Paul Sartre, que en su época había sido el intelectual progresista más importante

6. Carta de Gorkin a Pedro Vicente Aja, 20 enero 1959 (Caja 208, exp. 9, serie II, AILC, Chicago).

7. Carta de Gorkin a Carlos de Baráibar, 30 mayo 1960 (Caja 209, exp. 6, serie II, AILC, Chicago).

del mundo, ahora acudía a La Habana para rendir homenaje a Castro y al Che Guevara. También dejó claro que la generación geriátrica de liberales y neoconservadores no era apta para enfrentar el nuevo reto. Un cambio era indispensable, y las acciones del CLC para reconstruirse frente a ese desafío, entre 1961 y 1967, marcan la tercera fase de la vida del Congreso en la región.

Quienes llevaron las reformas al Congreso en América Latina fueron un trío extraño: John Hunt, un novelista y oficial de la CIA desde París; Keith Botsford, un crítico y autor norteamericano; y Luis Mercier Vega, un anarquista nacido en Bruselas, de padre francés y madre chilena, que luchó en la famosa “Columna Durruti” durante la Guerra civil española. Mercier Vega creyó que el Congreso había llegado a ser un centro anticomunista sin otro contenido e insistió en practicar la libertad de la cultura, no solo evocarla. Expandió el papel de los centros de arte y los talleres de estudios, atrayendo la participación de científicos sociales. En 1965, ayudó a organizar una conferencia en Montevideo sobre “La formación de las elites en América Latina” a la que asistieron sobre todo académicos. El tema de la conferencia se conceptualizó más en términos desarrollistas que explícitamente anticomunistas. “Nos interesamos [...] en las elites”, escribieron los organizadores de la conferencia, “[porque] es evidente que [...] uno de los requisitos para el desarrollo es una elite competente que quiera modernizar su sociedad” (Lipset y Solari, 1967: 10). Su anticomunismo no había desaparecido pero sí se había refinado: la perspectiva modernizadora contrastaba con las teorías que asignaban a la acción popular el papel de motor del cambio.

De modo parecido, la obra de Luis Mercier Vega, y su supervisión a través del Congreso de una revista de ciencias sociales, *Aportes*, se interesaba por los temas de la izquierda, particularmente por la condición de poblaciones pobres y marginadas. Pero aunque compartía los intereses de la izquierda, Mercier Vega no toleraba ideas que él consideraba ideologías simplificadoras, como las del marxismo o las teorías de la guerra de guerrillas de Guevara. La frecuente insistencia de Mercier Vega de que se tenía que evaluar la situación político-social de cada país constituía una crítica implícita de las nociones guevaristas de revolución exportable.

Dar al Congreso más peso intelectual en el nuevo ambiente también significaba deshacerse del obsesivo anticomunismo de los años 50. Y ese proceso no siempre marchaba sobre ruedas. En Brasil, por ejemplo, el Congreso quiso involucrarse con el economista de centro izquierda Celso Furtado. En la estela del golpe de Estado del 1° de abril de 1964, el oficial de la CIA Hunt quiso hacer una campaña internacional en favor de la libertad intelectual bajo el nuevo régimen, con Furtado como símbolo internacional (el gobierno militar había suspendido los derechos políticos de Furtado, entre otras figuras asociadas con la izquierda). El crítico literario Afrânio Coutinho, representante local del Congreso en Río de Janeiro, juzgaba a Furtado tal y como lo hacían muchos conservadores brasileños, es decir,

como un facilitador del comunismo, por lo que se negó a participar en la campaña a favor de Furtado y describió al gobierno militar como de “centro-democrático”. Coutinho demoró los esfuerzos de Hunt hasta el punto en que, efectivamente, la campaña nunca despegó.

Pero la herencia de los 50 que, desde el punto de vista del nuevo personal del Congreso, necesitaba cerrarse era *Cuadernos*, que había llegado a ser muy mal visto, incluso por los supuestos simpatizantes del CLC. El escritor satírico mexicano Jorge Ibargüengoitia, que se mantuvo al margen del Congreso pero quien se hizo amigo de Keith Botsford mientras él intentó mejorar la situación del Congreso en México, se burló de la situación cuando escribió en uno de sus cuentos que “*Cuadernos*, que nunca había leído, tenía un aire decididamente anticomunista; pero al estudiarla detenidamente, empecé a sospechar que se trataba de todo lo contrario; es decir, de una revista de aspecto anticomunista, hecha por los comunistas, para desprestigiar a los anticomunistas” (Ibargüengoitia, 1979: 235). La revista cerró, por fin, en 1965: una muerte anunciada y muy postergada desde 1963.

En 1964, una investigación de la Cámara de Representantes en Estados Unidos con respecto a las exenciones de impuestos que gozaban ciertas organizaciones amenazó con hacer público el uso de dichas exenciones como forma de canalizar dinero de la CIA. En consecuencia, el CLC decidió iniciar un proceso para poner fin a su relación financiera con la CIA. En 1965, el CLC negoció un subsidio de varios años con la Fundación Ford, que asumió el papel de único mecenas. Sus propiedades más valiosas fueron apartadas del control formal del Congreso. El 1° de enero de 1966, el departamento latinoamericano del CLC creó el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), una agencia independiente que inmediatamente solicitó afiliarse con el Congreso. En efecto, nada cambiaba, pero se creó un espacio de separación que fue suficiente para confundir incluso a algunos que trabajan con el ILARI.

Sin embargo, algunas noticias sobre la antigua dependencia del Congreso con respecto al dinero de la CIA empezaron a publicarse en 1966. En Argentina, Héctor Murena, quien había supervisado la colaboración entre el Congreso y el grupo Sur, escribió a Luis Mercier Vega que “todos los individuos de izquierda que estaba consiguiendo se me han abierto como por encanto [...] Le confieso que pasé unos días muy preocupado, porque dejaba de existir la posibilidad de que todos, como inocentes (también usted y Hunt [sic]) hubiésemos estado sirviendo al CIA, cosa que no hace demasiada gracia a pesar de todas las filosofías con que uno pueda dorarse la píldora”.<sup>8</sup>

8. Carta de Murena a Mercier, 23 mayo 1966 (caja 7, exp. 1, serie II, AILC, Chicago).



En 1967, un artículo en la revista de la nueva izquierda *Ramparts* expuso todo el esquema, haciendo imposible la negación del pasado. Mercier Vega pidió a John Hunt que aclarara las donaciones de fundaciones particulares y Hunt le mintió, lo cual sugiere que Mercier Vega no figuraba entre los que entendían la maniobra. Pero mientras Mercier Vega no sintió que tenía que disculparse por sus acciones, Keith Botsford se mostró furioso. Asumió, incorrectamente, que su viejo amigo Hunt no era de la CIA y que Michael Josselson, sí. Josselson era el principal agente de la CIA en el Congreso, y a Botsford le molestaban sus órdenes. Botsford sabía que quienes decían que no había intervención de la CIA en la operación cotidiana del Congreso se engañaban. Pero en lo que Botsford no reparó era que no había una única política de la CIA—Hunt y Josselson fueron empleados de la CIA pero tomaron posiciones opuestas en asuntos estratégicos importantes.

La persona cuya reputación se vio más afectada con las revelaciones fue el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, quien había sido seleccionado por John Hunt para editar la nueva revista del Congreso, *Mundo Nuevo*. Mientras preparaba su lanzamiento, Rodríguez Monegal insistió en fomentar la participación de escritores cubanos; él era crítico del gobierno de Cuba, pero no anticastrista furibundo. Sin embargo, el líder ortodoxo de Casa de las Américas, el poeta Roberto Fernández Retamar, rehusó toda participación cubana y declaró que *Mundo Nuevo* representaba la politización de una cultura supuestamente apolítica en beneficio de los “intereses imperiales norteamericanos” (Fernández Retamar, 1966: 29). A pesar del boicot cubano, *Mundo Nuevo* consiguió que muchos escritores de izquierda participaran en su proyecto. El primer número incluía una entrevista con Carlos Fuentes, en la cual él y Rodríguez Monegal coincidían en que “La función esencial del escritor [...] es precisamente poner en cuestión al mundo por medio de la palabra” (Fuentes y Rodríguez Monegal, 1966: 21). Para ellos, el compromiso del escritor era revolucionario porque cuestionaba las relaciones de poder establecidas, no por someterse a la disciplina revolucionaria. La libertad del escritor, dijo Fuentes, estaba en “mantener el margen de herejía”. El mensaje no fue bien recibido en Cuba.

Para *Mundo Nuevo*, los éxitos continuaron. El segundo número publicó un fragmento del todavía inédito *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, que pronto convertiría a su autor en el más famoso de la generación del boom. Números posteriores también incluyeron importantes obras de José Donoso, y la revista contribuyó a dar más relieve a cubanos exiliados como Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy (Mudrovic, 1997: 100-102). Donoso (1998: 122), en la retrospectiva sobre su generación, aseguró que la revista “fue la voz de la literatura latinoamericana de su tiempo”. Cuando las revelaciones sobre la CIA hicieron necesaria una declaración, Rodríguez Monegal se defendió diciendo que los intelectuales independientes (como él) habían sido involucrados por la CIA con el propósito deliberado de desprestigiarlos. Dicho análisis no es muy convincente, pero como des-

cripción de las consecuencias no parece muy equivocado. La reputación de Rodríguez Monegal, de entre todos ellos el más “de izquierda”, sufrió mucho más que la de figuras centrales como Gorkin o hasta Luis Mercier Vega.

Al fin y al cabo, las revelaciones de 1967 sobre el rol de la CIA iniciaron un proceso de deterioro que caracterizó la cuarta y última fase de la vida del CLC en Latinoamérica. En 1968, Rodríguez Monegal renunció y fue sustituido por un deslucido comité que presidió el declive de la revista, paralelo al del Congreso en general. Anhelando una nueva etapa, este último había cambiado su nombre al de Asociación Internacional de la Libertad de la Cultura en 1967, pero nadie se engañó. El financiamiento que provenía de la Fundación Ford declinó cada año, y no apareció ningún otro “ángel”. En el ILARI, Mercier Vega fue cerrando centros nacionales uno por uno, matando *Mundo Nuevo* en 1971 y *Aportes* en 1972. Dejó lo que quedaba del Congreso y fundó una revista de pensamiento anarquista, *Interrogations*. En 1977, como tantos otros de su generación, se suicidó.

## Conclusiones

Con aproximadamente veinte años de actividad en América Latina, el CLC vio poco recompensados sus esfuerzos. Había patrocinado galerías de arte y revistas, mesas redondas e investigaciones sociológicas, dos conferencias grandes y una revista literaria de buena calidad. Había aprehendido buena parte del boom de las letras latinoamericanas casi sin reconocerlo. Pero no podía haber declarado que sus acciones habían mejorado la condición de la libertad de la cultura, aun aceptando su manera de entenderla, en sus casi veinte años en la región. Dos veces sus miembros llegaron a tener responsabilidad en el poder: varios miembros del gabinete de Eduardo Frei (1964-1970) en Chile fueron asociados del Congreso durante los 50, pero cuando llegaron a la presidencia la operación chilena del Congreso no tuvo mayor influencia. Y segundo, sus miembros llegaron a tener responsabilidades importantes en el proceso revolucionario cubano, pero Castro claramente no se había ceñido a las esperanzas del Congreso. En otros sitios, su existencia fue ociosa; en México, por ejemplo, la hegemonía política del partido oficial bastaba para mantener el comunismo a raya.

El CLC se había transformado de una organización dedicada a responder a las fachadas soviéticas en una institución con un enfoque más flexible para confrontar el radicalismo pro-cubano. Pero su legado más durable fue, a fin de cuentas, hacer creíble un cierto discurso antiimperialista. El “asunto” del Congreso—más que el Congreso en sí—expandió la brecha entre revolucionarios e intelectuales “burgueses” de izquierda, haciendo posible que los primeros entendieran la oposición a la cultura dirigida como aquiescencia con el imperialismo. Como se ha visto, la leyenda blanca del Congreso es insostenible; la organización no hubiera existido sin servir a los intereses

de la política extranjera estadounidense. Pero la leyenda negra sobrevivió para desprestigiar a los críticos de las prácticas centralizadoras dentro de la izquierda revolucionaria latinoamericana, no simplemente porque fuese cierta, sino, más bien, porque era útil.

En 1971, cuando el poeta cubano Heberto Padilla, autor de un libro de poesía que dejaba entrever su falta de fervor revolucionario, fue detenido por conspiración contra la Revolución, el hecho marcó una ruptura con Cuba para muchos escritores de la izquierda latinoamericana. Hubiera sido una coyuntura obvia para la atención del Congreso, pero para entonces su estado de decadencia pone en duda que realmente haya tenido algo que ver con la respuesta que se suscitó. Pero eso no detuvo a Roberto Fernández Retamar de *Casa de las Américas* para culpar al Congreso de crear un ambiente intelectual polarizado. Invocar a la CIA, por ejemplo en su célebre ensayo “Calibán”, servía para recordar a sus lectores que el asunto no era la represión doméstica de un poeta, sino un conflicto internacional para la sobrevivencia de la Revolución (Fernández Retamar, 1989: 32, 49-50).<sup>9</sup> Invocar la leyenda negra del Congreso justificó otra clase de represión. Una lectura más sutil, pero menos útil políticamente, hubiera concluido que el Congreso, durante años símbolo de la fuerza y del poder del imperialismo cultural estadounidense, también era un indicio de su debilidad. Y aun con la desaparición del Congreso, el debate entre las dos (y más de dos) visiones del papel del intelectual frente al cambio social, que también había existido mucho antes de su creación, continuó con vigor.

## Fuentes

### Archivos

[National Archives and Records Administration](#)  
[Record Group 59, Central Decimal File](#) 1950-1954 (College Park, Maryland)  
[University of Chicago Special Collections Resource Center](#)  
[International Association for Cultural Freedom Papers](#)

### Hemerografía

*Casa de las Américas* (La Habana), 1971.  
*Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (París), 1953-1954.

9. Véase también la defensa de Mario Benedetti (1971: 75) del escritor revolucionario, y la descalificadora invocación del CLC, en la misma edición en *Casa de las Américas* en que originalmente apareció “Calibán”.

*Cultura y Libertad* (Santiago, Chile), 1954.  
*Ercilla* (Santiago, Chile), 1954.  
*Excélsior* (México), 1956.  
*Mundo Nuevo* (París), 1971.

## Bibliografía

- AMADO, J. (1953), *O mundo da paz: União Soviética e democracias populares*, Río de Janeiro, Vitória.  
 – (1964), *Os subterrâneos da liberdade*, San Pablo, Martins.  
 BENEDETTI, M. (1971), “Las prioridades del escritor”, *Casa de las Américas*, 68, septiembre-octubre.  
 CASTILLO, J. (1953), “El Congreso Continental de la Cultura de Santiago de Chile”, *Cuadernos*, 2, junio-agosto, pp. 84-87.  
 – (1954), “Polémicas y derechos del hombre”, *Cultura y Libertad*, 1, diciembre, pp. 17-20.  
 COLEMAN, P. (1989), *The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, Nueva York, Free Press.  
 DEPALMA, A. (2006), *The Man Who Invented Fidel: Cuba, Castro and Herbert L. Matthews of the New York Times*, Nueva York, Public Affairs.  
 DONOSO, J. (1998), *Historia personal del “boom”*, Santiago de Chile, Alfaguara.  
 EDWARDS, J. (1990), *Adiós poeta... memorias*. Barcelona, Tusquets.  
 FERNÁNDEZ RETAMAR, R. (1966), “Cartas vistas”, *Marcha*, 1295, 11 marzo.  
 – (1989), *Caliban and Other Essays*, Minneapolis, University of Minnesota Press.  
 FRANCO, J. (2002), *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*, Cambridge, Harvard University Press.  
 FUENTES, C. y E. RODRÍGUEZ MONEGAL (1966), “Situación del escritor en América Latina”, *Mundo Nuevo*, 1, julio.  
 GORKIN, J. (1954), “La experiencia de Guatemala: por una política de la libertad en Latinoamérica”, *Cuadernos*, 9, noviembre-diciembre, pp. 89-93.  
 IBARGÜENGOITIA, J. (1979), *Los relámpagos de agosto: La ley de Herodes*, México, Promexa Editores.  
 KING, J. (1986), *Sur: A Study of the Argentine Literary Journal and its Role in the Development of a Culture, 1931-1970*, Cambridge, Cambridge University Press.  
 LIEBERMAN, R. (2000), *The Strangest Dream: Communism, Anticommunism and the U.S. Peace Movement 1945-1963*, Nueva York, Syracuse University Press.  
 LIPSET, S. M. y A. SOLARI (1967), *Elites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.  
 LLERENA, M. (1978), *The Unsuspected Revolution: The Birth and Rise of Castroism*, Ithaca, Cornell University Press.  
 MUDROVICIC, M. E. (1997), *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo.  
 NERUDA, P. (1954), *Las uvas y el viento*, Santiago de Chile, Nascimento.  
 PRINCE, R. (1992), “Following the Money Trail at the World Peace Council,” *Peace Magazine*, VIII, 2, diciembre.

- SANTAMARIA, Y. (2006), *Le parti de l'ennemi?: le Parti communiste français dans la lutte pour la paix, 1947-1958*, París, Armand Colin.
- SAUNDERS, F. S. (1999), *Who Paid the Piper?: The CIA and the Cultural Cold War*, Londres, Granta.
- SCOTT-SMITH, G. (2002), *The Politics of Apolitical Culture: The Congress for Cultural Freedom, the CIA, and Post-war American Hegemony*, Londres, Routledge.
- WITTNER, L. (1993), *The Struggle Against the Bomb*, Stanford, Stanford University Press.

## **Del “terremoto” cubano al golpe chileno: políticas culturales de la Fundación Ford en América Latina (1959-1973)\***

*Benedetta Calandra*

Entre los “portadores sanos” del sueño americano, se destacan por su importancia las asociaciones filantrópicas estadounidenses: actores cruciales de la exportación del *American Way of Life* y a la vez protagonistas de una larga Guerra Fría que, como es sabido, ha sido desarrollada durante décadas no solo con armas convencionales, sino también con políticas culturales (Arnove, 1982; Berghahn, 2001; Arndt, 2005). Entre ellas, la Fundación Ford (FF), “emblema de las modernas fundaciones sin ánimo de lucro” (Curti, 1963: 1), representa en este sentido un verdadero coloso por su tamaño, notoriedad y por el papel jugado en términos de estrategias políticas y culturales estadounidenses en la época de la cortina de hierro. Para Giuliana Gemelli (1994: 76-78), investigadora que ha aportado una gran contribución historiográfica sobre el papel desempeñado por la Fundación en Italia, por diversos motivos ésta habría encarnado el “rostro *soft*” y “mayormente comunicativo” de la lucha contra el espectro comunista a partir de los años 50, representando, al mismo tiempo, un punto de intersección crucial entre *champ intellectuel* y *champ politique* –en términos del horizonte crítico propuesto por Bourdieu.

Material inédito custodiado en el archivo central de la FF ha permitido en buena medida reconstruir para este trabajo el recorrido histórico de distintos proyectos dirigidos al subcontinente latinoamericano entre 1959, año del triunfo de la revolución castrista en Cuba, hasta 1973, año del golpe de Estado en Chile, dos fechas de mucha importancia simbólica en términos de repercusiones del conflicto bipolar en América Latina. El objetivo del

\* Traducción del italiano: Antonella Sara. Revisión: Marina Franco.

presente escrito es proponer una reflexión sobre este arco temporal en el marco de la Guerra Fría,<sup>1</sup> para añadir al cuadro global nuevos elementos en relación con el comportamiento, las prioridades y las razones profundas de interés de este gigante de la filantropía cultural norteamericana, sobre todo respecto de Chile y Argentina y, en términos generales, de toda América Latina. Los documentos analizados empiezan con iniciativas esporádicas y puntuales, como misiones de exploración y establecimiento de primeros contactos, y llegan a proyectos articulados de media duración, como la acogida de académicos e intelectuales tras el momento de la emergencia marcada por los golpes autoritarios (Calandra, 2006).

A partir de esas reconstrucciones, quedan en evidencia no pocas contradicciones en la acción de un actor social que, a pesar de haber mantenido en muchos aspectos un perfil autónomo y original con respecto a las lógicas gubernamentales, continúa siendo uno de los ineludibles protagonistas del conflicto bipolar. Es significativo, en efecto, que los documentos indican precisamente 1959 como fecha de inicio del Latin American and Caribbean Program:<sup>2</sup> se trata de un año que marca un momento crucial de ruptura en las relaciones interamericanas, en el crecimiento de la fobia relativa a la propagación del espectro comunista y en la necesidad de conocer y entender a fondo un área del mundo políticamente candente.

En esta larga temporada asomará una tensión interna de la Fundación entre, por un lado, la actuación política y para la política y, por el otro, el respaldo a la libre actividad intelectual. Como se destacará, la posición de la Ford, expresada a través de las individualidades de sus asesores específicos para el área latinoamericana, se coloca frecuentemente en una zona de intersección conflictiva entre lo que une su ser de sujeto político, que por lo tanto participa de todas las tensiones propias de este ámbito (en especial las originadas por el Departamento de Estado), y su identidad autónoma de institución cultural volcada a la defensa de la libertad intelectual.

### Primeros contactos con el subcontinente

Los años 50 representaron para la Fundación una “década de oro” por el interés en el Viejo Continente. En Italia, como se arguye en las investigaciones de Gemelli (2000a; 2000b), cabe mencionar el respaldo a instituciones como el Centro di Specializzazione e Ricerche Economiche Agrarie per il Mezzogiorno de Manlio Rossi Doria, o la colaboración con destacadas personalidades del empresariado como Adriano Olivetti. No se trata de un

1. Por una contribución que considere el mismo lapso temporal y más extensa del presente escrito, cfr. Calandra (2011).

caso aislado: estudios recientes demuestran, por ejemplo, cómo incluso en la España del generalísimo Franco se asiste a una articulada “ofensiva cultural” por parte de la Ford a través de la Sociedad de Estudios y Publicaciones a partir de 1959, con bastantes años de retraso con respecto a otros contextos nacionales europeos. Su finalidad era “integrar al país en la comunidad atlántica para prevenir, aunque de forma indirecta, frentes de potencial inestabilidad política y social que pusieran en riesgo el mismo régimen” (Santisteban Fernández, 2009: 159).

Pero precisamente al final de esta década y, creemos, en la estela de lo generado por el triunfo castrista en términos de equilibrios geopolíticos internacionales, también el subcontinente americano empezó a formar parte de las prioridades de la Fundación. La apertura de las primeras sedes oficiales de la FF (Buenos Aires y Bogotá, 1962; Santiago de Chile, 1963; Lima, 1965) (Fundación Ford, 2003: 17) representa el fruto de una serie de misiones exploratorias e intensos coloquios puestos en marcha precisamente durante este mismo año, 1959.<sup>3</sup>

En el caso de la Argentina, los informes de viaje —muy pormenorizados sobre la situación política interna y con observaciones sobre el sistema educativo, agrícola y el clima cultural del momento— tienen prácticamente frecuencia mensual. En el mes de febrero se envían a la sede central de Nueva York algunas notas centradas en la controvertida herencia dejada por el régimen de Juan Domingo Perón.<sup>4</sup> La estructura política del país era objeto de otro informe redactado en el mes de marzo del mismo año por Kalman Silvert, historiador latinoamericanista y asesor de la Fundación. Se reflexiona allí sobre el delicado período de transición posterior a la época de oro del populismo, las fracturas internas del peronismo, la dimensión cuantitativa de los grupos socialistas, definidos como “vehículos importantes de difusión de doctrinas vagamente marxistas”, y de los comunistas, fuertemente limitados al mundo sindical durante el gobierno peronista. Se describe, además, a los militares como el único y real grupo de presión, “crucial para el mantenimiento de cualquier gobierno en Argentina” y “elemento necesario, pero no suficiente, para el gobierno”.<sup>5</sup>

Un análisis de las mismas relaciones de fuerza entre civiles y militares constituye el tema *incipit* de otro informe fechado el 23 de marzo y firmado

2. Cfr. Ford Foundation Archives —en adelante, FFA—, *The Ford Foundation's Latin American and Caribbean Program. Discussion Paper For the Board of Trustees Meeting as a Committee of the Whole*, 28 de marzo 1984, call number 008856, p. 12.

3. FFA, Wolf, *Exploratory Mission to Latin America*, Reports 000131, 1959.

4. FFA, Alexander, *Notes on Argentina*, febrero de 1959, 27, Reports 000120.

5. FFA, Silvert, *Political Structure of Argentina*, 27 marzo 1959, call number 008773, p. 3 y p.

7. Todas las traducciones de documentos son de la autora.

por Nita Rous Manitzas, asesora para el área latinoamericana, que tiene como objeto un ciclo de reuniones sobre la situación argentina realizado por exponentes del Departamento de Estado, del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD) y de la United States Information Agency (USIA). Esta última, activa en el territorio argentino ya desde 1942 y fuertemente limitada por Perón, contaba en aquel entonces con seis oficinas y once centros bilaterales que manejaban programas Fulbright, intercambios estudiantiles, el mantenimiento de bibliotecas públicas y la distribución de casi cuarenta cinco mil copias de su revista.<sup>6</sup>

En términos globales, el área del Río de la Plata es evaluada positivamente, a pesar de que se postulan hipotéticos márgenes de mejora en aras de que el país se ajuste a los estándares del sistema capitalista estadounidense:

El mundo de los negocios en Argentina parece seguir las huellas del capitalismo decimonónico. Los productores privados por sus beneficios dependen todavía de pocas unidades vendidas a precios elevados, más bien que de la producción masiva. USIA está intentando cambiar esta situación mediante varias campañas de información [...]. Argentina posee además excelentes reservas de personal, sobre todo comparadas con los otros países de América Latina. Asimismo, como Uruguay o también Chile, Argentina no presenta problemas raciales que puedan complicar las relaciones industriales, la promoción gerencial y la movilidad social. [...] En vista de un potencial desarrollo económico, Argentina presenta en efecto un buen material humano. No hay problemas raciales que puedan complicar el cuadro de la situación; la fuerza de trabajo tiene las competencias adecuadas; y la industria privada es fuerte.<sup>7</sup>

Más inquietante aparece, en cambio, un dato que seguramente no sorprende en 1959: el dinamismo del Partido Comunista Argentino, definido como “el mayor Partido Comunista del hemisferio occidental”, con una base de “cerca de noventa mil miembros” y vasta afiliación en el mundo universitario.<sup>8</sup> Esta estimación encuentra las críticas, tanto cuantitativa como cualitativamente del mismo Silvert, llamado como especialista para comentar puntualmente el documento, quien no sin una pizca de ironía, parece referirse a una percepción de la situación que roza la paranoia:

La real entidad del comunismo en Argentina es amplia y grosera-

6. FFA, Manitzas, *Discussions on Argentina Held at Various United States Government Agencies* (Comentarios de Kalman H. Silvert en apéndice), 23 de marzo de 1959, Reports 000130, p. 6.

7. FFA, Manitzas, *Discussions on Argentina*, op.cit., pp. 6 y 10.

8. FFA, Manitzas, *Discussions on Argentina*, op.cit., p. 5.

mente sobrestimada por los representantes del gobierno de Estados Unidos, sobre todo cuando acusan a los estudiantes trabajadores de la Universidad de ser un caldo de cultivo para las conjuraciones del Partido. La mayoría de los estudiantes, salvo los que tardan treinta y cinco años para graduarse, son simplemente personas que trabajan y estudian al mismo tiempo. El hecho de que estén fuertemente orientados a la política forma parte de la tradición latinoamericana por completo, y no debe ser interpretado como una señal de la infiltración comunista.<sup>9</sup>

Siguen otros informes redactados en el mes de abril sobre el contexto geográfico y demográfico del país;<sup>10</sup> en el mes de mayo, sobre el sistema educativo nacional en general y el panorama de las ciencias sociales en particular, que se lo presenta como drásticamente perjudicado durante el gobierno Perón;<sup>11</sup> en agosto y septiembre se realiza además una misión de ocho semanas de otros especialistas,<sup>12</sup> y a ella sigue otra en el mes de octubre en que se barajan posibilidades de financiar investigaciones en el ámbito nuclear, gerencial y de la administración pública.<sup>13</sup> Clausura este período tan rebosante de observaciones un informe elaborado en el mes de noviembre sobre la situación específica de la Universidad de Buenos Aires, con especial atención a posibles financiamientos, becas, asociaciones estudiantiles.<sup>14</sup>

Como resulta evidente a partir de los documentos mencionados, el año de la Revolución Cubana estimula una potencial y vasta inversión de fondos por parte de la Fundación justamente desde la Argentina. También Chile empieza a ser objeto de interés, aunque la cantidad de información producida sobre este último país no es comparable con la existente sobre su vecino del Cono Sur. En particular, la nueva entrada en la legalidad del Partido Comunista en Santiago<sup>15</sup> levanta un velo de inquietud acerca de la futura estabilidad institucional del país:

9. Comentarios de K. H. Silvert al documento arriba citado, 27 de marzo de 1959, ivi, p.13.

10. FFA, Street, *The Economic Structure and Problems of Argentina*, abril 1959, call number 000112.

11. FFA, Street, *The Educational System and Applied Social Research in Argentina*, mayo 1959, Reports 000030.

12. FFA, Wolf, *Ford Foundation Mission to Argentina: Summary of Recommendations*, agosto-septiembre 1959, Reports 002814.

13. FFA, Wolf, Silvert, Carlson, *Ford Foundation Mission to Argentina*, octubre 1959, Reports 000027.

14. FFA, Silvert, *Government of the University of Buenos Aires*, noviembre 1959, Reports 000256.

15. Proscrito desde 1948 hasta 1958 con la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, la llamada “ley maldita” que obligará incluso a Pablo Neruda al exilio.

No obstante el renovado regreso a la legalidad del comunismo, no parece representar una amenaza inmediata para la democracia chilena, consolidada en el largo plazo, la inflación está actualmente produciendo una cierta agitación social y el comunismo podría por esto constituir, en un futuro, una inquietante eventualidad para la República de Chile.<sup>16</sup>

A través de otro documento, relativamente reducido en relación con el informe sobre la Argentina, la asesora Nita Manitzas analiza los coloquios que las diferentes agencias gubernamentales estadounidenses llevaron a cabo en relación con Chile, entre marzo y abril de 1959 y en los cuales se discutió sobre el sector educativo, la industria y, más en general, sobre las relaciones económicas y sociales.<sup>17</sup>

Así, un área geográfica aún no prioritaria para la Fundación empieza justamente a partir de este año a adquirir nueva envergadura, especialmente gracias al amparo de las ciencias sociales. Este proceso refleja en muchos aspectos un difundido afán de conocer y entender un continente que ya había levantado fuertes preocupaciones en el Departamento de Estado después del intento revolucionario boliviano y guatemalteco de los primeros años 50, pero que ahora, tras el “terremoto cubano”, develaba unas potencialidades todavía más inquietantes.

### **Desde el epicentro del seísmo hasta las estrategias de asentamiento: la expansión de los *Latin American Studies***

Una evidente e implícita confirmación de este sentimiento, que va más allá de las intersecciones entre instituciones políticas y culturales en sentido lato, se encuentra también en el inédito flujo de fondos gubernamentales y particulares que, dentro del mundo académico y precisamente después de 1959, se dirigieron al afianzamiento y la definitiva profesionalización de un sector antes bastante marginal: los *Latin American Studies*.

El completo y profundo estudio de Mark T. Berger ilustra claramente cómo el nacimiento, desarrollo y articulación de este sector en Estados Unidos refleja con regularidad diacrónica los momentos sobresalientes de transformación de las relaciones interamericanas. Moviéndose del horizonte crítico de la aplicación de las teorías de Gramsci a los estudios poscoloniales, este autor propone una periodización que ve como hilo conductor la estrecha relación que existe entre conocimiento y poder (Cooper *et al.*, 1993). No se

16. FFA, Alexander, *Notes on Chile*, 1959, call number 000062, p.1.

17. FFA, Manitzas, *Discussions on Chile Held at Various United States Government Agencies*, 16-20 de marzo de 1959-abril 1959, Reports 001527.

trata entonces de una coincidencia abstracta el hecho de que la fase pionera de estos trabajos en las dos primeras décadas del siglo XX, en la época del “imperialismo clásico”, coincida con los informes de viaje detallados (Blaney, 1900; Walker, 1902) y en 1918 se añada el nacimiento de la primera revista especializada, la *Hispanic America Research Review*. Se asiste, después, a un nuevo impulso en la inmediata segunda posguerra, en concomitancia con una expansión más global de los llamados *Area Studies* y dentro del marco conceptual propuesto por la teoría de la modernización.

Pero fue en correlación con la materialización de la “amenaza roja” a pocas millas de la costa de Florida que este ámbito de investigación, muy circunscrito, adquirió estatuto científico y sobre todo autonomía con respecto a los estudios político-diplomáticos en los que regularmente venía incluido. El respaldo financiero creció exponencialmente a partir de 1959 en términos de fondos, donadores y beneficiarios. Basándose en “la defensa de la seguridad nacional”, mediante el National Defence Education Act (NDEA) y la Public Law 480, Washington destinó una cantidad de dinero sin precedentes en favor de los *Area Studies* en general y de los latinoamericanos en particular (Novick, 1988: 310). Solo para brindar unos elementos de carácter cuantitativo, basta con pensar que los cursos universitarios dedicados a los estudios del subcontinente, estables entre 1949 y 1958, se duplicaron en la década posterior. En 1968 más de doscientas instituciones pertenecían ya al Consortium of Latin American Studies Program, y también es llamativo el hecho de que en los años inmediatamente posteriores las cátedras de historia de América Latina experimentaron el crecimiento proporcionalmente más significativo: de trescientos ochenta y nueve en 1965 pasaron a quinientos sesenta y seis en 1970 (Needler y Walker, 1971: 133-134). Se asiste, además, a una inédita diversificación de los lugares de la producción científica especializada. En enero de 1959 –en concomitancia con el triunfo de Castro en La Habana–, la Universidad de Florida, financiada por la Pan American Foundation, lanzó la revista *Journal of Interamerican Studies*; en 1965 será la ocasión de la *Latin American Research Review* (Berger, 1995: 93).

La revista *NACLA* (North American Congress on Latin America), una de las voces más radicales de intelectuales y activistas que a partir de la invasión estadounidense en República Dominicana (1965) documentaron las situaciones de injerencia de su país en el contexto latinoamericano (Rosen, 2002; Volk, 1983), titulará provocativamente “Subliminal Warfare” (“guerra subliminal”), un número monográfico publicado en 1970 sobre el papel de los estudios latinoamericanos en el territorio nacional.<sup>18</sup> A la Fundación

18. *Subliminal Warfare. The Role of Latin American Studies*, en “North American Congress on Latin America”, 1970, Southern California Library for Social Studies and Research, Los Angeles (CA), Box Latin American files, n.c., archivo personal de Nora Hamilton.

Ford se le dedicaba una sección específica, tanto por su acción conjunta con la Fundación Rockefeller –con la que estableció el Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT) en Colombia y el Centro de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT) en México– como por sus vínculos con otros protagonistas relativamente menores en el área latinoamericana: el Woodrow Wilson International Center, la John Simon Guggenheim Foundation, la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research y la Doherty Foundation.

Puesto en marcha en 1959, el Latin American Program de la Fundación comprendía a partir de 1963 un proyecto específico, el Latin American Studies Program, definido por el polémico personal de NACLA como una forma de reclutamiento de intelectuales locales con el fin de “comprar los recursos humanos internos para movilizar la opinión pública en favor de las operaciones estadounidenses en América Latina”. Incluso los varios programas de intercambio eran leídos por NACLA en esta óptica como un intento evidente de crear una masa crítica de intelectuales “americanizados” que pudiera respaldar un enfoque “tecnocrático” y “bajado desde arriba”.<sup>19</sup>

En la misma publicación se presentaba un mapeo detallado de los más prestigiosos centros de estudios latinoamericanos diseminados por todo el territorio federal estadounidense, por ejemplo, entre los primeros centros completamente dedicados a las investigaciones sobre América Latina se distinguía California (Los Angeles, 1959), especialmente la llamada “Bay Area” (Berkeley, 1956), una zona que se convertirá, en el lapso de pocos años, en un lugar políticamente candente debido a la movilización de los estudiantes, sobre todo durante el conflicto de Vietnam.

En 1970, año de publicación del monográfico de NACLA, “Subliminal Warfare”, los proyectos de la Ford en el subcontinente ya son muchos y están diversificados por áreas de intervención y por países. En términos globales del gasto, entre 1959 y 1983 se invirtieron doscientos cincuenta millones de dólares en programas para el área latinoamericana, que correspondían al diecisiete por ciento del total destinado a los programas internacionales y al cinco por ciento del total de las actividades.<sup>20</sup> Estos fondos, además, se integraban en un proceso general de nuevo interés en los países del sur del mundo, puesto en marcha durante la presidencia de McGeorge Bundy (ya National Security Advisor durante la administración Kennedy), a partir de la segunda mitad de la década de los 60 (Gemelli, 1997, 1998). También la Fundación Rockefeller actuaba, y de forma relevante, en territorio latinoamericano, pero estaba centrada en otros ámbitos de interés, privilegiando

19. *Subliminal Warfare. The Role of Latin American Studies*, op. cit., p. 5.

20. FFA, *The Ford Foundation's Latin American and Caribbean Program. Discussion Paper For the Board of Trustees Meeting as a Committee of the Whole*, 28 de marzo de 1984, call number 008856, p. 12.

el sector de la sanidad y de las ciencias exactas, mientras que la Ford representaba el mayor sponsor financiero en lo que se refiere a las ciencias económicas, agrarias y sociales (Fosdick, 1963: 3).

### Ciencias sociales y Guerra Fría

Un documento de síntesis sobre Chile, producido en 1967 por la sede central de la FF, afirmaba que “los estudiosos residentes en Santiago representan la comunidad científica más sofisticada y cosmopolita de toda América Latina en lo que se refiere a las ciencias sociales”.<sup>21</sup> Destinatarias privilegiadas de financiamientos para proyectos, estas disciplinas constituyen, en efecto, la característica saliente del perfil intelectual y cultural chileno.

La sede oficial de la Ford se abrió en Chile en 1963 como colofón de un largo recorrido de colaboración que contaba con una serie de antecedentes evidentes ya a partir de mediados de la década de los 50. Hace falta recordar los acuerdos entre la Pontificia Universidad Católica de Santiago y el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago. en vigor desde 1956, que financiaron la formación de directivos y especialistas en administración de empresas y planificación económica. El origen de los llamados “Chicago Boys”, los economistas monetaristas del régimen de Pinochet doctorados en aquel entonces al calor de las doctrinas ultraliberales de Milton Friedman, son justamente resultado de estos acuerdos, y durante los mismos años (1955-1958) se realiza también la misión de asesores estadounidenses Klein-Sacks (Stabili, 1991: 71-73; Correa, 1985).

La cumbre de este proceso se alcanzó durante la operación política conocida como Alianza para el Progreso, diseñada por Kennedy. En este periodo, en efecto, la capital chilena fue elegida como sede para la US Agency for International Development (USIA), atrayendo al mismo tiempo también una pluralidad de agencias internacionales: la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), la Food and Agriculture Organization (FAO). En un momento histórico en que la atención de Estados Unidos estaba fuertemente dirigida hacia los procesos de descolonización que involucraban a diferentes países del sur del mundo, el imperativo común de las políticas de estos institutos gravitaba alrededor del concepto de desarrollo, influenciado por el marco conceptual de la teoría de la modernización.

En este escenario, el lazo entre respaldo a las ciencias sociales y conten-

21. FFA, Ford Foundation Staff, *Latin America*, 1967, report 001341, p. 3.

ción de situaciones políticas potencialmente peligrosas generaba un debate enérgico, a veces alarmado, sobre las posibles formas de colaboración entre actores académicos, gubernamentales y militares, y las potenciales derivas generadas por esta interacción. En este sentido, es emblemático el breve experimento relacionado con el Project Camelot, elaborado en 1964 por el Departamento de la Defensa estadounidense, ensayado precisamente en territorio chileno y finalmente clausurado el año siguiente después del abandono público (y la consiguiente denuncia) del sociólogo noruego Johan Galtung.<sup>22</sup> Como asegura Aldo Marchesi (2006:13) en un estudio acerca de la relación entre Estados Unidos y las elites intelectuales en el Cono Sur durante los 60:

Pero, sin duda, el Proyecto Camelot ideado por el Departamento de Defensa norteamericano fue el ejemplo más emblemático acerca de las problemáticas relaciones entre ciencias sociales y poder político. Dicho proyecto tenía como objetivo la construcción de un modelo de análisis social para predecir los riesgos de que un país entrara en un proceso de insurgencia. Latinoamérica era parte importante de su campo empírico. El proyecto salió a la luz pública en Chile en 1965, cuando un investigador invitado lo denunció. Rápidamente, fue cancelado. Pero generó una ola de debates en Latinoamérica acerca del papel de Estados Unidos en las ciencias sociales de la región, y en Estados Unidos acerca de la relación entre política y academia.

Es evidente que la circunstancia del Project Camelot se inserta en términos más globales en el inextricable campo de batalla constituido por toda la arena cultural durante la Guerra Fría, definido de manera pertinente por Frances Stonor Saunders (1999) como *cultural cold war*. Se trata de un contexto muy delicado para la Ford, así como para otros actores sociales que actuaron entre cultura y política en una fase tan aguda de tensiones en el escenario internacional. Este nudo problemático está ejemplificado por la red de nexos que vinculan no solo a los protagonistas de la diplomacia cultural con los de las políticas gubernamentales, representados por el Departamento de Estado o de la Defensa, sino que comprende también las operaciones secretas llevadas a cabo por los servicios de inteligencia, complicando ulteriormente el escenario y sobre todo confundiendo las distancias y las intersecciones –algunas veces muy bien definidas, otras veces más lábiles– entre estos mismos sujetos.

Aún más significativo en este sentido, y variablemente evaluado, es el

22. Sobre orígenes, herencia, reacciones en el debate público del proyecto, cfr. Horowitz (1967); Lowe (1966); Solovey (2001); Madian y Oppenheim (1969). Sobre las reacciones del mundo académico e intelectual del Cono Sur, cfr. Sigal (2002).

vínculo entre la Ford y el Congreso por la Libertad de la Cultura (Gremion, 1998), organización fundada en Europa por destacados intelectuales volcados a la difusión de "puntos de vista liberales y no comunistas del mundo" (Coleman, 1989) y que estuvo activa en muchos países a través de una serie de renombradas revistas literarias hasta 1967. Ese año, tras una investigación desarrollada por un equipo del *New York Times* (Mudrovic, 1997: 30-32), salieron a la luz sus vínculos con la CIA, ejemplificadas en las personas de Michael Josselson, Alen Dulles y Richard Bissel. En un trabajo sobre política y cultura de la Guerra Fría, Mudrovic menciona las consideraciones de Kathleen McCarthy sobre la colaboración entre el Congreso y la Fundación Ford: la entidad financiera que de hecho lo rescatará materialmente después del escándalo y la subsiguiente disolución:

En 1966, la Ford parecía la única fundación capaz de auxiliar al Congreso por la Libertad de la Cultura. Según McCarthy, no era esta la primera vez que la Fundación Ford salía a salvar un proyecto amenazado con derrumbarse por sus tratos con la CIA: "como organismo no gubernamental, la Fundación Ford parecía estar en inmejorable posición para actuar rápidamente en este terreno políticamente delicado" (McCarthy, cit. por Mudrovic, 1997: 34).

En relación al grado de colaboración entre la Fundación Ford y las agencias de inteligencia estadounidenses existe, naturalmente, una amplia variedad de posiciones. Hipótesis más "radicales" como la de Stonor Saunders se refieren explícitamente a las fundaciones privadas, y a la Ford en primer lugar, como vehículos nobles de asignación de fondos de la CIA. Saunders afirma que estas fundaciones cumplieron con la función de ser "fachada respetable" de las agencias de seguridad, a las cuales se le había concretamente asignado la tarea específica de "apartar a la intelectualidad europea de la fascinación duradera del marxismo y el comunismo, en favor de una visión del mundo que mejor acordara con el *American Way of Life*" (Stonor Saunders, 2004: 9-11). Otras interpretaciones, conceptualmente más articuladas, como las propuestas por Gemelli (1994: 67), se inclinan, en cambio, a atenuar la dimensión de la intriga y de las operaciones extra legales, evaluando especialmente la relación entre la FF y el Congreso "no tanto como «oscuro», aislado episodio, sino como forma alternativa de estrategia política de la Fundación en términos de relaciones públicas y de diplomacia cultural". Gemelli no pretende con esto negar la existencia de diferentes planes de interacción relativos a las actuaciones de la inteligencia estadounidense, sino señalar que el juicio global sobre la Fundación debería ser más sutil y considerar, por ejemplo, el valor añadido aportado por sus programas de intercambio entre estudiosos en el extranjero y todo lo que eso conllevó en la creación de una nueva elite intelectual cosmopolita.

Una nueva elite que, sobre todo en el Cono Sur de América Latina, se



insertaba en el campo de las ciencias sociales. Hasta 1973, año del golpe chileno, se calcula que la Ford invirtió en ese país casi seis millones de dólares en el sector. En lo que se refiere a la Argentina, no se puede hablar de inversiones análogas, pero sí cuantiosas: cerca de dos millones de dólares, repartidos esencialmente a través del canal del CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) (Fundación Ford, 2003: 18 y ss.).

### Libertad intelectual y Seguridad Nacional

¿En qué medida la Ford constituía un sujeto político y hasta qué punto podía interactuar con las dinámicas políticas de los países huéspedes?

La cuestión se planteó ya a partir de un episodio acontecido en Santiago antes del violento derrocamiento del socialista Salvador Allende (1970-1973), durante el gobierno del democristiano Eduardo Frei Montalva (1964-1970). Su mandato estuvo caracterizado por un clima de relativa estabilidad institucional (Stabili, 1991: 109-142). Sin embargo, en la Argentina, el vuelco autoritario de 1966 del general Juan Carlos Onganía no estaba tan lejos y su cercanía es comprobada por la circulación de conceptos clave acerca del tema de la seguridad nacional que pocos años después constituirían la principal justificación teórica para el ejercicio de dinámicas represivas a gran escala.

En febrero de 1969, un grupo de catorce científicos argentinos llegados años atrás como exiliados a Chile tras el episodio de la “Noche de bastones largos”<sup>23</sup> son expulsados del país. Once de ellos eran beneficiarios directos de la Fundación, que conocía muy bien su recorrido humano y profesional. La motivación oficial de su expulsión era una genérica defensa de la seguridad nacional. Sin embargo, según un documento de circulación interna en la sede central de Nueva York, algunas informaciones confidenciales de los empleados de la Ford atribuían el episodio, entre otras causas, a un dato más preciso y preocupante para el gobierno chileno: un presunto lazo de los docentes con las actividades del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).<sup>24</sup> Bien consciente de la muy delicada situación, Donald Goldreich, en aquel entonces Program Advisor for Latin America and Caribbean, expuso la problemática de forma muy incisiva, adelantando de hecho un dilema que

23. El 29 de julio de 1966, durante el gobierno autoritario del general Juan Carlos Onganía (1966-70), la policía irrumpe en la Universidad de Buenos Aires apaleando alumnos y profesores. Seguirán huidas y renunciaciones de personal académico (Romero, 2003: 170).

24. FFA, Goldreich, *On the Political and Cultural Consequences of the Expulsion of Fourteen Argentine Science Professors by the Chilean Government, February 1969*, report number 009366, p. 3.

se iba a plantear nuevamente de manera sin dudas más dramática durante la emergencia del golpe de 1973.

La cuestión de fondo gravitaba, precisamente, alrededor de la legitimidad de interferir en los acontecimientos nacionales de un país huésped de la FF. Cabe destacar que en esta circunstancia los motivos de la tensión se planteaban en términos paradójicamente invertidos con respecto a los que normalmente caracterizaban la presencia estadounidense en el subcontinente. Porque en este caso era Chile quien invocaba el problema de la seguridad nacional y la Fundación quien insistía en el aspecto de la libertad intelectual, aunque ésta fuese vinculada a sujetos potencialmente implicados en asociaciones de guerrilla urbana: “No actuar [...] evitaría la previsible ira del gobierno con respecto al hecho de que una fundación extranjera busque interferir en una cuestión de seguridad nacional... no actuar permitiría a la Fundación continuar su acción sin ninguna etiqueta a los ojos de muchos chilenos”.<sup>25</sup>

También es fuerte la contraposición ideal entre pragmatismo y sentido de la oportunidad política de un lado, y defensa de un plan ético y abstracto de otro:

El costo más alto de una actitud pasiva sería el fracaso por parte de la Fundación en fijar, frente al gobierno y a las universidades chilenas, sus propias prioridades, y frente a sí misma respetar el espíritu y las instituciones y las garantías de las libertades civiles, del desarrollo, de la educación. Si la Fundación no hace y no dice nada, y consecuentemente deja todo como antes, simplemente debemos esperar que se cumplan los destinos decididos por el gobierno acerca de las universidades [...]

Si intentamos dar a conocer nuestros valores y nuestros parámetros de evaluación sobre el asunto, corremos el riesgo de perjudicar de manera crucial nuestras relaciones con el gobierno; si no lo hacemos, el riesgo es perjudicar o por lo menos tener un impacto francamente mínimo del conjunto de valores que se acaban de mencionar.<sup>26</sup>

Ahora bien, estas espinosas cuestiones no representan más que una vaga anticipación del desgarrador debate que se iba a desencadenar dentro de la Fundación en el momento del golpe de Estado de Pinochet, el 11 de septiembre de 1973; una discusión que no se originó “a vuelo de pluma, a partir de pocas e intensas discusiones políticas. Más bien, ha dolorosamente evolucionado a través de etapas sucesivas a lo largo de casi tres años” (Puryear, 1982: 15).

25. FFA, Goldreich, *On the Political and Cultural Consequences*, op. cit., p. 5.

26. FFA, Goldreich, *On the Political and Cultural Consequences*, op. cit., p. 7.

Una intensa correspondencia con la sede central en Nueva York registra a partir de aquella fecha los continuos episodios de violencia, dirigidos sobre todo contra las facultades de humanidades,<sup>27</sup> las irrupciones arbitrarias, las hogueras de libros en los patios de las universidades, la expulsión de docentes y de personal administrativo (Fleet, 1977; Meyers, 1975). Kalman Silvert –atento observador de las circunstancias del Cono Sur desde 1959– transmitía a la sede central una dolorosa y al mismo tiempo lúcida descripción del drama:

Cada uno en Chile, tanto los residentes, ciudadanos, o simples visitantes, debe experimentar una crisis de conciencia, prescindiendo de su ideología de partido. La cuestión es perfectamente abordada por Dürrenmatt en su obra sobre el papel de la Iglesia Católica en la Alemania nacionalsocialista. La iglesia no puede ser fiel a su razón de ser institucional sin resultar subversiva para el Estado alemán de aquel entonces. Pero no puede hacerse subversiva sin amenazar su estructura institucional. Lo mismo acontece en el Chile contemporáneo [...] La Fundación Ford no debe ser subversiva dentro de los regímenes en que lleva a cabo su acción. Al mismo tiempo, no puede pedir a sus empleados que suspendan sus sentimientos más dignos y rechacen su ayuda a anónimos perseguidos fuera de la ley. Para mí, la contradicción en Chile es insoluble.

Afortunadamente es muy raro que en la historia las sociedades se enfrenten a opciones mutuamente excluyentes, opciones extremas. Yo creo que Chile se encuentra en esta situación.<sup>28</sup>

El golpe conllevará una radical reorganización de las prioridades y de los destinatarios de los fondos, que ya no serán gestionados directamente *in situ*. Después de algunos meses, se tomó la decisión de cerrar temporalmente la sede chilena y continuar desde Estados Unidos los nuevos proyectos. Entre fines de 1974 y comienzos de 1975, surgieron nuevas líneas de intervención, centradas esencialmente en la defensa de los derechos humanos y la libertad intelectual, que marcaron un decidido viraje con respecto a las prioridades genéricas de desarrollo social. En efecto, se va a producir un desplazamiento de las prioridades de la Fundación en relación con una línea “tecnocrática” previa,<sup>29</sup> demostrando así que se había aprendido la dura lección del caso chileno: ahora era evidente que modernización y desarrollo ya no eran más sinónimos adquiridos de democracia.

27. FFA, *Memorandum from K.H. Silvert to W.D. Carmichel*, 26 de Marzo de 1974, call number 008959.

28. FFA, *Memorandum from Kalman H. Silvert to William D. Carmichel*, cit., p. 5.

29. FFA, Busby, *Making Rights real: a History of the Ford Foundation's Human Rights Program in Latin America and the Caribbean*, Diciembre 1989, Report 11705, p. 7.

## Fuentes

- Ford Foundation Archives* (Nueva York)  
 – Published Reports, 1984, 2003.  
 – Unpublished Reports, Staff Reports, Argentina and Chile, 1959.  
 – Grant Files, Argentina, 1969.  
 – General Correspondence and Log Files, Chile and Argentina, 1959.

## Bibliografía

- ARNDT, R. T. (2005), *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington DC, Potomac Books.
- ARNOVE, R. F. (1982), *Philanthropy and Cultural Imperialism. The Foundations at Home and Abroad*, Boston, G. K. Hall & Co.
- BERGER, M. T. (1995), *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press.
- BERGHAIN, V. R. (2001), *America and the Intellectual Cold Wars in Europe. Shepard Stone Between Philanthropy, Academy, and Diplomacy*, Princeton, Princeton University Press.
- BLANEY, H. R. (1900), *The Golden Caribbean: a Winter Visit to the Republics of Colombia, Costa Rica, Spanish Honduras, Belize and the Spanish Main via Boston and New Orleans*, Boston, Lee and Shepard.
- CALANDRA, B. (2006), *L'America della solidarietà. L'accoglienza dei rifugiati cileni e argentini negli Stati Uniti (1973-1983)*, Roma, Nuova Cultura.
- (2011), “La Ford Foundation y la «guerra fría cultural» en América Latina (1959-1973)”, *Americanía, Revista de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla*, I, 1, pp. 8-25.
- COLEMAN, P. (1989), *The Liberal Conspiracy: The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*, Nueva York, Free Press.
- COOPER, F. et al. (1993), *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*, Madison, University of Wisconsin Press.
- CORREA, S. (1985), “Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile”, *Opciones*, 6, pp. 21-35.
- CURTI, M. (1963), *American Philanthropy Abroad: A History*, New Brunswick (NJ), Rutgers University Press.
- FLEET, M. (1977), “Academic Freedom and University Autonomy in Chile”, *Newsletter of the Latin American Studies Association*, VIII, 2, pp. 22-38.
- FOSDICK, R. B. (1963), *A Philosophy for a Foundation*, Nueva York, Rockefeller Foundation.
- FUNDACIÓN FORD (2003), *40 años en la región andina y Cono Sur*, Santiago de Chile, Fundación Ford.
- GEMELLI, G. (1994), *Big Culture. Intellectual Cooperation in Large-Scale Cultural and Technical Systems. An Historical Approach*, Proceedings of the Internatio-

- nal Meeting held in Bellagio "Villa Serbelloni", 7-11 septiembre 1992, Bologna, CLUEB.
- (1997), *From Imitation to Competitive-Cooperation: Ford Foundation and Management Education in Western Europe (1950s-1970s)*, Florencia, European University Institute.
- (1998), *The Ford Foundation and Europe, 1950s-1970s: Cross-Fertilization of Learning in Social Science and Management*, Bruselas, European Interuniversity Press.
- (2000a), "Le fondazioni culturali in Italia", *Società e storia*, 90, pp. 641-643.
- (2000b), "Progettualità e organizzazioni tra Europa e Stati Uniti: le origini della Fondazione Adriano Olivetti (1962-1976)", *Società e storia*, 90, pp. 750-761.
- GREMION, P. (1998), "The Partnership Between the Ford Foundation and the Congress for Cultural Freedom in Europe", en G. Gemelli, (ed.), *The Ford Foundation and Europe, 1950's-1970's: Cross-Fertilization of Learning in Social Science and Management*, Bruselas, European Interuniversity Press, pp. 137-166.
- HOROWITZ, I. L. (1967) (ed.), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship Between Social Science and Practical Politics*, Cambridge (MA), The MIT Press.
- LOWE, G. E. (1966), "The Camelot Affair", *Bulletin of the Atomic Scientists*, XII, 5, mayo, pp. 44-48.
- MADIAN, A. L. y OPPENHEIM, A. N. (1969), "Knowledge for What? The Camelot Legacy: The Dangers of Sponsored Research in the Social Sciences", *British Journal of Sociology*, XX, 3, septiembre, pp. 326-336.
- MARCHESI, A. (2006), "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a finales de los sesenta", *EIAL, Estudios Interdisciplinarios América Latina y Caribe*, XVII, 1, enero-junio, disponible online en: <www1.tau.ac.il>.
- MEYERS, P. (1975), "La intervención militar en las universidades chilenas", *Mensaje*, XXIV, 241, pp. 380-384.
- MUDROVIC, M. E. (1997), *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- NEEDLER, M. C. y WALKER, T. W. (1971), "The Current Status of Latin American Studies Program", *Latin American Research Review*, VI, 1, pp. 119-139.
- NOVICK, P. (1988), *That Noble Dream: the "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge, Cambridge University Press.
- PURYEAR, J. (1982), "Higher Education, Development Assistance, and Repressive Regimes", *Studies in Comparative International Development*, XVII, 2, verano, pp. 3-35.
- ROMERO, J. L. (2001), *Breve Historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ROSEN, F. (2002), "NACLA: A 35 Year Retrospective", *NACLA Report on the Americas*, XXVI, noviembre-diciembre, pp. 12-37.
- SANTISTEBAN FERNÁNDEZ, F. de (2009), "El desembarco de la Fundación Ford en España", *Ayer*, 75 (3), Madrid, pp. 159-191.
- SIGAL, S. (2002), *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SOLOVEY, M. (2001), "Project Camelot and the 1960s Epistemological Revolution:

- Rethinking the Politics-Patronage-Social Science Nexus", *Social Studies of Science*, XXXI, 2, pp. 171-206.
- STABILI, M. R. (1991), *Il Cile. Dalla repubblica liberale al dopo Pinochet*, Firenze, Giunti.
- STONOR SAUNDERS, F. (1999), *The Cultural Cold War. The CIA and the World of Arts and Letters*. Nueva York, The New Press. [Traducción al español: *La CIA y la guerra fría cultural*, Barcelona, Debate, 2001.]
- VOLK, S. (1983), "The North American Congress on Latin America: The First Fifteen Years", *Radical History Review*, 27, pp. 195-200.
- WALKER, J. W. G. (1902), *Ocean to Ocean: an Account Personal and Historical of Nicaragua and its People*, Chicago, McClurg.

## **Puerto Rico y la guerra fría cultural: de la Alianza para el Progreso a la criptozoología y la exo-invasión extraterrestre\***

*Carlos Hernández*

Este ensayo sugerirá que en Puerto Rico, simultáneamente con las políticas económico-sociales impulsadas por la Alianza para el Progreso,<sup>1</sup> Estados Unidos se valió de políticas culturales de masas vinculadas a avistamientos de objetos voladores no identificados (ovnis) y la presencia de animales exóticos no clasificados por la ciencia, la criptozoología,<sup>2</sup> con el objetivo de disuadir de lo que se consideraba el avance comunista de la Revolución Cubana (Toscano, s/f: 12). Así, ante las simpatías de la izquierda de Puerto Rico con la Revolución, en los años 70 se divulgaron en la prensa –dirigida por exiliados cubanos– informaciones relacionadas con una política de sensacionalismo cultural sofisticado en la cual el tema ovni cobró fuerza en el imaginario nacional. Estas informaciones personificaban la imagen monstruosa del extranjero-marxista o extraterrestre. El propósito fue enajenar a la población puertorriqueña del momento histórico a partir de discursos que desviaban la atención de la movilización política al terreno de la cultura de masas a través de los imaginarios del poder y el miedo (Santoro Domingo, 2010).

\* En conversación con el profesor Mario R. Cancel, me sugirió explorar el tema de la criptozoología. Agradezco la ayuda de la estudiante Ashley Martin en la búsqueda de documentos.

1. Centro de Documentación Histórica, Dr. Arturo Morales Carrión, Universidad Interamericana de San Germán, Serie 3, Subserie 3.5, 1961. Alianza para el Progreso, Cartapacio 13, caja 56. Documentos oficiales OEA/Ser. XII. 1 (español), Alianza para el progreso, documentos oficiales emanados de la reunión extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social al nivel Ministerial celebrada en Punta del Este, Uruguay, del 5 al 17 de agosto de 1961, p. 3.

2. La criptozoología, “el estudio de los animales ocultos”, es la disciplina que estudia animales hipotéticos actuales denominados “criptidos”; que según sus partidarios estarían quedando fuera de los catálogos de zoología contemporánea.

## La Alianza para el Progreso: Puerto Rico: freno al comunismo en América Latina

Entre los años 1940 y 1950, el Partido Popular Democrático (PPD) y Luis Muñoz Marín dieron paso a la afirmación nacional y cultural a través de instituciones específicas.<sup>3</sup> En 1947, la dirigencia del Partido Nacionalista, de orientación independentista, regresó a Puerto Rico tras la excarcelación de sus principales figuras. En la década de 1930, había elegido como presidente del partido a Pedro Albizu Campos y había cambiado sus métodos de lucha, radicalizándose en 1932. Hubo varios hechos violentos entre nacionalistas y el gobierno estadounidense en Puerto Rico, por ejemplo, la Masacre de Río Piedras y el asesinato del coronel de la Policía, Elisha Francis Riggs. Uno de los actos más violentos se dio el 21 de marzo de 1937, recordado como la “masacre de Ponce”. La policía, luego de haber dado permiso para una marcha nacionalista en esa localidad, arremetió contra la multitud dejando 21 muertos y más de 150 heridos. Pedro Albizu Campos fue condenado a prisión en 1936 y fue ingresado a una cárcel federal en Atlanta, Estados Unidos. En 1947 regresó a Puerto Rico. El 30 de octubre de 1950, el Partido Nacionalista se levantó en armas y declaró la República de Puerto Rico y hubo combates en distintos pueblos del país. Miles de miembros del partido y del Partido Independentista Puertorriqueño fueron encarcelados por el gobierno de Estados Unidos y de Puerto Rico bajo la gobernación de Luis Muñoz Marín.

Pronto, el Partido Nacionalista inició actividades políticas que fueron consideradas por el PPD como nocivas para una relación de asociación política con Estados Unidos. Bajo la presidencia del Senado ejercida por Muñoz Marín se aprobó la Ley 53, mejor conocida como “la Ley de la Mordaza”. Esta ley ayudó al nuevo gobernador a ejercer su puesto sin miedo de deshacerse de la oposición política, especialmente del sector independentista-nacionalista, lo que desató una década de represión política. Con la aprobación de esta ley, el PPD encarceló a varios líderes nacionalistas. Tras la aprobación del Congreso Federal de la ley que facultaba al pueblo de Puerto Rico a elegir su propio gobernador en 1948, Muñoz Martín se convirtió en el primer gobernador electo por los puertorriqueños.

Ratificada la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico (ELA), en los años 50, algunos nacionalistas se reunieron en Estados Uni-

3. El PPD se fundó en 1938. En 1940 logró una victoria electoral que le permitió dominar el Senado de Puerto Rico y se inició una serie de reformas sociales en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. En 1952, el partido auspició un proyecto de autonomía de Estados Unidos que generó la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico (Santiago Caraballo, 2004; Benítez Rexach, 1989; Rivera, 1996).

dos y atacaron la Casa Blair<sup>4</sup> con la intención de ejecutar al presidente de Estados Unidos y llamar la atención mundial sobre que el problema político de Puerto Rico no había sido resuelto con la aprobación del ELA. En 1954, también atacaron al Congreso Federal estadounidense.

Encarcelados los líderes del Partido Nacionalista, el PPD inició una agenda de transformación, llamada “Revolución Pacífica”. En la forja de esa revolución social, los bríos para crear empleos para la clase trabajadora del país no fueron del todo exitosos (Fleisher, 1963). Un sector considerable de la población fue estimulado a emigrar como parte de una campaña estatal que promovió empleos fuera de la isla, en las urbes industriales del este de Estados Unidos (Iglesias, 1994). Al amparo de los discursos de las ciencias sociales de raigambre estadounidense y la visita de académicos de esas disciplinas, se pusieron en marcha recomendaciones para erradicar los males sociales que asolaban a la población y dar paso al desarrollo y la modernidad como parte del proyecto industrial de Puerto Rico.<sup>5</sup> Frente al endémico problema de la sobrepoblación, se propuso una política “salubrista” de control de la natalidad. Los esfuerzos por controlar la fertilidad en la isla recibieron el apoyo de científicos sociales y naturales con el fin de crear un verdadero laboratorio social que sirviera de experimento a las píldoras anticonceptivas (Mayone Stycos, 1955). Aparte de la píldora y sus efectos secundarios, decenas de mujeres fueron esterilizadas sin su consentimiento.

El 1° de enero de 1959 triunfó en Cuba el Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro. En 1961 se adoptó el comunismo como ideología gobernante. En aras de contrarrestar el impulso de la Revolución Cubana y su propuesta política, Estados Unidos inició una escalada en el terreno diplomático conocida como Alianza para el Progreso (Denis, 1963). El presidente John F. Kennedy nombró al puertorriqueño Arturo Morales Carrión para dirigir la Alianza. La intención era usar el crecimiento económico de Puerto Rico para neutralizar el avance del comunismo cubano en América Latina. Para ello, también nombró al puertorriqueño Teodoro Moscoso –artífice de la transformación industrial de Puerto Rico– embajador de Estados Unidos en Venezuela. A través de la campaña de prensa que impulsaba la Alianza, el empresario John S. Knight, dueño de una cadena de periódicos en Estados Unidos, que también escribía en *The Detroit Press* y *The Miami Herald*, presentó la tesis del progreso de Puerto Rico como un factor decisivo en la erradicación del comunismo. Citando a Muñoz Marín, el empresario afir-

4. La Casa Blair es la residencia oficial para los invitados del presidente de Estados Unidos.

5. Durante ese período se publicaron libros fundamentales como: Steward (1956); Wright Mills; Lewis (1963), Friedrich (1959); Mathews (1960); Lewis (1966); Mintz (1960); Godsell (1965); Wells (1969); Perloff (1950); Mayone Stycos (1955) (Méndez, 2007: 52).

maba que “Los comunistas son una minoría desacreditada e impotente a la que nadie escucha, pero para llevarlos a ese punto tuvimos que mostrarle al pueblo que una democracia en la que los derechos individuales son sagrados es la forma más efectiva de alcanzar la felicidad”.<sup>6</sup> El corresponsal se preguntaba por qué los estadistas latinoamericanos no emulaban a Muñoz Marín. A la saga de esta campaña, partes de prensa en Estados Unidos señalaban que “El ELA es más importante para Estados Unidos que sus propios Estados [...], el puertorriqueño es un latino con la mentalidad y el adiestramiento del norteamericano continental [...] y sobre todo comprende a los otros países latinoamericanos”.<sup>7</sup> Knight se mostraba asombrado de “por qué Estados Unidos no había logrado, en tanto tiempo, apreciar las grandes posibilidades del manejo de Puerto Rico como embajador de buena voluntad ante los países latinoamericanos”. Según el empresario, “Puerto Rico era un Estado crucial que muy bien podía determinar la forma en que se desarrollaran las futuras relaciones entre Estados Unidos y los otros países latinoamericanos”, y una fuerte presencia de Puerto Rico debía “caracterizar la futura estrategia latinoamericana de los Estados Unidos”.<sup>8</sup>

El proyecto de progreso económico para toda América Latina a partir de Puerto Rico y a través de la Alianza fue defendido incluso dentro mismo de la isla.<sup>9</sup> Como si se tratara de la puertorriqueñización de América Latina, se insistía “en la fórmula del éxito del Programa Manos a la Obra”.<sup>10</sup> Los defensores de este proyecto argumentaban que el éxito era visible en los campos y en los pueblos de la isla y los resultados que lo ratificaban eran, entre otros, la creación de corporaciones públicas, la construcción de escuelas, la repartición de tierras, la instalación de nuevas fábricas, el desarrollo de una clase de gerentes, administradores y técnicos y el establecimiento de programas de salud pública y de medidas de seguridad social.<sup>11</sup>

6. “John S. Knight, insta a emular a Muñoz Marín”, *El Mundo*, 3 de agosto de 1961, p. 5.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

9. Colberg, “América: el hemisferio de los milagros”, *El Mundo*, 18 de agosto de 1961, p. 7.

10. De 1947 a 1964, el Estado implantó la primera fase del plan Manos a la Obra con el cual se produjeron mejoras en infraestructura, redistribución de la riqueza y servicios públicos que dieron base a un enorme crecimiento económico. (Pol, 2004: 4).

11. En los objetivos de la Alianza se señalaba la “efectiva transformación de las estructuras e injustos sistemas de tenencia y explotación de la tierra con miras a sustituir el régimen de latifundio y minifundio por un sistema justo de propiedad” (Centro de Documentación Histórica, Dr. Arturo Morales Carrión, Universidad Interamericana de San Germán, Serie 3, Subserie 3.5, 1961. Alianza para el Progreso, Cartapacio 13, caja 56. Documentos oficiales OEA/Ser. XII. 1 –español–, Alianza para el progreso, documentos oficiales emanados de la reunión extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social al nivel Ministerial celebrada en Punta del Este, Uruguay, del 5 al 17 de agosto de 1961, pp. 10-11).

Luego del asesinato del presidente Kennedy en noviembre de 1963, el reemplazo por Lyndon B. Johnson y la victoria electoral del presidente Richard Nixon, en 1968, la Alianza para el Progreso no logró detener el avance del impacto ideológico de la Revolución Cubana en la región. A la sazón, Juan de Onís, periodista del *New York Times* e hijo del escritor español Federico de Onís, puso en cuestión la visión de los veteranos de la política de cooperación interamericana y manifestó su perplejidad sobre cómo Nelson Rockefeller haría para ajustarse a las demandas de un continente joven y convulso, con ideas nuevas, receloso del capitalismo nórdico, desengañado por el fracaso de la Alianza para el Progreso y “envenenado por el guevarismo y por los movimientos revolucionarios de la época en muchos países”.<sup>12</sup>

La nueva política estadounidense hacia América Latina estuvo atravesada por el *Informe Rockefeller* de 1969,<sup>13</sup> que proponía la utilización de las sectas pentecostales para detener el impulso del comunismo en la región. A juicio de André Corten (2002), “circulaba en la época una sola explicación para esta explosión pentecostal, a partir de 1969, con el discreto apoyo de la CIA, la Universidad de Lovaina intentó fundar un Centro Ético Cristiano del Desarrollo para poder controlar mejor a esos «teólogos» latinoamericanos”.

### Guerra fría cultural: medios de comunicación y exiliados cubanos en Puerto Rico

En medio de los esfuerzos del *Informe Rockefeller* de 1969 por amilantar el progreso comunista, los medios de publicidad divulgaron ofertas creativas dirigidas a estimular el imaginario de la cultura popular por vías más sugerentes. En Estados Unidos se le atribuyó a la CIA una campaña mediática para distraer aún más la atención de la población con respecto al comunismo en ese país (Haines, 1997). Los avistamientos de objetos voladores no identificados y hasta una posible invasión extraterrestre fueron parte de la promoción del imaginario de esa agencia de seguridad.

A mediados de los años 60, las empresas de publicidad y de prensa en Puerto Rico pasaron a manos de empresarios exiliados cubanos anticastristas que promovieron una cultura violenta de repudio de todo lo que fuera considerado comunismo y afirmación nacional de la soberanía de Puerto

12. “Rockefeller inicia su gran periplo por Hispanoamérica acompañado de veintidós especialistas. Durante cuatro semanas el enviado de Nixon tratará de crear una base para un nuevo planteamiento de la política norteamericana en el Nuevo Mundo”, *ABC*, 13 de mayo de 1969, p. 25.

13. Véase también en este volumen el artículo de Ernesto Capello.

Rico (Álzaga Manresa, 2010). Este último autor muestra la extensión de la guerra que se libraba contra la Revolución Cubana y el Movimiento 26 de Julio por parte de los exiliados cubanos y la represión contra el independentismo puertorriqueño (Álzaga Manresa, 2010: 211-341). De 1960 a 1980 se registraron centenares de actos de persecución, vandalismo contra las propiedades, el cierre de emisoras de radio y la intervención directa contra el periódico *El Imparcial*. En 1960, Edgar Hoover, director del FBI en Washington, envió a la oficina del FBI en San Juan un documento donde decía que: “El FBI está evaluando la posibilidad de instituir un programa dirigido a desarticular las organizaciones que buscan la independencia de Puerto Rico”. Según esta línea, la misma institución propuso un editorial en el periódico *El Mundo*, cuyo propósito era crear una división en la junta directiva de la Federación Universitaria Pro Independencia (FUPI) para desanimar el apoyo del público a sus actividades. En otro documento desclasificado por el FBI, se informa que el 20 de mayo de 1975, la reorganización del Frente de Liberación Nacional Cubana (FLNC) intenta crear una estructura política, además de militar (Álzaga Manresa, 2010). Entre enero y abril de 1975 se nombra a Reynol Rodríguez González como coordinador de la Sección de Sabotaje. Afirma Álzaga que aun cuando en dicha reunión se decidió no emprender acciones violentas (terroristas) dentro del territorio norteamericano, Puerto Rico era considerado un “territorio libre” y por tanto podían ponerse bombas en cualquier parte de la isla y sobre todo al Partido Socialista Puertorriqueño. En efecto, el 24 de marzo de 1976 fue asesinado Santiago Mari Pesquera, hijo de Juan Mari Brás, secretario general de dicho partido (Álzaga Manresa, 2010).

La intervención y el cierre de emisoras de radio, la intromisión en los editoriales de los principales periódicos del país (*El Mundo* y *El Imparcial*), el terror que generaron las instituciones de seguridad en algunos sectores del país, el financiamiento económico de entidades del exilio cubano en Puerto Rico y el asesinato del principal líder del Partido Socialista Puertorriqueño sugieren una prueba circunstancial de hasta dónde estaba dispuesto el poder estadounidense en la isla para frenar cualquier intento de independencia nacional, por un lado, y el rechazo de una relación entre Cuba y Puerto Rico que propusiera el comunismo como una alternativa a los males sociales. La injerencia del poder represivo estadounidense generó en la isla un control de los medios de comunicación a través de la Comisión Federal de Comunicaciones, por lo que se sugiere la relación con el desarrollo de campañas sobre fenómenos de ovnis y animales no clasificados por la ciencia como una propuesta ideológica encaminada a distraer los atractivos del comunismo.

Cabe preguntar: ¿quiénes inventaron estos fenómenos? ¿Cómo llegaron a la prensa? La prueba circunstancial presentada hasta ahora demuestra la mediación de las entidades estadounidenses, como la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA), una poderosa organización política del exilio

cubano, compuesta por millonarios y fundada por Jorge Mas Canosa, en 1980, bajo la protección y el apoyo de la administración de Ronald Reagan. Mas Canosa no fue un personaje ajeno a Puerto Rico. Vivió e hizo su primer capital en la isla, para luego convertirse en un multimillonario. En los años 70 trabajó para una empresa vinculada al negocio de las telecomunicaciones llamada Church and Tower. Esta empresa tenía un volumen grande de negocios con la Telefónica de Puerto Rico y participó activamente como rompuehuela en el paro de la empresa en esos años, e incluso algunos de sus autobuses fueron incendiados durante el conflicto. La Fundación fue responsable en gran medida de propiciar y diseñar proyectos como Radio Martí, en 1985, y TV Martí, en 1990, y prácticamente redactó los proyectos de ley que luego se convirtieron en la Ley Torricelli, en 1992, y la Ley Helms-Burton, en 1996, estas dos últimas con el propósito de estrangular la economía cubana (Álzaga Manresa, 2006).

La evidencia circunstancial nos sirve para dejar en evidencia el modo en que estas poderosas organizaciones del exilio cubano en Puerto Rico intentaron por todos los medios detener el comunismo en la región. De ahí que sugerimos la configuración de un libreto para desarrollar una distracción al marxismo a través de la propuesta de historia extraterrestre. Es decir, aludimos a una relación entre esas campañas de prensa y la Guerra Fría. El sensacionalismo en un país atravesado por el asombro de apariciones religiosas, junto al sincretismo del espiritismo y la santería (Rodríguez Escudero, 1991), generan en la población cierta sensibilidad a este tipo de fenómenos. De ahí la coincidencia en el tiempo con el asunto de la Guerra Fría; el comunismo, la criptozoología y los ovnis se dan a la luz del miedo que comunican los testimonios de los exiliados cubanos de “los horrores” vividos a causa de la Revolución.

### Vampiros y ovnis invaden Puerto Rico en los años 70

En 1968, resultó electo gobernador de Puerto Rico Luis A. Ferré Aguayo; su elección puso fin a veintiocho años de hegemonía del PPD. Dos años más tarde, el hijo del gobernador, Antonio Luis Ferré, fundó el periódico *El Nuevo Día* y nombró como director al periodista cubano Carlos M. Castañeda. En abril de 1974, comenzó a circular el periódico *El Vocero (EV)*, fundado por el empresario cubano Gaspar Roca. En sus inicios, el periódico se caracterizó por ser un diario sensacionalista, dirigido a las clases desposeídas del país. En sus primeras planas aparecían fotografiados los cadáveres descuartizados de las víctimas de los crímenes, razón por la cual su línea editorial se distanciaba de otros diarios. En 1975, este periódico dio a conocer una serie de noticias sobre la aparición de objetos voladores no identificados en la isla. Ese mismo año también comenzó a difundir una serie de reportajes sobre un misterioso ser que mataba animales, llamado el “Vampiro de

Moca”.<sup>14</sup> Como se verá, tanto el fenómeno ovni como el Vampiro de Moca cumplieron la tarea de alimentar en los lectores puertorriqueños el temor de una invasión extraterrestre y una paranoia legítima a partir de las fotografías publicadas de animales devorados por los presuntos vampiros. El escenario estaba preparado.

En el primer artículo sobre el misterio de los vampiros, publicado en febrero de 1975, se observa la maestría del periodista para generar una atmósfera de sensacionalismo extremo, matizado por una prosa sombría que sugería que el suceso sería contado en varios episodios. Un cuestionamiento retórico servía de exordio al relato: “¿Qué bestia será la responsable de numerosas muertes de animales domésticos que fueron encontrados muertos en una forma misteriosa? Los habitantes están alarmados”.<sup>15</sup> A partir de esta pregunta inicial, el corresponsal narraba con pasión y lujo de detalles la cantidad de animales muertos, la forma en que fueron hallados sus cuerpos, así como lo desconcertante del incidente. En menos de diez oraciones, el texto periodístico intentaba reflexionar sobre tres conceptos clave: “realidad”, “mito” “creencia”, elementos precisos para armar una trama de ficción.<sup>16</sup> A los quince días del preámbulo vampírico—tiempo suficiente para generar expectativa en los lectores—, apareció la segunda nota.<sup>17</sup> Del mito se pasaba ahora a la ciencia, es decir, a través de una investigación policial, el periodista pretendía convencer a sus lectores de la veracidad del argumento. Una constante del discurso era el argumento de que las víctimas del vampiro quedaban sin una gota de sangre, aun cuando fueran animales que llegaban a las 400 libras de peso.

Del texto de ambas narraciones se advierte un esmero en no aseverar categóricamente que el responsable de las muertes fuese un vampiro. Por el contrario, a lo largo del relato se revelaban sugerencias que tendían a señalar una casuística no contundente. Entre el 11 de marzo y 28 de abril de 1975 se divulgaron 42 informes sobre los ataques del vampiro.<sup>18</sup> En marzo,

14. Moca es un municipio de Puerto Rico, donde desde finales del mes de febrero e inicios del mes de julio de 1975 aparecieron animales muertos producto de una mordida que extraía sangre a las víctimas. La imaginación popular llamó al misterioso fenómeno con el nombre del “Vampiro de Moca”. Véase Augusto R. Vale Salinas, “En barrio de Moca: «Vampiro» ataca hombre”, *EV*, 27 de marzo de 1975, p. 3; Julio Víctor Ramírez, “El Vampiro en Ceiba: Se preparan contra nuevos ataques”, *EV*, 27 de marzo de 1975, p. 4; Julio C. Pérez, “Vampiro ataca en Quebradillas”, *EV*, 29 de marzo de 1975, p. 5; Pedro Hernández, “Muertes misteriosas temen se desate ola de histeria”, *EV*, 9 de abril de 1975, p. 3.

15. Augusto Vale Salinas, “¿Víctimas de vampiro? En misterio muertes de varios animales”, *EV*, 25 de febrero de 1975, p. 4.

16. Véase a Diego R. Viegas, *Los ovnis dentro de la clasificación narrativa folklórica*, Fundación Mesa Verde, disponible online en: <[www.fundacionmesaverde.org](http://www.fundacionmesaverde.org)>.

17. Augusto Vale Salinas, “Víctimas «vampiro» llegan a 34”, *EV*, 10 de marzo de 1975, p. 3.

18. Véase a Augusto Vale Salinas, *EV*, 11 de marzo al 28 de abril de 1975.

comenzó una sucesión de informaciones relacionadas con el avistamiento de ovnis en áreas cercanas a donde se habían producido las misteriosas muertes de animales; de esta manera, se sugería la causa aparente: los extraterrestres, cuya presencia parecía explicar todo lo sucedido. En adelante, las historias del vampiro se hilvanaron en una teoría más contundente. El titular de prensa “Ven rara nave sobre Moca”<sup>19</sup> revelaba una suerte de conclusión al enigma: “Alegan testigos haber visto sobre sus cabezas al raro objeto. Decidieron seguir su pista [...], dicen haber visto bien claro cuando un extraño se bajaba por una escalerilla de la rara nave, posándose sobre la misma, todo eso sobre la finca del señor Héctor Vega, donde aparecieron las cabras muertas y con la sangre extraída”.<sup>20</sup> Los vecinos de los barrios cercanos narraron al periodista haber visto algo similar. En las postrimerías del artículo se tendía a configurar un relato coherente con la lógica científica, puesto que en la escena estaban investigando un universitario, un estudiante de escuela secundaria y un arquitecto. La nota revelaba que éstos habían sentido la presencia de un gigantesco pájaro, pero que nunca pudieron verlo. Nuevamente, se condensaban las historias del vampiro como un misterio difícil de descifrar y que daba paso a más y más narrativas.<sup>21</sup> A los pocos días del avistamiento del ovni, se informó de la presencia de material radiactivo en el lugar donde habían aterrizado los extraterrestres. Para despejar las dudas de un prominente político, además, se contrató los servicios de una profesional en radiología, quien usó un instrumento para medir las radiaciones.<sup>22</sup>

Pablo Santoro Domingo (2004: 7) arguye que las visiones ufológicas adoptan el vocabulario de la conspiración, presentando las imágenes de la manipulación gubernamental de casos y de la existencia de contactos oficiales secretos con extraterrestres: las vacilaciones y los secretos institucionales encaminados a encubrir cuestiones relacionadas con la investigación militar contribuyen a la sospecha de que existe algo turbio detrás de los ovnis. A la luz de esta interpretación, pueda constatarse que, en efecto, en Puerto Rico también se dijo que dos secretarías de una institución gubernamental del calibre del Departamento de Justicia “afirmaron haber visto a poca altura un objeto misterioso similar a los platillos voladores”.<sup>23</sup> Sugerimos que la posición jerárquica de las visionarias secretarías le imprime al relato una suerte de halo gubernamental que las masas podrían interpretar como un

19. Augusto Vale Salinas, “Ven rara nave sobre Moca”, *EV*, 25 de marzo de 1975, p. 7.

20. Ídem.

21. “Anuncian que llega un ovni”, *EV*, 26 de marzo de 1975, p. 4.

22. “Confirman radiaciones en Moca”, *EV*, 29 de marzo de 1975, p. 5.

23. Augusto Vale Salinas, “Jóvenes secretarías ven platillo volador”, *EV*, 5 de abril de 1975, p. 3 y 39.



mensaje oficial del Estado que validaba la contundencia del fenómeno. El 21 de abril, otra secretaria que trabajaba para el Juez de Paz del municipio de Moca vio un objeto volador. La narración involucraba a dos adolescentes como testigos del avistamiento, quienes certificaban que “el objeto que volaba a una velocidad muy rápida, siguió la trayectoria a la finca de Héctor Vega, donde se hallaron hace un mes 14 cabras muertas, 10 heridas y 9 desaparecidas por el ser extraño o Vampiro de Moca”.<sup>24</sup> Nuevamente, el argumento ovni servía de casuística para urdir una trama que apuntaría al responsable de las muertes.

Según el periódico, al otro día de ese avistamiento, y a una distancia considerable del pueblo de Moca, en el municipio de Juana Díaz, una madre y su hija observaron un ovni.<sup>25</sup> A diferencia del primer avistamiento, no se había producido ninguna muerte, pero el cronista llamaba la atención sobre la proliferación de situaciones similares en municipios distantes. Como se señaló, la tensión generada por el misterio de los ovnis y los vampiros se trasladó a la academia, desde donde se pretendió revelar el misterioso asunto. Al respecto, un parte de prensa señalaba que: “Acercándose posiblemente al desciframiento de las misteriosas muertes atribuidas al vampiro de Moca, el profesor Juan Rivero<sup>26</sup> está analizando dos murciélagos capturados por una expedición de jóvenes estudiantes del Centro Residencial de Oportunidades Educativas de Mayagüez (CROEM), mientras que otros dos especímenes han sido enviados a un laboratorio del gobierno en San Juan”.<sup>27</sup> Tras dos días de exámenes, informaba *El Vocero*, el doctor Juan Rivero había descartado que el vampiro capturado fuera un murciélago y señalaba que no era posible que varios animales estuviesen atacando a otros en Moca, descartando la posibilidad de que culebras o murciélagos estuvieran matando ganado. Finalmente, había dicho Rivero, todo podía ser “obra de un maniático”.<sup>28</sup> Pero la precisión de la opinión científica del doctor Rivero no detuvo el espiral de informaciones sensacionalistas.<sup>29</sup>

Años más tarde, en 1992, una leyenda urbana –el “Chupacabras”– haría su aparición en Puerto Rico. Nuevamente el periódico *El Vocero*, seguido esta vez por *El Nuevo Día*, comenzó a divulgar las mortandades de animales

24. Augusto R. Vale Salinas, “Secretaria ve objeto volador”, *EV*, 21 de abril de 1975, p. 12.

25. “En Juana Díaz, madre e hija ven ovni”, *EV*, 22 de abril de 1975, p. 2. Juana Díaz es un municipio al sur de la isla.

26. Académico notable, fisiólogo de plantas en el Instituto de Agricultura Tropical de la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez.

27. Maelo Vargas, “En Mayagüez analizan dos vampiros”, *EV*, 5 de abril de 1975, p. 3.

28. “Dr. Juan A. Rivero, Descarta murciélago sea vampiro”, *EV*, 7 de abril de 1975, p. 3.

29. Del 7 de abril de 1975 al 31 de julio de 1975 se publicaron un total de 22 reportajes más. Por otra parte, el periódico *El Nuevo Día* solo publicó cinco reportajes.

diversos, tales como pájaros, caballos, y cabras. Se continuaba la agenda inconclusa del “Vampiro de Moca”. Al principio se sospechó que las matanzas habían sido hechas aleatoriamente por algunos miembros de un culto satánico, pero luego comenzaron a denunciarse otras muertes de animales por diversos lugares de la isla. Las muertes tenían un patrón en común: cada uno de los animales muertos tenía uno o dos agujeros o pinchazos alrededor de su cuello.<sup>30</sup> Algunos supuestos testigos reportaron haber visto una figura pequeña color verde oscuro alrededor de las áreas de las matanzas, dando a los reporteros y la policía la sensación de que los “chupacabras” podían ser una figura extraterrestre. De esta forma comenzaba a desarrollarse la idea popular de que se trataba de una entidad alienígena.

Poco después de que se dieran a conocer mundialmente las muertes de animales en Puerto Rico, otros casos similares comenzaron a ser reportados en otros países, tales como República Dominicana, Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, Colombia, Perú, Brasil, El Salvador, Estados Unidos, más notablemente en México. En Puerto Rico y México, el “chupacabras” ganó estatus de leyenda urbana. Sus historias comenzaron a ser presentadas en los noticieros norteamericanos e hispanos a través de Estados Unidos y se generaron productos comerciales del “chupacabras”, por ejemplo, camisetas y gorras de béisbol.

Reiteradamente, como sucedió con la historia del “Vampiro de Moca”, comenzaron a aparecer informes periodísticos que daban cuenta de la relación con el fenómeno ovni.<sup>31</sup> En México fue donde más auge tuvo la leyenda. Especialmente al norte, en el municipio de El Álamo (estado de Nuevo León), se reportaron muchos animales muertos, en su mayoría cabras, supuestamente responsabilidad del “chupacabras”, que además era relacionado sarcásticamente con el ex presidente Carlos Salinas de Gortari.

Lauren Derby (2005) discute en su ensayo una propuesta análoga a la nuestra en relación con el misterio del “chupacabras”. La autora opina que “a mediados de la década de 1990, los rumores sobre el chupacabras proporcionaron una «categoría epistemológica» a través de la cual la gente corriente entabló un diálogo acerca de la naturaleza de la soberanía en la era

30. Véase <<http://es.wikipedia.org/wiki/Chupacabras>>.

31. De Julio Víctor Ramírez: “Caborrojeño y Brasileño relatan odiseas de secuestros y exámenes por raros seres”, *EV*, 2 de marzo de 1992, p. 6; “Campesinos ven ovni en Honduras”, *EV*, 2 de marzo de 1992, p. 6; “Detectan huellas en monte”, *EV*, 2 de marzo de 1992, p. 6; “Guardián halla su perro inconsciente cuando seres lo devuelven área de trabajo”, *EV*, 3 de marzo de 1992, p. 8; “Raptan Cubano en presencia: amigos, le dicen tenían híbridos con raza humana”, *EV*, 4 de marzo de 1992, p. 6; “Misterio en bolas de fuego”, *EV*, 5 de marzo de 1992, p. 32; “Ex presidente calificó caso como un secreto mayor y designó grupo especial investigase”, *EV*, 6 de marzo de 1992, p. 13; “Dos campesinos afirman extraños seres los quemaron al resistirse subir a naves”, *EV*, 7 de marzo de 1992, p. 5; “Además de samba y selvas Brasil es base favorita extraterrestres”, *EV*, 9 de marzo de 1992, p. 8.

de los mercados de fines del siglo XX". Además, aguye que "El chupacabras, entonces, fue un fetiche organizado con el deseo de atribuir responsabilidad en una coyuntura histórica en la que la globalización parecía eliminar la protección de los mercados nacionales de los países latinoamericanos, justamente cuando Estados Unidos afirmaba haber cedido el control hemisférico a los mercados y decretaba terminada la era del imperialismo". Para Derby, el "chupacabras" ayudó a explicar por qué los pobres perdían con el libre comercio, mientras la nación supuestamente ganaba con él. La lógica anterior lleva a la autora a sostener que "el chupacabras era una metáfora idónea para ver cómo concebían los sectores populares el poder de Estados Unidos" (Derby, 2005: 323).

Al parecer estas leyendas urbanas están vinculadas con circunstancias sobre las cuales el Estado quiere distraer la atención. Si es así, ¿cómo interpretamos el vacío que se da entre los años 70 con el "Vampiro de Moca" y la década del noventa con el "chupacabras"? Así, un estudio más abarcador debería explicar qué sucedió en la década de 1980 con los fenómenos antes aludidos.

### Criaturas monstruosas y Guerra Fría

Gerald K. Haines (1997) señala que "un noventa y cinco por ciento de los estadounidenses han al menos oído o leído algo acerca de los ovnis, y un cincuenta y siete por ciento de ellos cree que son reales. Los ex presidentes de Estados Unidos Jimmy Carter y Ronald Reagan afirmaron haber visto un ovni". Desde los años 40, la idea de que la CIA mantuvo en secreto sus investigaciones sobre los ovnis ha sido un punto de vital importancia para los aficionados al tema. Desde nuestra perspectiva, estas sospechas se convirtieron en ingredientes de una campaña de "histeria cultural" que tendría como objetivo crear un ambiente de hostilidad hacia lo extranjero, por un lado, y de fascinación y terror ante la posibilidad de una invasión extraterrestre, por el otro.

Roberto Martínez González y Francisco Lugo Silva (2009) discuten sobre el modo en que un mito puede ser usado para explicar la otredad a partir de los propios términos culturales. Los autores analizan el relato español de "Juan Oso" y llegan a la conclusión de que simboliza la redención del salvaje. También muestran la forma en que el protagonista del relato fue adaptado para dar cuenta de nuevas realidades durante el proceso colonial y el origen de las poblaciones mestizas. Estos estudiosos muestran cómo esta clase de mitos aún subsiste en las sociedades occidentales modernas y, a tono con nuestra propuesta, señalan:

...un ejemplo de este tipo de mitos con bases traumáticas es el miedo a Oriente que desarrollaron las comunidades estadounidenses durante

la Guerra Fría. Este [mito] se encuentra plasmado en diversas producciones filmográficas y revistas de pseudo-ciencia que retratan el fenómeno ovni, historias de extraterrestres que tiene una intervención benéfica o siniestra en la vida de los hombres, seres con inteligencia superior y propósitos desconocidos (Martínez González y Lugo Silva, 2009: 148).

Sin dudas, a lo antes expuesto hay que añadir que a lo largo de las décadas de 1970 y 1980 el cine de ciencia ficción esgrimió representaciones especulativas fundamentadas en la ciencia de fenómenos imaginarios como extraterrestres y planetas alienígenos. Se presentaron junto con elementos tecnológicos como naves espaciales futuristas, robots y otras tecnologías (Vega Meneses, s/f). Así, a la par de los proyectos extraterrestres, al comienzo de la década de 1970, también las películas exploraron el tema de la paranoia. En esta línea, Brigit Cruces (2006: 3) cita a Francisco Ayala para sostener que algunos de los cronistas de la década de 1980 consideraban al cine —en general— como un medio que podía ejercer una influencia ideológica e incluso política, pues si era controlado podía funcionar como elemento de propaganda, aunque también podía funcionar como contrapoder si lograba ser militante o alternativo.

### Consideraciones de cierre

A lo largo de este ensayo subrayamos varios momentos históricos importantes para Puerto Rico y su relación con América Latina. Sin duda, la ratificación de Estados Unidos de la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico el 25 de julio de 1952 también sirvió de modelo de desarrollo político-económico para intentar, luego, distraer la atención de los avances histórico-sociales de la Revolución Cubana de 1959, su eventual dirección al marxismo-leninismo y su influencia en los países latinoamericanos. La Alianza para el Progreso, auspiciada por la administración del presidente John F. Kennedy, nombró como asesores a dos puertorriqueños en un intento por contener la emergencia del comunismo en la región.

En esos años, justamente, la prensa puertorriqueña ligada a exiliados anticastristas publicó informaciones que generaron políticas culturales de masas vinculadas con avistamientos de ovnis y la presencia de animales exóticos no clasificados por la ciencia. Sugerimos que la relación entre esas campañas de prensa y la Guerra Fría confecciona un retrato fiel y exacto de la hibridez psicológica del colonizado. Es lo que Albert Memmi (1975: 126-128) y Frantz Fanon (1963: 45) llaman la subordinación del colonizado al mundo del colonizador.

La producción de mitos e imágenes —como los fenómenos descritos— estimularon el entrecruzamiento entre la ficción y la realidad. La hipótesis de

un complot extraterrestre manejado desde la prensa creó una combinación de histeria y suspenso en el imaginario de la cultura popular. La obsesión por generar una atmósfera de paranoia pareció valerle del discurso científico que la modernidad ofrecía en aras de presentar pruebas empíricas de fotos y películas de ovnis. Seguramente, aún falta mucho por investigar para entender la emergencia y uso de estos fenómenos en el contexto del conflicto bipolar, pero las palabras de Roland Barthes, un lúcido observador de su época, nos parecen en este sentido una conclusión adecuada:

El misterio de ovni ha sido totalmente terrestre: se suponía que el plato venía de lo desconocido soviético, de ese mundo con intenciones tan poco claras como otro planeta. Esta forma del mito contenía en germen su desarrollo planetario; si el plato de artefacto soviético se volvió tan fácilmente artefacto marciano es porque en realidad la mitología occidental atribuye al mundo comunista la alteridad de un planeta: la URSS es un mundo intermedio entre la Tierra y Marte. La gran disputa URSS-USA se siente, en adelante, como una culpa; el peligro no es proporcionado a la razón. Entonces se recurre, míticamente, a una mirada celeste, lo bastante poderosa como para intimidar a ambas partes (Barthes, 1957: 25-27).

## Fuentes

*Centro de Documentación Histórica, Dr. Arturo Morales Carrión, Universidad Interamericana de Puerto Rico (recinto de San Germán)*

- Serie 3, Subserie 3.5, 1961 Alianza para el Progreso, Cartapacio 13, caja 56.
- Documentos oficiales OEA/Ser. XII. 1 (español).
- Alianza para el progreso, documentos oficiales emanados de la reunión extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social al nivel Ministerial celebrada en Punta del Este, Uruguay, del 5 al 17 de agosto de 1961.

## Hemerográficas

- El Mundo*, 1961.
- ABC*, 1969.
- El Vocero*, 1975, 1992.

## Bibliografía

- ÁLZAGA MANRESA, R. (2006), “El FBI y el terrorismo anticubano”, *Indymedia*, 1º de abril, disponible online en: <<http://pr.indymedia.org>>.
- (2010), “Terrorismo de derecha: La conexión cubano-americana” y “Cronología de la represión contra el independentismo: 1960-1980”, en J. “Che” Paralitici (ed.),

*La represión contra el independentismo puertorriqueño: 1960-2010*, Río Piedras, Publicaciones Gaviota.

- BARTHES, R. (1957), *Mitologías*, México, Siglo Veintiuno.
- BENÍTEZ REXACH, J. (1989), *Vida y obra de Luis Muñoz Marín*, San Juan, Edil.
- CORTEN, A. (2002), “Pentecostales en África y América Latina”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N°32, febrero, pp. 36-37.
- CRUCES, B. (2006), “El filme como texto y contexto: la hiperrealidad”, *Revista Universitaria de Investigación y Diálogo Académico*, vol. 2, N°1, pp. 1-15.
- DENIS, F. (1963), *América Latina y la Alianza para el Progreso*, México, Ediciones Siglo Veinte.
- DERBY, L. (2005), “Vampiros del Imperio, o por qué el Chupacabras acecha a las Américas”, en R. Salvatore (ed.), *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 315-345.
- DIETZ, J. (1989), *Historia económica de Puerto Rico*, Río Piedras, Ediciones Huracán.
- FANON, F. (1963), *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FLEISHER, B. (1963), “Some Economic Aspects of Puerto Rican Migration to the United States”, *The Review of Economics and Statistics*, 45, pp. 221-230.
- FRIEDRICH, C. J. (1959), *Puerto Rico: Middle Road Freedom*, Nueva York, Arno Press.
- GODSELL, C. T. (1965), *Administration of a Revolution*, Cambridge, Harvard University Press.
- HAINES, G. K. (1997), “CIA’s Role in the Study of UFOs, 1947-90”, disponible online en: <[www.cia.gov](http://www.cia.gov)>.
- IGLESIAS, C. A. (ed.) (1994), *Memorias de Bernardo Vega. Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*, Río Piedras, Huracán.
- LEWIS, G. K. (1963), *Puerto Rico, Freedom and Power in the Caribbean*, Londres, Merlin Press.
- LEWIS, O. (1966), *La Vida: A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty*, San Juan y Nueva York, Alfred A. Knopf.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, R. y F. LUGO SILVA (2009), “Juan Oso y la redención del salvaje”, *Desacatos*, 29, enero-abril.
- MATHEWS, T. G. (1960), *The Puerto Rican Politics and the New Deal*, Gainesville, University of Florida Press.
- MAYONE STYCOS, J. (1955), *Family and Fertility in Puerto Rico: A Study of the Lower Income Group*, Nueva York, Columbia University Press.
- MÉNDEZ, J. L. (2007), “Las ciencias sociales y la política en Puerto Rico”, *Revista de Ciencias Sociales*, 17, Universidad de Puerto Rico, pp. 40-57.
- MEMMI, A. (1975), *Retrato del colonizado*, Buenos Aires, Ediciones De la Flor.
- MILLS, C. W. (1950), *The Puerto Rican Journey: New York’s Newest Migrants*, Nueva York, Harper & Brothers.
- MINTZ, S. (1960), *Worker in the Cane*, New Haven, Yale University Press.
- PARALITICI, J. (2010), *La represión contra el independentismo puertorriqueño: 1960-2010*, Río Piedras, Publicaciones Gaviota.
- PERLOFF, H. (1950), *Puerto Rico’s Economic Future. A Study in Planned Development*, Chicago, University of Puerto Rico and the University of Chicago Press.

- POL, J. C. (2004), *Determinantes económicos de la migración de Puerto Rico y Estados Unidos*. Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Economía, Unidad de Investigaciones Económicas, N° 19.
- RIVERA, J. A. (1996), *El pensamiento político de Luis Muñoz Marín*, San Juan, Fundación Luis Muñoz Marín.
- RODRÍGUEZ CANCEL, J. (2007), *La Guerra Fría en el sexenio de la puertorriqueñidad. Afirmación nacional y políticas culturales*, San Juan, Ediciones Puerto.
- RODRÍGUEZ ESCUDERO, N. (1991), *Historia del espiritismo en Puerto Rico*, Quebradillas, Puerto Rico.
- SANTIAGO CARABALLO, J. (2004), “Guerra, reforma y colonialismo, Luis Muñoz Marín y su vinculación con la militarización de Puerto Rico en el contexto de la Segunda Guerra Mundial”. Disertación doctoral, Departamento de Historia Universidad de Puerto Rico.
- SALVATORE, R. (ed.) (2005), *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- SANTORO DOMINGO, P. (2004), “La deriva de la sospecha: conspiraciones, ovnis y riesgos”, *NOMADAS. Revista Crítica de Ciencias Sociales y jurídicas*, 9.
- STEWART, J. (1956), *The People of Puerto Rico*, Chicago, University of Illinois Press. <http://www.ucm.es/info/nomadas/9/psantoro.htm>
- TOSCANO SEGOVIA, D. (s/f), “El imperialismo estadounidense contra América Latina”, *Rebelión.org*, disponible online en: <www.rebellion.org>.
- VEGA MENESES, F. C. (s/f), “Cine ciencia-ficción (1ª Parte, años 70 y 80)”, disponible online en: <http://nandodj241102.spaces.live.com>.
- WELLS, H. (1969), *The Modernization of Puerto Rico*, Cambridge, Harvard University Press.

## El Cuerpo de Paz y la Guerra Fría global en Chile (1961-1970)\*

*Fernando Purcell*

El Cuerpo de Paz fue creado por el presidente John Kennedy en marzo de 1961 con el propósito de “promover la paz y la amistad” a nivel mundial a través del voluntariado (Latham, 2000: 9). La misión consistía, de acuerdo a su documentación oficial, en ayudar a países tercermundistas a lograr responder a sus necesidades de disponibilidad de trabajadores calificados para solucionar problemas sociales y económicos en pos del desarrollo; lograr un mejor diagnóstico de las necesidades mundiales por parte de ciudadanos de Estados Unidos y promover el entendimiento de la sociedad norteamericana por parte del resto del mundo. En la práctica, el proyecto fue establecido como una de las tantas iniciativas que anhelaban, a través de intervenciones modernizadoras desarrollistas, acortar la distancia entre naciones “tradicionales” y aquellas que ya habían alcanzado el desarrollo. Lo anterior era considerado por el gobierno de Estados Unidos como algo urgente en Latinoamérica, debido a la necesidad de restar espacios para el avance del comunismo, cuestión de gran importancia tras la Revolución Cubana consagrada en 1959. John Kennedy se mostró particularmente interesado en el desarrollo del Cuerpo de Paz en Latinoamérica, de modo de complementar dicho programa con la Alianza para el Progreso. Mientras ésta última buscaba solución a problemas de carácter estructural (Taffet, 2007), la iniciativa del Cuerpo de Paz se planteaba promover el desarrollo desde las bases, fundado en el contacto entre personas.

Lo interesante es que el Cuerpo de Paz se transformó en una iniciativa peculiar en la medida en que los miles de voluntarios que adscribieron

\* Este capítulo es resultado del proyecto Fondecyt Regular N. 1110050. Algunos de los temas tratados en este artículo fueron desarrollados previamente en un capítulo de libro publicado en Chile (Harmer y Riquelme, 2012).

al proyecto no eran agentes estatales convencionales. Se trataba, en su mayoría, de jóvenes veinteañeros dispuestos a trabajar por dos años en proyectos comunitarios para luego regresar a Estados Unidos. Además, a pesar de la creación de una institucionalidad del Cuerpo de Paz dependiente del Departamento de Estado y de que los propósitos del proyecto estaban en sintonía con los grandes lineamientos político-diplomáticos de Estados Unidos como la Alianza para el Progreso, la institución mantuvo niveles de autonomía significativos en términos de su accionar. Esto se debe a que el trabajo dependía de voluntarios con motivaciones muy diversas y a que no eran supervisados en el día a día, especialmente quienes trabajaban en zonas rurales. En un contexto como el de los años 60, donde hubo mucho de ensayo y error y falta de coordinación, los voluntarios contaron con mayores espacios para la iniciativa individual de la que tendrían futuros voluntarios en décadas sucesivas.<sup>1</sup> Por lo mismo, resulta interesante examinar el tipo de Guerra Fría que experimentaron los voluntarios en espacios comunitarios –para este caso, en el ámbito chileno–, en tanto personajes que se hicieron cargo de una misión estratégica de Estados Unidos, sin el peso de ser agentes estatales convencionales.

En términos historiográficos, este breve trabajo contribuye en dos ámbitos esenciales. Por un lado, se aportan ideas para continuar con la descentralización del estudio de la Guerra Fría,<sup>2</sup> valorando múltiples aspectos de la historia chilena y sudamericana como constitutivos de un fenómeno histórico global que, si bien fue protagonizado por Estados Unidos y la Unión Soviética, no marginó a Sudamérica de la contienda vivida entre 1945 y 1991. Por otro lado, este capítulo privilegia el análisis de aspectos sociales y culturales de la Guerra Fría. La elección se inscribe dentro de las líneas de análisis propuestas por Gilbert Joseph y Daniela Spenser, quienes defienden la idea de estrechar el diálogo entre los historiadores que estudian la Guerra Fría en América Latina desde la historia de las relaciones internacionales y la diplomacia con quienes se están acercando al tema poniendo atención en la población civil, con énfasis en aspectos sociales y culturales (Spenser, 2004; Joseph y Spenser, 2008). Es por esto que se consideran actores como los voluntarios del Cuerpo de Paz en espacios locales o comunitarios en los que ocurrieron intercambios y relaciones en verdaderas “zonas de contacto”

1. El argumento que aquí se presenta es muy diferente al elaborado por Fritz Fischer (1998), quien ha señalado que los voluntarios no fueron sujetos tan autónomos. La discrepancia interpretativa se basa en el tipo de fuentes revisadas. Fischer se concentró casi exclusivamente en documentación en torno a episodios críticos en los que los voluntarios expresaban sus desavenencias con el alcance y las posibilidades reales de avanzar en sus proyectos.

2. Esta perspectiva se ha abierto paso en los últimos años gracias a la labor de autores como Odd Arne Westad (2005), quien en su libro *The Global Cold War* ha resaltado la importancia de los países del Tercer Mundo en el conflicto.

que adquirieron un carácter esencialmente transnacional (Pratt, 1992: 6-7). En definitiva, aunque sea de modo preliminar, este trabajo se hace cargo del desafío de comenzar a conectar culturas políticas domésticas con la política diplomática norteamericana, aunque mediada por los voluntarios del Cuerpo de Paz (Appy, 2000: 3). En esa línea, la mirada de este capítulo es también tributaria de las influyentes propuestas relacionadas al imperialismo cultural de fines de la década de 1990 (Joseph, LeGrand y Salvatore, 1998).

### El Cuerpo de Paz y el desafío latinoamericano

El Cuerpo de Paz fue diseñado con la intención de que tuviera un alcance global, aunque durante la década de 1960 más del treinta por ciento de su contingente trabajó en América Latina. En agosto de 1961 partieron los primeros voluntarios a Gana y Tanzania, pero pocos días después arribarían a Colombia y Chile.<sup>3</sup> Al año siguiente serían otros los países sudamericanos que comenzarían a recibir a cientos de voluntarios. En pocos años los jóvenes del Cuerpo de Paz ya estaban desparramados en comunidades urbanas y rurales de nueve naciones sudamericanas (excluyendo solo a Argentina).<sup>4</sup>

La preocupación de Kennedy por América Latina era evidente. La Revolución Cubana y la posible extensión del comunismo en el continente era un tema de cuidado que había que trabajar tanto a nivel diplomático y estructural como a nivel comunitario, visión compartida por diversos gobiernos sudamericanos (Scheman, 1988). De hecho, se puede argumentar que la recepción de los voluntarios fue bienvenida en la región a nivel político, producto de que distintos gobiernos sudamericanos se habían embarcado también en proyectos de esa índole y requerían de asistencia técnica y organizativa, especialmente a nivel local. La Acción Comunal de Colombia, que comenzó a operar regularmente en 1959, precedió incluso los esfuerzos

3. Los archivos nacionales de Estados Unidos conservan un valioso acervo documental sobre las experiencias de los voluntarios a lo largo y ancho del mundo. Tanto en el Archivo Nacional II de College Park, Maryland, como en las bibliotecas presidenciales John Kennedy, Boston y Lyndon Johnson, Austin, se pueden encontrar cartas, memorias, entrevistas, fotografías y folletos que dan cuenta de sus experiencias en el Cuerpo de Paz. A esto se suman las posibilidades que brindan fuentes impresas que contienen cartas y memorias de los voluntarios.

4. En los primeros diez años de funcionamiento llegaron 19.185 voluntarios a Sudamérica. Colombia, Brasil, Perú y Chile (en ese orden) fueron los países que recibieron el mayor contingente de jóvenes provenientes de Estados Unidos. En el caso chileno, las cifras alcanzaron las 2.155 personas. “Twelve Year Summary: Volunteers in a Country at the end of the Calendar Year”, en *Peace Corps. Congressional Presentation. Fiscal Year 1972*. Peace Corps Washington, June 1971, p. 4. El arribo del Cuerpo de Paz requería de acuerdos a nivel gubernamental. Las autoridades argentinas no estuvieron interesadas por considerar que su población no compartía la dura realidad socio-económica del resto de la región.

del Cuerpo de Paz; fue el proyecto sudamericano más ambicioso en su tipo y contó con una gran cobertura geográfica y administrativa que permitió el desarrollo de trabajo comunitario para crear cooperativas y construir caminos, escuelas y viviendas, todo lo cual explica que haya sido Colombia el principal receptor de voluntarios del subcontinente. También hubo sinergia con el Sistema Nacional de Cooperación Popular establecido por el presidente Belaúnde Terry en 1963 en Perú, y un gran entusiasmo tras el arribo de los primeros voluntarios (Sheffield, 1991). La revista *Caretas* de Perú les dio la bienvenida en 1962 destacando que sería imposible tener a voluntarios de las clases acomodadas peruanas haciendo ese tipo de trabajo en poblados de su propio país (cit. por Walter, 2010: 22). En el caso de Brasil, la labor del Cuerpo de Paz sintonizaría con el proyecto Rondón de 1967, establecido bajo la dictadura de Artur da Costa e Silva, el que promovió el voluntariado entre jóvenes brasileños, para avanzar en el desarrollo (Pereira-Paiva, 1973: 3-18). La Promoción Popular, un proyecto del gobierno de Eduardo Frei (1964-1970) que buscó fortalecer organizaciones de base como centros de madres, clubes juveniles, asentamientos agrícolas y juntas de vecinos, aumentó el interés por contar con voluntarios en Chile, quienes fueron aprovechados para fortalecer centros comunitarios, crear cooperativas, desarrollar proyectos de vivienda y apoyar en la reforma agraria. Se puede afirmar entonces que en Sudamérica hubo un terreno fértil para la acción del Cuerpo de Paz en la medida en que la idea sintonizó con proyectos de desarrollo comunitario impulsados por distintos gobiernos en la región durante la década de 1960.

Pese a todo, las críticas no se hicieron esperar, especialmente desde sectores de izquierda que vieron en esa presencia un claro intervencionismo imperialista. *Voz de la Democracia*, el semanario del Partido Comunista colombiano, no tardó en manifestarse en contra del arribo de los voluntarios a ese país:

Los “cuerpos de paz” están integrados por jóvenes norteamericanos a quienes se les computa su labor en los mismos como si prestaran el servicio militar y que han sido preparados para labores de espionaje, propaganda y lucha anticomunista y demás actividades represivas por agentes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA).<sup>5</sup>

Medios chilenos de izquierda destacaron inmediatamente los vínculos del programa con la Alianza para el Progreso, la que para algunos, como en el caso de la revista *Arauco*, órgano del Partido Socialista, era parte de una “aventura intervencionista directa [que] ya tuvo su ensayo general en

5. *Voz de la Democracia*, Bogotá, semana del 11 al 17 de septiembre de 1961.

el desastre imperialista de Playa Girón”.<sup>6</sup> Los voluntarios fueron blanco de acusaciones como la de ser una tropa de agentes de la CIA, el organismo de inteligencia estadounidense de alcance global creado en 1947. Así lo hizo ver el periódico comunista *El Siglo*, que catalogó de espías de la CIA al primer grupo de voluntarios que llegó a Chile, inaugurando una tradición que se mantuvo vigente por muchos años (Scanlon, 1997: 84). El periódico *Las Noticias de Última Hora* tituló en junio de 1965: “Llegaron otros 47 agentes Yanquis”,<sup>7</sup> y medios como *Punto Final* se habituaron a publicar notas y artículos en relación al Cuerpo de Paz como: “Los espías Yanquis”<sup>8</sup> o el suplemento de autoría de Augusto Carmona titulado: “382 espías «voluntarios». Historia de los Cuerpos de Paz en Chile”.<sup>9</sup>

Si bien es dable suponer que pudo haber algunos agentes involucrados entre los voluntarios, es evidente que la gran mayoría de ellos poseía intereses e identidades que escapaban del férreo compromiso político anticomunista.<sup>10</sup> Incluso, algunos de ellos tomaban este tipo de acusaciones con ligereza. En una carta enviada el 17 de marzo de 1966 a sus padres, publicada hace pocos años en un libro, la voluntaria Jan Bales, que trabajaba y vivía en una población en Santiago, les contaba con una cuota de humor que “si la gente pensaba que no éramos espías, ahora lo pensará”. Esta afirmación se debe a que en la población en que vivía, su esposo había instalado cables y antenas por todos lados para poder captar señales de radio, lo que les había permitido escuchar noticias en inglés de la BBC de Londres (Bales y Bales, 2007: 79).

### Trabajando en terreno: el caso chileno

Chile había cobrado relevancia para Estados Unidos a raíz de los resultados electorales de 1958, que estuvieron cerca de darle el triunfo al socialista Salvador Allende, quien fue apoyado por una coalición de partidos de izquierda denominada Frente de Acción Popular (FRAP). Para Estados Unidos se hacía necesario fortalecer, entonces, tanto los proyectos de cambio

6. *Arauco*, Santiago, N° 11, agosto de 1961.

7. *Las Noticias de Última Hora*, Santiago, 18 de junio de 1965.

8. *Punto Final*, Santiago, N° 88, 1969.

9. *Punto Final*, Santiago, Suplemento a la edición N°32, 1967. Las acusaciones no se quedaron solo en el ámbito de los medios de comunicación. A instancias de parlamentarios del Partido Comunista de Chile, se solicitó una investigación especial en 1969 por supuestas labores de espionaje de los voluntarios, y el propio director de la organización en Chile, Paul C. Bell, fue interrogado por una comisión de la Cámara de Diputados donde Luis Figueroa del Partido Comunista asumió el liderazgo.

estructural (apoyando económicamente a los gobiernos chilenos dispuestos a impulsarlos), como los de carácter comunitario, que se transformarían en el ejemplo de que las recetas norteamericanas y el sello de modernidad de las mismas, y no el comunismo, eran la vía para el progreso y el desarrollo. Tal como ha indicado Michael Latham (2000), el Cuerpo de Paz fue levantado sobre la base de la convicción del poder y capacidad de Estados Unidos para poder modernizar y desarrollar al Tercer Mundo. Es así como las autoridades gubernamentales norteamericanas le dieron un sentido político-ideológico a la presencia del Cuerpo de Paz en Chile y el mundo, aunque sus discursos oficiales lo escondieran, de modo de distanciarse de políticas internacionales que resultaban altamente controversiales, como los conflictos bélicos del sudeste asiático o las intervenciones militares en el Caribe. Sin embargo, las experiencias de los voluntarios añadieron intereses y elementos muy diversos a su trabajo en cada una de las localidades en las que se distribuyeron, producto de los importantes niveles de autonomía en el trabajo desarrollado.

En Chile el Cuerpo de Paz se sumó a iniciativas de trabajo comunitario dirigidas tanto por instituciones públicas como privadas, aunque generó otras autónomas, gracias al interés de los propios jóvenes norteamericanos. La mayoría de los primeros voluntarios que arribaron en 1961 llegaron a colaborar con el Instituto de Educación Rural, dirigido por la Iglesia Católica, por ejemplo. *El Mercurio* de Santiago informaba a fines de septiembre de ese año que estarían “cooperando en proyectos educacionales relacionados con la agricultura, economía doméstica, higiene y recreación en zonas rurales de Chile”.<sup>11</sup> Luego arribaron voluntarios que se sumaron a otras organizaciones como la Fundación de Vida Rural, la Asociación Cristiana de Jóvenes o Techo; otros se vincularon directamente al trabajo en organismos del Estado o universidades, mientras que no pocos terminaron asociados al desarrollo de cooperativas o pequeñas organizaciones locales. El perfil de trabajo y el tipo de instituciones con las que se vincularon fue parecido al del resto de Sudamérica, aunque las diferencias en términos de impacto variaron en función del poder organizativo y apoyo institucional que recibieron de los distintos gobiernos y organizaciones privadas con las que trabajaron.

Más allá de los lineamientos elaborados por el gobierno estadounidense, tempranamente se impuso, entre los encargados del Cuerpo de Paz, la convicción de darle un grado de semiautonomía a la organización (Cobbs Hoffman, 1998: 39-72). A esto hay que sumar el factor humano individual

10. Era una práctica común que los voluntarios enviaran reportes a las oficinas del Cuerpo de Paz ubicadas en los países en que trabajaban. En el sistema nacional de archivos de Estados Unidos se conservan varios de ellos. La mayoría se relacionaba con los proyectos en los que estaban involucrados, pero había otros que tenían un tono político-ideológico.

11. *El Mercurio*, Santiago, 25 de septiembre de 1961.

de cada voluntario. Se trataba de hombres y mujeres por lo general jóvenes, la mayoría de ellos solteros/as y recién egresados de universidades, quienes venían motivados por causas idealistas además de intereses pragmáticos y variopintos. Tal como ha señalado Elizabeth Cobbs Hoffman (1998: 123), un sentido de aventura fue el que motivó a muchos a enrolarse en el Cuerpo de Paz: “La aventura fue un marco dentro del cual se circunscribieron sus experiencias”. En el estudio de Cecília Azevedo (2008) sobre el Cuerpo de Paz en Brasil se reafirma lo señalado por Cobbs Hoffman; los voluntarios intentaban desligar su trabajo de los grandes lineamientos de política exterior gubernamental, a pesar de que siempre hubiese quienes se sentían alineados en la lucha contra el comunismo. Eran proyectos personales los que primaban, habiendo un espíritu de aventura inherente a cada uno de los voluntarios (Azevedo, 2008: 264-268). Más allá de los propósitos del Cuerpo de Paz, el voluntariado incorporó sus propias metas y objetivos, que si bien se entremezclaron con las grandes motivaciones del gobierno de Estados Unidos en la Guerra Fría, no quedaron reducidos a lo planeado desde Washington. De hecho, no todos los voluntarios tenían clara su misión, en especial los que formaron parte de los grupos de avanzada en Chile y otras partes del mundo. Así queda demostrado en el testimonio del voluntario Thomas Scanlon, quien trabajó desde 1961 en zonas rurales cercanas a Osorno, en el sur de Chile. En una carta enviada a sus familiares en marzo de 1962, publicada hace algunos años en un libro por el propio Scanlon, relató que jóvenes de la Universidad Católica con los que había interactuado le habían pedido articular la filosofía del Cuerpo de Paz, pero sus ideas no estaban tan claras: “Debo admitir que hasta ahora no existe un fundamento claramente definido ni una explicación elaborada que sea aceptada por todos los voluntarios para explicar sus propias acciones” (Scanlon, 1997: 89).

Una explicación a lo anterior puede estar en el cruce de intereses individuales con aquellos de la organización del Cuerpo de Paz, los que ciertamente se redefinían o encauzaban en la medida en que los voluntarios intervenían a nivel local o comunitario. Es por eso que el propio Scanlon solo podía definir con claridad, a título personal, que era el desarrollo comunitario “el término que mejor describe mi papel en el Cuerpo de Paz” (Scanlon, 1997: 75). En sus palabras, que son las de un recién arribado a Chile, se refleja el impacto del entrenamiento recibido en Estados Unidos. Decenas de universidades preparaban a los voluntarios, y el desarrollo comunitario era uno de los ejes centrales que se trabajaban. Con esto se buscaba que las comunidades intervenidas alcanzasen el ansiado paradigma de la autoayuda, una vez que habían recibido la asistencia técnica básica a través de la colaboración de voluntarios que se encargaban de apoyar iniciativas de vivienda, construcción, creación de cooperativas, etc.

Es interesante destacar que una mirada inicial a los documentos y cartas escritas por voluntarios que estuvieron en Chile deja en evidencia que los

intereses de muchos estaban lejos de la lucha confrontacional directa contra el comunismo, aunque las discusiones en torno al tema siempre estuvieron presentes. Mayor prioridad tuvo para muchos de ellos el registrar en sus cartas el proceso de adaptación, tanto a las condiciones de entrenamiento en Estados Unidos como a las nuevas realidades culturales en Chile. Es así como algunas de las grandes batallas de cientos de voluntarios no fueron contra el comunismo, sino contra las decenas de curiosos que no les dejaban espacios de intimidad en sus vidas ancladas en poblaciones cargadas de pobreza (Bales y Bales, 2007: 121). Otros se empeñaron más en vencer las burocracias locales para obtener documentación y poder desarrollar sus iniciativas. Para otros voluntarios, los que en su mayoría eran cristianos protestantes, el gran obstáculo a vencer fue el de trabajar en instituciones vinculadas directamente a la Iglesia Católica.<sup>12</sup> Voluntarias afroamericanas que viajaron a Chile en 1962, en medio de los disturbios raciales de su país, tuvieron que lidiar con el racismo a la chilena. De acuerdo a la evaluación anual de 1963, Francia García había sido “seriamente molestada por mirones quienes hacen comentarios como «qué fea que es»”, mientras que Pat Davis había logrado transformar la curiosidad por sus características raciales en una oportunidad para conversar con los chilenos.<sup>13</sup>

Los voluntarios tampoco dejaron de lado la posibilidad de viajar y conocer el país en sus semanas de vacaciones, de organizar picnics, visitar las playas de Chile o mantener vivo su interés por la información deportiva de Estados Unidos. Es así como la voluntaria Jan Bales comentaba en una carta que “mientras escuchaba a los Mets y los Dodgers anoche, anunciaron que Frankie Robinson bateó ¡su *home run* número 41!” (Bales y Bales, 2007: 228).

Tampoco se puede afirmar que los voluntarios estaban plenamente aliñados con la política exterior de Estados Unidos. Influidos por la realidad en la que se desenvolvían, algunos se transformaron en férreos opositores de las acciones internacionales de su país. Bruce Murray fue expulsado por oponerse públicamente a los bombardeos de Vietnam. Murray, quien era profesor de música y trabajaba como voluntario en la Universidad de Concepción, había enviado una carta al *New York Times* para que se pusiera fin a los bombardeos en Vietnam, la que no fue publicada en Estados Unidos, pero fue traducida e incluida en una edición del diario *El Sur* en Chile, lo que motivó su expulsión del Cuerpo de Paz.<sup>14</sup>

12. Carta de Dorothy Woodrof a Sargent Shriver, Nueva York, 18 de enero de 1963, Caja 2, *Correspondence of the Peace Corps Director relating to Latin America, 1961-1965* /RG490/National Archives and Records Administration, Estados Unidos (en adelante, NARA).

13. *Chile Evaluation Report*, abril 28-mayo 22, 1963, p. 93, Caja 3, *Peace Corps Evaluations, 1963* /RG490/NARA.

14. *New York Times*, Nueva York, 30 de junio de 1967.

Estos son ejemplos misceláneos, pero significativos, que dan cuenta de que más allá de que el proyecto de Kennedy haya estado estrechamente vinculado a un programa tan emblemático de la Guerra Fría como la Alianza para el Progreso, que buscaba afianzar la democracia y solucionar problemas estructurales en América Latina para evitar réplicas de la Revolución Cubana, las vidas y experiencias de cientos de voluntarios norteamericanos en Chile y el mundo no pueden ser entendidas solo al tenor de aquellas distinciones ideológicas dicotómicas (Michaels, 1976: 74-99). La Guerra Fría fue mucho más que contención contra el comunismo para estos voluntarios y bastante más que una lucha ideológica de carácter confrontacional directo. Es por eso que al disminuir la escala de análisis a las experiencias personales surge la necesidad imperiosa de al menos matizar aquellas narrativas tradicionales de la Guerra Fría para dimensionar las experiencias de estos *cold war warriors* en sus propios términos y de acuerdo a los contextos en que experimentaron el conflicto.

No es la idea argumentar que los voluntarios se desentendieron completamente de la gran lucha ideológica de la segunda mitad del siglo XX, porque hubo todo tipo de voluntarios, pero resulta interesante contrastar las prácticas del Cuerpo de Paz, cuya labor en medio de la Guerra Fría estuvo mediada por un sinnúmero de factores ideológicos, espaciales y personales, con la frontalidad del discurso anticomunista que emergió desde Washington en asociación al Cuerpo de Paz. Las palabras de bienvenida y motivación a nuevos grupos de voluntarios, expresadas por el presidente John Kennedy en Washington, el 20 de junio de 1962, dan cuenta de ello:

Recientemente escuché una historia acerca de un joven voluntario del Cuerpo de Paz llamado Tom Scanlon, quien está trabajando en Chile. Él trabaja en un lugar ubicado a cerca de 40 millas de un poblado indígena que se enorgullece de ser comunista. El poblado está en las alturas y se accede a él por un largo y sinuoso camino que Scanlon ha recorrido varias veces para ver al Cacique [de Catrihuala]. Cada vez que iba, el Cacique no lo recibía hasta que finalmente lo pudo ver y este le dijo: “Tú no nos vas a venir a hablar de que somos comunistas”. Scanlon le dijo: “No estoy tratando de hacer eso, solo quiero hablar sobre cómo poder ayudarlos”. El Cacique lo miró y respondió: “En pocas semanas la nieve caerá y tendrás que estacionar tu jeep a 20 millas de aquí y caminar a pie a través de un terreno con 5 pulgadas de nieve. Los comunistas están dispuestos a hacerlo. ¿Estás tú dispuesto?”, Cuando un amigo [el padre Theodore Hesburgh] vio a Scanlon hace poco y le preguntó qué estaba haciendo, él le dijo: “Estoy esperando que empiece a nevar. (Scanlon, 1997: vii)

Scanlon es el mismo voluntario antes citado que al llegar a Chile en 1961 no era capaz de definir con claridad la filosofía del Cuerpo de Paz. Más allá de las palabras de Kennedy, es interesante detenerse en el testimonio



del propio Scanlon en relación a la comunidad de Catrihuala, porque pese a reconocer que los comunistas dominaban el sector y que los voluntarios que hacían clases se topaban con “carteles anti-Yankee” y eran hostigados, su aproximación no era puramente confrontacional, dejando espacio al pragmatismo. En diciembre de 1961 escribió una carta a sus familiares donde señalaba:

Nosotros no trabajamos para la caída del comunismo, sino para la elevación del campesino. El comunismo es el síntoma y la pobreza es la enfermedad, por lo que si todo nuestro trabajo estuviera motivado por el miedo al comunismo en vez de la compasión humana por quienes viven en la miseria, nunca triunfaríamos (Scanlon, 1997: 84).

Como queda en evidencia, en el curso de su experiencia de trabajo en terreno, los voluntarios del Cuerpo de Paz se debieron adaptar a las circunstancias. Más allá de que su esfuerzo primordial estaba relacionado con el desarrollo comunitario, muchos debieron confrontar directamente los esfuerzos del comunismo por consolidar su propio proyecto.

El Cuerpo de Paz se desplegó de norte a sur del país marcando una presencia sigilosa, trabajando en reparticiones del Estado como los ministerios de Interior, Vivienda y Agricultura, así como en otro tipo de instituciones como la Fundación Vida Rural, el Instituto Forestal, el Instituto de Educación Popular, el Instituto de Educación Rural, la Asociación Cristiana de Jóvenes y la organización de desarrollo comunitario Techo. También estuvieron presentes en las Universidades de Chile, del Norte, Austral, de Concepción, Federico Santa María y Católica de Santiago, en cooperativas agrícolas y pesqueras; en asesorías a caletas pesqueras, en proyectos comunitarios poblacionales, jardines infantiles, hospitales, comunidades indígenas, instituciones crediticias, proyectos de desarrollo de artesanías y escuelas rurales. La variedad de proyectos desarrollados en cada una de las instituciones y comunidades en que estuvieron da para una lista interminable que abarca desde la enseñanza de técnicas para conservar alimentos en frascos y la crianza de conejos hasta la construcción de caminos rurales y la reubicación de poblados como Trovolhue, en Carahue, pueblo que se hundió por efectos del terremoto de 1960, siendo afectado en los años sucesivos por constantes inundaciones.<sup>15</sup> Este último fue un proyecto realizado a mediados de los años 60 y en el que participó Brian Loveman, hoy un destacado historiador y cientista político dedicado a temas latinoamericana-

15. Un listado bastante completo de las acciones e instituciones con las que trabajaron los voluntarios del Cuerpo de Paz en Chile durante la década de 1960 se puede encontrar en Program memorandum Part II, Chile, Carpetas Chile 1966-1970, Caja 10, Records of the Peace Corps Office of International Operations, Country Plans, 1966-1985 /RG490/NARA.

nos, y su esposa Sharon Loveman, además de los voluntarios Bill Lear y Phil Burgi, entre otros. Con la ayuda de la organización católica Caritas y del gobierno se consiguió expropiar terrenos, construir un nuevo puente y arreglar caminos. Fue la propia comunidad la que reconstruyó muchas de las viviendas en terrenos más altos con la ayuda de voluntarios como los mencionados anteriormente. Además, otros participantes del Cuerpo de Paz presentes en la zona trabajaron en salud pública y en proyectos de nutrición junto a la doctora chilena Haydee López, lo que demuestra la construcción de experiencias humanas comunitarias compartidas, donde voluntarios del Cuerpo de Paz junto a líderes locales y habitantes de la zona, construyeron espacios de interacción propios de una Guerra Fría diversa en sus manifestaciones sociales y culturales.

### La intimidad dentro de lo global

Los voluntarios norteamericanos junto a chilenos y chilenas de todo el territorio experimentaron la Guerra Fría en diversos ámbitos locales. Fue en ese tipo de espacios donde se vivió la intimidad del conflicto mundial. Esta aproximación “microscópica” no anula la valoración del carácter global de la Guerra Fría, sino todo lo contrario, en la medida que se observan espacios donde efectivamente se vivió la globalidad del conflicto, aunque haya sido a nivel local (Ritzer, 2003: 193-194). Se expresaba con claridad una realidad de lo que se ha denominado como “glocalización”, en la que se manifiesta una compenetración entre factores locales y fenómenos globales (Fazio Vengoa, 2009: 302).

Los grandes lineamientos de un proceso histórico como el de la Guerra Fría fueron experimentados entonces a nivel de las bases comunitarias, donde si bien no todos los voluntarios involucrados estaban preocupados por desarrollar proyectos de contención ideológica directa, había compromisos para el desarrollo de iniciativas basadas en principios contrapuestos a aquellos promovidos por la Unión Soviética. Más importante que el anti-comunismo discursivo, era la idea de acercar la modernidad y el progreso a pequeñas comunidades locales vistas y consideradas inferiores en sus posibilidades de progreso y por ende vulnerables en un contexto de férrea lucha bipolar.

Los proyectos comunitarios en que se involucró el Cuerpo de Paz llevaban implícito un sentido de asimetría y un fuerte paternalismo, donde el progreso y la modernidad promovidas por Estados Unidos estaban encarnados en sus voluntarios y la precariedad estaba representada por las comunidades chilenas que requerían de su ayuda. Esto explica la formulación constante de comentarios en que se ponía en evidencia la tensión y la preocupación por el éxito de proyectos que, asumían, estaban garantizados solo con su presencia. Ya en el primer número del boletín interno de la comunidad de

voluntarios en Chile, titulado *El Piscorino*, se mencionaba dicha preocupación al indicar que ellos trabajaban “en la esperanza de que sus proyectos puedan ser continuados una vez que nos vayamos” (*El Piscorino*, marzo 1963).<sup>16</sup> De otro modo, se suponía que sus iniciativas fracasarían debido a la incapacidad de los beneficiados de continuar con esos proyectos, lo cual pone de manifiesto la asimetría en las relaciones con las comunidades, al existir entre los voluntarios de Estados Unidos una identidad cargada de sentimientos de superioridad, asociada al sentido de misión modernizante del proyecto que impulsaban en medio de la Guerra Fría.

Los voluntarios poseían un sentido de misión que se les inculcaba con fuerza durante el periodo de entrenamiento de dos meses en Estados Unidos, que incluía nociones de evidente superioridad moral. En el discurso de bienvenida a un grupo de voluntarios, dado en junio de 1964 por parte de Walter Langford en la Universidad de Notre Dame, éste les recordó que su trabajo era el “equivalente moral de la guerra” y que ellos serían “instrumentos” para esa batalla. El discurso estuvo cargado de palabras como: dedicación, conocimiento, virtudes, espíritu americano y entusiasmo, así como orientado por una clara idea de que ni sus vidas, ni la de las comunidades en que trabajarían, volverían a ser las mismas. Tal vez las palabras de Langford diferían un poco de las expresadas por Bradley Patterson, funcionario del Cuerpo de Paz en Washington D.C., quien subrayó en reuniones internas de la organización que los voluntarios no serían agentes de la Guerra Fría. Lo que Patterson buscaba destacar seguramente era que no habría vinculación con otras políticas exteriores más confrontacionales. Sin embargo, los voluntarios se transformaron, desde la perspectiva de Washington, en los mejores representantes de los ideales que Estados Unidos pretendía esparcir por el mundo para imponerse en el conflicto mundial, porque tal como señaló el mismo Patterson, se trataba de “hombres y mujeres libres, el producto de una sociedad en libertad, que son enviados al extranjero para servir y cumplir con el trabajo encomendado con una dedicación tal que quienes los reciban serán impulsados por su ejemplo a reflexionar acerca de la naturaleza de la sociedad que produjo esos voluntarios” (Latham, 2000: 109). No por nada los medios norteamericanos trataron a los voluntarios durante los años 60 como una organización inspiradora que asistía a sociedades en necesidad y que miraba la historia norteamericana como una fuente para trazar sus propios proyectos futuros.

16. Estos boletines incluían noticias de los proyectos en que estaban involucrados los distintos voluntarios y anécdotas, además de fotografías y contenidos misceláneos. No se trataba de documentos oficiales. Se publicaban para mantener la cohesión de grupos que habían sido entrenados juntos en Estados Unidos, pero que al llegar a Chile eran enviados a zonas geográficas muy distintas. A través de los boletines se mantenían al tanto de las experiencias de todo el grupo.

Para concluir, es necesario señalar que esta propuesta interpretativa de una investigación en curso tiene una serie de desafíos por delante que van en la línea de caracterizar una historia íntima de la Guerra Fría a nivel comunitario y protagonizada por jóvenes idealistas norteamericanos que interactuaron con chilenos esparcidos en pequeñas comunidades a lo largo del territorio nacional. De este modo, hace emerger la perspectiva señalada por Odd Ame Westad en el sentido de que los aspectos más importantes de la Guerra Fría no fueron ni militares, ni estratégicos, ni centrados en Europa, sino vinculados a elementos del desarrollo político, social y cultural del Tercer Mundo (Westad, 2005: 396).

El desafío pasa por conciliar las diferencias existentes entre visiones estrictamente dicotómicas de la Guerra Fría, que normalmente provienen del análisis de la historia diplomática y de las relaciones internacionales, con propuestas en las que la reducción de la escala de análisis devela una diversidad de matices al llevar el conflicto a escala humana. La complementariedad se hace urgente en la medida en que no parece adecuado proponer la coexistencia de guerras frías, en plural. Estamos en presencia de un solo gran conflicto, aunque la intimidad de la Guerra Fría dé cuenta de una policromía de experiencias humanas difíciles de simplificar.

## Fuentes

- National Archives II* (College Park, Maryland)  
 – Correspondence of the Peace Corps Director relating to Latin America, 1961-1965, caja 2.  
 – Peace Corps Evaluations, 1963, caja 3.  
 – Records of the Peace Corps Office of International Operations, Country Plans, 1966-1985, caja 10.

## Bibliografía

- APPY, C. G. (ed.) (2000), *Cold War Constructions. The Political Culture of United States Imperialism, 1945-1966*, Amherst, The University of Massachusetts Press.  
 AZEVEDO, C. (2008), *Em nome da América. Os Corpos da Paz no Brasil*, San Pablo, Alameda.  
 BALES, F. y J. BALES (2007), *Chilean Odyssey. The Peace Corps Letters of Fred Bales and Jan Stebing Bales*, Bloomington, Author House.  
 COBBS HOFFMAN, E. (1998), *All You Need Is Love. The Peace Corps and the Spirit of the 1960s*, Cambridge, Harvard University Press.  
 FAZIO VENGOA, H. (2009), “La historia global y su conveniencia para el estudio del pasado y del presente”, *Historia Crítica*, edición especial, noviembre, pp. 300-319.

- FISCHER, F. (1998), *Making Them Like Us. Peace Corps Volunteers in the 1960s*, Washington y Londres, Smithsonian Institution Press.
- HARMER, T. y A. RIQUELME (eds.) (2012), *Más allá de Washington y Moscú. Chile y la Guerra Fría*, Santiago, Ril Editores.
- JOSEPH, G. M. y D. SPENSER (eds.) (2008), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- JOSEPH, G. M., C. LEGRAND, y R. SALVATORE (eds.) (1998), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- LATHAM, M. (2000), *Modernization as Ideology. American Social Science and "Nation Building" in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- MICHAELS, A. (1976), "The Alliance for Progress and Chile's «Revolution in Liberty». 1964-1970", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, N°18, vol. 1, pp. 74-99.
- PEREIRA-PAIVA, V. (1973), "Extensión universitaria en Brasil", *Nueva Sociedad*, 7, julio-agosto, pp. 3-18.
- PRATT, M. L. (1992), *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge.
- RITZER, G. (2009), "Rethinking Globalization: Glocalization/Grobalization and Something/Nothing", *Sociological Theory*, vol. 21, N°3, pp. 193-209.
- SCANLON, T. J. (1997), *Waiting for the Snow. The Peace Corps Papers of a Charter Volunteer*, Chevy Chase, Posterity Press.
- SHEFFIELD, G. F. (1991), *Peru and the Peace Corps, 1962-1968*, Ph.D. Dissertation, Connecticut, The University of Connecticut.
- SCHEMAN, R. (ed.) (1988), *The Alliance for Progress*, Nueva York, Praeger.
- SPENSER, D. (ed.) (2004), *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*. México, CIESAS-Porrúa.
- TAFFET, J. (2007), *Foreign Aid as Foreign Policy. The Alliance for Progress in Latin America*, Nueva York, Routledge.
- WALTER, R. J. (2010), *Peru and the United States, 1960-1975. How their Ambassadors Managed Foreign Relations in a Turbulent Era*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.
- WESTAD, O. A. (2005), *The Global Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press.

## Imaginaciones hemisféricas

### La misión presidencial a América Latina de Nelson Rockefeller en 1969\*

*Ernesto Capello*

Durante su discurso inaugural de 1969, el nuevo presidente estadounidense, Richard Nixon, omitió cualquier referencia a América Latina en su presentación sobre la política exterior, a pesar de su promesa electoral de reemplazar la Alianza para el Progreso por un nuevo compromiso con una política hemisférica cooperativa. Esta omisión intranquilizó a los observadores latinoamericanos, quienes recordaban bien la última gira de Nixon por la región en 1958, donde enfrentó una serie de disturbios a nivel continental que casi termina en una crisis diplomática cuando el desfile de automóviles del entonces vicepresidente fue atacado en Caracas.

Al asumir, Nixon no presentó su política para la región y esperaba hacerlo durante el principio de su mandato, pero la vehemencia de la crítica latinoamericana le impulsó a iniciar ese proceso rápidamente. Consultó al diplomático ecuatoriano Galo Plaza, entonces Secretario de la Organización de Estados Americanos, acerca de la posibilidad de apaciguar el sentimiento antiestadounidense en la zona con una reforma de la Alianza para el Progreso. Plaza sugirió que para concretar este deseo, Nixon armara una visita y que solo formulara su nueva propuesta política después de escuchar las voces latinoamericanas. Plaza también sugirió que Nixon delegara esta misión en el entonces gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, cuyo nombre, según Plaza, "seguía siendo mágico" por su servicio como Coordinador de Asuntos Interamericanos durante la administración de Franklin Roosevelt. A pesar de la enemistad entre Nixon y Rockefeller debido a la

\* Esta investigación fue apoyada por becas "Grant-in-Aid" del Rockefeller Archive Center en 2008 y 2009.

disputa del año anterior por la nominación republicana a la presidencia, Nixon siguió el consejo de Plaza e invitó al gobernador a conducir una gira por los países latinoamericanos más importantes con el objetivo de dar una nueva dirección a su política exterior hemisférica. Aunque inicialmente se asombró por la invitación, Rockefeller aceptó la comisión, pero, dada la exuberancia de su personalidad y su desarrollado ego, decidió expandir el viaje a una “Misión Presidencial” con el objetivo de visitar todos los países al sur del Río Grande, para lo cual recurrió al apoyo de docenas de expertos reclutados de una pléthora de campos, incluyendo sectores diplomáticos tradicionales, de las finanzas y del Departamento de Estado, pero también grupos más sociales, como representantes laborales de la Unión Americana de Libertades Civiles (ACLU) y mujeres comprometidas en los movimientos feministas, representantes juveniles, etc.

A pesar de la movilización de esta amplitud de grupos y la confianza de Plaza, la situación latinoamericana había cambiado desde la era del “Buen vecino”. Como señalaría años después Joseph Persico, asistente personal del gobernador, el nombre de Rockefeller “seguía siendo mágico para la oligarquía, el latifundista y las clases educadas justamente por Estados Unidos, mientras para la izquierda, su nombre era anatema” (Persico, 1982: 102). Finalmente, este choque tanto generacional como político desató un ciclo de violencia que siguió a Rockefeller en su viaje y que fue descrito por Gerald Colby y Charlotte Dennett (1995), en uno de los únicos estudios que trata detenidamente el tema, como el “*Rocky Horror Road Show*” en referencia a una película popular donde reina una confusión total.

Sin embargo, los cuatro viajes de Rockefeller no merecen ser vistos como insignificantes para la articulación del imaginario transhemisférico. Aunque los choques en la calle entre las fuerzas de la derecha militarista y la izquierda estudiantil dominaron las noticias y la atención de los investigadores académicos, existe, además, una serie de comunicaciones informales conformada por las cartas escritas al gobernador en los meses y años posteriores. Por toda América Latina, miles de personas actuaron individualmente de acuerdo con un eslogan repetido un centenar de veces por Rockefeller para justificar la continuidad de la gira a pesar de la violencia que engendró, a saber, que su propósito era “escuchar las voces latinoamericanas” para poder asesorar a su presidente. Así, miles de personas levantaron sus plumas y escribieron al magnate contándole sus vidas, lo bueno y lo malo, sus dificultades, sus sueños y sus consideraciones sobre el viajero.

En general, estas cartas eran solicitudes buscando un apoyo financiero, un empleo, un boleto para emigrar a Estados Unidos, un nuevo automóvil. Por lo tanto, continúan una consolidada tradición de peticiones a personalidades poderosas y ricas. A la vez, la tendencia de sus autores a mostrar su propia comprensión del momento histórico al justificar las razones por las cuales esperaban que Rockefeller se ocupara de sus necesidades transforma

este registro epistolar en una colección de representaciones populares sobre la Guerra Fría. Como intentaré demostrar en este ensayo, los documentos analizados articulan un entendimiento ambiguo de la posición individual de los sujetos que escriben frente al discurso conflictivo y maniqueo de la Guerra fría. Generalmente, comunican una visión americanista entremezclada con la figura de Rockefeller; es decir, señalan que por lo menos para un sector intermedio de la población latinoamericana, la gira tuvo el impacto esperado al renovar una cierta pasión por Estados Unidos. Sin embargo, este apoyo se releva como ambiguo tanto por la tendencia a denigrar la “chusma” rebelde que se enfrentó con la misión Rockefeller —la cual muestra la existencia de un abismo que atravesaba a las sociedades latinoamericanas— como por la provisionalidad del apoyo que ofrecen al patrón “gringo”, el cual parece depender de la ayuda financiera que pudieran recibir y de la formación de una nueva política proveniente del norte. Podría pensarse que, tal vez, la falta de respuesta a estas comunicaciones, que fueron ignoradas por Rockefeller y sus asesores, representó una oportunidad perdida de evitar el cataclismo continental de los años 70, cataclismo que en sí fue exacerbado por las recomendaciones defensivas del *Informe Rockefeller*, las cuales apoyaban la expansión de los sectores militares como defensores de un populismo basado en la política de la Guerra Fría, estrategia que al final tendría consecuencias trágicas.

### Una misión presidencial entre giras de “buena vecindad”

Es preciso contextualizar la visita Rockefeller en la historia de las giras de “buena vecindad” estadounidenses, que crecieron de manera notable en el siglo XX. Estas giras deberían distinguirse de la tradición de la visita diplomática por su empleo de medios de comunicación modernos, la organización de encuentros espectaculares y la identificación de celebridades y políticos americanos como objetos de deseo cultural en los países visitados. Su apogeo puede identificarse en los años 40 bajo el mandato de Roosevelt, precisamente por las actividades de Rockefeller en su rol de Coordinador de Asuntos Interamericanos. Estas giras perdieron importancia en los años 50, pero fueron lanzadas de nuevo siguiendo la gira tortuosa de Nixon en 1958. Desde finales de los años 50 hasta mediados de los 60, veremos tours de los presidentes Eisenhower, Kennedy y Johnson, y también de otras celebridades políticas como Robert Kennedy en 1965, todos los cuales anticiparon el proyecto extraordinario de la gira Rockefeller de 1969. La preponderancia de viajes en los años 60, como en los 40, refleja el interés estadounidense en mantener la lealtad hemisférica para su política exterior mundial, es decir, para concretar la participación aliada latinoamericana, primero, en la Segunda Guerra Mundial y luego en la Guerra Fría. Además, el interés estadounidense se puede ligar a la preocupación por perder la lealtad lati-

noamericana dado el supuesto poder de seducción de la ideología fascista o comunista.

El desarrollo de las misiones de “buena vecindad” apoya esta interpretación de la importancia de la inquietud estadounidense. Por ejemplo, Rockefeller, como otros hombres de negocios norteamericanos con extensos contactos en países como Venezuela, México y Brasil, se preocupó por la creciente oposición popular a Estados Unidos y el interés oligárquico en el fascismo (Reich, 1996). Esta observación le llevó a proponer al presidente Roosevelt en 1940 que formara una oficina para impulsar el acuerdo continental, particularmente debido a la posibilidad concreta de una guerra en Europa. Al comenzar la participación estadounidense en la guerra, Roosevelt nombró al joven Rockefeller como Coordinador de Asuntos Interamericanos (CIAA) para que organizara una política hemisférica para enfrentar el fascismo de forma unida de norte a sur.

Lo fundamental del programa Rockefeller fue diseñar una política cultural para introducir la cultura material y popular estadounidense en las Américas como parte de su compromiso con esta alianza hemisférica. Como ha descrito Antonio Pedro Tota (2000), este programa representó un “imperialismo seductor”, ya que la introducción de estas obras culturales se ligó a la expansión de mercados de consumo y, eventualmente, el dominio estadounidense en la producción latinoamericana en campos como el cine, la radio, la televisión y hasta electrodomésticos (Falicov 2006, Fein 2004).<sup>1</sup> Durante la guerra, antes de que estos mercados tomaran forma definitiva, la oficina del CIAA financió una serie de viajes de “buena vecindad” ligados a este proceso. Estos emprendimientos siguieron una fórmula diseñada no por Rockefeller personalmente, sino por la empresa de televisión NBC, cuyo vicepresidente, John Royal, había mandado la orquesta del canal bajo la dirección del famoso Arturo Toscanini en una gira por el Cono Sur latinoamericano en 1940. Royal también tenía ambiciones de fomentar relaciones de amistad interamericana y de expandir mercados para su canal (Meyer, 2000). Rockefeller siguió este modelo el año siguiente, mandando al compositor Aaron Copeland, el American Ballet Caravan de Lincoln Kirstein, una exposición de arte moderno y el jugador de béisbol Moe Berg (Reich, 1996) a América Latina. Las visitas más famosas de este período fueron los viajes de Walt Disney y “el Grupo,” quienes visitaron Brasil, Argentina, Perú y Bolivia. De estos viajes resultaron las películas de largo metraje *Saludos Amigos* (1942) y *Los tres caballeros* (1944), las cuales fueron acompañadas por una pléthora de películas cortas de propaganda estadounidense (Adams, 2000; Kaufman, 2009. Ver también Dorfman y Mattelart, 1971).

A pesar de la popularidad de estas visitas, al terminar la guerra, la nueva administración de Truman abandonó esta dimensión de espectáculo en su

1. Sobre este tema, véase en este volumen el trabajo de Sol Glik.

política latinoamericana, debido en parte a que se priorizó la reconstrucción europea y también debido a la falta de competencia comercial en una región que antes había estado en la mira de los países europeos como Gran Bretaña, Francia y Alemania. Durante la década siguiente, los viajes populistas del CIAA fueron remplazados por las visitas diplomáticas tradicionales encabezadas por figuras de segundo rango. Como puede suponerse, estas visitas tuvieron un impacto mínimo en Washington. En parte como resultado de este gesto de desprecio y mediocridad, diplomáticos y analistas políticos latinoamericanos empezaron a denigrar las recomendaciones norteamericanas. Por ejemplo, los diplomáticos brasileños criticaron las recomendaciones rutinarias ofrecidas por Milton Eisenhower, hermano del presidente, quien visitó diez países en 1953, y señalaron que podrían haber sido escritas sin poner un pie en América Latina (Rabe, 1988).

La visita de Nixon en 1958 demostró la magnitud de la creciente enemistad hacia Estados Unidos de parte de la nueva generación y, por lo tanto, impulsó un cambio en las estrategias hemisféricas (Zahniser y Weis, 1989; Rabe 1988; McPherson, 2003). Este desplazamiento fue pedido especialmente por el presidente brasileño Juscelino Kubitschek, quien argumentó que la pobreza regional representaba el origen del sentimiento antiestadounidense. Ya para agosto 1958, Eisenhower inició una reforma al patrocinar la creación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 realzó la importancia de América Latina como zona de combate de la Guerra Fría y, por consiguiente, se aceleró el interés en la región durante los dos últimos años del mando de Eisenhower. Estos esfuerzos resultaron en la creación de fondos para impulsar el desarrollo continental, que fueron propuestos al Congreso justamente después de la primera gira regional de Eisenhower en 1960, viaje en que el viejo militar fue recibido con elogios por su heroísmo en la Segunda Guerra Mundial (Rabe, 1988). Kennedy siguió el ejemplo de su predecesor anunciando la Alianza para el Progreso en marzo de 1961, solo dos meses antes de su inicio y prometiendo eliminar la pobreza en la región para fines de los años 60. Aunque esta iniciativa sería un fracaso a causa de ataduras estructurales y la continuidad de la intervención estadounidense, particularmente por los conflictos con Cuba, es necesario subrayar su gran popularidad inicial, la cual dio pie a cierto culto a Kennedy en toda la región (Rabe, 1988; Taffet, 2007).

Este culto no se desarrolló solo por su política y su religión católica, sino que también fue estimulado por el joven presidente durante una serie de giras acompañado por su elegante mujer, Jackie. Estos viajes comenzaron en diciembre 1961 con una visita a Puerto Rico, Venezuela y Colombia, continuaron en México en junio y julio de 1962 y en Costa Rica en marzo 1963. Estas giras estuvieron llenas de encuentros formales propios de las visitas diplomáticas, sin embargo, Kennedy retomó intensamente el uso de los eventos públicos de tipo espectacular, no solo utilizando la oportunidad

para celebrar la nueva Alianza, sino también aprovechando los encantos de su esposa, quien regularmente saludaba a los públicos latinoamericanos con un español fluido. El asesinato de Kennedy en 1963 dio a su figura un halo mítico, que también fue cultivado por su hermano Robert Kennedy durante una visita regional en 1965 para reforzar sus credenciales internacionales en vistas a la campaña presidencial de 1968.

Estos antecedentes que combinaban una gira-espectáculo con la reinención de la diplomacia explican la recomendación de Plaza a Nixon con respecto a enviar a Rockefeller para apaciguar una población en crisis. Sin embargo, como he mencionado antes, los problemas de 1969 representaban un desafío que no pudo ser superado por la misión. Como es bien sabido, maniobras estadounidenses como la invasión de Playa Girón (Bahía de los Cochinos) en Cuba, en 1961, habían confirmado la percepción de izquierda de la tendencia imperialista norteamericana. La oposición creció decididamente, resultando en una plétora de conflictos en los cuales se enfrentaron sectores populares, estudiantes, las izquierdas, las derechas, la oligarquía y sectores militares en un sinnúmero de alianzas particulares en cada país. A pesar de esta complejidad, a finales de los 60 existía la percepción dentro del Estado norteamericano y entre sectores de las elites en América Latina de que existía una coordinación general entre la contracultura y las fuerzas comunistas –estimación que aceleró el acercamiento de estos sectores con las fuerzas armadas de cada país–. Esta lectura de tipo paranoica aceleró choques violentos antes de la llegada de Rockefeller, entre los cuales destacan la masacre de Tlatelolco en México, las trifulcas entre las dictaduras militares brasileñas y argentinas con la contracultura juvenil y la expansión de movimientos sociales de izquierda en Chile, Perú, Venezuela y Uruguay, entre otros. Por lo tanto, la gira Rockefeller llegó precisamente en un momento de conflicto regional en el cual las tensiones locales ofrecieron un marco para entender la situación internacional y viceversa.

Más específicamente, la visita de Rockefeller coincidió con tensiones entre Estados Unidos y el gobierno revolucionario militar de Juan Velasco Alvarado en Perú, que se encontraba en disputa con la empresa canadiense International Petroleum Corporation (IPC) desde febrero de 1969 por impuestos atrasados por la explotación de campos petroleros peruanos. Dado que la IPC era subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey, una empresa estadounidense enlazada con la fortuna Rockefeller, el conflicto representaba un claro símbolo de los vínculos entre el famoso gobernador de Nueva York, el capital norteamericano y el intento de desafiar el *statu quo* por parte de las contraculturas y las izquierdas latinoamericanas. La decisión de último momento de cancelar la visita de Rockefeller al Perú inflamó la oposición izquierdista popular y aceleró un ciclo de protestas por toda la región. La primera muerte se produjo durante la visita a Honduras en un enfrentamiento entre estudiantes y la policía, iniciando un rastro de sangre que seguiría a Rockefeller por todo el continente. Como consecuencia, los

gobiernos centristas de Chile y Venezuela siguieron el ejemplo de Perú y dada la fuerza de los movimientos sociales de izquierda en sus países cancelaron las respectivas visitas. Por su parte, el gobierno militar brasileño detuvo a miles de estudiantes y activistas antes de la gira, creando un clima de calma artificial –acción que fue leída como una señal de la aceleración del terror estatal en ese país (Colby y Dennett, 1995)–. El carácter oportuno de estas decisiones para apaciguar tensiones locales queda en evidencia si se consideran los conflictos que se desarrollaron en otros países como Uruguay y Argentina, donde Rockefeller llegó en medio de conflagraciones exacerbadas por su presencia. En Uruguay, la visita debió cambiarse a la ciudad de Punta del Este debido a que Montevideo se había transformado en una zona de enfrentamientos ante la inminente llegada de la delegación estadounidense. Su arribo a Buenos Aires fue concurrente con el choque del Cordobazo y también el vandalismo y bombardeo de los supermercados Minimax, que eran propiedad de Standard Oil (Brennan, 1994).

Como puede suponerse, en general la gira fue considerada como desastrosa. Aunque Rockefeller publicó un informe dedicado a las lecciones del viaje, disminuyó la importancia de la agitación social y abogó por la continuidad de la asistencia estadounidense para el desarrollo del complejo militar-estatal en América Latina (Rockefeller, 1969; Petras, 1970; Colby y Dennett, 1995), y aunque algunos de los asesores criticaron estos análisis, Rockefeller esperaba que la creación de un cargo específico –probablemente ocupado por él o por uno de sus aliados– dentro del gabinete presidencial y dedicado a delinear la política exterior hemisférica podía cambiar las relaciones con América Latina en los años subsiguientes. Sin mucho entusiasmo, Nixon presentó una resolución al congreso norteamericano para ratificar esta propuesta, que finalmente fue rechazada. Por lo tanto, los resultados del informe, al igual que la gira en sí, han sido generalmente ignorados por los historiadores. Como ya señalé, esta conclusión podría ponerse en discusión si se considera la importancia de un grupo de comunicaciones que señalan el impacto de la misión presidencial en sectores medios latinoamericanos que optaron por escribir al representante estadounidense después de su regreso a su país.

### Las peticiones y el clientelismo moderno

Es preciso recordar que la carta de petición tiene una larga historia ligada al desarrollo del sistema clientelista en América Latina. Sus inicios se pueden localizar en la era colonial, en la cual la petición y la denuncia sirvieron como instrumento de primera instancia para corregir abusos. Frecuentemente eran dirigidas a oficiales gubernamentales, pero también fueron mandadas a seres simbólicos y potentes. Ya para el siglo XVII encontramos la *Nueva Crónica y Buen Gobierno* de Guamán Poma de Ayala

(c. 1615), que tal vez puede considerarse el primer epistolario comprensivo dedicado a comunicar el punto de vista transcultural del mestizo americano al rey castellano, Felipe III (Adorno, 1986; Mignolo, 1995). Esta tradición de petionar al rey o a sus representantes continuaría a través de la colonia, e inclusive continuaría de manera esporádica en el siglo XIX, como ha notado Florencia Mallon (1995), quien ha señalado que en plena época de la Reforma las poblaciones indígenas rurales de México continuaron mandando peticiones a la corona esperando limitar incursiones en sus derechos comunales a ejidos o aguas. Durante el siglo XX, los grandes líderes populistas explotaron esta tradición al organizar campañas de correspondencia. Como ha indicado Eduardo Elena (2001) para el caso argentino, estos programas no solo reforzaron los lazos clientelistas del Estado peronista, sino también representaron un espacio en el cual un obrero, un empleado, una mujer u otro grupo subalterno podía articular su propia visión de la sociedad nueva que se construía. Aunque estas solicitudes en general fueron desconocidas por Perón, no debe descontarse su poder de articular una posición de apoyo y de crítica a la vez. Tal fue el caso en Brasil, donde Joel Wolfe (1994) ha señalado la tendencia de obreros paulistas a subrayar sus necesidades participando en una campaña epistolar similar a la de Perón bajo el Estado Novo de Getúlio Vargas.

Las cartas escritas a Rockefeller deberían ser consideradas como parte de esta tradición. Tal como fue el caso con los monarcas ibéricos o los populistas del siglo XX, en esta correspondencia Rockefeller es considerado, finalmente, como un patrón cuya respuesta legitimaría la perspectiva del remitente o tal vez podía posibilitar una actividad empresarial, proveer un servicio particular, facilitar la emigración o corregir problemas sociales. Sin embargo, no debemos perder de vista la importancia de su posición única como representante del gobierno estadounidense en plena Guerra Fría. Escribir a una personalidad extranjera famosa en un momento tan agitado muestra a estos remitentes como actores sociales que buscan plantear sus necesidades y deseos locales particulares dentro de un contexto internacional. Como consecuencia, deberíamos considerar la actitud ante Rockefeller como un punto de vista más general de estos corresponsales sobre la Guerra Fría y sobre el momento de crisis social nacional y regional.

Para ampliar esta cuestión, cabe resumir una selección de las miles de cartas que fueron enviadas a través de la región y que actualmente se encuentran en los archivos de la familia Rockefeller (RAC) en Nueva York. Aunque son ejemplos particulares, muestran tanto marcos generales como la diversidad de posiciones tomadas por los remitentes. A continuación presentamos algunos ejemplos:<sup>2</sup>

2. Las citas se refieren a la serie, caja y carpeta en que se encuentran las misivas, como es mostrado en detalle en las referencias al final del texto.

- 20 noviembre 1969, Buenos Aires, Argentina. Alejandro Crivocapich, escribiendo por segunda vez, señala a Rockefeller su tristeza por no haber recibido un subsidio de Rockefeller para comprar un auto para ser taxista. Declara Crivocapich que no ha pedido “una limosna” y que también ha sido, “como otros tantos de mis conciudadanos, simpatizante de su giro por esta América Latina y he combatido a los que veían con malos ojos esa gira” (RAC III 4 E, 6:33).
- 20 octubre 1969, Juaseiro do Norte, Brasil. Antonio Pedro da Silva, político y periodista, quien desea publicar dos libros de poemas y que Rockefeller pague la impresión y también la escuela de sus hijos. Al describir su situación, Da Silva declara su lealtad a su gobierno, que desafortunadamente no lo puede ayudar, ya que “el actual Presidente de la República y los Ministros militares vienen haciendo todo lo posible para elevar la economía de la patria pero aún no es posible ayudar a todos los brasileños sin distinción, ya que sigue siendo Brasil un país que carece de obras de infraestructura y las prioridades” (RAC III 4 E, 11:76).
- 19 mayo 1969, La Plata, Argentina. Calvin Respress, afroamericano que ha residido en Argentina por 55 años, pide a Rockefeller que apoye una escuela de boxeo, ya que el ejercicio y la disciplina frenarían el deseo rebelde de la juventud local. Respress manda una foto suya en plena postura de boxeador. (RAC III 4 E, 6:36)
- 8 junio 1969, Medellín, Colombia. Jorge Humberto Álvarez, César Darío Gómez y Jorge Vélez Arango –tres estudiantes del Centro de Estudios Superiores para el Desarrollo– rechazan la misión Rockefeller, ya que la Alianza para el Progreso es un “engañabobos y solo sirve para que los gobiernos hagan sus componendas entre amigos”. Sin embargo, añaden una lista extensa de reformas socioeconómicas nacionales necesarias si Rockefeller de veras estuviera interesado en escuchar las necesidades latinoamericanas. Además, piden su apoyo para realizar un campeonato deportivo para personas muy pobres, que serviría para contrarrestar el alcoholismo de los desempleados en su ciudad (RAC III 4 E, 22:175).

Estos cuatro ejemplos representan una fracción de las miles de cartas que llegaron al Rockefeller Center después de la misión de 1969, donde fueron clasificadas siguiendo el proceso de archivo que había iniciado el patriarca de la familia, John D. Rockefeller en el siglo XIX. Como describe Scott Sandage (2005), ya desde el siglo XIX, una multitud llena de esperanzas de levantarse de la pobreza enviaba sus solicitudes al multimillonario cuya generosidad era leyenda. A partir de la inversión global de su descendiente, Nelson, desde los años 30, se había organizado un servicio de traducción y archivo bajo la dirección de Louise Boyer, quien personalmente respondía a los pedidos con cartas de negativa estandarizadas.

En los archivos Rockefeller pueden encontrarse centenares de solitu-

des de ayuda para préstamos, medicamentos, automóviles –y hasta estafas obvias pidiendo millones de dólares– llegados a partir de los años 30. Entre el fin del mandato de Rockefeller como Coordinador de Asuntos Interamericanos en 1945 y su viaje de 1969, hay registrados en los archivos entre diez y cincuenta pedidos llegados de cada país latinoamericano. Tal como notaron sus secretarías y traductoras en 1969, un resultado imprevisto de la misión presidencial fue el aumento impresionante de peticiones, que se redoblaron, aumentaron y se redoblaron nuevamente en los países visitados por la misión. Este hecho sugiere una relación directa entre las visitas y la avalancha de misivas, si se considera, además, la ausencia de solicitudes similares provenientes de los países que rehusaron la gira. Cabe señalar también que estas nuevas misivas, a diferencia del archivo epistolar anterior, casi siempre incluyen la posición política del escritor en relación con la figura de Rockefeller o de la Guerra Fría en particular. Es decir, mientras Rockefeller había sido visto como un potencial patrón antes de 1969, después de la gira representaba un ícono ligado a la visión política personal del público latinoamericano. Por lo tanto, al analizar esta correspondencia se puede identificar la posición individual de un sector significativo de la población latinoamericana, considerando siempre que la gran mayoría de los remitentes provienen de las clases letradas, sectores de la centroderecha urbana y sectores sociales medios, incluyendo pequeños comerciantes, profesores, profesionales, religiosos, estudiantes y hasta algunos que fueron considerados “psicópatas” por la oficina de Rockefeller.

Aunque cada carta tiene sus particularidades, pueden identificarse algunas tendencias comunes. La primera, y tal vez más evidente, es que la cuestión de la violencia que había estallado en los países visitados continuaba en las epístolas enviadas a Nueva York. La gran mayoría de los corresponsales se presentaba como opuesta a grupos identificados como “radicales”, “juventud rebelde”, “estudiantes”, “la gran muchedumbre”, “esta chusma”, “comunistas aislados”. Una de las estrategias favoritas para comunicar esta posición era la de elogiar a Estados Unidos o a Rockefeller antes de introducir una historia personal que servía de base para el pedido o consejo. Tal fue el caso del colombiano Aristides Beltrán Martínez, por ejemplo, quien escribió a Rockefeller antes y después de la visita a Colombia, la primera vez, para informarle que había llamado a su hijo Nelson en su honor, y la segunda, lamentando las manifestaciones que habían estallado durante la visita (RAC III 4 E, 22:175). Otros subrayaban la importancia cuasi mitológica de Rockefeller. Por ejemplo, Osvaldo González Brites de Vallenar, chileno, identifica a Rockefeller como un nuevo Quijote, cuyos ideales merecían el apoyo de la cruzada del caballero de Cervantes (RAC III 4 E, 20:156). Por su parte, la familia Gondra Alcorta de Bella Vista, de Argentina, ofrecía apalea a los estudiantes radicales por todo su distrito (RAC III 4 E, 6:33).

En otras ocasiones, los autores se mostraban bien informados sobre la po-

lítica de la Guerra Fría. En Córdoba, Argentina, el estudiante universitario Clive Walter Allemandi, al pedir una beca para seguir sus estudios, citaba el discurso de Fernando Belaunde Terry en la declaración de Punta del Este de 1967, señalando que el apoyo estadounidense debería ser ofrecido para contrarrestar avances soviéticos. Después de su primer rechazo, escribió nuevamente amenazando solicitar el apoyo de la embajada soviética si su pedido fallaba otra vez (RAC III 4 E, 6:33). A. Caballero Díaz, de Buenos Aires, escribió una suerte de manifiesto acerca del problema del resentimiento generacional y ancestral en la historia argentina (RAC III 4 E, 4:34). Enrique Cuellar Vargas, de Bogotá, por su parte, resumió la historia de violencia de su país antes de pedir apoyo para continuar su publicación de una historia general de la violencia colombiana que había comenzado imprimiendo por su propia iniciativa (RAC III 4 E, 22:175). Estos manifiestos eran a veces esotéricos, como en el caso del marino brasileño Antonio de Almeida Brisido, quien mandó una carta de doce páginas acerca de una conspiración masónica mundial, en un relato que también describía asaltos en varios puertos de todo el mundo y el rechazo sufrido de parte de una docena de mujeres (RAC III 4 E, 10:70). Aunque la misiva fue resumida y traducida en el archivo Rockefeller, no se le envió respuesta porque su remitente fue considerado de naturaleza “psicópata”.

Como he señalado, ninguna carta fue respondida directamente por Rockefeller ni superó las murallas de las oficinas del magnate, cuya oreja permanecía cerrada a pesar de sus repetidas afirmaciones de que deseaba escuchar las voces latinoamericanas.

### **Conclusión: la misión Rockefeller y la posibilidad de apertura en la Guerra Fría**

Una gran parte de los estudios históricos recientes acerca de relaciones interamericanas enfatiza la necesidad de poner en discusión una serie de construcciones binarias que dominaron la política de la Guerra Fría, por ejemplo, comunista-capitalista, soviético-americano, desarrollado-subdesarrollado, democrático-antidemocrático, o hasta oligarquía-pueblo, cada una de las cuales representa de manera simplificada la distancia entre Estados Unidos y América Latina (Joseph y Spenser, 2008; Shukla y Tinsman, 2007; Joseph, LeGrand y Salvatore, 1998). Este desafío surge de una tendencia general historiográfica que, a partir de la intrusión posestructuralista, cuestiona el uso de esquemas maniqueos. Pero más importante para el estudio de la historia latinoamericana es el cuestionamiento específico tanto del modelo positivista como del modelo relacionado de la dependencia, modelos que normativizan el desarrollo occidental europeo-estadounidense y señalan a América Latina como un “otro” subdesarrollado. En sí mismos, estos enfoques promueven una visión dicotómica de la historia que, en última estancia,



no toma en cuenta la posibilidad de actividades e identidades intersticiales, que han sido claves en la historia latinoamericana por varios siglos.

Este trabajo espera añadir dos temas a este diálogo. En primer lugar, enfatiza la importancia de la misión de “buena vecindad” como ingrediente fundamental en el desarrollo de la hegemonía estadounidense en América Latina. Como he argumentado, esta tendencia estaba fuertemente ligada a la figura específica de Nelson Rockefeller, dado su singular papel tanto en el inicio de estas giras en los años 40 como por el extraordinario fracaso de 1969. También debe reconocerse que la historia de la misión de “buena vecindad” dependía del interés estatal estadounidense y de la percepción de la necesidad de cultivar apoyo popular latinoamericano, es decir, la gira de medio siglo (1940-1970) debe ser considerada como señal de ansiedad del gobierno estadounidense en cuanto a su control hegemónico sobre el hemisferio.

En segundo lugar, en la vuelta de Rockefeller puede identificarse una oportunidad perdida para la apertura del diálogo a nivel hemisférico, a pesar de la conflagración de violencia que le acompañó desde su segunda semana en Honduras en mayo de 1969. Esta posibilidad de apertura, definida como una puesta en cuestión de los esquemas esencialmente maniqueos de la Guerra Fría, puede verse en la segunda ronda de comunicaciones escritas enviadas a Nueva York por cierta parte significativa de la población latinoamericana. Estas cartas, más allá de su apropiación de la forma epistolar de la petición, demuestran la extensión del impacto del viaje de Rockefeller en la imaginación popular y también muestran las dificultades de una política centralista que intentara zafarse de las cadenas de la Guerra Fría. No quiero indicar a través de esta afirmación que las solicitudes o consejos mandados a Rockefeller representaban una plataforma política alternativa al apoyo estadounidense del terror estatal que caracterizaría los años 70. Sin embargo, la ignorancia de estas voces populares de sectores medios con cierta inclinación a escuchar la visión estadounidense, y dispuestas, al mismo tiempo, a ofrecer sus propias conclusiones, representa un momento perdido en la diplomacia del país del norte.

Para concluir, es preciso añadir que existieron voces dentro del grupo Rockefeller que criticaron la tendencia del informe enviado a Richard Nixon justamente por su apoyo acrítico a las viejas elites y los sectores militares latinoamericanos, cuya alianza apoyada por fondos estadounidenses estaría en el centro de los conflictos de la década siguiente. En mi opinión, tal vez la más trágica de ellas fue la de Leroy Wehrle, entonces becario en la Universidad de Harvard, quien escribió el borrador del *Informe Rockefeller* apoyando la noción de la interdependencia hemisférica, pero criticando a la vez la visión militarista durante las sesiones dedicadas a la escritura del informe presentado a Nixon. En 1970, único entre el grupo que había acompañado al gobernador de Nueva York a las tierras del sur, Wehrle escribió un ensayo analizando críticamente la verdadera razón del informe y envió una

copia al gobernador (RAC III 4 O 8, 17:151). Como concluía el entonces joven profesional en el campo de desarrollo: la posibilidad de promover “reforma y apertura y cambio y desarrollo” había sido subvertida precisamente por su tono defensivo y su énfasis en la estabilidad.

## Fuentes

- Rockefeller Archive Center* (Nueva York)
- Rockefeller Family Archives, Nelson A. Rockefeller Papers (III).
- Nelson A. Rockefeller Personal (4).
- Serie Countries (E).
- Serie Washington DC (O).
- Sub-serie 8: Presidential Mission to Latin America.

## Bibliografía

- ADAMS, D. (2007), “*Saludos Amigos: Hollywood and FDR’s Good Neighbor Policy*”, *Quarterly Review of Film and Video*, 24, pp. 289-295.
- ADORNO, R. (1986), *Guamán Poma: Writing and Resistance in Colonial Peru*, Austin, University of Texas Press.
- BRENNAN, J. (1994), *The Labor Wars in Córdoba, 1955-1976: Ideology, Work, and Labor Politics in an Argentine Industrial Society*, Cambridge, Harvard University Press.
- COLBY, G. y C. DENNETT (1995), *Thy Will be Done, the Conquest of the Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of Oil*, Nueva York, Harper Collins Publishers.
- DORFMAN, A. y A. MATTELART (1971), *Para leer al pato Donald*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- ELENA, E. (2001), “What the People Want: State Planning and Political Participation in Peronist Argentina, 1946-1955”, *Journal of Latin American Studies*, 37, pp. 81-108.
- FALICOV, T. L. (2006), “Hollywood’s Rogue Neighbor: The Argentine Film Industry During the Good Neighbor Policy, 1939-1945”, *The Americas*, 63: 2, pp. 245-260.
- FEIN, S. (2004), “New Empire Into Old: Making Mexican Newsreels the Cold War Way”, *Diplomatic History*, 28: 5, pp. 703-748.
- JOSEPH, G. M. y D. SPENSER (eds.) (2008), *In from the Cold: Latin America’s New Encounter with the Cold War*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- JOSEPH, G. M., C. LEGRAND, y R. SALVATORE (eds.) (1998), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- KAUFMAN, J. B. (2009), *South of the Border with Disney: Walt Disney and the Good Neighbor Program, 1941-1948*, Nueva York, Disney Editions.
- MALLON, F. E. (1995), *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press.

- MCIPHERSON, A. L. (2003), *Yankee no!: Anti-Americanism in U.S.-Latin American Relations*, Cambridge, Harvard University Press.
- MEYER, D. C. (2000), "Toscanini and the Good Neighbor Policy: The NBC Orchestra's 1940 South American Tour", *American Music*, 18: 3, pp. 233-256.
- MIGNOLO, W. (1995), *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, and colonization*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- PERSICO, J. E. (1982), *The Imperial Rockefeller: A Political Biography*, Nueva York, Simon and Schuster, 1982.
- PETRAS, J. (1970), *Politics and Social Structure in Latin America*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press.
- RABE, S. G. (1988), *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- (1998), *Eisenhower and Latin America: The Foreign Policy of Anticommunism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- REICH, C. (1996), *The Life of Nelson A. Rockefeller: Worlds to Conquer, 1908-1958*, Nueva York, Doubleday.
- ROCKEFELLER, N. A. (1969), *The Rockefeller Report on the Americas: The Official Report of a United States Presidential Mission for the Western Hemisphere*, Chicago, Quadrangle Books.
- SANDAGE, S. A. (2005), *Born Losers: A History of Failure in America*, Cambridge, Harvard University Press.
- SHUKLA, S. y H. TINSMAN (coords.) (2007), *Imagining Our Americas: Toward a Transnational Frame*, Durham, Duke University Press.
- TAFFET, J. F. (2007), *Foreign Aid as Foreign Policy: the Alliance for Progress in Latin America*, Nueva York, Routledge.
- TOTA, A. P. (2000), *O imperialismo sedutor: a americanização do Brasil na época da Segunda Guerra*, San Pablo, Companhia das Letras.
- WOLFE, J. (1994), "«Father of the poor» or «Mother of the Rich»? Getúlio Vargas, Industrial Workers, and Constructions of Class, Gender and Populism in Sao Paulo, 1930-1954", *Radical History Review*, 58, pp. 80-111.
- ZAHNISER, M. R. y W. M. WEIS (1989), "A Diplomatic Pearl Harbor? Richard Nixon's Goodwill Mission to Latin America in 1958", *Diplomatic History*, 13:2, pp. 163-190.

## Anticomunismo, subversión y patria Construcciones culturales e ideológicas en la Argentina de los 70

Marina Franco

### De la Guerra Fría en América Latina a los escenarios locales

A mediados de la década del 50, el modelo de Estados Unidos para la seguridad continental, centrado en la definición de la "amenaza comunista", estaba completamente asentado, al punto de contemplar la posibilidad de intervenir en la política interna de los Estados latinoamericanos si esa amenaza no era contenida adecuadamente por cada uno de ellos. Ya en la X Conferencia Panamericana de 1954, casi todos los países habían votado una acción continental contra el comunismo internacional.<sup>1</sup> Esa definición implicaba el adiestramiento de las Fuerzas Armadas de cada país para el mantenimiento de la seguridad interior como responsabilidad nacional con el objetivo de garantizar la seguridad de la región en su conjunto (López, 1987).

Como corolario de ese proceso, muchos países de la región estuvieron signados por dictaduras de la seguridad nacional entre las décadas del 60 al noventa. La Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) y la influencia de las enseñanzas militares norteamericanas –articuladas con la doctrina colonial francesa de la guerra contrarrevolucionaria (Ranalletti, 2010)– marcaron varias décadas de políticas autoritarias y represivas en la región.

En la Argentina, desde la década del 50, "la Guerra Fría significó el abandono del concepto de defensa vigente en las Fuerzas Armadas hasta la Segunda Guerra Mundial y su reemplazo por uno diferente, orientado al control de las disidencias en la sociedad, tanto a través de tareas de inte-

1. Véase el artículo de Nocera en este mismo libro.

ligencia y de acción psicológica como represivas” (Ranalletti y Pontoriero, 2010: 4). Así, hacia mediados de esa década, la prioridad absoluta dentro de las Fuerzas Armadas argentinas pasó a ser la “lucha contra el comunismo” y la política de defensa nacional se transformó en un instrumento de la seguridad interna (Ranalletti y Pontoriero, 2010). En las décadas del 60 y 70, sucesivas dictaduras militares (1966-1973 y 1976-1983) afirmaron la política antisubversiva y anticomunista de seguridad y desarrollo hasta su manifestación más extrema en la dictadura militar iniciada en 1976.

Debido a estos antecedentes, histórica e historiográficamente, en la Argentina, el anticomunismo extremo, la “subversión marxista” como hipótesis de “guerra interna” y la represión en nombre de la patria agredida han sido considerados como patrimonio ideológico de las Fuerzas Armadas y han sido estudiados como parte de la DSN implantada en el contexto del conflicto bipolar. No obstante, como veremos, esos componentes ideológicos de la “seguridad nacional” estaban totalmente instalados en la cultura política argentina y tuvieron implicancias reales en las prácticas de actores políticos civiles y en contextos democráticos previos a 1976. En función de ello, nuestro objetivo puntual es mostrar aquí cómo esas representaciones, adaptadas al espacio histórico y los conflictos argentinos de la época, fueron apropiadas por diversas franjas de la población (de las elites políticas a sujetos “comunes”) para dar sentido a múltiples conflictos políticos y sociales.

### Cultura política y guerra fría cultural

Esta línea de interpretación permitiría repensar la profundidad del arraigo de algunos tópicos propios de la Guerra Fría en la cultura política argentina, país donde la impronta y el peso de ese escenario mundial han sido generalmente subestimados en favor del énfasis en los procesos locales. Además, el examen de la apropiación y circulación local de sentidos propios de las doctrinas contrainsurgentes también permitiría ver cómo el contexto mundial y la historia del conflicto bipolar se entroncan hasta hacerse inseparables de una historia más particularmente argentina: el peronismo.

Como señalan Joseph y Spenser (2008), en el estudio de la Guerra Fría, el problema de la articulación entre la esfera nacional –e incluso diversas esferas locales dentro de un país– y la esfera internacional nos sitúa en la cuestión de la autonomía relativa de las historias nacionales en relación con las determinaciones generadas por el conflicto global. Al mismo tiempo, esa articulación también muestra la presencia activa y actuante de ese contexto global como motor de acciones locales que operan en el nivel simbólico, es decir, permite ver cómo diversos actores políticos pudieron utilizar esa conflictividad global en sus propias necesidades internas (Joseph y Spenser, 2008). En el caso argentino, estas dimensiones han sido subestimadas y desatendidas, en cuanto ese proceso mundial solo es considerado una

variable externa, un telón de fondo de peso solo para explicar, en general, la actuación de los sectores militares en el poder.

Por otro lado, en cuanto al aspecto cultural de esa Guerra Fría, el objetivo de este trabajo es considerar esa dimensión no desde el ángulo unidireccional y macropolítico que atiende a centrarse en las acciones estrictamente culturales de Estados Unidos hacia América Latina y sus efectos o influencias –aspecto cuya importancia no negamos aquí–, sino considerando la Guerra Fría como un proceso complejo de efectos sobre las construcciones culturales locales y las prácticas sociales cotidianas.

En ese sentido, este trabajo parte de la convicción de la interrelación entre las esferas de la política y la cultura entendida esta última como una trama de significaciones, como un sistema de concepciones que se expresan a través de símbolos (Geertz, 1988), y, por tanto, la dificultad de aislar ambas dimensiones analíticas. Así, una noción de cultura no limitada a su sentido tradicional permite ver cómo las ideologías de la Guerra Fría permearon las prácticas cotidianas de los sujetos dotando de significado acciones complejas que responden a diversos registros de la vida social.

### La seguridad nacional como política democrática

La historia argentina de la década del 70 es sumamente compleja, de manera que aquí solo nos detendremos en aquellos datos y procesos imprescindibles para el tema de este trabajo.

Dentro de las Fuerzas Armadas, la “doctrina antisubversiva” venía teniendo un desarrollo progresivo desde 1955. Las primeras publicaciones militares de la Escuela Superior de Guerra sobre el tema datan de fines de 1957 y están ligadas a las misiones francesas en el Ejército argentino (Ranalletti, 2010; López, 1987). Ello se articuló con las nuevas estrategias norteamericanas hacia los ejércitos de la región y el concepto de “seguridad interna”. Por su parte, el anticomunismo tampoco era novedoso y si bien puede rastrearse con fuerza desde los años 30, cuando el nacionalismo de derecha experimentó un gran crecimiento, a partir de los años 50 se profundizó su impacto en la escena política, civil y militar. A partir de entonces, sucesivas restricciones de las libertades públicas y políticas de gobiernos democráticos se justificaron en nombre de la amenaza comunista. De hecho, la primera aplicación importante de la doctrina antisubversiva en la Argentina se dio con el Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), aplicado por el gobierno constitucional de Arturo Frondizi en 1960, que permitía declarar determinadas áreas industriales o ciudades como zonas militarizadas bajo acción militar (Periès, 2004). Poco después, entre 1966 y 1973, un golpe de Estado instaló la dictadura militar llamada “Revolución Argentina”, plenamente alineada con la DSN (López, 1987). Basada en la hipótesis de conflicto de la “guerra interna”, esta dictadura implementó una

fuerte política represiva que se considera antecedente directo de aquella que aplicó el terrorismo de Estado a partir de 1976.

Entre estas dos últimas dictaduras se desarrolló un turbulento período democrático con el peronismo en el gobierno entre 1973 y 1976. Esos años estuvieron lejos de constituir una ruptura con las políticas autoritarias previas y una experiencia democrática con plena vigencia del Estado de derecho. Por el contrario, el examen de sus prácticas de gobierno y de la circulación de representaciones ideológicas sobre la conflictividad social y política de la época muestra un panorama complejo, caracterizado por la creciente hegemonía de discursos y prácticas represivas centradas en la idea de la “seguridad nacional”. Todo ello presenta una continuidad simbólica y material importante con la dictadura militar que le antecedió y la que le siguió.

En 1973, tras un complejo proceso político de transición hacia la normalización institucional y tras dieciocho años de exilio, Perón volvió al país y fue electo presidente por el 62 por ciento de los votos. Gobernó desde septiembre de 1973 hasta su muerte, en julio de 1974. Lo sucedió en el cargo su esposa y vicepresidenta, María Estela Martínez de Perón, hasta que fue derrocada en marzo de 1976 por el golpe de Estado militar.<sup>2</sup> El inicio del gobierno peronista fue vivido con una gran expectativa y movilización política y social, ya que después de casi dos décadas de proscripción el peronismo volvía al poder y eso dotaba de representación política legítima a amplísimas capas sociales que hasta ese momento solo se habían manifestado a través de la presión extraparlamentaria por fuera del sistema político (Cavarozzi, 1997). A su vez, la vuelta a la legalidad y al poder se daba en un contexto doblemente complejo. Por un lado, el peronismo había albergado durante muchos años de “resistencia” y proscripción política a numerosas tendencias enfrentadas entre sí, con líneas claramente de derecha, algunas incluso cercanas al nacionalismo fascista, y otras de izquierda cercanas a los modelos revolucionarios de gran efervescencia en América Latina desde 1959. En el escenario de exclusión parlamentaria, Perón había estimulado esta diversidad interna sin arbitrar entre las diferentes tendencias, que convivían dificultosamente reivindicando cada una para sí la legitimidad de encarnar el verdadero espíritu de la doctrina peronista (Sigal y Verón, 1986). Como veremos, Perón solo optó entre ellas y se deshizo de un sector en el momento del regreso a la Argentina y al poder en 1973.

Por otro lado, durante los años de dictadura y represión previos habían ido formándose varias organizaciones de guerrilla marxista y peronista orientadas hacia la lucha armada revolucionaria. Algunas de ellas formaban parte de esta diversidad conflictiva del peronismo, en particular la organi-

2. Sobre el período, cfr. De Riz (2000); Pucciarelli (1999).

zación Montoneros, que para 1973 había absorbido a otros grupos armados peronistas de izquierda. A pesar del retorno al régimen democrático, estos grupos prosiguieron sus acciones armadas en una tensión creciente con el gobierno peronista. Esa continuidad de las acciones violentas fue generando un creciente clima de repudio social (Franco, 2008 y 2009a). Así, por ejemplo, el propio presidente Perón, cuando la guerrilla marxista del PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo) atacó un cuartel militar en la localidad de Azul, en enero de 1974, denunció públicamente:

Ustedes ven que lo que se produce aquí, se produce en todas partes. Está en Alemania, en Francia. En este momento Francia tiene un problema gravísimo de ese orden. Y ellos lo dejaron funcionar allí, no tuvieron la represión suficiente. [...] Eso ustedes no lo van a parar de ninguna manera porque es un movimiento organizado en todo el mundo. [...] Porque esta es una Cuarta Internacional que se funda con una finalidad totalmente diferente de la Tercera internacional que fue comunista, pero comunista ortodoxa. Aquí no hay nada de comunismo, es un movimiento marxista deformado que pretende imponerse en todas partes por la lucha. A la lucha, yo soy técnico en eso, no hay nada que hacerle, más que imponerle y enfrentarle con la lucha. [...] Porque nosotros desgraciadamente tenemos que actuar dentro de la ley, porque si en este momento no tuviéramos que actuar dentro de la ley ya le habríamos terminado en una semana. [...] Nosotros vamos a proceder de acuerdo con la necesidad, cualquiera sean los medios. Si no hay ley, fuera de la ley también vamos a hacer y lo vamos a hacer violentamente. Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia.<sup>3</sup>

Este discurso planteaba ya claramente los lineamientos de la política de “seguridad nacional” del peronismo en el poder, que se fue instalando de manera progresiva en los meses siguientes. El conjunto de elementos ideológicos que componían ese universo discursivo suponía, de manera sintética, la presencia de un enemigo marxista, organizado, “la subversión”, que venía de afuera pero que se había instalado dentro de las fronteras nacionales, generando el “caos” y atentando contra la nacionalidad y el “ser argentino”. Según señalaba el propio Perón, esta subversión planteaba una “agresión integral” en “los campos político, económico, psicológico y militar”, y, por tanto, debía ser combatida por todos los medios hasta su “aniquilamiento”.<sup>4</sup> Con ello quedaba habilitada la necesidad de la represión.

Así, el proceso represivo se fue afirmando progresivamente desde fines

3. J. D. Perón, *La Opinión [LO]*, 23/1/74, p. 1.

4. *Clarín*, 21/1/74 y 25/1/74.

de 1973, y hacia 1975 había obtenido el consenso de todos los sectores políticos representados en el Parlamento, las propias Fuerzas Armadas, la prensa, la Iglesia Católica y los sindicatos nacionales. Ello fue alimentado tanto el espiral terrorista de las acciones armadas de la guerrilla como por la construcción simbólica de la presencia de un enemigo interno que amenazaba el orden y la nación misma alimentada por los sectores políticos dominantes.

Durante esos años, la categoría de “subversión” se instaló en el espacio público y en el discurso político, transformándose en un organizador de las relaciones políticas. El proceso no fue inmediato; fue el resultado de la confluencia de las acciones gubernamentales a través de la legislación represiva desde 1973 y de la circulación de esas categorías en boca de actores con gran legitimidad política, como el propio Perón y los sectores representados por él —en particular el sindicalismo peronista.

En lo que respecta a la circulación pública de estas construcciones, entre múltiples ejemplos puede mencionarse a la presidenta Martínez de Perón cuando señaló que a la “antipatria” la enfrentaría con el “látigo”,<sup>5</sup> o el sindicato de la construcción condenando al “enemigo marxista” constituido por “los ideólogos del odio [que cumplen] con su rol de sirvientes de filosofías trasnochadas, antagónicas a nuestro ser nacional”.<sup>6</sup> También la principal fuerza de la oposición —la Unión Cívica Radical— denunciaba “la escalada de violencia desatada en el país por el extremismo subversivo que se ha propuesto derrumbar las instituciones de la república”.<sup>7</sup> La prensa, por su parte, se inscribió en la denuncia del “extremismo” y el marxismo señalando especialmente su peligrosa “penetración” en ámbitos escolares y juveniles.<sup>8</sup> Durante 1975, la noción de “subversión” comenzó a aplicarse a distintos espacios y a definir conflictividades sociales diversas: “subversión obrera”, subversión periodística, subversión en las escuelas y las universidades, etc. Así, por ejemplo, la Sociedad Rural Argentina, afirmaba:

Debemos asumir plenamente el hecho de que se está librando una guerra decisiva y de que no somos ajenos a ello y esa guerra se libra en muchos frentes, unos visibles, que son regados por la sangre de nuestras heroicas FF.AA., otros disimulados y más peligrosos aún, como la infiltración en las industrias, en las escuelas, en las universidades, como así también en la administración pública nacional (LN, 13/12/75).

5. LO, 2/5/1975.

6. UOCRA (Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina) 9/5/74, LO.

7. *La Razón* [LR], 2/8/74. El radicalismo sostenía sus denuncias desde una posición institucionalista y republicana, diferente de la base nacionalista desde la cual esgrimían sus razones el peronismo y el sindicalismo.

8. Cfr. *La Nación* [LN], 29/9/1973.

La contraparte de estas denuncias, el discurso “antisubversivo” y el llamado a la “erradicación” del “terrorismo” y la “subversión”, se constituyó en un ordenador de las prácticas gubernamentales, más allá de los límites que algunas fuerzas políticas pudieran exigir al respecto. Incluso, no faltaron los llamados de las Fuerzas Armadas y autoridades locales para que la población civil colaborara en la lucha antisubversiva y denunciara sospechosos.<sup>9</sup>

### La eliminación del enemigo interno dentro del peronismo

Las políticas estatales represivas constituyeron un entramado de disposiciones legales de carácter excepcional en cuanto implicaban la suspensión de garantías y de los marcos normativos del Estado de derecho (Agamben, 2007). Fueron implementadas en un continuo ascendente en el trienio 1973-1975 y se basaron en la necesidad de luchar “contra el terrorismo para garantizar el estilo de vida nacional y la familia”.<sup>10</sup> Abarcaron leyes de seguridad, endurecimiento de penas por tenencia de armas y literatura subversiva, “asociación ilícita”, censura a medios de prensa y audiovisuales, depuración de “elementos marxistas” en la administración pública y en las organizaciones sindicales y hasta la implementación del estado de sitio y la intervención legal de las Fuerzas Armadas dentro de las fronteras nacionales.<sup>11</sup> La universidad, por ejemplo, fue percibida como el espacio de la “acción disolvente de las organizaciones que se empeñan en transformar a los jóvenes justicialistas en marxistas”.<sup>12</sup> Así, el interventor de la Universidad de Buenos Aires, Alberto Ottalagano, nacionalista católico de derecha y declarado fascista, podía señalar en noviembre de 1974 que todos los partidos serían expulsados de la universidad porque el sistema educativo debía elegir entre el marxismo y el justicialismo.<sup>13</sup> Mientras, la revista peronista *Las Bases* presentaba la universidad como un reducto del marxismo y de jóvenes “capturados” por la doctrina de Marx, la guerrilla y el caos.<sup>14</sup>

Ahora bien, este avance autoritario estatal está intrínsecamente ligado, y en buena medida se explica, por la conflictividad interna del peronismo,

9. LR, 19/11/75.

10. Decreto 1368, declaración del Estado de sitio, *Boletín Oficial* [BO], 7/11/74.

11. Para el análisis de las políticas legales, cfr. Franco (2009b).

12. *Clarín*, 11/9/74; LN, 11/9/74. Este discurso desató la polémica entre los gremios docentes peronistas, junto con la CGT (Confederación General del Trabajo) que acusaron a la CTERA (Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina) de estar vinculada a ideologías “subversivas” por cuestionar la nueva política educativa (*Clarín*, 12/9/74).

13. *Clarín*, 23/11/74.

14. Entre otros, *Las Bases*, N° 73, 19/12/73; 5/2/74.

que hizo eclosión a partir de mediados de 1973. Para entonces, Perón había anunciado la necesidad de “depurar” su fuerza con el objetivo explícito de eliminar la “infiltración comunista” dentro del movimiento, o los “gérmenes patógenos”, como los denominó recurriendo al discurso médico-quirúrgico.<sup>15</sup> Este enemigo interno tenía como blanco primero los sectores juveniles que conformaban la “Tendencia Revolucionaria” y todos sus círculos cercanos dentro de la estructura política y gubernativa del peronismo, en cuyo extremo del arco estaba la guerrilla de Montoneros. Como señalamos, este amplio sector de la “izquierda peronista” se había conformado en los años 60 y 70 y funcionaba en fuerte enfrentamiento y conflicto con los sectores ortodoxos del movimiento, en particular el sindicalismo. A partir de 1973, el viejo líder comenzó a manifestar su oposición a los sectores juveniles promotores de la vía armada y de la opción revolucionaria socialista dentro del peronismo. La “depuración ideológica” formal se inició en octubre de 1973 con un documento intrapartidario que denunciaba la existencia de “una escalada de agresiones al Movimiento Nacional Peronista que han venido cumpliendo los grupos marxistas terroristas y subversivos en forma sistemática y que importa una verdadera guerra desencadenada contra nuestra organización y nuestros dirigentes”. Concluía llamando a la lucha contra el marxismo a partir de la propaganda, las tareas de inteligencia, la participación popular y la acción estatal a través de “todos [los medios] que se consideren eficientes”. De la misma manera, señalaba que en todos los niveles de gobierno “las autoridades deberán participar en la lucha iniciada, haciendo actuar todos los elementos de que dispone el Estado para impedir los planes del enemigo y para reprimirlo con todo rigor”.<sup>16</sup>

La difusión de estas directivas instaló una auténtica “caza de brujas” contra sectores “infiltrados” denunciados como “comunistas”, cuyo trasfondo era la eliminación de todo disenso interno con respecto a la línea oficial en el gobierno. La profundidad en la aplicación de esta política fue legal y también clandestina; por un lado, llegó a la sistemática intervención federal de varias provincias cuyos gobernadores estaban cercanos al peronismo de izquierda y fueron denunciados como “cómplices” de la subversión marxista, así como a la “depuración” de administraciones provinciales, sindicatos y universidades. Por el otro, produjo el asesinato de políticos, diputados y militantes de izquierda peronista (y “marxistas” en general) por parte de diversas organizaciones parapoliciales de derecha organizadas desde

15. *Las Bases*, 21/5/74.

16. “Documento Reservado”, Consejo Superior Peronista, *LO*, 2/10/1973. El elemento detonante de la depuración fue el asesinato del líder sindical José I. Rucci por la organización Montoneros. Dado que no es el objetivo, no entramos aquí en detalle sobre los distintos momentos del conflicto interno del peronismo.

el Estado, como la llamada Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) (Franco, 2009b).

Esta reactualización del anticomunismo dentro del peronismo legitimó un discurso social más amplio de estigmatización y persecución del “marxismo” como expresión misma de lo “subversivo”. El tema no era nuevo, ya que el anticomunismo fue un componente importante de la doctrina peronista desde su fundación en 1945.<sup>17</sup> No obstante, lo importante es que en 1973 su uso sistemático se reactualizó dentro del peronismo en el gobierno —con la representatividad y legitimidad masiva que ello implicó— y fue usado de manera funcional e instrumental para resolver su conflictividad interna. Luego, ese uso se articuló y relegitimó hacia afuera del peronismo con el combate más amplio y paralelo de la “lucha antisubversiva” contra las guerrillas armadas de izquierda que fue progresivamente apoyada por la mayoría de los sectores políticos. Esta reactualización ideológica puede apreciarse en varios medios de prensa de la época, en particular en los diarios *La Razón* y *La Nación*, que lejos de toda simpatía con el peronismo, se unieron a la denuncia del comunismo como enemigo instalado dentro de las fronteras nacionales.

Así, los años que van de 1973 a 1975 muestran un proceso de acumulación ideológica que contribuyó a conformar un enemigo interno cuya existencia excedía el círculo de sectores militares y nacionalistas de derecha, donde esta hipótesis de conflicto existía desde mediados de los años 50. Se trató de una construcción social y política mucho más amplia que, sin duda, también se alimentó por el propio accionar de las guerrillas de izquierda, envueltas en un espiral de violencia que no supo advertir la deriva militarista y terrorista de sus acciones (Calveiro, 2008). De esta manera, el resultado acumulado de la condena social y política creciente de la guerrilla, la puesta en práctica de una legislación represiva de excepción cada vez más dura y la radicalización de posiciones dentro de las Fuerzas Armadas instalaron rápidamente, hacia 1975, un discurso generalizado y compartido sobre la necesidad de “erradicar la subversión”.

No obstante, lejos de ser un discurso y una práctica de las elites políticas, estas concepciones del enemigo interno también subyacen en representaciones de época presentes en el lenguaje común de la cultura política y son visibles en un vasto abanico de sectores y de actores sociales alejados de los centros del poder.

17. El anticomunismo como componente discursivo y como objeto de políticas en el primer peronismo es un aspecto relevante que aún no ha sido objeto de investigaciones profundas ni sistemáticas. Véanse algunas referencias al tema en Ben Plotkin (2004), y sobre algunas políticas represivas relacionadas, en Nazar (2008).

### “Gente común”, o la construcción social del enemigo interno

Denunciamos [la] autotitulada asamblea docente-estudiantil integrada por [un] reducido grupo de ex profesores, alumnos y personas ajenas [sic] a la facultad de arquitectura de Mendoza. Constituye el mismo núcleo marxista que consiguiera [la] intervención con apoyo de ex funcionarios de la Tendencia del gobierno de Mendoza. Pretenden nueva intervención [...] en nombre de [la] comisión ad hoc [de] padres [y] alumnos, identificados con “patrióticas pautas” marxistas [...] Solicitamos se actúe contra usurpadores...<sup>18</sup>

Ministro del Interior, Benito Llambí: informamos a usted [sobre la] peligrosa infiltración marxista en la unidad básica de Cipolletti [que] pretende [el] copamiento de esta organización. [Firma] Sindicato de obreros y empleados municipales de Cipolletti.<sup>19</sup>

La exploración realizada en un amplio acervo de cartas y comunicaciones enviadas entre 1973 y 1976 al Ministerio del Interior por ciudadanos “comunes” de diversos puntos geográficos del país deja a la vista una fuerte matriz social de implantación del discurso anticomunista y de tipo conspirativo.<sup>20</sup> La mayoría de las comunicaciones dirigidas a la autoridad denunciaban “infiltración comunista” o “acción marxista” en muy diversos espacios sociales: comunas municipales, pequeños sindicatos locales, universidades y escuelas, abarcando un muestrario geográfico que va desde las localidades más pequeñas hasta las grandes ciudades argentinas. Los denunciadores eran ciudadanos particulares preocupados por la presencia del comunismo en sus lugares de trabajo o residencia, jóvenes que declaraban no poder estudiar por la presencia del marxismo, dirigentes gremiales y representantes comunales, muchos de ellos vinculados al peronismo, que exigían la expulsión de “infiltrados” de sus núcleos de pertenencia.

Sin duda, estas formas de representación del otro negativo tenían un

18. Telegrama al ministro del Interior enviado por un grupo de docentes arquitectos de la Universidad de Mendoza, 19/2/74 (Caja 26, Expte 149619, Expedientes Generales, Ministerio del Interior, Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación) [En adelante, EG-MI-AGN]. Dado el formato habitual de este tipo de comunicación, reintroducimos en el texto artículos y preposiciones faltantes para facilitar su comprensión y lectura.

19. Telegrama del sindicato de obreros y empleados municipales de Cipolletti, 7/11/73 (Caja 22, Exp. 1463-26, EG-MI-AGN).

20. Nos referimos al acervo “Expedientes Generales” del Ministerio del Interior, depositado en el Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación. Hemos trabajado con una selección correspondiente a los años 1973-1976. Agradecemos a Mariana Nazar el habernos orientado en la existencia de este archivo.

largo arraigo en la cultura política argentina, cuyos diversos momentos de políticas y prácticas anticomunistas ya mencionamos más arriba. No obstante, lo que resulta llamativo es la virulencia creciente de las comunicaciones en coincidencia con el llamado de Perón a la “depuración” del peronismo en 1973 y el incremento del clima político represivo en los años subsiguientes.

En un caso, por ejemplo, un ciudadano particular de una localidad de la provincia de Buenos Aires, que se definía como “peronista auténtico”, denunciaba en 1975 la corrupción municipal que permitía carreras de caballos, apuestas y juegos de dados, lo cual era posible –afirmaba– porque detrás de la intendencia estaba el apoyo de la infiltración (marxista) en el peronismo.<sup>21</sup> Esta apelación al enemigo venido de afuera para explicar supuestos delitos comunes considerados “inmorales” da cuenta del nivel de apropiación del universo ideológico aquí analizado.

Naturalmente, no todas las comunicaciones provenían del universo peronista, y la diversidad de orígenes muestra hasta qué punto la construcción de ese enemigo interno en torno a la representación de la “amenaza roja” estaba ampliamente extendida y podía canalizar y encubrir otro tipo de conflictividades no políticas. Por ejemplo, una joven estudiante de Comodoro Rivadavia, en la provincia de Chubut, en la Patagonia argentina, enviaba a las autoridades nacionales una lista de “docentes marxistas” en varias escuelas secundarias de su localidad y denunciaba extensa y nominalmente a los responsables del “control marxista” de la Universidad de la Patagonia San Juan Bosco –privada y católica– porque esas personas le estaban impidiendo estudiar y terminar su carrera. Curiosamente, el informe policial que había investigado la denuncia confirmaba los vínculos “marxistas” de algunos de los nombrados, pero desestimaba la acusación por tratarse de una persona con “problemas psíquicos y de familia” que recurría a cualquier método para lograr “sus ambiciones personales”.<sup>22</sup> Tanto el contenido de la carta como la respuesta policial dan cuenta de la apropiación del universo del marxismo como configuración del enemigo interno, al punto de que ese registro podía incluso permear otro tipo de situaciones, como la inestabilidad psíquica –si es que debemos creer al informe policial que, por otra parte, no tendría interés en desestimar una denuncia con la que, en principio, compartía objetivos ideológicos.

Otro ejemplo muestra representaciones similares pero aún más difusas:

21. 1/9/75, Expte. 156-170783, EG-MI-AGN.

22. Carta de una particular, 1/10/75, e informe de respuesta, confidencial y secreto, de la policía provincial, 7/2/75, Expte. 26-160785, EG-MI-AGN.

Me atrevo a dirigir esta carta a su S.E. para ponerle en antecedentes de la perniciosa actividad de esos grupos extremistas que me han hecho víctima de un acto de avasallamiento. Vivo en un hotel y en éste actúa una especie de “soviet” que me obliga a un acatamiento de normas extranjeras por intimidación.

[...] ruego que me dispense su alta protección para no seguir siendo víctima de desplantes de gentes que se piensan que la actual coyuntura histórica de recuperación de los derechos civiles será para ejercitar impunemente bajos designios de venganzas personales y apetitos insatisfechos.

[...] Tengo 51 años de edad. [...] No recibo visitas. No me emborracho. Trabajo 12 horas por día. Apenas estoy en la pieza de noche para dormir. Aunque soy extranjero [chileno] y amigo de algún político radical, conocí al Sr. Solano Lima, no intervengo para criticar sino para apoyar a las iniciativas de los gobiernos en pro del progreso del país que me acoge en su hospitalidad...<sup>23</sup>

La misiva describe tensiones aparentemente domésticas que son decodificadas en clave del combate entre la moralidad (la del remitente) vs la inmoralidad y la delincuencia que son finalmente asociadas a lo extranjero y al comunismo. Creemos que esta cadena de significaciones extremadamente vagas, puestas a su vez en relación con las características sociológicas (autodescriptas) de su autor, ejemplifican bien el fenómeno cultural de apropiación ideológica en el “sentido común” de la época.

Otro tema habitual que revelan algunas comunicaciones halladas es la reacción represiva contra las acciones de la guerrilla, calificada de “terrorista” o “subversiva”, pidiendo que sea combatida –a veces de maneras extremas como la pena de muerte–, ofreciendo colaboración para ello, e incluso proponiendo inventos útiles o información para la tarea represiva.

X envía su solidaridad en momentos en que el pueblo argentino sufrimos, en carne de nuestras insignes Fuerzas Armadas, la traidora y cobarde ponzoña de sello extranjero destilada por aquellos que como el reptil [actúa] en el oscuro de la noche y escurre el bulto a la claridad luminosa de nuestra argentinidad [...] donde no puede haber cabida para traidores ni cobardes.<sup>24</sup>

Teniendo conocimiento [de] que el superior gobierno de la Nación y las Fuerzas Armadas se encuentran abocadas a combatir la subversión apátrida, en la cual dejan sus vidas jóvenes argentinos como prenda

23. Habitante de la ciudad de Buenos Aires, 4/10/73; Expte. 23-144962, EG-MI-AGN.

24. Carta enviada por un ciudadano de la ciudad de Concordia (Entre Ríos), al Ministerio del Interior, 28/1/74, Exp. 15-148787, EG-MI-AGN.

de patriotismo [...] y considerando que el suscripto está en deuda con la patria y desea darlo todo de sí para una pronta pacificación y unión de todos los argentinos bajo la bandera azul y blanca y la protección de nuestro Dios, se ofrece como voluntario para estar al frente con nuestros compañeros en la lucha, donde su excelencia considere debo participar.<sup>25</sup>

Sin duda, este tipo de documentación constituye una muestra aleatoria sin ninguna representatividad estadística. No obstante, aun con esas limitaciones, significa una evidencia fundamental de la circulación y apropiación social de una amalgama de representaciones en las que se superponen diversas capas, procesos históricos y dimensiones de la cultura política nacional e internacional de la época. Al menos para una franja de ciudadanos comunes, los datos muestran la percepción consolidada de un enemigo interno conformado por la confluencia entre el “comunismo” y la “subversión”.

### Para concluir

La transformación del concepto de defensa nacional y su homologación con el mantenimiento del orden interno –sin distinciones entre una y otra noción– es una de las características centrales de la incorporación de los países latinoamericanos a la Guerra Fría (Ugarte, 1990). Pero tanto las Fuerzas Armadas como las fuerzas políticas de cada país, en el subcontinente, respondieron por entonces a la dinámica social y política e idiosincrasia de su sociedad, de manera que esa variable externa –Guerra Fría– fue un elemento condicionante pero no omniexplicativo, que solo puede tener un efecto profundo –transformándose en una variable interna– si se articula con las complejidades de cada contexto nacional y sus procesos de cambio (Vagnoux, 2010). Así, en la Argentina, los años de acumulación simbólica en el contexto del conflicto bipolar pudieron tener su efecto concreto y brutal sobre la política local solo en relación con la política peronista, que por entonces probablemente era la variable histórica nacional de mayor incidencia en la definición del proceso político. Así, el tema del “anticomunismo”, la “subversión” y la hipótesis de guerra contra un enemigo interno de origen externo, motivos centrales del contexto global de Guerra Fría, fueron resignificados y utilizados en los conflictos internos del peronismo, contra la guerrillas armadas y como lenguaje para dar sentido al conflicto político de la época.

25. Carta enviada por un ciudadano particular de una localidad de la provincia de Buenos Aires, octubre de 1975 (Expte. 13-171913, EG-MI-AGN).



En lo que respecta al anticomunismo, es evidente que no se trataba de una novedad y su presencia como representación del otro negativo, como grave amenaza sobre el orden y la comunidad, estaba en continuidad con prácticas tradicionales de diversas fuerzas políticas desde hacía décadas. Sin embargo, lo que fue original y propio de los años 70 fue la virulencia que adquirió su rechazo y la transformación del concepto para designar a un enemigo erradicable: la subversión.

En cada sociedad, la construcción de la figura del enemigo interno implica un proceso de enunciación, argumentación y denominación que se produce en condiciones sociopolíticas e históricas diferentes, según los conflictos políticos y de intereses específicos, pero siempre es utilizado como un instrumento político de gran poder para la ocultación y legitimación de prácticas políticas en épocas de crisis (Ceyhan y Périès, 2001). No obstante, como vimos, no se trató solo de las políticas e intervenciones del Estado y de los actores de elite, sino de su imbricación a través del lenguaje y los sistemas simbólicos en las prácticas sociales cotidianas (Joseph y Spenser, 2008). Sin duda, en el caso de la “gente común” la apropiación de ese discurso fue en buena medida resultado de su uso extendido en la escena política peronista y nacional. Pero también es evidente que tanto para el poder político como para muchos ciudadanos comunes esas nociones fueron usadas instrumentalmente para resolver conflictividades locales, intrapartidarias, o incluso de índole no política. Si muchos de estos usos fueron pragmáticos, se recurrió a ellos y fueron efectivos porque estaban sedimentados en la cultura política argentina. Y esa misma sedimentación creó el sustrato necesario para que el terrorismo de estado de las Fuerzas Armadas no encontrara grandes obstáculos a partir de 1976.

¿El análisis presentado en este artículo puede tomarse como un caso nacional de Guerra Fría o solo como cuestiones ideológicas esencialmente locales y de larga data que trascienden y se independizan del contexto internacional? Creemos que ambas cosas no son excluyentes: la reactivación temporal e intensamente virulenta del anticomunismo y la implantación de la DSN a través de las Fuerzas Armadas en la Argentina impide desanclar el fenómeno abordado del contexto internacional, pero la amplitud de su anclaje social en la cultura local muestra sus raíces de largo plazo que fueron reactivadas por la situación local y el contexto internacional.

¿Los elementos propuestos aquí pueden ser pensados en el marco de la guerra fría cultural o pertenecen estrictamente al marco de lo político? Sin duda, la respuesta es negativa si solo entendemos esa dimensión del conflicto bipolar como la acción estadounidense o de las elites intelectuales latinoamericanas en ese plano de la vida internacional. Pero si solo atendiéramos a la dimensión política de la Guerra Fría que *strictu sensu* solo atañe a las elites, buena parte de los datos aquí expuestos también quedaría fuera. Por lo tanto, este texto aboga por mirar el problema desde otra noción de cultura que incorpore la amplitud de las prácticas simbólicas de la vida social. Así

considerada, la apropiación de ciertas nociones ideológicas en los sentidos comunes de la cultura política –de las elites y de la “gente común”– de un país también forma parte del fenómeno cultural internacional.

En síntesis, dentro de estas líneas interpretativas nos parece que el problema del conflicto bipolar mundial puede ser pensado e incluido en las dinámicas locales sin caer en dicotomías excluyentes que busquen variables determinantes en los factores endógenos o exógenos y en unas u otras esferas de la vida social. Finalmente la realidad y los fenómenos sociales son infinitamente más complejos que nuestros intentos por clasificarlos.

## Fuentes

*Ministerio del Interior, Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación (Buenos Aires) - Expedientes Generales*

**Archivos**

Exp. 13-171913

Exp. 15-148787

Exp. 22-146326

Exp. 23-144962

Exp. 26-149619

Exp. 26-160785

Exp. 156-170783

**Boletín Oficial**, 1974, Decreto 1368, declaración del Estado de sitio

## Hemerográficas

*El Clarín*, 1974

*La Razón*, 1974

*La Nación*, 1973

*Las Bases*, 1974

## Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2007), *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- CALVEIRO, P. (2005), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma.
- CAVAROZZI, M. (1997), *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.
- CEYHAN, A. y G. PÉRIÈS (2001), “Introduction. L’ennemi intérieur: une construction discursive et politique”, *Cultures & Conflits*, 43, otoño.
- BEN PLOTKIN, M. (2004), “La ideología de Perón: continuidades y rupturas después de la caída”, en S. Amaral y M. Ben Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder* (1993), Buenos Aires, Eduntref, pp.43-66.

- DE RIZ, L. (2000), *La política en suspenso 1966-1976*, Buenos Aires, Paidós.
- FRANCO, M. (2008), "Notas para una historia de la violencia en la Argentina de los años 70", *Nuevo Mundo. Nouveaux mondes. Revista electrónica de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales*, octubre (<http://nuevomundo.revues.org/43062>).
- (2009a), "Violencia política, subversión y guerra entre 1973 y 1976. Discursos públicos y prácticas políticas", *XII Jornadas Interescuelas de Historia*, Bariloche, 28 al 31 de octubre.
- (2009b), "La «seguridad nacional» como política estatal en la Argentina de los años setenta", *Antiteses*, vol. 2, N°4, julio-diciembre, Universidad de Londrina, Brasil, pp. 1-28.
- GEERTZ, C. (1988), *Interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- JOSEPH, G. M. y D. SPENSER (eds.) (2008), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham (NC)-Londres, Duke University Press.
- LÓPEZ, E. (1987), *Seguridad nacional y sedición militar*, Buenos Aires, Legasa.
- NAZAR, M. (2008), *El problema de la verdad histórica. Elementos para la configuración del concepto de trabajador construido desde el Estado durante el primer peronismo (1946-1955)*, Tesis de licenciatura, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- PERIÈS, G. (2004), "Un modèle d'échange doctrinal franco-argentin: le plan Conintes 1951-1966", en R. Fregosi (ed.), *Armées et pouvoirs en Amérique Latine*, París, IHEAL, pp. 21-40.
- PUCCIARELLI, A. (comp.) (1999), *La primacía de la política*, Buenos Aires, Eudeba.
- RANALETI, M. (2010), "Aux origines du terrorisme d'Etat en Argentine", *Vingtième siècle*, N°105, pp. 45-56.
- RANALLETI, M. y E. PONTORIERO (2010), "La normativa en materia de defensa y seguridad y la criminalización de las disidencias (1955-1976)", V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Buenos Aires, UNGS.
- SIGAL, S. y E. VERÓN (1986), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa.
- VAGNOUX, I. (2010), "Washington et les régimes militaires sud-américaines (1964-1989)", *Vingtième siècle*, N°105, enero-marzo, pp. 17-32.
- UGARTE, J. M. (1990), *Seguridad interior*, Buenos Aires, FAI.
- ZANATTA, L. (2010), "La dictature militaire argentine (1976-1983): Une interprétation à la lumière du mythe de la «Nation catholique»", *Vingtième siècle*, N°105, enero-marzo, pp. 145-154.

## Índice de nombres

- 'Abd el Nasser, Gamal, 43  
 Acosta, Leonardo, 80, 93  
 Adams, Dale, 184, 193  
 Adams, Upham, 32  
 Adorno, Rolena, 188, 193  
 Agamben, Giorgio, 201, 209  
 Albizu Campos, Pedro, 152  
 Alexander, Robert, 135, 138  
 Allemandi, Clive Walter, 191  
 Allen, Woody, 88, 92  
 Allende, Salvador, 144, 171  
 Allyn, Bruce J., 45, 48  
 Almeida Brisido, Antonio de, 191  
 Álvarez, Jorge Humberto, 189  
 Álzaga Manresa, Raúl, 156, 157, 164  
 Amado, Jorge, 120, 131  
 Amaral, Samuel, 209  
 Appy, Christian G., 11, 28, 169, 179  
 Aranha, Osvaldo, 82  
 Arbenz Guzmán, Jacobo, 21, 41, 42, 91, 122, 123  
 Armony, Ariel C., 12, 28  
 Arndt, Richard T., 11, 28, 59, 64, 82, 93, 106, 110, 111, 133, 147  
 Arnove, Robert F., 11, 28, 59, 64, 133, 147  
 Arnson, Cynthia, 12, 30  
 Austin, Robert, 25, 28, 31  
 Ayala, Francisco, 163  
 Azevedo, Cecília, 173, 179  
 Balaguer, Joaquín, 47  
 Baldwin, Roger, 123  
 Bales, Fred, 171, 174, 179  
 Bales, Jan Stebing, 171, 174, 179  
 Ball, Lucille "Lucy", 86  
 Baráibar, Carlos de, 121, 125  
 Barjot, Dominique, 109, 111  
 Barthes, Roland, 164, 165  
 Batista, Fulgencio, 21, 43, 124, 125  
 Belaunde Terry, Fernando, 191  
 Bell, Paul C., 171  
 Beloff, Max, 64  
 Beltran Martínez, Arístides, 190  
 Benítez, Jaime, 123  
 Benítez Rexach, Jesús, 152, 165  
 Berg, Morris "Moe", 184  
 Berger, Mark T., 22, 28, 102, 111, 138, 139, 147  
 Berghahn, Volker R., 11, 28, 100, 109, 111, 133, 147  
 Berman, Edward H., 59, 64  
 Bethell, Leslie, 37, 48  
 Bingham, Hiram, 16  
 Bissel, Richard, 143  
 Blaney, Henry R., 28, 139, 147  
 Blasier, Cole, 11, 29, 43, 48  
 Blight, James G., 45, 48  
 Bosch, Juan, 46, 47  
 Botsford, Keith, 126, 127, 128  
 Bourdieu, Pierre, 133

Boyer, Louise, 189  
 Brands, Hal, 36, 48  
 Bratzel, John F., 36, 49  
 Brennan, James P., 187, 193  
 Brugioni, Dino A., 45, 48  
 Bu, Liping, 101, 102, 103, 104, 112  
 Bucheli, Marcelo, 12, 29, 90, 93  
 Bundy, Mc George, 140  
 Burgi, Philip "Phil", 177  
 Burke, Peter, 80, 94  
 Busby, Robert, 48, 92, 146  
 Bush, George H.W., 48

Caballero Díaz, A., 191  
 Cabral, Donald R., 46  
 Cabrera Infante, Guillermo, 128  
 Calandra, Benedetta, 6, 7, 8, 9, 10, 20, 21, 22, 29, 35, 98, 112, 133, 134, 147, 219  
 Calveiro, Pilar, 203, 209  
 Cancel, Mario R., 151, 166  
 Capello, Ernesto, 8, 20, 25, 28, 58, 155, 181, 219  
 Carlson, Reynold E., 137  
 Carmichel, William D., 146  
 Carmona, Augusto, 171  
 Carothers, Thomas, 48  
 Carr, Raymond, 15, 29, 52, 64  
 Carter, Jimmy, 162  
 Cartosio, Bruno, 10, 29  
 Castañeda, Carlos M., 157  
 Castañeda, Jorge, 15, 29, 52, 64  
 Castillo Armas, Carlos, 41, 42, 122, 123, 124  
 Castillo Velasco, Jaime, 121  
 Castro, Fidel, 43, 44, 46, 48, 49, 118, 124, 125, 126, 129, 131, 139, 153  
 Cavarozzi, Marcelo, 198, 209  
 Cecchetto, Fátima R., 85, 94  
 Certeau, Michel de, 90, 94  
 Cervantes, Miguel de, 190  
 Ceyhan, Ayse, 208, 209  
 Chang, Laurence, 45, 48  
 Child, Jack, 12, 29, 37, 48  
 Chomsky, Noam, 97  
 Cobbs Hoffman, Elizabeth, 172, 173, 179

Cohen, Warren I., 50  
 Colberg, Severo E., 154  
 Colby, Gerald, 25, 29, 58, 182, 187, 193  
 Coleman, Peter, 59, 64, 117, 131, 143, 147  
 Cooper, Frederick, 93, 138, 147  
 Copeland, Aaron, 184  
 Correa, Sofía, 141, 147  
 Corten, André, 155, 165  
 Coutinho, Afrânio, 126, 127  
 Creel, George, 100, 101, 112  
 Crivocapich, Alejandro, 189  
 Crnkovic, Gordana, 98  
 Croce, Benedetto, 120  
 Crosby, Bean, 82  
 Cruces, Brigit, 163, 165  
 Cuellar Vargas, Enrique, 191  
 Cull, Nicholas J., 11, 29, 99, 102, 105, 112  
 Curti, Merle, 133, 147

Darwin, Charles, 70, 71  
 Davis, Pat, 174, 221  
 De Grazia, Victoria, 11, 13, 29  
 De Hovre, Frans, 70, 77  
 De Riz, Liliana, 198, 210  
 Del Pero, Mario, 10, 29  
 Del Toro, Wanda, 80, 94  
 Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo, 64, 94  
 Denis, Francisco, 153, 165  
 Dennett, Charlotte, 29, 58, 182, 187, 193  
 Derby, Lauren, 161, 162, 165  
 Dewey, John, 120  
 Díaz Arrieta, Hernán, 121  
 Dietz, James, 165  
 Disney, Walt, 11, 13, 18, 57, 83, 84, 85, 92, 98, 184, 193  
 Donoso, José, 128, 131  
 Dorfman, Ariel, 11, 29, 57, 64, 98, 112, 184, 193  
 Dos Passos, John, 123  
 Drew, Gerald A., 74  
 Duggan, Stephen, 101, 102  
 Dulles, Allen, 143  
 Dürrenmatt, Friedrich, 146

Eisenhower, Dwight D., 39, 40, 41, 43, 44, 104, 183, 185  
 Eisenhower, Milton, 185  
 Elena, Eduardo, 29, 188, 193  
 Ellison, Ralph, 123  
 Enock, Reginald C., 67, 74, 75, 77  
 Espinosa, José M., 54, 57, 62, 64, 101, 112

Fagen, Richard, 30  
 Falicov, Tamara L., 184, 193  
 Fanon, Frantz, 163, 165  
 Fazio Vengoa, Hugo, 177, 179  
 Fein, Seth, 184, 193  
 Felipe III, 188  
 Fernández de Miguel, Daniel, 64  
 Fernández Retamar, Roberto, 60, 128, 130, 131  
 Ferré, Antonio Luis, 157  
 Ferré Aguayo, Luis A., 157  
 Figueroa, Luis, 171  
 Fischer, Fritz, 168, 180  
 Fleet, Michael, 146, 147  
 Fleisher, Belton, 153, 165  
 Ford, John, 82  
 Fosdick, Raymond B., 141, 147  
 Fox, Elisabeth, 100, 112  
 Francis Riggs, Elisha, 152  
 Franco, Francisco, 14, 135  
 Franco, Jean, 10, 13, 15, 29, 52, 57, 58, 61, 62, 64, 85, 94, 122, 131  
 Franco, Marina, 6, 7, 8, 9, 20, 26, 27, 28, 35, 133, 195, 199, 201, 203, 210, 220  
 Fregosi, Renée, 210  
 Fregoso, Rosa Linda, 85, 94  
 Frei Montalva, Eduardo, 144  
 Friedman, Max Paul, 75, 76, 77  
 Friedman, Milton, 141  
 Friedrich, Carl J., 153, 165  
 Frondizi, Arturo, 42, 197  
 Fullbright, William, 62  
 Furtado, Celso, 126, 127

Gaddis, John Lewis, 104, 112  
 Galtung, Johan, 142  
 Gambone, Michael D., 48  
 García, Francia, 174

García, Tânia, 87, 94  
 García Márquez, Gabriel, 90, 91, 93, 128  
 Garthoff, Raymond L., 45, 48  
 Geertz, Clifford, 197, 210  
 Gemelli, Giuliana, 12, 30, 104, 112, 133, 134, 140, 143, 147, 148  
 Gill, Lesley, 40, 48  
 Gilman, Claudia, 52, 61, 64  
 Gilman, Nils, 76, 77  
 Giroux, Henry, 92, 94  
 Giunta, Andrea, 13, 30, 58, 64  
 Gleijeses, Piero, 41, 46, 48  
 Glik, Sol, 7, 17, 18, 79, 184, 220  
 Godsell, Charles T., 153, 165  
 Goldreich, Donald, 144, 145  
 Gómez, César Darío, 189  
 González, Valentín "El Campesino", 120  
 González Britez, Osvaldo, 190  
 González Chiaramonte, Claudio, 112  
 Gorkin, Julián, 20, 21, 60, 118, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 129, 131  
 Gouvisth, T.H., 112  
 Gramsci, Antonio, 138  
 Grandin, Greg, 10, 23, 30, 97, 112  
 Gremion, Pierre, 143, 148  
 Guamán Poma de Ayala, Felipe, 187, 193  
 Guevara, Ernesto "Che", 126  
 Gwertzman, Bernard, 97, 113

Haines, Gerald K., 155, 162, 165  
 Hamilton, Nora, 139  
 Harmer, Tanya, 167, 180  
 Hernández, Carlos, 8, 20, 23, 151, 220  
 Hernández, Pedro, 158  
 Hesburgh, Theodore, 175  
 Hirshberg, Matthew S., 10, 30  
 Hitler, Adolf, 76  
 Hixson, Walter L., 10, 30, 102, 112  
 Hoover, Edgar John, 156  
 Horowitz, Irving Louis, 142, 148  
 Humphreys, Robert A., 36, 49  
 Hunt, John, 126, 127, 128

Ibáñez, Roberto, 117  
 Ibargüengoitia, Jorge, 127, 131

Iber, Patrick, 8, 20, 21, 60, 117, 221  
 Iglesias, César Andreu, 153, 165  
 Immerman, Richard H., 41, 49  
 Ivie, Robert L., 10, 31

Jaspers, Karl, 120  
 Jobet, Julio César, 121  
 Johnson, Haynes, 97, 113  
 Johnson, Lyndon B., 47, 155, 169, 183  
 Joseph, Gilbert M., 10, 11, 12, 23, 26, 27, 28, 30, 31, 36, 49, 51, 52, 56, 58, 64, 97, 112, 113, 168, 169, 180, 191, 193, 196, 208, 210  
 Josselson, Michael, 128, 143

Kaplan, Amy, 31  
 Katz, Friedrich, 52, 64  
 Kaufman, J.B., 184, 193  
 Kennedy, Jacqueline “Jackie”, 185  
 Kennedy, John F., 23, 44, 45, 46, 140, 141, 153, 154, 155, 163, 167, 169, 175, 183, 185, 186  
 Kennedy, Robert, 183, 186  
 Kepner, C. David, 12, 30  
 Kidd, Benjamin, 69, 70, 71, 72, 77  
 Kinzer, Stephen, 41, 50  
 Kirstein, Lincoln E., 184  
 Klare, Michael T., 12, 30  
 Knight, Alan, 25, 30  
 Knight, John S., 153, 154  
 Kornbluh, Peter, 12, 30, 44, 45, 48, 49  
 Kubitschek, Juscelino, 185  
 Kuisel, Richard, 98, 112

Lafeber, Walter, 48, 49  
 Latham, Michael, 167, 172, 178, 180  
 Lear, William “Bill”, 177  
 Leffler, Melvyn P., 36, 49  
 LeGrand, Catherine, 30, 31, 64, 169, 180, 191, 193  
 Lehoucq, Fabrice, 74, 77  
 León Aguinaga, Pablo, 65, 79, 94, 113  
 Leonard, Thomas M., 36, 48, 49  
 Lewis, Gordon K., 153, 165  
 Lewis, Jerry, 87, 92  
 Lewis, Oscar, 153, 165  
 Livingstone, Grace, 97, 113  
 Llerena, Mario, 123, 124, 125, 131

López, Ernesto, 195, 197, 210  
 López, Haydee, 177  
 Loveman, Brian, 47, 49, 176  
 Loveman, Sharon, 177  
 Lowe, George E., 142, 148  
 Lugo Silva, Francisco, 162, 163, 165  
 Lundestad, Geir, 29, 64

MacLeod, Roy, 112  
 Madariaga, Salvador de, 120  
 Madian, A.L., 142, 148  
 Mallon, Florencia E., 188, 193  
 Mañach, Jorge, 124, 125  
 Marchesi, Aldo, 22, 30, 142, 148  
 Mari Brás, Juan, 156  
 Mari Pesquera, Santiago, 156  
 Maritain, Jacques, 120  
 Markovits, Andrei, 97, 113  
 Martin, Ashley, 151  
 Martínez de Perón, María Estela, 198, 200  
 Martínez González, Roberto, 162, 163, 165  
 Marx, Karl, 201  
 Mas Canosa, Jorge, 157  
 Mathews, Thomas G., 153, 165  
 Mattelart, Armand, 11, 29, 57, 64, 98, 112, 184, 193  
 Matthews, Herbert, 124, 131  
 May, Ernest R., 45, 49  
 Mayone Stycos, Joseph, 153, 165  
 Mc Carthy, Joseph, 29  
 Mc Kevitt, Andrew, 98, 113  
 McCarthy, Kathleen, 143  
 McPherson, Alan L., 42, 49, 97, 113, 185, 194  
 Medhurst, Martin J., 10, 31  
 Memmi, Albert, 163, 165  
 Méndez, José Luis, 153, 165  
 Mendonça, Ana Rita, 85, 86, 87, 89, 94  
 Menjívar, Cecilia, 47, 49  
 Mercier Vega, Luis, 126, 127, 128, 129  
 Meyer, Donald C., 184, 194  
 Meyers, Paul, 146, 148  
 Michaels, Albert L., 175, 180  
 Mignolo, Walter, 188, 194  
 Mintz, Sydney, 153, 165

Miranda, Carmen, 18, 79, 84, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94  
 Moberg, Mark, 29  
 Monge, Luis Alberto, 123  
 Monteforte Toledo, Mario, 123, 124  
 Montero Jiménez, José A., 11, 31, 65, 79, 94  
 Morales Carrión, Arturo, 151, 153, 154, 164  
 Moscoso, Teodoro, 153  
 Moura, Gerson, 80, 82, 85, 94  
 Mudrovic, María E., 10, 31, 52, 59, 61, 65, 128, 131, 143, 148  
 Munro, Dana G., 73, 77  
 Muñoz Marín, Luis, 152, 153, 154, 165, 166  
 Murena, Héctor, 127  
 Murray, Bruce, 174  
 Murray, Katia Pierre, 90, 94  
 Murrow, Edward R., 29

Nathan, James A., 45, 49  
 Nazar, Mariana, 203, 204, 210  
 Needler, Martin C., 139, 148  
 Neruda, Pablo, 20, 90, 93, 120, 121, 131, 137  
 Ninkovich, Frank, 99, 101, 113  
 Niño, Antonio, 13, 16, 31, 54, 55, 58, 65, 79, 94, 102, 113  
 Nixon, Richard M., 25, 42, 43, 155, 181, 182, 183, 185, 186, 187, 192, 194  
 Nocera, Raffaele, 7, 12, 14, 35, 36, 48, 49, 195, 221  
 Noriega, Choan, 85, 95  
 Novick, Peter, 139, 148  
 Nye, Joseph, 99, 113

Olivetti, Adriano, 134, 148  
 Onganía, Juan Carlos, 144  
 Onís, Federico de, 155  
 Onís, Juan de, 155  
 Oppenheim, A.N., 142, 148  
 Ortega Suárez, Jorge, 25, 31  
 Ortiz, Renato, 25, 31, 56, 65, 80, 95  
 Osgood, Kenneth A., 10, 31, 99, 113  
 Ottalagano, Alberto, 201

Pach, Chester J. Jr., 37, 49  
 Padilla, Heberto, 130  
 Paralitici, José “Che”, 164, 165  
 Pardo, Rosa, 101, 113  
 Parkinson, Frank, 36, 49  
 Paterson, Thomas G., 43, 49  
 Pease, Donald E., 25, 31  
 Pells, Richard, 98, 113  
 Peñate López, Odalys, 25, 31  
 Pereira-Paiva, Vanilda, 170, 180  
 Pérez, Julio C., 158  
 Périès, Gabriel, 208, 209  
 Perloff, Harvey, 153, 165  
 Perón, Juan D., 135, 136, 137, 188, 198, 199, 200, 202, 205  
 Persico, Joseph E., 182, 194  
 Petras, James, 187, 194  
 Picasso, Pablo, 119  
 Pike, Frederick B., 80, 95  
 Pinochet, Augusto J.R., 30, 141, 145, 149  
 Plaza, Galo, 181, 182, 186  
 Plotkin, Mariano Ben, 203, 209  
 Pol, Julio César, 154, 165  
 Pontoriero, Esteban, 196, 210  
 Poole, Deborah, 16, 31  
 Power, Tyrone, 29, 82  
 Pratt, Mary L., 11, 31, 169, 180  
 Pucciarelli, Alfredo, 198, 210  
 Purcell, Fernando, 8, 20, 23, 24, 83, 95, 167, 221  
 Puryear, Jeffrey, 145, 148

Quesada Vargas, Ixel, 7, 67, 221

Rabe, Stephen G., 36, 37, 39, 46, 49, 185, 194  
 Ramet, Sabrina, 98, 113  
 Ramírez, Julio Víctor, 158, 161  
 Ranalletti, Mario, 195, 196, 197, 210  
 Reagan, Ronald W., 14, 48, 157, 162  
 Reich, Cary, 58, 65, 75, 95, 184, 194  
 Respress, Calvin, 189  
 Rey Tristán, Eduardo, 7, 51, 222  
 Reyes, Alfonso, 123  
 Riquelme, Alfredo, 167, 180  
 Ritzer, George, 24, 31, 177, 180

Rivera, Diego, 13, 120  
 Rivera, José A., 152, 166  
 Rivero, Juan A., 160  
 Roa, Raúl, 123, 125  
 Robinson, Frankie, 174  
 Roca, Gaspar, 157  
 Rock, David, 37, 50  
 Rockefeller, John D., 189  
 Rockefeller, Nelson A., 8, 13, 25, 26, 28, 29, 30, 57, 58, 62, 64, 65, 81, 83, 87, 102, 140, 155, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 219, 220, 221  
 Rodríguez, Néstor P., 47, 49  
 Rodríguez Cancel, Jaime L., 166  
 Rodríguez Escudero, Néstor, 157, 166  
 Rodríguez González, Reynol, 156  
 Rodríguez Jiménez, Francisco J., 7, 12, 18, 31, 97, 104, 111, 113, 222  
 Rodríguez Monegal, Emir, 60, 128, 129, 131  
**Romero, José Luis**, 123, 144, 148  
 Roosevelt, Franklin D., 13, 81, 85, 87, 101, 181, 183, 184  
 Rosen, Fred, 30, 139, 148  
 Ross, Andrew, 97, 113  
 Ross, Kristin, 97, 113  
 Rosseter, J.H., 73  
 Rossi Doria, Manlio, 134  
 Rostow, Walt W., 12, 31  
 Rous Manitzas, Nita, 136  
 Rovensky, Joseph C., 80  
 Roxborough, Ian, 37, 48  
 Royal, John, 184  
 Ruiz Galvete, Marta, 65  
 Russell, Bertrand, 120  
 Said, Edward, 92  
 Salinas de Gortari, Carlos, 161  
**Salvatore**, Ricardo D., 10, 11, 16, 30, 31, 51, 64, 65, 112, 165, 166, 169, 180, 191, 193  
 Sánchez, Luis Alberto, 123  
 Sandage, Scott A., 189, 194  
 Santiago Caraballo, Josefa A., 152, 166  
 Santisteban Fernández, Fabiola de, 12, 31, 65, 135, 148  
 Santoro Domingo, Pablo, 31, 151, 159, 166  
 Sara, Antonella, 9, 28, 35, 133  
 Sarduy, Severo, 128  
 Sargent Shriver, Robert, 174  
 Sartre, Jean-Paul, 125  
 Scanlon, Thomas J., 171, 173, 175, 176, 180  
 Scheman, L. Ronald, 46, 50, 169, 180  
 Schlesinger, Stephen, 41, 50  
 Schwartzberg, Steven, 39, 50  
**Scott**, Joan Wallace, 92, 95, 118, 132, 189  
**Sheffield**, Glenn F., 170, 180  
 Sheinin, David, 38, 50  
 Shukla, Sandhya, 191, 194  
 Sigal, Silvia, 142, 148, 198, 210  
 Silva, Antonio P. da, 189  
 Silvert, Kalman H., 135, 136, 137, 146  
 Skidmore, Thomas, 98, 113  
 Smith, Peter, 13, 31, **118, 132**  
 Solovey, Mark, 142, 148  
 Soluri, John, 89, 90, 91, 95  
 Spenser, Daniela, 10, 28, 30, 31, 36, 49, 52, 64, 65, 97, 113, 168, 180, 191, 193, 196, 208, 210  
 Stabili, Maria Rosaria, 141, 144, 149  
 Stalin, Josef, 119, 120  
 Steward, Julian, 153, 166  
 Stonor Saunders, Frances, 9, 32, 51, 65, 79, 95, 142, 143, 149  
 Street, James H., 81, 84, 137  
 Streeter, Stephen M., 41, 50  
 Striffler, Steve, 12, 29, 32  
 Taffet, Jeffrey F., 167, 180, 185, 194  
 Tannenbaum, Frank, 123  
 Thomas, Norman, 123  
 Tinsman, Heidi, 191, 194  
 Tiratsoo, Nick, 109, 112  
 Toscanini, Arturo, 184, 194  
**Toscano** Segovia, Dax, 166  
 Tota, Antônio Pedro, 84, 87, 95, 98, 184, 194  
 Trask, Roger R., 37, 50  
 Trotsky, León, 120  
 Trujillo, Rafael Leónidas, 45

Truman, Harry S., 39, 43, 50, 91, 184  
 Tulchin, Joseph S., 47, 50  
 Ugarte, José Manuel, 207, 210  
 Ukers, William H., 70, 73, 77  
 Upham Adams, Frederick, 12, 32  
 Vagnoux, Isabelle, 207, 210  
 Vale Salinas, Augusto R., 158, 159, 160  
 Vargas, Getúlio, 83, 188, 194  
 Vargas, Maelo, 160  
 Vargas Llosa, Mario, 61  
 Vega, Bernardo, 165  
 Vega, Héctor, 159, 160  
 Vega Meneses, Fernando C., 163, 166  
 Velasco Alvarado, Juan F., 186  
 Vélez Arango, Jorge, 189  
 Veríssimo, Érico, 123  
 Verón, Eliseo, 198, 210  
 Viegas, Diego R., 158  
 Volk, Steven, 139, 149  
 Walker, James W.G., 32, 139, 149  
 Walker, Thomas W., 139, 148  
 Walter, Richard J., 170, 180  
 Wander, Philip, 10, 31  
 Wehrle, Leroy, 192  
 Weis, Michael W., 185, 194  
 Welch, David A., 45, 48  
 Welles, Orson, 82  
 Wells, Henry, 153, 166  
 Westad, Odd A., 29, 36, 49, 50, 64, 168, 179, 180  
 Whitfield, Stephen J., 10, 32  
 Wolf, Alfred C., 135, 137  
 Wolfe, Joel, 188, 194  
 Woodrof, Dorothy, 174  
**Wright Mills**, Clarence Sr., 153, 165  
 Zahniser, Marvin R., 185, 194  
 Zanatta, Loris, 210  
 Zelikow, Philip D., 45, 49

## Los autores

### Benedetta Calandra

Investigadora y docente en Historia de los países latinoamericanos en la Universidad de Bergamo, Italia, obtuvo el título de Master of Arts - Latin American Studies, en la Universidad de Londres en 2000, y el Doctorado en Estudios Americanos en la Universidad de Roma Tres en 2005. Se dedica a historia reciente del Cono Sur latinoamericano, exilio político, relaciones culturales entre EE.UU. y América Latina. Es autora de las siguientes obras monográficas: *L'America della solidarietà. L'accoglienza dei rifugiati cileni e argentini negli Stati Uniti (1973-1983)* (Edizioni Nuova Cultura, 2006); *La memoria ostinata. H.I.J.O.S., i figli dei desaparecidos argentini* (Carocci editore, 2004); *Le strategie del sommerso. Economia informale e popolare in Cile durante e dopo il regime militare* (Edizioni Lavoro, 2000). Es editora del volumen *La guerra fredda culturale. Esportazione e ricezione dell'American Way of Life in America Latina* (Ombre Corte, 2011). Ha contribuido con artículos y ensayos en libros y revistas especializadas en estudios latinoamericanos en Europa y América Latina.

### Ernesto Capello

Profesor asistente de historia latinoamericana en Macalester College, Estados Unidos. Doctor de la Universidad de Texas en Austin en 2005. Es autor de varios artículos que tratan acerca de marcos transnacionales de ciudadanía, historia urbana e historia cultural que han aparecido en el *Latin American Research Review*, *City, Araucana*, *Procesos*, *ISTOR* y el *Journal of Latin American Urban Studies*, entre otros. Su manuscrito *City at the Center of the World: Space, History and Modernity in Quito* está bajo evaluación editorial. Actualmente investiga sobre identidades transhemiféricas que se cristalizaron durante la Misión Presidencial a la América Latina emprendida por Nelson Rockefeller en 1969.

### Marina Franco

Investigadora y docente del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín e investigadora adjunta del CONICET. Doctora en Historia por las universidades de París 7 (Francia) y de Buenos Aires. Master en Historia por la Universidad de París 7. Ha publicado, como autora, *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2008) y *Un enemigo para la nación* (Buenos Aires, FCE, 2012); y como coeditora *Historia reciente perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (con Florencia Levín, Buenos Aires, Paidós, 2007); *Problemas de historia reciente*, 2 vol. (con Ernesto Bohoslavsky, et al., Buenos Aires, Prometeo, 2010). Además, ha publicado artículos sobre problemas epistemológicos y metodológicos de historia reciente y cuestiones de historia reciente argentina en revistas nacionales e internacionales.

### Sol Glik

Investigadora en la Universidad Autónoma de Madrid, donde ha obtenido el título de Máster en Historia Contemporánea. Realiza actualmente su doctorado sobre la ofensiva cultural de Estados Unidos en América Latina. Graduada en Historia por la Universidade do Estado de Santa Catarina, Brasil, se ha especializado en la Historia de América, bajo las perspectivas del género y la historia cultural. Ha publicado diversos artículos y realizado contribuciones en numerosos eventos.

### Carlos Hernández

Doctor en Filosofía y Letras con concentración en Historia de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. En 2008 culminó una segunda Maestría en Literatura puertorriqueña y del Caribe y en la actualidad termina un segundo doctorado en Literatura caribeña. Actualmente es profesor de Historia del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez. Sus líneas de investigación son: Historia Oral, Historia Militar y el entrecruzamiento de historia y literatura.

Ha publicado en las revistas académicas de la Universidad de Puerto Rico, en la *Revista Horizontes* de la Pontificia Universidad Católica de Ponce, Puerto Rico y en el portal cibernético <ciudad seva.com>; en 2006 publicó el libro *Pueblo Nómada: de la villa agrícola de San Antonio al emporio militar de Ramey Base* (San Juan, Ediciones Huracán, 2006).

### Patrick Iber

Doctor en Historia de la Universidad de Chicago, 2011. Profesor de Historia de América Latina en Stanford University. Su tesis, *The Imperialism of Liberty: Intellectuals and the Politics of Culture in Cold War Latin America*, aborda el tema de la guerra fría cultural en América Latina mediante nuevas interpretaciones de las principales fachadas culturales de la época: el Congreso por la Libertad de la Cultura, el Consejo Mundial Pro-Paz y la Casa de las Américas. Sus artículos han aparecido en *Diplomatic History*, *Chicago Review*, *Nexos* y *Letras Libres*.

### Raffaele Nocera

Investigador y docente en Historia de América Latina en la Facultad de Idiomas en la Universidad de Nápoles, "L'Orientale". Doctor en Historia. Se dedica a temas de historia política de Chile, relaciones interamericanas y de la política exterior italiana en América Latina. Entre sus publicaciones se destacan *Stati Uniti e America Latina dal 1945 a oggi* (Carocci, 2005), *Chile y la guerra, 1933-1943* (LOM-DIBAM, 2006), *Stati Uniti e America Latina dal 1823 a oggi* (Carocci, 2009), con Claudio Rolle Cruz (ed.), *Settantré. Cile e Italia, destini incrociati* (ThinkThanks, 2010).

### Fernando Purcell

Historiador y profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor de la Universidad de California, Davis, y se ha dedicado a la investigación de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina desde perspectivas políticas y culturales. Su libro de próxima publicación *¡De Película! Hollywood y su impacto en Chile, 1910-1950* (Taurus, 2012) es el resultado de su última investigación. En la actualidad investiga sobre la presencia del Cuerpo de Paz en Sudamérica durante la década de 1960. Es parte del Consejo Editorial de *Hispanic American Historical Review*, además de coeditor de *HIB* revista de Historia Iberoamericana.

### Ixel Quesada Vargas

Profesora de Historia en la Universidad de Costa Rica. Master en Historia de la misma universidad. Actualmente está terminando su doctorado en Historia y Civilizaciones en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Becaria del Programa Alþan de Becas de Alto Nivel, de la Unión Europea. Ha participado en los talleres del Rockefeller-Ford-CIRMA, Guatemala 2001, SEPHIS 2004 e Heidelberg Spring Academy 2007. Sus intereses están centrados en la historia contemporánea de América Central,

los intercambios y las repercusiones de naturaleza cultural producidas por el encuentro con la alteridad. Sus investigaciones analizan las relaciones culturales entre Estados Unidos, Costa Rica y Nicaragua desde principios de siglo XX hasta el comienzo de la Guerra Fría.

### **Eduardo Rey Tristán**

Doctor en Historia y profesor contratado por la Universidad de Santiago de Compostela, en el departamento de Historia Contemporánea y de América. Es fundador y actualmente secretario del Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas “Gumersindo Busto” de la USC. Sus principales publicaciones son *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973* (Sevilla, 2005 y Montevideo, 2006) y *Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina* (dir., Santiago, 2007), *Conflicto, memoria y pasados traumáticos: El Salvador contemporáneo* (coord. con Pilar Cagiao Vila, Universidad de Santiago de Compostela, 2011), además de numerosos artículos científicos en revistas de España, Argentina, México, Brasil y Costa Rica, entre otras.

### **Francisco J. Rodríguez Jiménez**

Investigador posdoctoral Fulbright en el Institute for European and Russian Studies de George Washington University. Doctor en Historia –Premio Extraordinario de Doctorado, 2008-2009– por la Universidad de Salamanca, donde ha impartido clases desde 2005. Entre sus publicaciones recientes: *¿Antídoto contra el antiamericanismo?* (Valencia, PUV, 2010) y “Misioneros de la Americanidad?”, *Historia del Presente*, 17 (2011), pp. 55-69.